UN DIAMANTE EN bruto

ELISA MARIE **HOPKINS**

Un Diamante

en Bruto

---

por

Elisa Marie Hopkins

Traducción de

Marianny Rojas

Índice

Página de Título
Copyright
Dedicatoria
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
Agradecimientos
Acerca del Autor
Dile al autor lo que piensas

Publicado por Stellar Jay Publications
Copyright © 2013 por Elisa Marie Hopkins
Diseño de portada por Omar Ramírez
Traducción por Marianny Rojas

Para saber más acerca de la autora, favor de visitar http://elisamariehopkins.com/

Todos los personajes y eventos en este libro —exceptuando aquellos que son del dominio público— son ficticios y cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

Se autoriza el uso de este libro únicamente para su entretenimiento. No debe ser revendido o donado a terceros. Si desea compartir este libro, diríjase a amazon.com y adquiera una copia adicional.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción, distribución o difusión total o parcial de esta obra por cualquier medio, incluyendo fotocopiado, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa y por escrito de la editorial, exceptuando el caso de citas breves en comentarios críticos y otros usos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor Copyright.

ISBN 13: 978-1-63415-172-6

1. Categoría principal—[Romance]
2. Otra categoría—[Suspenso]

Primera Edición

Todos tenemos una misión. Todos estamos en la búsqueda de algo. Este libro es para ti. Sigue adelante. Sigue luchando.

“Un hombre no se mide por la posición que adopta en momentos de comodidad y conveniencia, sino por su posición en tiempos de desafío y controversia.”

— Martin Luther King, Jr.
(Ministro de la Iglesia Bautista y Líder de los Derechos Civiles
1929-1968)

UNO

EL DÍA COMIENZA como cualquier otro; excepto porque despierto deseando que este día ya hubiera terminado.

Sentada, con los ojos vidriosos y en estado de coma, observo como el cuchillo y el tenedor marcan el paso del tiempo en el reloj de la cocina. El péndulo de cuchara se balancea de lado a lado, tic y tac, atrás y adelante, lento y gradual. Es un poco antes del amanecer. Del cielo se filtra un chorro de lluvia tan fatal, que no estoy segura de si el estruendo proviene de la fricción de la lluvia contra el aire al caer o de su colisión con las superficies o de ambas. Las calles ya están salpicadas de paraguas —personas esquivándose mutuamente, subiendo en taxis, comprando en cafés, charlando por sus teléfonos de alta tecnología... todo antes de que el sol se eleve tras los imponentes edificios de Manhattan, incluso antes de que haya terminado de comer mi tazón de cereal. Estas personas son implacablemente empujadas por la necesidad de lograr sus metas.

«¿Qué estoy haciendo con mi vida?» me pregunto a mí misma todo el tiempo.

"Artículo no vendido", se lee en el anuncio de subasta en línea para un "Vestido de noche Valentino usado". Un gran signo de interrogación se cierne sobre mi futuro financiero. Mi mente es asaltada por la imagen de sólo dos huevos en el refrigerador y facturas apiladas precariamente como una casa de cartas. Me quedo mirando la pantalla de mi laptop. Mientras reflexiono acerca de mi vida, aparto hacia atrás mi cabello dorado y suspiro. Miro a la izquierda. Miro a la derecha. Miro hacia arriba... y finalmente miro hacia abajo. Con los dedos suspendidos sobre el teclado, ruego a mi cerebro que se le ocurra alguna idea.

Oprimo la tecla de Eliminar en la descripción del producto y, en su lugar, escribo "Vestido Valentino de pasarela, único en su especie".

A punto de verter una cucharada de cereal en mi boca, descubro una plaga oscura, parecida a un gorgojo, chapoteando en la leche y otra más recostada sobre una hojuela. Casi me ahogo. El sol apenas comienza a asomarse y ya es posible adivinar que el día será una letanía de molestias. En ese momento, un ícono parpadea en la pantalla indicándome la notificación de una red social. Me encorvo sobre la mesa olvidando todos los consejos sobre posturas correctas, y oprimo el enlace que me lleva a un tuit recién publicado.

Disfruta tus días. Están contados.

Doy un respingo con los ojos bien abiertos. Acerco mi rostro a la pantalla de la laptop y analizo las palabras meticulosamente, como si hubiera leído mal. Lo leo de nuevo, dos veces, tres veces y, para la cuarta vez, logro asimilar la realidad. Otra amenaza.

De pronto, una paloma aparece ante mis ojos y me sobresalta. Se posa en el alfeizar y comienza a golpear su pequeño pico contra la ventana, arrullándome, batiendo sus alas débilmente. Montones de plumas caen de su cuerpo dejando al descubierto heridas frescas.

Luce hambrienta y enferma. Me acerco a la ventana, estiro la mano y desperdigo migas de cereal junto a sus patas. La paloma me observa con sus ojos saltones, luego se acerca un poco más —en parte lastimada y en parte asustada— analizando si planteo una amenaza para ella. Antes de que la paloma lastimada logre amasar suficiente coraje, aparece otra paloma, sana y mucho más galante, de pecho hinchado, que clava ferozmente su pico en el animal enfermo.

Me toma demasiado tiempo reaccionar.

—¡Oye! —exclamo mientras golpeo la ventana— ¡Déjala!

La paloma presumida parece no tener que estar en ningún otro lugar y las personas no la impresionan, mucho menos la asustan. Se toma su tiempo para picotear hasta la última migaja.

—Sophie.

Observo a la paloma partir con aire tirano y conquistador. La paloma anémica se había marchado primero. Me digo que mas como siempre, los grandes oprimen a los pequeños, crímenes quedan impunes, la corrupción es un estilo de vida; y así es, todo el tiempo.

—Sophie.

—¿Qué? —refunfuño, dándome la vuelta. Miro más allá del rincón de una cocina pequeña hacia la sala donde está Jess, mi compañera de cuarto, toda guapa con un suéter tejido de color amarillo brillante, pantalones azul marino y tacones a juego. Su cabello, castaño oscuro y peinado en ondas sueltas, juguetea alrededor de sus hombros desgarbados. Me pregunto a qué hora despertó.

—¿Pero qué estás haciendo? —una sonrisa de niña se extiende sobre sus mejillas sonrosadas—. Escuché un ruido fuerte.

La miro entrar graciosamente en la cocina.

—Nada —cierro mi laptop, coloco el tazón de cereal en el fregadero y restriego el interior con una esponja.

—¿Nada?

Suspiro, sintiendo dificultad para construir mis oraciones. Los platos tintinean y chocan entre sí.

—Sólo era un estúpido pájaro.

—¿Un pájaro?

—Sí —cierro el grifo—. Una paloma.

—¿Una paloma?

Seco mis manos con una toalla.

—¿Vas a seguir repitiendo todo lo que digo?

Ella toma los dos últimos huevos de la cesta en forma de gallina y se coloca cautelosamente unos guantes de látex.

—Bueno, lo que dices no tiene ningún sentido. No es que alguna vez lo tenga. Parece que *alguien* despertó del lado incorrecto de la cama.

—O quizá del lado usual de la cama.

Después de que Jess lava cada huevo en el fregadero —en algún lugar leyó que las cáscaras de huevo están expuestas a salmonela— usa el borde de la olla para partirlos, los deja reposar un segundo mientras desecha las cáscaras en el cubo de basura y luego comienza a revolverlos con un batidor.

—Me alegra ver que tu sentido del humor sigue intacto, Sophie, de verdad, pero siempre eres demasiado dura contigo misma. Es un nuevo día. Estás viva. ¡Sé feliz!

Me quedo mirándola durante un segundo o dos. Mi rostro es una máscara de cinismo.

—La felicidad no funciona para algunas personas. Resulta que yo soy una de ellas.

—Otra vez estás diciendo cosas sin sentido —dice ella con una entonación entre alegre y burlona.

Miro dentro del refrigerador, tomo una taza de pudín y abro la tapa.

—Muy bien, supongamos que soy tan increíblemente feliz, que mi cerebro se la pasa pensando en arcoíris y mariposas y le doy los buenos días al cartero y todo eso. Entonces, bajo la guardia. Lo próximo que sé, es que algo dio un giro oscuro; pero yo ni siquiera me doy cuenta porque estoy cegada por un brillante resplandor de felicidad. De repente, caigo en un hueco y no tengo cuerda ni escaleras y las paredes son demasiado resbalosas como para trepar. La felicidad me hace perder el objetivo. Me debilita. No puedo soportarlo. ¿Eso tiene sentido para ti ahora?

Jess me mira como si le acabo de decir que Santa Claus no existe.

—Eso no tiene *ningún* sentido para mí.

—Los depredadores cazan a las personas con debilidades. Date cuenta, no estoy muerta.

—Ese argumento es débil —replica—. La felicidad no es el equivalente de la debilidad. Nadie quiere ser miserable o infeliz, Sophie. La miseria es una elección.

Hundo la cuchara en el pudín y luego en mi boca.

—Bueno, es eso entonces. Soy una persona miserable con un sentido del humor lleno de menosprecio —dejo escapar un gran

suspiro y me siento en un taburete en la barra de desayuno; siento un temblor en los párpados y mi cabeza quiere caer hacia adelante.

—Eres miserable porque tienes miedo —dice.

—¿Miedo de qué?

—Para comenzar... ¿no tienes que dar un gran espectáculo hoy? Eso es algo muy aterrador, si me lo preguntas.

Parpadeo. Una risotada casi se me escapa, pero logro contenerla.

—Ay, Jess. Puedo asegurarte que los temores con los que lidio son mucho más profundos, pero ahora que traes a colación mi fabulosa línea de trabajo, permíteme decir que de sólo pensarlo me provoca arrancarme los ojos y usarlos para alimentar a los cuervos.

Me mira desconcertada mientras continúo comiendo mi pudín en completo silencio.

—Puedo imaginármelo. Es un negocio difícil. Grandes competencias todo el tiempo. Montones de exigencias. Presión masiva. Créeme, lo entiendo.

—No, no lo creo.

—Sé que no estoy en tu lugar y que no soy tú, pero te aseguro que puedes hablar conmigo y que haré lo posible por comprenderte.

—Son las seis treinta de la mañana. No tengo nada más emocionante que decir, excepto que tengo que tomar una ducha.

Ella sonríe poniendo los ojos en blanco, y toma un plato de la pila impecablemente ordenada dentro de la alacena. Perfecta y ordenada como ella es, comienza a fruncir el ceño y sus labios se contraen a medida que inspecciona cada mancha difusa del plato.

—Jess —pronuncio su nombre con cuidado, como si ella fuera un niño del que necesito toda su atención—, ¿recuerdas a nuestro vecino Huang, el adicto a las anfetas? Volvieron a arrestarlo anoche. Honestamente, ya no sé qué está haciendo la policía.

Ella suspira.

—Buen intento por distraerme. Este plato tiene manchas de agua. Yo no hice esto.

—O sea, ¿qué espera la policía que suceda?, ¿qué planes tienen?, ¿van a dejarlo ir otra vez?

—¡Sophie! —exclama exasperada—. Sabes que no me gusta que dejes manchas de agua en los platos. Ya te lo he dicho antes, no dejes los platos en el escurridor, sécalos con una toalla de cocina limpia.

En lo referente a asuntos de, o relacionados a mugre o gérmenes, Jess no es fácil de distraer. Se apega demasiado al asunto.

—Ok, ok, lo siento. Tómalo con calma —respondo—. Al fin y al cabo, estoy casi segura de que ninguna de esas manchas que ves representa una amenaza para tu salud.

—¿Acaso escuchas lo que estás diciendo? —abre el agua del grifo, hunde el plato en el fregadero y toma otro de la pila—. Porque si

realmente es eso lo que piensas, te sorprenderás mucho cuando, dentro de diez años, tu cuerpo esté tan plagado de inmundicias y gérmenes y polvo y otros patógenos repugnantes, que no pueda repararse por sí mismo.

Suspiro el suspiro de quien ha sobrevivido a la destrucción.

—Jéssica, estás viva. Sé feliz. Limpiaré, desinfectaré y secaré los platos.

—Gracias —se calma—. Por cierto, ¿pasarás por mi clase algún día de estos?, ya sabes, por lo de la semana de la carrera. Será genial tenerte como oradora.

Me apoyo contra el cojín trasero del taburete, hurgando en los restos de la taza de pudín.

—No soy buena con los niños. ¿Para qué quieres que vaya?

Inclinando la sartén, desliza los huevos en un plato que considera suficientemente limpio y se sienta en un taburete a mi lado.

—Déjame contarte sobre algunas personas talentosas que fueron lo más destacado de la semana de la carrera el año pasado. El señor Sánchez, un analista en sistemas computacionales. El pobre parecía no haberse bañado en días. Y olía raro. Luego está el señor Pesón. Sí, escuchaste bien. Pesón, con S. ¡Por el amor de Dios, es un *pastor*! ¡Debe haber algún tipo de pecado en decir Pastor Pesón! Los chicos no hacían más que repetir su nombre y reír. Ah, y finalmente, no podía faltar... el señor Harper, el mejor ayudante forense de todos los tiempos. Sus palabras, no las mías.

—¿Ayudante forense?

—Imagina los rostros de los niños cuando el señor Harper, muy abiertamente, les explicó el negocio diario de manejar cadáveres en la morgue de la ciudad. El hombre se especializa en remover órganos de los cadáveres. En serio, ¿quién quiere crecer y convertirse en ayudante forense?

—No lo sé, quizás a alguien le guste. Debe tener sus ventajas.

—¿Cómo qué?, ¿manosear el cadáver de algún tipo gordo? Sí, claro, estoy segura de que todos los niños alrededor del mundo se están preparando para eso y de que sus padres los apoyan totalmente.

—Bueno, a veces los padres no saben lo que es mejor para sus hijos. Gran cosa. Es una profesión respetable, Jess. Dale un descanso.

Ella alza una ceja perfectamente delineada.

—¿No podemos estar de acuerdo al menos en una sola cosa? Ni siquiera entiendo tu lógica... y, hablando de cosas que no entiendo, ¿qué es eso que estás comiendo como una niña de cinco años?

Miro la etiqueta de envase.

—“Pudín cremoso de chocolate de leche. Fuente de calcio y vitaminas A y D”.

—¿Quién, en toda esta buena tierra de Dios, come pudín en el

desayuno?

Raspo el fondo de la taza, sin dejar ningún rastro de chocolate.

—La gente a la que le gusta el pudín. Y mira lo que dice aquí —señalo la etiqueta y volteo la taza para que pueda verla—. “Perfecto para el almuerzo o a cualquier hora”.

Con una mano en la cadera, Jess me mira como que estoy siendo una niña insoportable. Lanzo la taza vacía en el cesto de la basura a unos dos metros de distancia.

—Muy bien, escucha —exclama mientras hinca el tenedor en los huevos y toma un bocado—, lo que sucede con la semana de la carrera es que quiero que estés allí.

—Sí, pero ¿por qué? Doy vueltas en traje de baño para ganarme la vida. No estoy allá afuera volviendo a congelar el Polo Norte.

—Hay cerca de siete varones en mi clase, el resto son chicas. Se me ocurre que las niñas necesitan una influencia femenina, alguien que sea exitosa y alentadora.

—Genial, entonces ¿por qué no llamas a la Primera dama?

—Sophie, deja de bromear por un segundo. No estoy pidiéndote que vayas porque seas modelo, estoy pidiéndotelo porque eres muy inteligente y sé que darás una buena charla.

—Ya, ya. Está bien —arrugas de preocupación se extienden desde el extremo de mis cejas hasta mi frente. Me dirijo hacia el baño a tomar esa ducha—. Allí estaré.

—¿Lo prometes?

—Te lo prometo por la vida de mi madre.

—Pero, ¿qué no ella falleció?

—Sí.

—¿Entonces?

—Bueno, lo juro por Dios.

—No jures en el nombre de Dios, Sophie. Es pecado.

Cambio mi tono por uno más fuerte.

—Jess, se me esta haciendo tarde. Basta con mi palabra. Allí estaré.

***

«¿POR QUÉ DEMONIOS acabo de aceptar? ¿Por qué le dije que iría?»

Mientras subo en el ascensor del hotel New Yorker, me digo a mí misma que nadie puede culparme por decirle a Jess que haría algo que, en realidad, no quiero hacer. Sólo el tipo de persona más cruel puede ser tan honesto. Debo ver el asunto objetivamente y, aunque sea molesto o intolerable, iré a su clase y haré esto por ella.

Suena la campanilla y las puertas al cuarto piso se abren.

—¡Cavall!

Me siento como un ciervo encandilado por las brillantes luces de un automóvil, mientras busco la quejumbrosa voz femenina que me llama. Asumo que es mi agente, Kim Price, ya que ella es, virtualmente, la única persona en el mundo que siente la necesidad de llamarme por mi apellido. Dice que suena más atrevido. Miro más allá de las filas de tocadores iluminados y de las chicas semidesnudas y veo a Kim, caminando hacia mí como si fuera su presa. Recordándome a mí misma que no quiero ser una presa muerta, la observo con atención, súbitamente erguida. Ella es delgada y joven, se viste como si viviera en una casa de alta costura, y su corto cabello pelirrojo cae recto hacia abajo. Su sueño siempre fue ser modelo, y no hay duda de su belleza, pero su altura se quedó corta.

—¡Vaya, hasta que te dignas a llegar, mi querida y brillante estrella, sumergida en impuntualidad! ¿Dónde has estado?, ¿y qué pasó, por qué demonios estás así de empapada?

—¿No has salido? Está lloviendo a cántaros allá afuera.

—¿Y eso qué? ¡Usa un paraguas, como el resto de nosotros, maldición! —grita. Sus fieros ojos verdes brillan—. ¿Qué te dije sobre llegar temprano hoy? Sabes que el negocio no va bien, Cavall. Necesitas esto. Yo necesito esto más que cualquier cosa. Tus contrataciones están casi muertas, así que lo mejor es que llenes de gracia la pasarela como si el mañana no existiera.

—¡Ja! No por lo que me van a pagar.

La bordeo, pero ella tira de mi brazo y me bloquea el paso.

—¿Y a ti qué te picó? Los días en que podías escoger qué hacer se acabaron. Se fueron tus días de gloria. ¡Mira a tu alrededor! Mira a todas estas niñas recién salidas de la escuela. ¿Crees que no van a reemplazarte? ¡Piénsalo otra vez! Esta es una industria difícil. Siempre evolucionando, siempre cambiando, nuevas chicas, estilos frescos... la última tendencia de la moda... ¡Es eso lo que la mantiene andando! Si no está andando, no está funcionando. Si tú no estás andando, no estás funcionando. ¿Me estás siguiendo?

—Sí, sé muy bien en dónde trabajo. ¿Por qué estás diciéndome todo esto?

—Porque quizá te haría bien recordar... —se acerca para impedir que los demás escuchen—, quién eres. Eres un perchero. Un perchero que resulta estar sobre la cuerda floja. Un perchero que está en deuda conmigo y con la compañía para la que trabaja. Tick tock, Cavall. Ése es el sonido de tus días de modelo llegando a su final.

—Kim.

—Los percheros deben ser lindos y delgados, y todo gira en torno a la hermosa ropa que cuelga de ellos.

—Pero...

—Los percheros tampoco replican. Sólo escuchan. Tú haces lo que

yo te diga. Sin errores.

Instantáneamente, comienzo a preguntarme a mí misma. *«¿Me enviarán al depósito de chatarra, junto con todos los otros percheros que lo intentaron y fallaron después de romperse un brazo, después de romperse una pierna? Una vez que me haya vuelto vieja, gorda y arruinada?»*

—¡Cavall! —me reprende mientras yo miro al vacío—. ¿Escuchaste lo que acabo de decir?

Puedo escuchar a Kim perfectamente, pero mi capacidad de abstraerme de un tema también es impecable.

—Tu teléfono está sonando —le digo.

Ella palmea sus bolsillos, luego contesta el teléfono, dirigiéndose a su receptor como si él o ella fuera demasiado sordo o demasiado estúpido como para seguir instrucciones. Poco a poco, su voz comienza a amortiguarse a medida que me sumerjo en mí misma, preguntándome por qué tengo que poner tanta atención en lo que digo o hago, intentar mezclarme con otros seres humanos, pero Kim abre su boca dañinamente.

—¡Vamos, Cavall! ¡Muévete! ¡Despierta! —chasquea los dedos—. ¡Y, por el amor de Dios, alguien tráigale una toalla!

Me dejo caer en un tocador desocupado con bombillas resplandecientes alrededor del espejo. Tina, mi asistente usual de maquillaje, me rodea rápidamente mientras tres personas comienzan a trabajar en mi cabello. Mis ojos color avellana se ven cansados y caídos. Gotitas de lluvia penden de los pequeños cabellos dorados de mi frente redondeada, y amenazan con caer. Caen, caen, caen... allá van, deslizándose hacia mis cejas pobladas, hacia mis mejillas estrechas y hacia mi cuello largo.

—¡Sophie Cavall! —Tina me saluda con su frescura habitual—. Edes tú, shica? —su manera rápida de hablar, con ese patois jamaiquino único, siempre hace que me pregunte qué demonios acaba de decir.

Levanta mi mentón hasta hacerme mirarla.

—Sophie, ¿acaso tiedes un problema di oído?

—¿Qué?

Comienza a hablar más lento.

—Dije, ¿cuándo fue da údima vez qui dormisde? ¡Dio' mío, adeglen esas ojedas! —suavemente, golpea la piel bajo mis ojos—. ¡Se ven horribles!

—Ah... sí —mi cabeza comienza a comprender su discurso—. Lo siento, mi piel está echa un desastre.

Después de preparar mi rostro, se da la vuelta y hurga en su equipo de maquillaje. Aplica base en el dorso de su mano y pasa un pincel sobre ella. Luego lo pasa sobre mi cara.

—Entonces, ¿cómo está toddo? ¿Cómo está' dú?

Exhalo con dificultad.

—Exhausta.

—¿Exhausta? ¿Exhausta da qué? —pregunta, con ojos inquisitivos muy abiertos—. ¡Debo taner doble da tu edad! Tengo das hijos, deudas par montoun y mi marido acaba de dajarme par una zorrita blanca de culo flaco.

—No lo sabía... yo... lo siento.

—Todo bien. Voy esdar mejor sen él da toda formas —responde sin cuidado—. Pero te digo algo... ere' una mujer bonita y tiene' vida bonita. ¡Ere' coun suerte, Sophie Cavall! Mejor comenza a apreciar, muñeca.

—Sí, claro, soy la más afortunada.

Me siento en silencio, analizando mi suerte caída del cielo, durante el arranque de mi belleza. Cuando los profesionales terminan, me levanto para abrirme paso a través de un torbellino de chicas altas y delgadas, con ropa interior de diseñador y tacones aterradoramente altos.

El director corre de un lado a otro, cacareando como gallo porque hay chicas que aún no están listas para formar la alineación.

—¿Dónde están mis modelos?

Rápidamente, arranco mi atuendo de su gancho en los bastidores y lo deslizo sobre mi piel, todavía helada por la lluvia. Es un babydoll transparente, color piel, con detalles de encaje y un lazo negro en la cintura. Una delgada modelo se detiene a mi lado. Tiene un cigarrillo entre sus dedos. Con los ojos cerrados y la cabeza ligeramente hacia atrás, expulsa lentamente un humo azulado a través de sus labios pintados y su nariz perfecta.

—¿Quieres un cigarro? —me ofrece.

—Muero por uno —tomo un Marlboro y, mientras saboreo el aroma dulzón de los químicos y el papel quemándose, no puedo evitar relajarme. Todos podemos volvernos adictos a algo que aleje nuestros problemas.

La chica enflaquecida inhala su último Marlboro y lo pisotea con la punta de su tacón de aguja. Estoy en mi pequeña burbuja de humo, cuando ella comienza a decir que su novio vendrá a ver el show. Quiero decirle: "¿De verdad? ¿A quién le importa lo que pase contigo o con tu novio?" Pero no, eso no parece algo que diría un bondadoso miembro de la sociedad. Maldigo internamente mis pensamientos errantes y me obligo a pensar una respuesta casual más agradable y cívica.

—La mayoría de las modelos sólo se preocupan por la grasa, por posar y caminar por la pasarela —es todo lo que se me ocurre—, y por no tropezar.

—Obviamente no lo conoces —exclama—. Él hace que Liam

Neeson se vea como un cobarde.

—¿Liam Neeson?

—¿Has estado viviendo bajo una roca? Liam Neeson, el actor de *Taken*... ¿Sabes, la *película*? La hija es secuestrada, el padre la rescata, esa película.

—No lo entiendo.

Ella niega con la cabeza.

—Dios, no tienes esperanza. Liam Neeson te busca, te encuentra y te mata... es sólo una forma de hablar, por supuesto.

Nada como ser considerada cinematográficamente inepta por una modelo de pasarela con problemas de noviazgo. Aparto el cabello de mi cara y le deseo buena suerte.

—¡Sí! ¡Es exactamente eso lo que Liam Neeson dice en la película!

—Es decir, con un novio como el tuyo... —le doy un toque al cigarrillo—, si va a buscarte, encontrarte y matarte... pues, buena suerte, amiga. Parece estar loco.

Sus ojos, del color del apio, adquieren un aspecto lejano y miserable. Su boca se arruga, quizá porque su novio no está loco, o quizá porque sí lo está. Enciende otro cigarrillo.

El director grita por encima de la música.

—Chicas, ¿por qué ustedes no están alineadas?

Aplasto mi cigarrillo y corro hacia la formación como una colegiala de matemáticas al almuerzo.

—Tú modelarás cinco piezas —me dice—. El atuendo de apertura es importante, cariño. Así que... hazme un hombre feliz.

Me acaricia el brazo, como siempre, tan pecaminosamente.

—Muy bien chicas, aquí vamos... cinco, cuatro, tres, dos, uno —me da una nalgada cuando dice—, ¡vamos, Sophie, vamos!

***

A LA POSFIESTA asisten modernos amantes de la moda —distintivamente jóvenes, bien vestidos, con bebidas burbujeantes en la mano. A través de las aburridas y monótonas conversaciones acerca de lo maravilloso que estuvo el show, lo genial que estuve y lo espectacular que lucía, comienzo a abstraerme.

—Con permiso —le digo a la gente agrupada a mi alrededor. Estoy anhelando un poco de sentido en este aplastante mar de cháchara sin sentido. ¿A quién demonios le importa que la pulsera de no sé quien es Cartier? y ¿qué alguien se vio obligado a vender uno de sus tres jets privados? Por el amor de Dios, ¡háblenme de algo importante! Desde que era niña, aprendí a manejar una multitud: a sonreír, a halagar y a lucir interesada. Mi madre insistió en que desarrollara una personalidad. “La gente con buena personalidad va a

lugares bien remunerados, Sophie", decía ella. *«Mira a dónde me ha traído todo eso, madre.»* Si ella estuviera viva, moriría pronto al escucharme decir eso. Ahora soy un camaleón de personalidades que adapta su piel al medio ambiente. Cuando me enfrento a la necesidad de mezclarme con una multitud de personas, recurro a mi más extrovertido álter ego y me dedico al preámbulo de los temas actuales. Pero casi nunca lo disfruto.

Doy por vencida la posibilidad de encontrar cualquier tipo de conversación real y me escabullo de la fiesta. En mi camino hacia afuera del hotel, me echo encima un impermeable y coloco un sombrero de fieltro negro sobre mi cabeza.

Voy delineando mi camino alrededor de charcos y manteniéndome alerta, por si aparece algún taxi con las luces encendidas. La luz del día se cuela a través de la gruesa pared de árboles. La lluvia sigue haciendo estragos, empapándome por completa. Las hojas, separadas de sus ramas, son aplastadas y empujadas con cada gota de lluvia.

Por el rabillo del ojo, veo una sombra de movimiento. Me congelo. Miro a mi alrededor. Los neumáticos chirrían al detenerse. Mi pulso martilla a medida que una furgoneta zumba a mi lado y se detiene en la cuneta, a sólo una pulgada de distancia. Un hombre encapuchado, con una máscara completa negra, tira de la puerta lateral y salta hacia afuera. Estoy entumecida por el pánico, aterrada, mi corazón palpitando de miedo. Pienso en la amenaza que recibí hoy y todas las demás que he estado ignorando. Una por una, imágenes fugaces cruzan mi mente.

El hombre enmascarado está sobre mí en un parpadeo y desliza un brazo alrededor de mi cuello. Su otra mano cae bruscamente sobre mi boca. Entre gruñidos amortiguados y agitadas maniobras, el sombrero sale volando de mi cabeza y se me ocurre que, quizás, él tenga el elemento sorpresa, pero yo tengo el elemento dientes. El instinto de lucha reemplaza completamente el pánico y comienza el juego.

Estalla en un ruidoso grito cuando muerdo su mano huesuda, con todas las fuerzas que puedo. Se apodera de un puñado de mi cabello y tira de él. Yo agarro su muñeca, intentando quitármelo de encima, y hundo mi tacón de aguja en uno de los laterales de su zapato. Eso no lo hace caer sobre sus rodillas, pero al menos lo distrae.

Pude haber corrido. Debí haber corrido; pero en lugar de eso, doblo mis rodillas, giro las caderas y levanto los puños apretados frente a mi pecho. La Máscara ve mi comportamiento y se ríe. Yo equilibro mi peso y lanzo mi pie directo a su estómago, haciendo que se estrelle contra la camioneta. Ya no está riéndose. Balancea un golpe hacia mí y me acuclillo, pero logra golpear mi barbilla con un gancho.

Otro golpe se hunde en mi carne, por debajo de mi ombligo. Me doblo sobre mí misma mientras él me saca el aliento. Abro la boca y comienzo a toser.

Un minuto estoy haciendo progresos importantes y, al siguiente, él está envolviendo sus brazos como palos de escoba alrededor de mi cintura nuevamente, presionando mi espalda contra su pecho y arrastrándome hacia atrás. Todo sucede tan rápido.

«Se acabó. Va a llevarme. ¿A quién quise engañar?» Puedo sentir cómo me agoto rápidamente mientras intento escapar de su férreo control.

Vislumbro a un segundo hombre vestido de traje que se adelanta. No puedo luchar contra dos hombres. Oigo un grito. Vuelvo a congelarme de nuevo o caigo en pánico, o ambas cosas. La Máscara me da un fuerte empujón hacia adelante y salta dentro de la furgoneta. Gimo mientras embisto al segundo hombre —mi pecho contra el suyo— derribándonos a ambos contra el pavimento. Es una caída tremenda.

—¿Estás bien? —dice por encima de la lluvia, con una voz tan profunda y grave.

Mi largo cabello cuelga sobre el rostro del hombre como una cortina de seda mojada, oscureciendo lo poco que puede ver. Gruesas gotas de lluvia se aferran a mis pestañas, resbalan por mi rostro, humedecen mis labios y fluyen a lo largo de mi cuello. Aquí estoy, medio secuestrada, sin palabras, flotando sobre un hombre en una lluvia helada que desborda las alcantarillas, y no se me ocurre levantarme. Pero él es tan audaz como yo porque, súbitamente, toca mi rostro como si quisiera asegurarse de que aún estoy en esta tierra, y luego echa mi cabello hacia atrás con su mano. Si hubiera estado de pie, me habrían fallado las rodillas.

Mi frente se arruga. Quiero decir: “Sí, eso creo”, pero no lo hago. Lo miro brevemente y el aliento se traba en mi pecho. Me apresuro a bajar de él. A mitad de camino, resbalo y caigo sobre mi espalda. Me escabullo hacia atrás, caminado con manos y pies hasta estar completamente lejos de su pecho.

Él se apoya en los codos.

—No voy a lastimarte.

Percibo una pizca de honestidad en su voz, y probablemente ve el terror en mi cara, pero mi cuerpo ya ha tomado su decisión. Me levanto del suelo y huyo tan rápido como mis tacones me lo permiten.

DOS

CUANDO ESTABA CRECIENDO, el dinero, las comodidades y las expresiones de amor eran escasas, como se puede suponer que lo son para la mayoría de las personas nacidas de una madre soltera y un padre ausente, registrado como un delincuente sexual. Antes de que mi madre fuera separada de mí a los seis años, ambas vivíamos en Toms River, Nueva Jersey, en una casa móvil del tamaño de los vestidores de algunas personas. Cuando apenas tenía algunos meses de edad, ella se topó con un casting que buscaba bebés para una campaña publicitaria de Pampers en Nueva York. Afirmando que las demás mujeres la detendrían en la calle para admirarme, me vio como su oportunidad de oro para hacer montones de dinero. A la vuelta de un par de meses, mi cara rosada de bebé apareció en los empaques de varios pañales Pampers. Desde allí, las cosas escalaron bastante rápido hasta los concursos de belleza infantil, que eran pura demencia. Y fue así como comenzó todo, el impulso constante por la belleza y la perfección.

Mi relación con mi madre no fue, ni de cerca, todo lo agradable que yo habría querido. En mi casa no existían las quejas, sólo debía mentir y decir lo que creía que mi madre quería escuchar. En líneas generales, fue una madre difícil, sin ningún ingreso además de las ganancias de mis concursos de belleza. Al ser hija única y, además, su único boleto hacia la fama y la fortuna, ella quería que actuara como una princesa todo el tiempo, que usara vestidos bonitos y que sonriera con deleite permanentemente. Para su desgracia, comencé siendo un bebé tranquilo, para luego convertirme en una niña poco femenina, que prefería estar afuera corriendo y jugando en el lodo, en lugar de jugar con muñecas y afelpados ositos de peluche. En realidad, yo era una niña mugrienta. Cualquier suciedad la atraía. Esto enfurecía a mi madre sin medidas, y ella me lo hacía saber a cada instante. Hubo muy pocos encuentros físicamente violentos. Usualmente, ella sólo me derribaba con una de sus miradas cascarrabias o alguna frase de mal genio.

No todo fue infierno y guerra. Solía contarme historias antes de dormir, envolverme en una manta y arroparme hasta la nariz para que el frío no me alcanzara. De todas formas tenía frío, pero me sentía bien. Guardó todos mis premios, tiaras y recortes de periódico de cuando era una estrella de concursos infantiles, lo que me hace pensar

que estaba orgullosa de mí. El dinero, no lo ahorró exactamente. Han pasado años desde su muerte, pero la mayoría del tiempo me siento como si aún estuviera viva.

Pienso en mi madre durante un instante mientras me examino en el pequeño espejo de baño de mi apartamento. Me veo como si me hubieran arrojado a un abismo de mierda tan poco atractivo que mi madre probablemente se revolcaría en su tumba. Estoy usando una camiseta gris extra grande con unos shorts azules de pijama, mi cara está despojada de maquillaje y dignidad. Mi cabello está rezagado hacia abajo, horrorosamente plano y sin vida, y un letrero virtual de "Estamos cerrados por la noche" cuelga de mi pecho.

Una desagradable mancha amarillenta y púrpura está comenzando a emerger por debajo de la piel de mi barbilla. Cuidadosamente, y apenas con la punta del dedo, unto aloe vera por encima y en los alrededores del moretón. Jess tiene una farmacia de medicinas y remedios en el gabinete de la cocina. "Sólo por si acaso", dice todo el tiempo.

Mientras me acurruco cómodamente entre las sábanas de mi cama, Jess entra sigilosamente a mi habitación. Su alta y castaña cola de caballo cae como una fuente y una máscara de dormir cuelga alrededor de su cuello. Me pregunto cómo es posible que esté preparándose para dormir y aún luzca perfecta.

Se acerca y sacude microbios imaginarios de la cama antes de sentarse cuidadosamente, como si aún quedaran algunos gérmenes.

—Te traje un poco de té de manzanilla para que puedas dormir.

Me pasa la taza y encierro mis manos alrededor del vidrio cálido, antes de tomar un sorbo.

—Gracias. Probablemente necesito todo un plantío de té para que eso pase.

—En serio, ¿cuánto tiempo duermes en un período de 24 horas? Sé honesta.

—No lo sé... tres, cuatro horas cada dos noches.

—¡Dios mío! ¿Cómo logras vivir contigo misma?

—Buena pregunta.

Ella suspira mientras agacha su cabeza. Me observa a través de sus gruesas pestañas.

—¿Cómo estás con todo el asunto del intento de "levantón"?

Se me escapa una sonrisa.

—¿Qué es tan gracioso?

—La palabra "levantón" —respondo—, es una palabra muy extraña, ¿no lo crees? Es decir, no estaba tomando una siesta cuando sucedió.

—No deberías bromear con eso.

—Claro... —respondo y luego sorbo mi té.

—¿Crees que lo que pasó hoy tenga algo que ver con esas amenazas que has estado recibiendo?

—No lo sé —coloco suavemente la taza sobre la mesa de noche—. Continúas haciéndome preguntas para las que no tengo respuesta. No sé qué pasó, no sé por qué pasó... ni siquiera sé cómo me siento con lo que pasó. Todo lo que sé es que mañana será otro día.

—¿Así de simple?

—Así de simple.

Jess no se rinde tan fácilmente.

—Si lo que quieres es actuar como si nada paso, pues bien por mí. Sophie, eres una mujer fuerte, pero no tienes que serlo todo el tiempo. Dios ayuda a aquellos que se ayudan a sí mismos. Creo que deberías hablar con la policía... con tu tía... con alguien. Ya sucedió una vez. Podría volver a suceder. Alguien necesita saber de esto.

Inhalo profundamente y exhalo con un gruñido, masajeándome las sienes con mis dedos.

—Escucha... hazme un favor. No le digas a nadie acerca de esto. Me rehúso a pensar en lo que pasaría si alguien llegara a enterarse. Y con alguien, me refiero a los medios. No creo que pueda manejar todo ese escándalo, mucho menos convertirme en objeto de lástima.

—No eres objeto de lástima.

—Hablo en serio, Jess. Ni un alma fuera de estas paredes.

—¿Cuándo te he decepcionado? Mis labios están sellados.

Realiza un movimiento con el índice y el pulgar por encima de su boca.

Ya puedo imaginarme el New York Post: “Modelo Teme por su Vida”. En grandes letras negras, impresas encima de una foto mía huyendo de la prensa. “Sophie Cavall enfrenta un atentado de secuestro en pleno centro de la ciudad de Manhattan”. El encabezado grita, “Lea todos los detalles adentro” con un texto en letras rojas y un par de enormes signos de exclamación encerrando la palabra “Exclusiva”.

Jess atraviesa mis capas de pesimismo para decirme que su novio llamó.

—Se acabó el turno nocturno de Éric —me dice—. ¿Te parece bien si se queda a dormir esta noche? Creo que te sentirías más segura si él está cerca.

Quiero decirle que me sentiría más segura caminando en bikini, por un pasillo de Nueva York, durante la noche; pero entonces caeríamos en el tema de por qué me niego a llevarme bien con su novio. Simplemente no estoy de ánimos para decirle la verdad. No tengo idea de qué decir y tampoco energías para averiguarlo. Antes de darme cuenta, y por segunda vez en el día de hoy, le digo a Jess que estoy “de acuerdo” con algo con lo que no lo estoy.

El timbre del apartamento suena alto en el fondo.

—Yo voy —dice Jess—. Seguramente es Éric.

Y se va. Al escuchar el sonido de risitas entrecortadas, asumo que es Éric. Me hundo en mi cama y tomo otro sorbo de té pero, algunos minutos después, Jess irrumpe de nuevo en mi habitación.

—¡Sophie! ¡Rápido! ¡Levántate!

Me estremezco y suelto la taza de té caliente, que se derrama por todo el cubrecama. Se disculpa al menos diez veces y seca mi cubrecama.

—No quise asustarte —me dice—. Hay alguien afuera que quiere verte.

—¿Quién? —mi mente es un chorro furioso de confusión—. No estoy esperando a nadie. Nadie debería estar aquí.

—Bueno... quizá debas ir a ver quién es.

—No quiero ir a ver quién es. Sólo quiero dormir y olvidar lo que pasó hoy. Dile que se vaya.

—Sophie, no seas simple. Sólo levántate. Quizá te guste la sorpresa.

La miro con aflicción. Puedo notar que está emocionada porque rápidamente coloca mi cabello en orden. Es mi madre de nuevo.

***

YO NO LE llamaría a *esto* una sorpresa. Una sorpresa habría sido Antonio, mi arrendador puertorriqueño, apareciendo para decirme que no tengo que pagar el alquiler de este mes porque él es comprensivo de esa manera. Una sorpresa habría sido que el cartero, Fred —tiene casi ochenta años—, viniera personalmente a decirme que recibí una carta que dice que gané la lotería. Así que, yo no le llamaría a *esto* una sorpresa, esto es más bien un shock.

A medida que me acerco a la puerta, me inmovilizo como una estatua. Mi rostro se atasca en su expresión más aterrada ante la visión de él —de ese hombre— justo aquí, en mi apartamento. Se ve tan diferente, de pie en la puerta, de lo que se veía cuando estaba sobre él en la calle. Por alguna razón, ahora mi letrero dice "¡Estamos abiertos!".

—Hola, Sophie —recuerdo su voz, suave pero poderosa, con un rastro de ronquera.

—Eres tú —digo entre confundida y emocionada.

Puedo notar que él es uno de esos hombres; esos a los que todo les sale bien. Siempre listo para sacarle un guiño a cualquier mujer con su traje pulcro, sus zapatos lustrosos y una correa de metal brillante ajustada a su muñeca. Para adivinar, es un pez gordo de los negocios, de familia aristócrata, con más dinero en su cuenta de banco

que sentido común en la cabeza... metido en asuntos de acciones y bonos y finanzas de las que yo no comprendo nada en lo absoluto.

Pero él no parece, simplemente, un hombre rico. No, nunca puede ser tan simple. ¿Acaso alguna vez es así de simple? El azul de sus ojos es otra cosa, algo fuera de este mundo, casi translúcido, brillante. Su cabello oscuro —del color de los granos del café tostado, un poco largo—, se enrosca ligeramente en su frente y cubre parcialmente sus oídos. La palabra "indomable" viene a mi mente.

—Me alegra saber que estás viva y bien —dice con sus manos detrás de la espalda como si no tuviera ni una sola preocupación en el mundo. Estoy segura de que así es.

—Pues, estoy viva. ¿Cómo me encontraste?

—Pregunté.

—¿A quién?

—Te lo explicaré. ¿Puedo entrar? —su tono implica que ya conoce la respuesta.

—No —respondo de forma clara y rápida. Me siento tremendamente consciente del té en mi camiseta y de mi falta de glamour usual en presencia de un hombre como él. Un hombre que luce como alguien que no está acostumbrado a recibir un no por respuesta.

—¿Por qué no?

—No te conozco —respondo con firmeza, intentando apartar los ojos de él.

—Lo siento —se acerca un poco y sonríe—. Mi nombre es Óliver —hace una pausa—, Óliver Black. No estoy aquí para causarte problemas. Me gustaría conversar contigo en privado, sobre lo que ocurrió hoy.

Parpadeo un par de veces sin saber cómo responder. Los pequeños vellos de mi cuerpo se erizan.

—¿Exactamente sobre qué de lo que ocurrió hoy?

—Sólo me tomará un minuto.

—¿Eres policía?

Me sonríe revelando unos dientes derechos y perlados. El hombre sabe cómo sonreír.

—¿Parezco policía?

—No... pero actúas como uno.

—¿Ah, sí?, ¿en qué manera?

—Pues, como yo lo veo, sabes mi nombre, me rastreaste y estás aquí por alguna razón.

—Algunas personas llaman eso determinación. Cuando quiero saber algo, generalmente averiguo.

Comienzo a luchar una batalla interna. Por un segundo, paseo mi mirada alrededor en busca de algún objeto que pueda usar para

golpearlo si intenta algo. En mi cabeza giran toda clase de planes de escape. Antes de darme cuenta, me hago a un lado y le indico que pase. Siento un pequeño espasmo de inquietud al percibir su colonia tras él y, en mi cuerpo, crece el anhelo por placeres que usualmente no me permito sentir.

Él da una vuelta por la sala de estar. Me deslizo hasta la cocina y tomo el teléfono, sólo en caso de que tenga que llamar al 911.

—Bien, ¿qué puedo hacer por usted Sr. Black?, ¿no es reportero, o sí? —digo, lamentándome por no haberlo preguntado antes. Sea lo que sea, el no es común.

—Te sientes incómoda porque no puedes leerme, ¿cierto? —responde calmadamente—. La expresión en tu rostro me lo dice.

Sonrío, pero no sin esfuerzo. Por dentro estoy pasándolo bastante mal.

—No se preocupe por mi cara.

—No soy reportero. Y llámame Óliver —tiene mi sombrero en la mano—. Olvidaste esto hoy. Pensé que quizá lo querrías de vuelta —se acerca lentamente y lo presiona con suavidad sobre mi cabeza. Mi cuerpo se relaja de un tirón, haciendo que mis rodillas se sientan débiles. Él da un paso hacia atrás y observa mi cabeza—. Te queda bien —aguarda un momento y luego agita vagamente una mano sobre mi cuerpo—, bueno estoy seguro que todo te queda bien.

Su audacia me deja perpleja.

—¿Es por eso que viniste? —me arranco el sombrero y lo arrojo sobre el sofá como un Frisbee. Mis mejillas se calientan y todo en mi interior parece estar siendo presionado, como si estuviera en una montaña rusa. Excepto ahora, no puedo gritar, subir los brazos al aire y dejarme llevar por las emociones de mi cuerpo. Todo lo que puedo hacer ahora es aguantarme y esperar que todo acabe pronto.

—No te gustan los cumplidos.

Me doy la vuelta y lo miro a los ojos, el color azul claro de un glaciar noruego y el ardor del hielo. Sus cejas —difusas y gruesas—, profundizan su firme mirada. Todo en él es una distracción.

—Sabes prestar atención.

—Sí. Cuando estoy interesado —responde, dando una vuelta—, pero no estoy aquí para buscar una cita —estudia mi apartamento, observando el sofá, el televisor... y yo lo estudio a él. Con su comportamiento basta para saber que no soy la única que lo considera bien parecido—. ¿Te mudaste hace poco?

«¿Qué clase de pregunta es ésa?»

—No... —miro alrededor, insegura de mi respuesta—. ¿Por qué?

—Este lugar se ve deshabitado. Un apartamento modelo, es decir.

—Ah, eso —contesto—. Mi compañera de cuarto cree en la limpieza. Mientras menos muebles, menos caos, supongo.

—¿Y tú en qué crees?

—Pues, no creo que alguien deba sentarse sobre comida podrida y arrejuntarse con las cucarachas. Creo en la limpieza, sí; pero no aspiro a mantener el estilo de un apartamento modelo. *«¿Por qué estoy explicando estas cosas?»*

—¿Por qué no?

—Porque, en realidad, nadie vive en un apartamento modelo. Nadie es tan perfecto. Al menos no yo.

—Ya veo —responde mientras asiente una vez y sonríe.

La puerta frontal se entreabre muy suavemente, pero el ruido que hace es suficiente para hacerme voltear a ver. Éric, el novio rubio y de ojos azules de Jess, entra a la sala, aún con su uniforme médico puesto.

Le echa un vistazo a Óliver y él se lo regresa de inmediato.

—¿Quién eres tú? —brama Éric.

Jess llama a su novio desde el cuarto y Éric, con actitud molesta, se dirige hacia el llamado andando como si formara parte de un grupo de encadenados. Me siento en el sillón. Froto mis palmas sudorosas contra mis muslos y me dejo hundir lentamente en el sillón, sopesando las cosas, intentando mantener la sensatez.

Óliver desabotona la chaqueta de su traje y se sienta en el sofá frente a mí.

—Pensé que esto sólo tomaría un minuto —le digo, fastidiada por mi reacción hacia él—. Ha sido un minuto muy largo.

Él sonríe con elegancia y sensualidad.

—¿Qué estás haciendo con ese moretón?

«Dios, qué voz tan hermosa.»

—¿Qué?

—Tu barbilla —su enérgica sonrisa se convierte en una línea dura en su rostro—. ¿Te duele mucho?

Quiero decirle que duele como el infierno, pero no estoy ni cerca de admitir mi fragilidad. Me encojo de hombros.

—Viviré.

—¿Te has puesto hielo?

—Sólo un poco de aloe vera —trazó cuidadosamente un dedo alrededor del moretón—. Ya está mejor.

—El sangrado bajo la piel continuará extendiéndose durante un par de días. Colócate un poco de hielo en la barbilla. Eso te ayudará con la hinchazón. Después de un día o dos, aplica un poco de calor, eso hace que el cuerpo elimine la sangre floja del área.

Arrugo el entrecejo.

—¿Acaso eres un especialista en moretones?

—Sólo hablo por experiencia.

—No me pareces el tipo de hombre al que le gusta pelear.

Su mirada es dura, casi fría.

—No me conoces. No sabes qué tipo de hombre soy.

—No, no lo sé —replico—, y tú tampoco sabes nada de mí.

Se recuesta en el sofá y cruza las piernas. Yo no reacciono, aun cuando la forma en que me mira es casi aterradora, como si pudiera ver a través de mí.

—Bueno, eres muy rápida para defenderte ante el peligro —dice resueltamente—. Eres una luchadora. No te rindes tan fácilmente. Ese ataque en el que estuviste involucrada... alcancé a ver lo que le hiciste al agresor. ¿Dónde aprendiste a pelear así?

Sonrío un poquito al recordarlo.

—Tuve suerte.

—La idea de que una fuerza incontrolable otorgue efectos beneficiosos a la vida de una persona es ridícula. Eso fue pura habilidad.

—Oye, ¿qué quieres que te diga?

—Lo que estás pensando —suena muy serio—. Yo digo lo que pienso, así que tú tampoco deberías guardarte nada.

Mis ojos se apartan de los suyos.

—No lo sé —replico, sacudiendo la cabeza—. Cuando has visto el lado de la vida que yo he visto, simplemente aprendes a sobrevivir. He estado en lugares oscuros.

Eso parece despertar su curiosidad.

—Lo comprendo. Me alegra ver que saliste ilesa.

—Tengo una barbilla golpeada que dice lo contrario y otro moretón en el estómago por el golpe.

—Pues, relativamente ilesa entonces —su voz es firme—. Sí, él te golpeó. Te pegó en la cara y, aun así, aquí estás, hablándome sobre lo que pasó. Yo creo que ganaste.

¿Qué sentido tiene la vida si lo haces todo medianamente bien?

Río amargamente.

—No gané. Simplemente no he perdido todavía. Tengo la sensación de que, lo que sea que haya sucedido hoy, aún no termina —no puedo creer que por fin dije lo que había estado pensando durante todo el día, y precisamente a él.

—Sophie —dice, intentando razonar conmigo.

—¿Qué? —mi tono es descuidado—. Fue estúpido de mi parte creer que podía enfrentar a un criminal que, claramente, está acostumbrado a ser un criminal. No sé exactamente cuáles sean las técnicas de las artes marciales.

—Ah, pero yo sí. Y puedo decirte algo, es nuestro mecanismo primordial de supervivencia el defendernos al ser atacados —responde con una mirada indolente que me hace sentir un poco chiflada—. En todo caso, fue natural. Desafortunadamente, estoy de acuerdo contigo

en una cosa... —baja tanto la voz que apenas puedo escucharlo—, esto no ha terminado.

Exhalo con fuerza, dándome cuenta de que he estado conteniendo el aliento.

—¿Qué quieres decir?

—Lamento haberte hecho perder el tiempo. Me temo que no tengo mucho que explicarte ahora. Aquí está... lleno de gente.

—¿Quiénes?, ¿ellos? —miro hacia la habitación de Jess—. No te preocupes, son inofensivos.

—Sabes una cosa... —dice, inclinándose hacia adelante—, la mayoría de las mujeres son atacadas por alguien a quien conocen o en quien confían, ya sea alguien con quien estén relacionadas o involucradas íntimamente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque te conocen. Saben exactamente cuándo y a dónde apuntar.

Mi cuerpo se tensa con la gravedad de sus palabras.

—En cuanto a nuestra conversación, podemos continuarla en un lugar más privado. Puede ser mi oficina, el jueves a la una en punto. Hay algunas cosas que necesito discutir contigo.

—No creo que eso vaya a suceder —respondo con brusquedad, antes de tragar la poca saliva que queda dentro de mi boca.

—¿Por qué no?

—Mi agente se encarga de manejar mi agenda. Es con ella con quien deberías hablar, e incluso después de que lo hagas, no creo que eso vaya a suceder.

Me levanto y él continúa...

—Kim no representa ningún problema. Eres una mujer ocupada, pero yo soy un hombre de recursos. Puedo asegurarte que el asunto ya está arreglado.

Su boca mantiene una curvatura que me hace pensar que está encantado, como si yo ya fuera suya durante ese momento del día.

Mi cara probablemente refleja confusión.

—Lo siento. ¿Hablaste con Kim?

—No. No particularmente. Sólo sé que ella es la mujer con quien se debe hablar si alguien necesita algo de ti.

Deslizo el dedo sobre mi labio como si estuviera aplicando bálsamo para labios.

—Pues, buena suerte convenciendo a Kim de que acepte lo que sea que quieras que acepte.

Mi respuesta lo hace sonreír.

—Otra vez con el asunto de la suerte. Te veré en mi oficina, Sophie. El jueves. Descansa.

Una vez que lo veo atravesar la puerta, me hundo contra ella,

frotándome la cara con cansancio. La salida de un hombre de su calibre —sin mencionar los eventos de hoy—, me ha dejado exhausta. Ansiosa. Agotada. Óliver no hizo más que decir unas cuantas palabras, pero sin duda, tiene una manera especial de decirlas. Una manera muy suave.

Me levanto, atravieso mi cuarto a la carrera y, cuidadosamente, me asomo a la ventana a través de una abertura en las cortinas. Justo como lo sospeché, una limosina brillante está estacionada afuera del edificio, y allá va Óliver, siendo llevado en el asiento trasero por quien, imagino, es su conductor. Antes de entrar, levanta los ojos hacia mi ventana y atrapa mi mirada. Debe haber sabido hacia dónde mirar. Sonríe como un niñito que acaba de lograr su propósito. Me aparto de la ventana y apago las luces con el corazón golpeando incansablemente contra mi esternón.

Colapso rápidamente en la silla de mi escritorio, levanto la tapa de la laptop y abro Google. Termino de escribir la última letra de su apellido y, de inmediato, aparece una lista desplegable de las predicciones de búsqueda. Óliver Black aparece en la parte superior de la lista. Paso el puntero del ratón por encima de su nombre y me asalta la duda de si hacer clic o no.

Finalmente, presiono sobre su nombre y allí está él, en todo su esplendor, en Wikipedia y Forbes y Business Insider y en otros quinientos mil enlaces. Abro un montón de ventanas en mi buscador. Oliver Black: segundo nombre, James, veintinueve años, empresario estadounidense, artista marcial, activo en los mercados globales del medio ambiente, ingeniería y construcción. Tiene un rol en el Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas, en áreas como finanzas y desarrollo sustentable.

Los minutos se van volando. Leer sobre Óliver y su vida, es como intentar estudiar para un examen universitario imposible. Es complicado, y parece haber poca información además de lo superficial.

Jess llega volando a través de la puerta.

—¿Ya se fue? ¿Quién era él? —observa la pantalla de la laptop. Cruzo los brazos y pongo los ojos en blanco, mientras siento su suave euforia e imagino su cerebro encendiéndose como un árbol de navidad.

—No quiero escucharlo —le digo, sacudiendo mi cabeza.

—Pero si ni siquiera he dicho nada —señala, indignada—. ¿Cómo sabes que no quieres escucharlo?

—Ya sé lo que vas a decir y no me va a gustar.

—¿Estás bromeando?

—¿Me estoy riendo?

—Sophie, vamos —dice suavemente—, deja de actuar como un

bebé.

—Si por “bebé” te refieres a que estoy siendo honesta sobre lo que siento, entonces bien. Necesito comportarme más así. Entonces, cumplido aceptado.

—Eres increíble, ¿lo sabías? —dice, probablemente viendo a través de mi estrategia.

—Es mi mejor cualidad —alardeo—.

—¿Por qué no quieres hablar sobre él?

—Porque no quiero.

—Ok, ¿y qué tal sobre su...?

—Dije que no.

—Sophie.

—No.

Un segundo de silencio se cierne sobre nosotras, luego Jess no logra soportarlo más.

—Ay, ¡por el amor de Dios!, ¡el tipo es un gran partido!, ¿y qué? Supéralo —dice, muy rápidamente.

Abandona la habitación, y me digo a mí misma, enfocándome en la pantalla: “Sí, es un gran partido”.

***

AL DÍA SIGUIENTE, termino enfrentando otra dura prueba. Jess sale de su salón de clases y me encuentra sentada en un banco, junto a un pequeño niño regordete que sorbe un Capri Sun, sin dejar de mirarme.

Ella se ríe en voz baja.

—¿Estás lista para entrar?

—Tanto como lo estaría una quinceañera para ser madre.

—¿Por qué debes bromear así todo el tiempo?

—Jess, ya deberías saber que mi humor es autocrítico. No tengo ningún problema en reírme de mí misma.

—¿Por qué? No creo que sea apropiado.

—Significa que no me tomo las cosas demasiado en serio —o, al menos, eso es lo que creo que significa.

—Escucha, estarás bien. Los niños te amarán, lo juro.

Me levanto y arreglo mi simple camisa abotonada azul claro y mis pantalones blancos. Mi cabello está peinado en forma casual, con una división en el centro y dos partes que caen a ambos lados como el personaje de alguna pintura del renacimiento.

—Espera. Espera un minuto —la alcanzo y agarro su codo—. No sé si deba hacer esto. ¿Qué se supone que tengo que decir?, ¿hola, me veo linda con un vestido?

—Sólo tienes que ser...

—Por favor no digas “tú misma”.

—¿Ahora qué?

—Es el peor consejo que le puedes dar a alguien. ¿Qué tal si soy una calumniadora o un asesino en serie? En ese caso, no funcionaría, ¿cierto?

Ella suspira, como anticipándose a una migraña.

—Ok, esto está muy extraño, no entiendo por qué te sientes intimidada por un montón de niños de cuarto grado —dice mientras abre la puerta de una habitación llena de fervientes almas—. ¡Eres una figura pública, por el amor de Dios! Así que contrólate y actúa como tal.

Quiero protestar y preguntar el eterno "¿por qué?", pero luego recuerdo cuando era una niña y mi madre me decía: "porque yo lo digo. Por eso".

Y allí está otra vez... esa voz... la voz de mi madre... saliendo de los lugares más oscuros e insospechados de mi interior. Continúa volviendo desde un lugar lleno de dudas para arrastrarme profundamente hacia abajo hasta que no puedo escuchar ninguna otra voz aparte de la suya. Cada vez que me sucede, quiero taparme los oídos y decir: "Lalalala... no puedo escucharte, Susan", pero sí puedo y lo hago.

Entro a un salón tan lleno de luz natural que me siento a punto de arder hasta las cenizas. Los estudiantes se sientan con los pies apoyados en el suelo, las palmas juntas y los codos sobre sus verdes escritorios. Las paredes blancas están cubiertas por una serie de carteles y por las coloridas producciones de los niños. Veo baratijas y decoraciones dispersas por todo el salón. Imágenes celestiales, retratos piadosos y diminutas figuritas de ángeles cuelgan por encima de la pizarra verde. La pregunta alcanza mi garganta y casi me asfixia —*«¿me juzgarán?»*

Jess se sitúa donde los niños puedan verla.

—Clase, ¡nuestra siguiente invitada para la semana de la carrera es la modelo Sophie Cavall! ¡Démosle una cálida bienvenida!

Los niños aplauden al unísono. Me observan con los ojos muy abiertos, como si yo fuera un delfín entrenado, haciendo piruetas en la mitad de mi acto en Sea World.

—Hola —ruego poder mantener esto lo más corto y dulce posible.

En la pantalla del proyector, se muestra una fotografía de mí, apta para todo el publico, con un esmoquin de lentejuelas doradas; estoy en la portada de Elle.

Una pequeña niña de lentes alza su mano casi instantáneamente.

—¿Realmente eres tú la de la foto? —sus ojos se iluminan de felicidad.

Al fondo, un grupo de desagradables niñas se burlan de su pregunta.

—No, Pecas, esa es su hermana gemela.

La niña acosada echa sus lentes hacia atrás, con el ceño fruncido.

Miro la foto, pero no logro verme a mí misma.

—Yo... hmm... sí, ésa soy yo.

—Me gusta cuando me toman fotos. ¿Puedo ser modelo? —pregunta una niña asiática con brazos y piernas delgadas. Su cabello está atado hacia atrás en una cola y un collar de joyas de bisutería cuelga de su cuello.

—¿Por qué? —es todo lo que se me ocurre responder.

Otra niña habla.

—De acuerdo con las estadísticas, los desórdenes de alimentación, la depresión, el abuso de drogas y alcohol, e incluso los problemas de autoestima están asociados con el modelaje. ¿Es eso cierto?

Mi primer pensamiento es *«sí, todo es cierto.»* Mi segundo pensamiento es *«repítanme, ¿qué edad tienen estos niños?»*

Miro a la niña, con una pila de libros en su escritorio.

—Existe evidencia de eso, supongo —replico de mala gana.

—¿Modelar es divertido?

—¿Cuánto dinero te pagan por modelar?

—Mi mamá dice que el modelaje es un negocio muy desagradable.

—¿Tienes que quitarte toda la ropa?

—Muy bien, relájense, ¿de acuerdo? —acaricio una colección de cabezas al azar—. Tú, la del suéter azul, ¿cómo te llamas? —le pregunto a una niña morena con el cabello lleno de cuentas y trenzas africanas.

—Holly —lo dice con valentía, como si supiera exactamente quién es y cuál es su sentido en la vida.

—Holly, ¿qué quieres ser cuando crezcas?

Ella alza sus ojos, arponeando una respuesta.

—Quiero ser veterinaria porque me gusta ayudar a los animales.

—¿Qué tal tú?

Una vocecita de pájaro-bebé gorjea desde la última fila.

—Quiero ser doctor para ayudar a las personas enfermas.

Señalo a un niño rubio que está alzando la mano. Para responder, se levanta de su asiento.

—Quiero ser abogado para proteger a la gente buena de la gente mala.

Todos comienzan a aplaudir y el chico hace una pequeña reverencia, como si la razón de mi visita estuviera terminada y él fuera la verdadera estrella. Todos estos chicos tienen un sentido. ¿Y yo qué tengo? Quizá, todos comenzamos siendo idealistas puros, con la fantasía de ser personas perfectas con trabajos perfectos, pero, en algún punto del camino, nos damos cuenta de que no todos podemos

cambiar el mundo.

Un niño estornuda sin cubrirse la boca y Jess, de pie a unos metros de él, se aparta sigilosamente. Se escurre hasta su escritorio y coloca en su boca algo que, imagino, es un multivitamínico. Regularmente, me pregunto cómo es posible que sea maestra de primaria.

—Muy bien niños, presten atención todos —me escucho decir—. Vine aquí hoy para hablarles acerca de cómo logré tener éxito en mi carrera y, quizás, animarlos a seguir el mismo camino. Pero, ¿saben algo?, el modelaje no es una carrera. No hay nada qué aprender de él.

Observo a la chiquilla de lentes, antes de continuar.

—Me preguntaste si la mujer del proyector era yo, pero la verdad es que no. Ésa no soy yo. Ésa es la persona que mi jefe necesita que sea. ¿Quieres saber algo más? No existe nada genial acerca de ser modelo. No hay nada espectacular en intentar lucir perfecta para que personas que no te importan puedan verte en revistas. No hay nada espectacular en vomitar tu desayuno, tu almuerzo y tu cena, sólo para poder entrar en un vestido. Resulta que me gusta comer. Me gusta mucho comer.

—Entonces, ¿por qué te convertiste en modelo? —pregunta una niña.

En realidad, es una pregunta simple, pero requiere una respuesta complicada. Camino hacia donde ella está sentada y trato de ser breve.

—Porque yo tenía más o menos tu edad cuando alguien me dijo que era eso lo que parecía. Y si parecía algo, debía ser ese algo.

Ése es el problema con las apariencias, el ser externo no siempre se acopla con el interno.

Todos me miran, probablemente preguntándose por qué estoy diciéndoles estas cosas, por qué estoy aquí en primer lugar. Son tan pequeños, tan inocentes de las cosas malas que pueden suceder. Me pregunto cómo serán sus padres, particularmente sus madres. Me pregunto qué tipo de vidas tendrán. ¿Verán ellos que este mundo sea un lugar mejor para todos, o se convertirán en crueles dictadores?

Suspiro y me recuesto contra el escritorio de Jess.

—¿A dónde quiero llegar con todo esto? Desearía que alguien me hubiese dicho que era inteligente y que me hubiese convencido de ello. Quizá entonces, estaría aquí hoy siendo una mujer diferente con una carrera diferente. ¿Quieren mi consejo? Revuélquense en el lodo, coman tierra, vean dibujos animados, jueguen con muñecas o con lo que sea que jueguen hoy en día porque, algún día, crecerán y ya no podrán hacer todas esas cosas. Continuarán creciendo, pero nunca serán jóvenes otra vez. Se preguntarán a dónde demonios se fue su vida, por qué no hicieron lo que querían, por qué no se escucharon a

ustedes mismos. No tengan tanta prisa, la vida adulta no es tan divertida; si ya saben quiénes son y a dónde quieren ir, no permitan que nadie les diga lo que se supone que es correcto —vuelvo a observar la pantalla del proyector—. No importa lo que hagan, conviértanse en modelos a seguir, no en súper modelos —medito el asunto desde la distancia durante un segundo—. ¿Alguna pregunta?

Montones de pequeñas manos se elevan rápidamente. Volteó a mirar a Jess y ella articula una sonrisa.

TRES

DURANTE TODA LA mañana del jueves, como Embajadora de Marca de Wonder Berry —la nueva compañía de yogurt de la ciudad—, estoy de aquí para allá como una abeja obrera en un panal, preparando un comercial para sus nuevos productos. Esto incluye dar saltos por los pasillos de un supermercado, llenando mi carrito de yogurt mientras otras mujeres notan mi carro y el bikini púrpura que llevo puesto.

—Wonder Berry... te luce bien —digo de manera deleitable, luego hago un guiño al final, después de explicar por qué usualmente elijo el nutritivo yogurt como parte de mi dieta diaria de modelo.

Salgo del edifico donde se graba el comercial, y un enjambre de obsesivos reporteros se abalanza sobre mí en la acera. Flashes de cámaras me alcanzan desde todos los ángulos.

—Sophie, ¿puedes decir algunas palabras?

—¿Cómo estás lidiando con el intento de secuestro?

—¿Crees que el secuestrador atacará otra vez?

—¿Es cierto que estás en una disputa con E Models por una larga suma de dinero?

—¿Crees que E Models pueda estar detrás del secuestro?

Al escuchar la última pregunta, enfrento las cámaras con una mirada de sorpresa y disgusto.

—¿Qué?

Como hienas frente a una presa fresca, los reporteros continúan con su implacable acoso. Gritan otras cosas, pero las bloqueo porque la arremetida inicial ha dejado mi corazón con un aleteo alarmado. Doy vueltas y vueltas buscando una salida rápida. Me empujo a través de la masa de los siempre vigilantes invasores, luego atravieso sus cámaras y grabadoras. Finalmente, logro salir para encontrarme con un auto negro brillante, aparcado en la calzada.

La puerta trasera se abre y Kim me grita que entre. Obedezco a mi ama.

Me recuesto en el asiento trasero.

—¿Qué demonios le pasa a esa gente? ¿Qué está pasando? Están diciendo que la agencia...

—¿Has revisado tu teléfono? ¿O quizá la televisión? ¡Enciende la radio o algo, por el amor de Dios! Alguien te delató.

—¿Alguien me delató? —levanto una ceja—. ¿Quién?

—No lo sé, no es como que dejaron su nombre y número de

teléfono.

—Bien, ¿quién lo sabe, además de ti?

—Podría hacerte la misma pregunta.

—No pensé que sería gran cosa. Todo el tiempo asaltan a gente en Nueva York.

—Tienes que limpiar este desastre, Cavall. Encárgate de todo esto. Versiona tú misma el relato, si no le dices a los medios lo que sucedió, ellos se encargarán de inventar algo mucho peor de lo que en realidad sucedió.

—¿Qué es lo que ellos saben?, ¿y por qué están...? —descubro un personaje de rostro despiadado en el espejo retrovisor, manejando el carro como si estuviera azotándolo.

—Un momento. ¿Quién es el?

—Mi nombre es Darren Reed, señora. Me puede llamar Reed —su voz retumba—. Seré su conductor y guardaespaldas a partir de hoy.

—No seas ridículo, no necesito un guardaespaldas —miro a Kim buscando respaldo—. Dile que no necesito un guardaespaldas.

—Lamento el inconveniente, señora, pero ya tiene uno. Ya me pagaron. Usted es mi responsabilidad —no sonríe ni una sola vez. Sus ojos se mantienen en la carretera, sin demostrar ni un ápice de simpatía.

—¡Entonces consigue otra responsabilidad!

—Ya cálmate —dice Kim secamente, mientras escribe en su celular—. Lo que dice Reed es cierto.

—Estás bromeando, ¿cierto?

—¿Te parece que estoy bromeando? —me mira sin ninguna emoción visible en su rostro—. La prensa ha estado detrás de mí toda la mañana. Quieren respuestas.

—Kim, tengo deudas en mi tarjeta de crédito, deudas de alquiler, agua, luz... ¿qué te hace pensar que puedo pagar un guardaespaldas? Y, aún si pudiera, ¿para qué necesitaría uno?

—Bueno, tu no puedes ser mas boba.

—¿Qué?

—¿Tengo que recordarte que casi fuiste secuestrada? Y no creo que esos mensajes amenazadores que recibes provengan de un alma bondadosa. Además, todo este escándalo no va a arruinar tu carrera. Ya es un hecho que tus contrataciones mejoraron. He estado recibiendo llamadas de todo el mundo. ¡Por fin! ¡Por fin haremos trabajos de verdad! Sera como los viejos tiempos. ¡Una estrella ha vuelto a nacer!

Comienzo a sentirme como una empleada desmoralizada.

—¿Qué? No. Haz un alto ahí. No voy a usar mi estado de víctima célebre para obtener dinero.

—Noticia de última hora. *Necesitas* dinero.

Mientras murmuro palabrotas y repaso mentalmente la lista de los potenciales sospechosos que pudieron haberme entregado a los medios, mi nuevo chofer me pregunta hacia dónde me dirijo. Antes de que logre responder, Kim le dice que vamos a Black International.

«¿Qué es todo esto? ¿Por qué continúo siendo asaltada por cosas nuevas?»

—¿Hablaste con él?

—¿Con quién?

—Óliver Black. ¿Hablaste con él? ¿Por qué no me dijiste sobre esto?

—Ah, ¿con él? No, aún no lo conozco.

—No comprendo.

Recibe una llamada y levanta un dedo hacia mi rostro, indicándome que me mantenga en silencio. Rato después, esta persona llamada Reed nos conduce a un oasis de silencio, muy distinto del bullicio habitual de Nueva York.

—Hemos llegado, señorita Cavall —anuncia.

—Hazme un favor —le respondo—, deja de llamarme señorita. Suena como si fuera una princesa —sólo pensarlo me hace estremecer.

—Sí, señora.

—...y lo de señora. Tengo veinticinco años.

—Sí, jefa.

«¿Jefa? Lo pensaré.» Me asomo por la ventana. Black International no resulta ser el usual edificio vertical de cien pisos. Más bien, es una belleza blanca, extrañamente distorsionada e inundada de luz natural. Sin embargo, la mitad de los edificios de Manhattan hablan el mismo idioma. Éste es el corazón de la ciudad; todo se reduce a la belleza en abundancia, menos cincuenta de los pisos comunes.

Kim continúa parloteando en el teléfono mientras Reed se estaciona en la calzada. Reed me abre la puerta y, notando mi indisposición a salir, Kim le dice a su interlocutor que llame más tarde.

Antes de que ella alcance a decir algo, comienzo a desahogarme.

—No saldré de este auto hasta que me digas lo que necesito saber. ¿Qué estoy haciendo aquí?

—El Sr. Black llamó a la agencia para organizar la hora y el lugar para encontrarse contigo. No sé qué quiera o pueda necesitar de ti, sólo me dijeron que él ayudaría con la prensa.

—¿La prensa?

—Sí, Cavall, la prensa. Las noticias están hirviendo con lo del intento de secuestro. Ahora, por favor sal. Tengo que ir a otro lugar.

***

EL LUGAR ES surreal, ambientalmente pictórico. Follaje natural trepa sobre las paredes. Elegante y minimalista; es como estar en medio de un bosque, un bosque donde en cada dirección se muestra belleza y sofisticación. Se han hecho arreglos importantes de paisajismo. Me muevo sobre relucientes pisos de madera, luego atravieso el transparente techo de cristal y el asombroso espacio de oficina, dejando que mis tacones de aguja me guíen hacia un escritorio redondo, lujoso y exquisito.

Una pelirroja delgada me saluda con su acento inglés.

—Bienvenida.

—Hola, tengo una cita con el Sr. Black. Mi nombre es...

—No, no, señorita, espere. No estoy lista para que me diga su nombre. Es necesario seguir el procedimiento. Le haré saber cuando esté lista para que me diga su nombre.

Alguna parte oscura de mí se apresura a actuar sobre sus emociones. *«Mujer, te diré mi nombre cuando me provoque hacerlo.»* Voy a perder el control completamente en respuesta a la descortesía de esta mujer o me morderé la lengua y mantendré una actitud respetable. Ella vuelve a hablar antes de que logre decidirme.

—¿Se anunció con Gail, la morena del escritorio de recepción en la planta baja?

—Sí, lo hice —respiro uniformemente—. Me dijo que tomara el elevador al décimo piso y que, una vez allí, la encontraría a usted. ¿Emma, supongo?

—No nos adelantemos. ¿Se presentó con una tarjeta de identificación?

Agito mi autorización de visitante para su conocimiento.

—Sí.

—¿Firmó la cláusula de responsabilidad de la compañía?

—Sí... eso también —no puedo evitar cruzar los brazos, casi preparándome para una pelea con esta desconocida.

—¿Y también...?

—Emma.

La cautivadora voz de Óliver Black hace que mi cuerpo tiemble de anticipación. Lo veo acercarse al escritorio, pareciendo poco fiable en un traje ejecutivo azul marino y una corbata de rayas rojas diagonales.

—Ella es Amelia Sophia Cavall. Mi una en punto.

La manera en que lo dice, me hace sentir como una simple cita en su agenda, una de muchas, seguramente. Observa el reloj en su muñeca, elevándose por encima de mí. Su boca se tuerce en una sonrisa traviesa.

—O mis doce y media, al parecer. Llegas temprano.

—Sí, lo sé. Estaba en el vecindario. Por cierto, nadie me llama Amelia Sophia.

Él asiente. Una suave sonrisa de consentimiento aparece en su cara.

—Debo encargarme de algunas cosas. ¿Te importaría esperar en mi oficina?

—Seguro, no hay problema.

Emma se levanta de su silla y me dice que toda comunicación externa esta estrictamente prohibida al entrar.

El rostro de Óliver se torna rígido. La observa y le dicta sus órdenes con una simple mirada. No necesita hablar; Emma se estremece en su lugar, y la sonrisa que él me dirige —esa intrigante sonrisa que se extiende sobre los bordes de sus labios con tanta facilidad— hace que yo me estremezca en el mío.

—Lo lamento, Sr. Black. Sólo estoy siguiendo el protocolo —su cara es una mezcla de vergüenza y preocupación.

Óliver me dice que no demorará y se marcha. Emma me guía hasta su oficina, que se regodea en el lujo de amplios metros cuadrados, con paredes de vidrio, chimenea y un área de estar diseñada para permitir la contemplación de la impresionante vista. Es inmaculada.

—Cláusula de responsabilidad… —comienzo a decir mientras tomo asiento en un lindo pero incómodo sofá orientado hacia los muelles de Chelsea—, autorización de visitante… comunicación prohibida al entrar. Veo que el Sr. Black dirige un barco muy ajustado.

Desde el otro lado de la habitación, Emma sólo me lanza una mirada que parece decir que soy una ignorante. Con una mano en la cadera, atraviesa la puerta y abandona la oficina. Me levanto del sofá mientras la puerta se cierra tras ella. Miro a mi alrededor, intentando averiguar una cosa o dos acerca de quien manda aquí. No hay nada que exprese mucho sobre su carácter. Es agradable y limpio, sin un solo papel errante a la vista. Una plasma grande que cuelga de la pared blanca y brillante está transmitiendo las noticias en silencio. Hay una planta floreciente encima de la moderna mesa de centro. Me recuerda a Jess. Ella tiene plantas de maceta similares a ésta a lo largo de toda la cocina y la sala. Recientemente, organizó el apartamento de acuerdo al Feng-Shui, convencida de que tener plantas dentro de la casa mantiene el aire limpio, ayudando a mejorar la salud.

Durante un momento, me quedó allí de pie estudiando cada pequeño detalle, hasta que algo en la TV atrae mis ojos hacia ella. Los labios del locutor se mueven rápidamente, pero de ellos no sale ningún sonido. Espantada, observo la pantalla. Hay una fotografía mía en la esquina superior derecha con un título debajo que dice: “¿Víctima o Victimaria?”

Me apresuro a revisar la TV y oprimo todos los minúsculos botones con la esperanza de que alguno de ellos aumente el volumen.

—Es controlada por movimiento —dice repentinamente una voz grave y baja. Alarmada, giro la cabeza y descubro a Óliver sentado en el sofá, con sus penetrantes ojos hundidos en los míos. Ni siquiera lo escuché entrar.

De alguna forma apagó el televisor.

—¿Qué estás haciendo? —escupo las palabras fríamente al aire—. ¡Vuelve a encenderlo!

—No necesitas ver eso por ahora.

—¡Claro que sí!

Su mirada se posa sobre mí.

—Quién nos viera... desde ya, discutiendo sobre la TV.

—¿Se supone que eso debe causarme risa?

Me dirige una pequeña sonrisa.

—Por favor, siéntate —dice, haciendo un gesto hacia el sofá frente a él.

—No, no lo creo. Soy yo quien está en las noticias. Quiero saber lo que están diciendo.

—Siéntate.

—Bueno —murmuro, luego me acomodo en el sofá que es terrible para mi espalda y toda clase de pensamientos alarmantes dominan mi mente.

—Prometo que llegaremos a ese asunto en un minuto —afirma rotundamente, atravesando la habitación hasta el bar. Estoy a punto de seguir quejándome, pero me resisto a la urgencia, la trago y dejo que se asiente en la boca de mi estómago.

Abre un gabinete y saca un vaso y un decantador de cristal en forma de globo terráqueo, luego llena el vaso de licor.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—¿Qué tienes?

Me ofrece una mirada cargada de significado, como si dudara de la seriedad de mi pregunta.

—Dime qué quieres.

—Lo que sea que estas tomando está bien.

Sorprendido, mira su bebida durante un momento.

—Esto es whisky escocés de cuarenta años.

—Perfecto —contesto distraídamente.

—Whisky entonces —me entrega un vaso con una generosa dosis de alcohol. Tengo cuidado de no dejar que nuestros dedos se toquen.

Enfoco mi atención en el vaso. Tomo un sorbo y mi manzana de Adán se mueve violentamente. El alcohol hierve en mi esófago. Sea cual sea mi expresión, me alegra que Óliver no lo note mientras se sirve otro trago y se sienta en el lujoso sofá plateado frente a mí.

—Está bueno —con una mano temblorosa, coloco el vaso en la mesa de centro—. Gracias.

Él me dirige una sonrisa de fotografía, abre un sobre estilo archivo y repasa su contenido. Hay un corto silencio. Finjo estar con la mente en calma y los hombros relajados.

—Estoy seguro de que tienes una agenda muy apretada, al igual que yo, así que no te retendré por mucho tiempo —promete.

Uno por uno, con mucha delicadeza, comienza a colocar papeles sobre la mesa de centro. Recojo uno y lo acerco a mi cara. En él se muestran las amenazas de muerte que he estado recibiendo por las redes sociales. Río entre dientes ante lo absurdo de las amenazas. Comenzaron por Twitter, hace un poco más de dos meses y han ido aumentando en cantidad y odio durante los últimos días. No voy a aparentar que no me importa lo que la gente dice o piensa acerca de mí, porque es prácticamente imposible que no me importe; pero las amenazas e insultos que recibo a través de la web, me preocupan tanto como los muchos chécheres que tengo bajo mi cama. Jess dice que soy una desorganizada, pero para mi es bueno. Se donde están mis cosas.

Tomo otro sorbo de mi trago mientras termino de leer la hoja de papel. Esta vez no me quema y logro saborearlo. Aclaro mi garganta, a punto de decir algo...

—Sr. Black...

—¿No te dije que me llamaras Óliver?

—Óliver, ¿es ésta es la razón por la que estoy aquí?

—Así es.

—Esto no es más que un montón de amenazas sin sentido —lanzo la hoja en la mesa junto con los demás.

No demuestra ninguna emoción. No frunce el ceño súbitamente, no se inmuta, no sonríe. Su reacción me inquieta, es como una estatua... ilegible.

—La policía tiene razones para creer que estás en peligro.

La mención de la policía me altera un poco.

—¿Por qué? —respondo con una sonrisa vaga—. ¿Acaso han visto mi cuenta de banco?

—¿Disculpa?

—Esto no es peligroso en lo absoluto. No puedo esperar agradarle a todos. Estoy bien con eso. Es completamente normal.

—Las amenazas no son lo único preocupante... —continúa, como si yo no hubiera dicho una palabra—, el intento de secuestro habla por sí mismo. Creo que deberías hacer un alto y llegar al fondo de este asunto de una manera racional, antes de que suceda algo peor... preguntarte por qué estás envuelta en esto y qué se puede hacer al respecto.

—Bájale a tu preocupación. El tipo seguramente quería robarme, llevarse mi cartera o algo así.

—¿Realmente crees eso?

—Bueno, definitivamente no se me ocurre ninguna razón para creer que hay un delincuente peligroso allá afuera, cometiendo crímenes de todo tipo y planeando verme en una tumba. Es decir, ¿por qué? No tiene ningún sentido —sorbo mi bebida—. De cualquier manera, ¿por qué te importa tanto?

—La primera vez que tú y yo estuvimos en presencia del otro me dejó buscando respuestas —se inclina hacia delante con el vaso de whisky en la mano—. Siendo que trabajas para E Models New York, hace poco hablé con la Directora Ejecutiva, Alana Edelman, y le hice llegar esta información. Me sugirió hacer lo que considerara necesario, pero cuando Alana, la compañía y tú aparecieron en todas las noticias de hoy, ella exigió que me encargara del asunto. Así que aquí estoy, encargándome.

—Para empezar, ¿por qué conoces a Alana y qué tiene que ver todo esto contigo?

—Alana es una buena amiga mía —explica suavemente—. Y yo desempeño un rol menor en E Models.

—¿Qué clase de rol menor?

—Hago que las cosas funcionen con fluidez.

Por supuesto que todo tiene sentido. Óliver no tenía necesidad de hablar con Kim. Claramente lidia con la superiora de Kim directamente, la única mujer detrás de todo, la que utiliza y controla toda mi vida: Alana Edelman.

—Entonces... ¿eres como un tipo de publicista?

Se ríe muy perversamente.

—Soy muchas cosas —dice y le creo—, pero no un publicista. Escucha, mantengo estricta privacidad.

—¿Privacidad? Eso es decir mucho. Cualquiera con una computadora o un celular puede encontrarte en la web.

—¿Es eso lo que hiciste tú? —pregunta, dirigiéndome una larga mirada.

—No —respondo, pero estoy demasiado nerviosa como para sonar creíble—. Es decir, sí. Es decir, busco a todo el mundo en la web. Todos buscan a todos en la web.

Sus labios tiemblan como si estuviera esforzándose para no reír.

—Bueno, espero que hayas conseguido lo que buscabas. Más allá de la percepción pública, valoro la vida privada. Les digo a los demás sólo lo que quiero que sepan acerca de mí. Ya respondí tus preguntas, ahora discutiremos lo que necesitamos discutir.

Asiento con la cabeza mientras habla, fingiendo estar de acuerdo, pero los pensamientos giran en mi mente como un carrusel a máxima velocidad.

—Ahora lo comprendo —me permito reír ante lo absurdo de todo

el asunto—. Fuiste tú, ¿no es cierto?

—¿Yo? —responde, elevando los arcos oscuros de sus cejas.

—¡Tú alertaste a los medios!

—No hice semejante cosa.

—Sí que lo hiciste.

—Dime, ¿por qué haría algo así?

—Tiene sentido. Haces que las cosas funcionen con fluidez y, de repente, resulto tener contrataciones para los próximos dos meses. Muy bien hecho. Me impresionas, de verdad.

Su mirada me deja atónita. Él es intrigante, atento. Cruza una pierna por encima de la otra sin dejar de observarme, cruzando los dedos frente a él.

—Me encargo de manejar las controversias de la compañía, Sophie. Actúo como asesor. Alana delega en mí los asuntos públicos y yo ayudo a proteger las cuestiones sociales de la empresa.

—Bueno, yo no veo ninguna controversia en todo esto. Sólo drama, quizás.

—Sí, estoy trabajando en eso.

—Están diciendo que soy víctima y victimaria. No sé qué sea peor. Ni siquiera sé cómo reaccionar ante eso. ¿Cuándo pasó todo esto? ¿Cuándo me convertí en el rostro de una patética telenovela? ¿Cuándo las noticias dejaron de ser noticias?

—Desde que las noticias comenzaron a basarse en ratings. Desde que los canales de noticias comenzaron a trabajar durante veinticuatro horas. Es un largo tiempo para llenar —explica—. Las masas necesitan ser entretenidas. Toman la historia de una noticia, como un intento de secuestro, y comienzan a hablar sobre el lugar en que la víctima se corta el cabello, el color del auto en que se traslada, cualquier cosa que pueda llenar ese espacio de tiempo.

—No soy una víctima —digo severamente.

Somos interrumpidos por el intercomunicador: Emma llama desde la oficina externa.

—Sr. Black, la señorita Wolfe está en la línea uno para usted.

—Recibe el mensaje —ordena Óliver y mi mente es atravesada por la interrogante de quién podría ser la señorita Wolfe. *«¿Es su amante? ¿Es su fuente? ¿Alguien que le entrega información?»*

—Sophie, quiero ser franco contigo en la privacidad de esta habitación. Pudimos habernos citado en cualquier otro lugar, pero mi oficina es el más privado de los lugares. Exceptuando a mi asistente, Emma, no veo a nadie más aquí. Quería discutir esto en tu apartamento, pero no podíamos hablar libremente, no teniendo a tu compañera y su novio en la habitación continua.

—Si tienes un punto, me gustaría escucharlo.

—Que tú estés en peligro es una cosa. Es una causa de

preocupación, sí, pero como dije, estoy al frente de esto por otra razón. Esta discusión está relacionada con la imagen y reputación de la compañía en la percepción pública, y con la manera en que ambos aspectos están siendo afectados. Ahora, necesito saber si has estado recibiendo otros...

—Disculpa, ¿qué? —lo corto secamente con una risa—. ¿Estás diciendo que yo estoy afectando la imagen de la compañía porque alguien intentó secuestrarme?

—Sí —su voz es más baja que un susurro—.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Hay acusaciones de toda clase. E Models está recibiendo fuerte atención.

—¿Fuerte atención? Pues, ¿acaso no dicen que no existe publicidad dañina? Sólo mira a Miley Cyrus y su twerking.

Él suspira, como si yo ya fuera demasiado para soportar.

—E Models es una agencia relativamente nueva si la comparas con otras agencias de modelaje más maduras. Su objetivo es expandir sus oficinas en los Estados Unidos hacia Miami, Chicago y San Francisco; por consiguiente, la compañía no puede tomarse la libertad de perder la confianza de sus inversionistas... como tampoco yo tengo la libertad de discutir cuántos de esos inversionistas han querido desaparecer hasta ahora.

Sonrío y asiento, fingiendo digerir sus palabras durante otro segundo y luego me pongo de pie, agitando la cabeza.

—Vamos... —le digo.

—¿Qué? —responde, genuinamente confundido.

—Nada de esto es mi culpa —tomo mi bolso del sofá—. Comprendo que es un problema, sí, pero no es mío.

—Tienes razón, no es tu culpa, pero cuando alguien intenta secuestrarte, la noticia se convierte en algo de interés público y los medios comienzan a discutirlo. Los medios son una fuerza poderosa en la vida de las personas, Sophie. Pueden manipular a millones. Te has convertido en un tema, un tema para un reportero, un tema de investigación para la policía. Necesito remediar eso. Necesito saber si has estado recibiendo otras amenazas, además de las que ves aquí —mira hacia la mesa de centro—. Y debes ser honesta conmigo. Debemos mantenernos un paso adelante. Si ellos se enteran de algo, lo usarán en tu contra; así que yo debo saberlo primero. Entonces, dime qué es... —rápidamente saca un bolígrafo del bolsillo de su traje—, drogas, alcohol, desórdenes alimenticios, divorcio... —apoya el bolígrafo sobre un papel, listo para escribir—, ¿algún récord criminal?

Furia hierve dentro de mi cuerpo. Debo esforzarme para no maldecirlo.

—Lo siento. Esto es una pérdida de tiempo y mi tiempo vale tanto

como el suyo, Sr. Black —digo, poniéndome de pie—. Tengo mucho trabajo que hacer y no soporto estos tacones. Gracias por el trago.

Él se levanta y bordea la mesa de centro.

—Espera un minuto —dice con un rastro de urgencia en su voz—. Aún no hemos terminado.

—Ah, pero yo ya terminé.

Miro sus ojos cerúleos y no encuentro nada, ni rabia ni impaciencia.

—Esto no es personal. Se trata estrictamente de negocios.

—Qué respuesta tan trillada.

—Es la verdad. Construir la imagen de una compañía puede tomar décadas, pero para arruinarla bastan sólo algunos días. Toda compañía se enfoca en proteger no sólo sus activos, sino también su imagen. Soy muy bueno lidiando con protestas públicas, entre otras cosas. Conmigo estas en buenas manos. Créeme cuando te digo que tengo tu bienestar presente —se dirige a mí con la compostura de un hombre para quien mi actitud defensiva es sólo un acertijo que él está dispuesto a resolver.

Cruzo los brazos firmemente sobre mi pecho como un simulacro de escudo.

—¿Qué sabes tú de mi bienestar? Ni siquiera me conoces.

—¿Eres así de defensiva siempre o es que hoy estás particularmente reticente? —pregunta con astucia—. Porque todo este tiempo estuve pensando que eras el tipo de mujer que podía manejar el conflicto con ecuanimidad.

—Adiós —camino hacia la puerta. Antes de que logre abrirla lo suficiente, Óliver me alcanza y me obliga a cerrarla colocando la palma de su mano sobre ella. Giro lentamente para encontrarlo de pie, tan cerca de mí que puedo sentir su aliento sobre mi rostro. Está violando más de un millón de leyes de espacio personal, pero no presentaré cargos.

Percibo el aroma de su colonia. Mi estómago aletea y mis manos tiemblan.

—¿Qué estás haciendo? —murmullo, mi voz casi no se escucha de tan nerviosa que estoy.

—Intento ayudarte.

—No es cierto.

—¿Por qué estás tan molesta, Sophie?

—Siempre estoy molesta.

—Otra vez, ¿por qué?

—Me mantiene de pie.

—Ya veo por que estás tan tensa. Necesitas liberar un poco de esa tensión —su voz es ronca, baja, como si quisiera contarme algún oscuro secreto.

No recuerdo la última vez que me sentí tan insultada o avivada. La intensidad de sus ardientes ojos es agonizante, al igual que su cercanía. Me ordeno a mí misma respirar, no retorcerme, hablar o hacer cualquier cosa que pueda revelar cuán inquieta estoy. Él mueve un poco su cabeza, mirando directamente a mis labios. Nuestras narices se juntan.

Un golpe en la puerta mata el momento.

Óliver retrocede y se aclara la garganta. Me toma un momento reponerme y apartarme de la puerta para permitir que Emma entre.

—Señor, el secretario Johnson llamó, dice que necesita hablar urgentemente con usted en persona. ¿Desea que organice el encuentro?

Él le dice que posponga sus citas.

—Gracias por su tiempo —me dice con la voz llena de encanto—. Que tenga un buen día, señorita Cavall.

Hace un gesto rígido hacia la puerta que yo tomo como mi señal para salir.

***

ESA NOCHE RECIBO una llamada para un trabajo. Kim suena especialmente jovial y mandona; es claro que continúa disfrutando el hecho de que está llegando trabajo ahora más que nunca. Es una trabajo para la revista *Haute Living* del mes de noviembre. Poses son ejecutadas, sonrisas son emitidas y fotos son tomadas. Una vez culminada la sesión de fotos, el director de arte muestra brevemente cómo lucirá la edición. “Sophie Cavall” en llamativas letras blancas sobre un fondo negro. Una foto de mí con un vestido Miu Miu, sentada sobre un sofá verde claro, flota por encima de varios lugares y monumentos distintivos de Manhattan; todo manipulado en Photoshop, por supuesto. “Una joya brilla en la ciudad”, se lee en letras más pequeñas hacia la parte inferior y, en letras aún más reducidas, “Modelo habla sobre sus primeros años como princesa de desfiles infantiles”.

Una entrevistadora y yo mantenemos una profunda conversación cara a cara. La entrevista comienza muy bien para mí. Hay varias preguntas de sí y no que respondo sin ningún estrés. Cuando las preguntas simples terminan, las siguientes se convierten rápidamente en mis enemigas.

—Sophie, en retrospectiva, ¿qué fue lo más difícil que tuviste que enfrentar al ser una niña lanzada al mundo de la belleza?

—Participé en más de cien concursos de belleza. Tenía que pavonearme de aquí para allá usando pequeños atuendos de dos piezas y con mi carita de niña aplastada de maquillaje... apenas sabía

hablar en oraciones conectadas, pero allí estaba, teniendo que responder demasiadas preguntas. Quería ver caricaturas y comer panqueques en el desayuno, pero mi madre decía que engordaría.

—¿Sabías que querías ser famosa?

—No quería ser famosa. Quería ir a la escuela, subir al autobús como cualquiera de los otros niños y tener una familia, un hermano o quizás una hermana. Personas que ven la tele, no se dan cuenta de cuánto tiempo toma organizar los desfiles, ensayar... cómo lucen las niñas... el mundo del espectáculo es difícil. Es una batalla... una competencia brutal.

—Si no querías hacer esto, ¿por qué seguiste adelante?

—Necesitaba dinero —respondo, sintiendo que mi cabeza cae en picada.

—Haz dicho en el pasado que cuando eras niña no encajabas: eras extraña y desgarbada.

—Sí. Tengo dientes grandes. Además, soy muy alta... con doce años, ya medía un metro setenta. Mis jeans siempre me quedaban como capris y, como consecuencia, mis capris quedaban como shorts largos. Fui al baile de graduación con el tipo más desagradable de toda la escuela, sólo porque medía dos metros y así podría usar tacones. Quería ser invisible.

—Pero no lo eras...

—No, en lo absoluto. Prácticamente podía subir a una montaña rusa a los dos años. No puedo negar que la altura tenía sus ventajas. Podía alcanzar el estante más alto del armario, donde mamá escondía el cereal de malvaviscos —que era sólo para ocasiones especiales, la mayoría sobornos—, detrás del cereal de pasas.

La entrevistadora se ríe.

—Bueno, ya no luces extraña y desgarbada, Sophie, y definitivamente has logrado destacarte. ¿Qué le dirías a las niñas altas que, actualmente, pasan por lo mismo que tú viviste en la escuela?

—En mi caso, eran sólo apodos. Me preguntaban: “¿Cómo está el clima allá arriba, Árbol? Y yo siempre respondía: “Mas fresco”. No puedo negar que me molestaba. Muchas veces volvía a casa y lloraba en el baño; pero nadie tenía que saberlo, procuraba mantener la calma, no permitía que nadie me convirtiera en su presa. Las burlas no pueden afectarte si tú no lo permites. Enorgullécete de lo que eres, sin importar lo que eso sea.

—Entonces, ¿dejaron de molestarte?

—Eventualmente, sí. Luego me convertí en modelo a los quince años y, pues, aquí estamos.

CUATRO

JESS HARAGANEA EN mi cama, con la espalda apoyada contra la cabecera. A su lado, extiendo un vestido con estampados de leopardo. Ella me pregunta si es nuevo y si es lo que usaré esta noche. Observo el vestido.

—No.

—¿No qué? ¿Es un "no" de no es lo que vas a ponerte esta noche o de "no", no es nuevo?

—¿Por qué estás haciéndome tantas preguntas?

Ella levanta los brazos en señal de defensa.

—¡Caramba, relájate! ¡Sólo estaba preguntando! No te pongas defensiva conmigo. Me gusta el vestido de plumas —señala una pieza de seda color crema con una falda de plumas, que se asoma entre todos los demás vestidos enterrados en mi closet—. Es muy elegante. Nunca te he visto usándolo... de hecho, no te he visto usar la mayoría de los vestidos que tienes ahí.

—Es porque no los uso. Usualmente los subasto —respondo.

—¿Qué quieres decir?

—Justo lo que acabo de decir, los subasto —repito, esta vez un poco más lento—. Los vestidos son dinero intercambiado. Mi pago por el trabajo que he hecho.

—¿Por qué querrías venderlos? ¡Son hermosos!

Camino lentamente hasta mi escritorio, tomo la laptop y la deslizo sobre la cama para mostrarle a Jess. "Artículo vendido", dice el anuncio de subasta de un "Auténtico Vestido de Pasarela Christian Dior de Alta Costura".

—¿Mil dólares? —chilla Jess—. ¿Por un vestido?, ¿por *ese* vestido? —apunta al vestido estampado de leopardo sobre mi cama—. ¡Y pensar que hay gente muriendo de hambre en todo el mundo! —toma la laptop y la cierra—. Bien, de cualquier manera, pensé que nunca ibas a ese tipo de fiestas de la compañía.

—Nunca voy —busco a tientas en el closet el vestido del plumaje interminable y reviso las plumas inferiores—. Ya sabes que soy un vampiro social y que la música alta me nubla el ánimo. Estoy rezando para que la avalancha de ruido y cháchara vacía no me vuelva loca.

—Entonces, ¿por qué vas? ¿Esperas encontrarte a alguien con un apellido particularmente oscuro? ¿Cómo era... Brown, Green...?

—Black —respondo, rodando los ojos.

—¡Ése mismo!

—Bueno, es agradable a la vista, lo acepto —confieso.

—Sí, es muy guapo... y alto... y...

—Pero eso no significa que estoy enamorada de él o algo así. Además, tengo que ir a esa fiesta. Kim dice que debo hacer relaciones públicas. Me ayudará. Ayudará a la compañía.

—No quise decir que ya te imaginaba planeando una boda de primavera y procreando un montón de pequeños bebés... pero esto está bien, Sophie. Ya ha pasado un buen tiempo desde que tuviste una relación seria. O cualquier clase de relación, para serte franca.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que no te he visto salir con alguien después de Rex.

El pasado y el presente se asoman a mi mente. Hace algunos años, durante un trabajo de modelaje en Londres, conocí a Rex en una sesión de fotos para una boutique de ropa femenina. Él era el fotógrafo. Llevaba un par de jeans y un suéter, sentada en su estudio sobre un banco frente a mil vatios que me hervían el rostro. Mientras esperaba a que él comenzara a hacer su asunto, lo escuché maldecir al teléfono porque se supone que fotografiaría a Adriana —otra modelo, y no yo— y el hecho de que ella hubiera sufrido un accidente de tránsito, no podía importarle menos.

Me levanté del banco y camine hacia el.

—Oye, tú... oye, amigo. Debo ir a otro lugar y me parece que Adriana no volverá pronto. ¿Vas a fotografiarme o no? Es la superficie de mercurio allá afuera y tengo puesto un suéter, así que dime... ¿qué vas a hacer?

—¿Qué demonios significa eso?

—¡Significa que hace calor! ¡Y estoy deshidratada!

Nos detestamos el uno al otro automáticamente. Sin embargo, después de hacer otras sesiones juntos, comencé a entusiasmarme con él. ¿Por qué? Ignoro la razón. No era apuesto. Tenía los dientes torcidos y sus ojos eran grandes como los de una rana, pero era tenaz y odiaba perder.

Una vez transcurridos varios años de relación, incontables visitas a Londres y toda una vida de recuerdos agridulces, yo había dejado de ser Sophie. Me había convertido en alguien que Rex aprobaba y, por consiguiente, no era yo. A veces uno pierde perspectiva, pero cuando te das cuenta de lo que vales, no la vuelves a perder jamás. Perderme a mí misma por él no fue algo que pretendiera hacer, pero para el momento en que me di cuenta, ya estaba profunda, irrevocable y locamente enamorada de él, y el enfrentamiento me parece sólo un fastidio.

Después de una fantástica semana de trabajo en Los Ángeles, estaba encantada de volar a Londres y pasar mi cumpleaños con Rex.

Me aparecí en su apartamento y toqué y toqué y toqué... esperé frente a su puerta durante horas, sólo para sorprenderlo. Eventualmente, llamé a Rex a su celular y le avisé que estaba frente a su apartamento con cerveza y una pizza gigante (ésa era nuestra onda), pero contrario a lo que esperaba, tuvimos una conversación que se sintió como si alguien hubiera clavado un cuchillo en mi pecho. Él estaba saliendo con alguien más —otra modelo— y ya no quería volver a hablarme. Ese año no celebré mi cumpleaños.

Lo más doloroso fue asumir el hecho de que la persona que alguna vez me había hecho sentir feliz, amada y viva, era la misma que me hacía sentir enteramente deprimida y miserable. Fue difícil dejar ir a Rex repentinamente, y comprender que él ya me había dejado ir a mí desde hacía mucho tiempo.

En cuanto a los hombres antes de Rex, no se nada de ellos. Supongo que el denominador común aquí soy yo. Soy yo la única culpable de permanecer en una relación más allá de su fecha de vencimiento.

—Ya no salgo mucho —le digo a Jess finalmente—. No tengo tiempo para eso.

—Esa es una excusa débil —responde, sacándome de mi engaño —. Angelina Jolie tiene la misma cantidad de tiempo por día que tú, está casada con Brad Pitt y tiene como quince hijos. Eso tiene que demostrarte algo, así que aparta tiempo.

—Ok, ok, relájate —replico sin siquiera intentar ocultar mi exasperación—. ¿Estás escuchando lo que dices? Parece que estuvieras vendiéndome. Óliver Black seguramente tiene montones de chicas a su entera disposición. Estoy segura de que despierta cada mañana y se pregunta "hmm... ¿qué me provoca hoy? —lo imito, haciendo que mi voz parezca más grave—. ¿Rubia?, ¿morena?, ¿pelirroja?, ¿todo lo anterior?

—¿Eso te consta? —pregunta Jess riendo.

—No, pero...

—¿Entonces por qué rayos estás suponiendo?

—Yo podría hacerte la misma pregunta. No sabes nada acerca de él y, sin embargo, aquí estás apoyando la idea de que él venga y me vuelva loca. No estamos en la primaria.

—¿Acaso a ti te gustaría que él pensara que no eres más que otra modelo con una cara bonita y un desorden alimenticio? Es una visión algo estereotipada, si me lo preguntas —agito mi cabeza, poniendo los ojos en blanco—. Sólo digo que le des una oportunidad.

—¡Ni siquiera entiendo de qué estás hablando! —estoy al borde de la impaciencia—. Óliver no siente nada por mí, Jess.

—Lo sentirá —responde con una sonrisa deslizándose sobre su cara.

—Ay, en serio, ya te lo dije... fui a su oficina, discutimos sobre trabajo, nada pasó. ¿De dónde sacas tus ideas soñadoras?

Respira profundamente y, juzgando por la manera en que inclina su cabeza hacia abajo, creo que se ha rendido; pero vuelve a hablar nuevamente.

—No lo sé... quizá tengas razón. Es sólo que creo que ya es hora de que comiences a salir de nuevo. Conoce chicos nuevos. Hay montones de peces en el mar.

—Sí, y la mayoría son bacalaos. ¿A dónde se fueron los deliciosos dorados, los róbalos, los peces luna...

—¿Cuál demonios es ese pez luna?

—¡A eso me refiero! Son difíciles de encontrar.

Ella chasquea los dedos como si un pensamiento acabara de cruzar su mente.

—Tengo una idea. ¿Por qué no pruebas con un anzuelo mejor?

—Comprendes que yo soy el anzuelo en tu metáfora, ¿cierto?

—Piénsalo, un mejor anzuelo, significa un pez mas grande.

—Bueno, ¿qué hay de malo con mi anzuelo?

—¡Nada! De verdad, no hay nada malo; es sólo que siempre inventas excusas para no salir... ¿Y cómo es que sabes tanto sobre peces?

Me encojo de hombros.

—Me gustan los mariscos.

Jess deja escapar un suspiro largo y prolongado.

—Como sea, espero que te diviertas esta noche —antes de salir de mi habitación, gira para decirme una última cosa—. No olvides que mis padres llegan mañana. Deberían estar aquí alrededor del mediodía.

—Gracias por recordármelo. Me estoy volviendo loca.

—No te preocupes. Tienen muchas ganas de conocerte... a Éric... bueno... no tantas.

—Sí, yo también.

Decido que debería hacer las paces con el vestido color crema de plumas y ponérmelo.

***

ES LA CELEBRACIÓN del aniversario de E Models, un importante evento en el que serán exhibidas algunas de las modelos más recientes de la agencia. Se supone que sería dentro de un mes, pero la agencia tuvo que apresurarlo para mantener a los inversionistas interesados y darle a los medios algo que puedan cubrir.

«¿Con recomendación de quién?» me pregunto.

El nombre del lugar es Kastel y es trágicamente pomposo. El DJ

está haciendo girar la música popular favorita a un nivel que no me irrita por completo. Los miembros más notables de la alta sociedad se reúnen en el lujoso bar y algunas chicas ya están bailando con ritmo atontado. Todos desempeñan un rol. Saludo a Kim cuando la veo, luego me afirmo en mis Jimmy Choos y me abro paso a través de la sala iluminada a medias.

—Damas y caballeros, éste es el ícono propio de la moda de Nueva York: Sophie Cavall —Kim me presenta a una multitud, haciendo un gesto con la mano como si estuviera mostrando el producto más reciente del mercado. Sentada en el banco, mantengo una pequeña conversación mientras escaneo secretamente la habitación.

—Un vodka tonic —le digo al mesonero.

La gente está demasiado preocupada, o simplemente curiosa, con lo que me pasó hace algunos días. Para ellos, no soy una persona, soy una víctima. Óliver tenia razón. Reporteros acechan en los alrededores, encubiertos tras vestidos y trajes elegantes. Quiero decirles que estoy bien y que ni siquiera fui secuestrada pero, en lugar de eso, digo lo que Kim quiere que diga. Sin duda, también es lo que Óliver querría que dijera.

—Pues, es trágico. Ha sido una experiencia terrible, pero ahora lo acepto. Siento que debido a lo que pasó, ahora soy una persona más fuerte, más compasiva y motivada. Estoy realmente agradecida por todo el apoyo que he recibido por parte de E Models. Todo lo que puedo decir, es que ya estoy lista para trabajar.

Un par de horas más tarde, ya he participado, con fingida curiosidad, en discusiones con otras modelos y conocidos nuevos. Ruego porque alguno de ellos sea reportero. Imagino que ya he lubricado los engranajes de mi interacción social para el resto de la noche. Hoy mi idea de conversación es patética. Mi simple objetivo: establecer mi cordura, reforzar las buenas relaciones públicas y eludir silencios prolongados.

Me dirijo hacia el bar y ordeno otro vodka tonic. Cuando recibo mi bebida, brindo por el camarero y me doy la vuelta, inclinando la copa de alcohol hasta mis labios. Repentinamente, algo sucede y la multitud se divide como el Mar Rojo. Del otro extremo, veo a Óliver, muy imperioso bajo una brillante luz blanca.

Está conversando con Alana Edelman y algunas personas más. Sostiene un vaso en su mano de algo que parece whisky. Está vestido con un elegante traje de fábrica color gris. Sin corbata. El hombre se viste como si su atuendo fuera, exclusivamente, asunto suyo y de nadie más. Y él seguro lo sabe.

Un malestar espantoso atraviesa mi pecho en cuanto mis ojos descubren a la mujer espigada de cabello café que rodea con sus

manos el brazo de Óliver, mirándolo como si él tuviera las respuestas a todos los misterios de la vida. La comprensión casi me deja en shock: ¡Óliver es Liam Neeson! Trago. Me ahogo. Me sacudo. Esta chica espigada es la misma modelo angustiada por su novio, a quien le levanté el ánimo entre bastidores, en el show del desfile. La única diferencia es que ahora no parece nerviosa en lo absoluto, no mientras la imponencia de Óliver la mantiene a salvo.

—¿Vodka, eh? —dice una voz seductora, fiera y convincente. Me doy la vuelta para ver a Mona, una modelo de piel pálida con una larga cabellera carmesí sobre sus hombros. Es una de las pocas chicas que tolero en este negocio. Presiona su espalda contra la barra, situándose a mi lado.

—Sip —respondo, acentuando la "p"—. ¿Quieres unirte a la diversión?

—Oh, no. No puedo beber vodka. Soy emocionalmente alérgica. Comienzo a pensar que estoy enamorada de todo el mundo, y con "todo el mundo" me refiero a cualquiera entre los quince y los setenta y cinco años de edad, heteros, indecisos, todos... la última vez que probé vodka casi me caso con mi portero.

Sonrío.

—¿Ah, sí? ¿Es guapo?

—¿George? ¡Tiene como noventa años! Pero es tan dulce... cada vez que entro al edificio me dice: "¿Cuántos corazones rompió hoy, señorita Mona?". Siempre nota cuando tengo un mal día, qué Dios bendiga su noble corazón.

—¡Salud por ese hombre! —levanto mi copa para el brindis, luego tomo varios sorbos como si no me importan las calorías.

Mona continúa apoyada contra la barra y juguetea con su hermoso cabello rojo.

—De cualquier forma, ¿cómo has estado?

—Estoy bien —respondo encendiendo un cigarrillo.

—Con lo del secuestro.

—Ah, eso...

—¿Es cierto?

Asiento con la cabeza y la miro. No puedo evitar notar el impecable trabajo de su nariz. Mona no es reportera pero, a este punto, creo que todo el mundo está dispuesto a venderme a alguien más—. Sí. Es trágico. Ha sido una terrible...

—Ya termina con esa mierda, Cho —ella me dice Cho— Sé que eso no es más que charla publicitaria. ¿Cómo has estado realmente?

Miro directamente a Óliver mientras respondo.

—No lo sé... intento mantenerme ocupada para no pensar en ese asunto.

Debe haber seguido mi mirada porque lo siguiente que escucho de

ella es:

—¿Te limpio la baba?

—¿Qué?

—Entiendo. Te gusta Óliver Black. No le haz quitado la mirada de encima.

Coloco mi bebida en la barra y me tomo un momento antes de responder.

—¿Es tan obvio?

—Más que obvio.

No quiero hacer la pregunta porque sé que la respuesta no va a gustarme, pero, aun así, sigo adelante.

—¿Quién es ésa?

Miro a la mujer de pocas carnes junto a Óliver, casi reprendiéndome a mí misma por haberla motivado a desfilar en el show. Quiero retractarme de todo lo que dije ese día porque ahora todo comienza a tener sentido. Me toma un segundo sumar dos más dos. Óliver estaba allí cuando yo fui atacada porque acababa de asistir al desfile para disfrutar del show de su novia, La Espigada.

—¿Por qué? —responde, devolviéndome la pregunta—. ¿Quieres que te la saque del camino? Sólo dímelo.

Niego con la cabeza, desaprobando mentalmente las acciones maliciosas de Óliver, no el ofrecimiento de Mona.

—¡Ay, vamos, Cho! De cada tres chicas, dos y medio quieren meterse en los pantalones de Óliver. Tu y todo el pueblo quieren con el. Puedes encubrirlo con el mejor antifaz pero, al final del día, sabes que es cierto.

—¿Y qué hay de ti?

—¿Él y yo? Para nada... nunca —responde de inmediato—. Un hombre como él necesita a alguien dos veces como él. Dos veces más terca, dos veces más fuerte. Una mujer que sea capaz de manejar todo lo que él es y toda esa carga que lleva a cuestas. Yo soy muy perezosa para eso. No puedo ser así de devota.

El término “carga” me es familiar.

Expulso bocanadas de humo de cigarrillo y las observo retorcerse en el aire.

—¿Lo que quieres decir es... que necesita más de una mujer para que esté satisfecho?

—Más bien, que necesita a una mujer que no tema quedarse a su lado, enfrentar las cosas, tomar sus ofensas y devolvérselas directo a la cara. Querida, nada que sea bueno es fácil de conseguir en esta vida.

Ciertamente, la dirección que ha tomado la conversación no me hace sentir cómoda.

—Mira nada mas, no imaginé que eras del tipo poético. Parece como si supieras todo sobre él.

—Lo conozco muy bien. Ésta chica Tracy en mi clase de Yoga salió con él hace algunos años, durante dos meses más o menos. Según entiendo, él es muy intenso... voy a saludar a los VIP. Fue un placer hablar contigo, Cho.

—Sí, hazlo —aspiro una bocanada de humo—. Ve y haz prosperar tu cinta negra social.

Ella se ríe haciendo una leve sacudida de cabeza.

—Esa es Madison Wolfe, por cierto. Es un descubrimiento reciente aquí. Su padre es dueño de la mitad de Nueva York. Imagino que es dueño de Alana también.

«¿Wolfe? Eso me recuerda a algo.» La comprensión es el mejor disolvente para el ego.

Alana la Habladora, que solo mide un metro cincuenta, sube hasta la tarima para decir algo, mientras el DJ cambia la música para permitir una atmósfera más adecuada. Al momento, la luz comienza a brillar sobre el cabello negro de Alana. Óliver y La Espigada —además de otras caras nuevas— se sitúan junto a Alana.

—Hola a todos. Gracias por acompañarnos en nuestra celebración anual. Ha sido un privilegio y un honor...

El resto de sus palabras pasan alrededor de mi como si fueran aire, y las olvido ya que soy distraída por la figura delgada que se inclina para susurrar algo en el oído de Óliver. Ambos se miran mutuamente. Se ríen. Ella coloca una mano sobre su hombro. No puedo decir que me molesta porque, en realidad, me gusta saber cuál es mi posición con respecto a los demás, aún si eso resulta ser una posición que yo no desee. Justo ahora, sé exactamente cuál es mi posición: Estoy en la barra del bar. Totalmente sola. Tampoco puedo decir que me siento extasiada, pero al menos, ya no tengo dudas, así que puedo seguir adelante. Olvidarme totalmente hasta de la más remota posibilidad de estar con él... pero, ¿qué estoy diciendo? Nunca hubo una posibilidad. Es cierto que he estado teniendo algunas conversaciones con él pero, en su mayoría, no eran más que extensos monólogos en mi cabeza.

De alguna forma, entre las luces, las sombras y mi mente vociferante; la mirada de Óliver aterriza en mí. Nuestros ojos se atrapan mutuamente a través de la habitación llena de gente. Siento que estoy más ebria de lo que puedo manejar. Todo a mi alrededor parece girar. Mi visión se torna borrosa. Mis oídos quieren explotar. Apago mi cigarrillo rápidamente, fingiendo no haberlo visto. Luego, dirijo mis temblorosas piernas al baño para abofetearme un poco de sentido en la cara.

Me empujo a través de los invitados borrachos, pero mis rodillas se doblan cuando una chica me tropieza accidentalmente.

—¡Lo siento! ¿Te encuentras bien? —grita.

En lo que parece ser un abrir y cerrar de ojos, gentiles manos toman mis brazos poniéndome de pie nuevamente. Es Óliver, intentando, sin éxito, mantenerme recta, al menos emocionalmente. Me disuelvo como una tableta de Alka-Seltzer en agua. Mi cabeza cae hasta su pecho. Su pulso corre. Su colonia de hombre me atrapa y no me deja ir. Sus manos me presionan aún más hacia la rigidez de su pecho, y dudo entre si ya le he dado permiso de hacerlo o si ya estoy demasiado tomada como para actuar por mi propia cuenta.

—¿Por qué estás aquí nadando entre esta masa de personas completamente borrachas? —pregunta sin sonreír, con su rostro a la distancia de una pestaña—. Deja que te lleve a casa.

Un ruidoso gruñido se escapa de mis pulmones.

—No, eh… no. Estoy bien —digo incoherentemente, alejándome de su pecho.

—¿Acaso la única palabra de tu vocabulario es “no”?

—No.

—Sophie, me considero un hombre paciente, pero incluso yo tengo mis límites.

«¿Dónde está Reed cuando necesito de sus servicios?»

—Un momento. ¿Quién te crees que eres?

—Soy el tipo que dice que ya fue suficiente por hoy.

—Ah… —respondo levantando una ceja—, eres toda una contribución a la sociedad —el exceso de alcohol ha distorsionado mi razonamiento, así que continúo sin cuidado—. Permíteme reformar mi pregunta, ¿quién crees que soy *yo*? —silencio su respuesta con mis dedos cuando comienza a separar los labios—. No, no, no lo hagas. Yo misma te lo diré, ya que obviamente tú no me conoces; de hecho, es gracioso que creas conocerme. Quizá sepas mi nombre, quién soy, qué es lo que hago, dónde vivo, pero déjame decirte que… —súbitamente, comienzo a hipar, avergonzando mi gran discurso—, que no conoces mi historia.

Óliver toma mi muñeca mientras intento alejarme.

—Detente allí mismo.

La inquietud me alcanza y el efecto de varias bebidas alcohólicas me hace adoptar posturas sin gracia.

—¿Por qué estás deteniéndome?

—Intento hablar contigo.

—No —respondo, *«no lo hagas. No me des alas.»*—. Vuelve con tus amigos.

—¿Cuáles amigos?

—No lo sé. Quién sea que hayas invitado para adornarte el brazo, para guindarse a él como una parra. ¿Una novia, quizás?

Une sus cejas y arruga el entrecejo con perplejidad.

—¿Novia?

—¡Allí estas! —La Espigada se desliza a través de la nube de mis inútiles pensamientos y, como no, se prende a su brazo como una parra. Se aclara la garganta, posiblemente amordazada por la mezcla de mi presencia y la gargantilla de brillantes que decora su cuello. Su piel pálida realza sus ojos verdes mientras reflejos vivaces resplandecen bajo su cabello color arena.

—Sophie, ella es Madison...

Rápidamente, convenzo a mis piernas de que vayan a cualquier lugar donde no tenga que soportar la visión de Óliver o de su compañera. Al empujarme hacia afuera, Reed, con dignidad militar, abre la puerta trasera de su auto para mí. Estoy a punto de entrar cuando alguien toma mi mano.

—Sophie, espera un segundo —mi espalda es empujada un poco contra el auto. Óliver se inclina hacia mí, haciendo casi imposible que me aparte de él.

—¿Te importaría? —digo abriendo un poco de espacio entre nosotros.

—¿Puedes decirme qué fue todo eso? No puedo creer que seas tan insolente y descortés como para marcharte sin dejarme terminar una oración.

—Ése es tu problema, Óliver. Crees que me conoces.

—¿Este hombre está molestándola, señorita Cavall? —interviene Reed.

Yo atrapo su pecho, intentando contener sus métodos bestiales.

—Está bien, Reed. Puedo manejarlo.

—Sophie, escoge un número del uno al diez —exige Óliver, dejándome sumergida en la confusión.

—¿Qué? ¿Por qué?

Al intentar enfrentarme a su imponente mirada, a su seguridad aplastante, no me queda otro remedio más que obedecer.

—De acuerdo, tres.

—Reed, aprecio enormemente la preocupación que has demostrado por la seguridad de tu cliente. Con el objetivo de mantenerla a salvo, aumentaré tu salario en un treinta por ciento diario, si te reportas conmigo de inmediato.

Los ojos de Reed casi se convierten en símbolos de dólar... ese estúpido traidor.

—Gracias Reed. Yo llevaré a la señorita Cavall a su casa. Puedes irte.

Él asiente y se retira dejándome sola.

—¿Qué demonios? ¿Acabas de sobornar a mi guardaespaldas?

—No. Simplemente guie su conducta en una dirección más favorable para mis intereses.

—¡Es la misma cosa!

—No. Si lo fuera, lo habría dicho.

Mis manos vuelan hacia mis sienes mientras lucho por suprimir la locura tras lo que está sucediendo.

—Estás completamente loco.

—Por favor, explícame por qué continúas huyendo de mí. ¿Es un hábito tuyo?

Mi cerebro se siente como si el espacio dentro de mi cabeza estuviera siendo ocupado por pequeñas convulsiones.

—No estaba huyendo —miro nerviosamente a mi alrededor, intentando retomar el control sobre mí misma—. Estaba saliendo de un campo minado lo más rápido posible. Eso se llama supervivencia.

—¿Y resulta que yo soy el campo minado?

—Tú y tu novia.

—No tengo novia, mujer.

—¿En serio? A mí me parece que sí la tienes.

—Sí, y ni una sola vez has fallado en crear tus propias asunciones sobre mí. Pero te hare saber, las cosas no siempre son lo que parecen. Tú, entre toda la gente, deberías saber eso.

Suspiro. No puedo negar la verdad en sus palabras.

—Quizá tengas un punto en eso.

—Por supuesto que sí —responde riendo.

—Sin embargo, eso no cambia nada. Esto es Nueva York. Conozco tus tácticas de hombre seductor como la palma de mi mano.

Su prolongada y perversa sonrisa hace que mi interior explote en una tormenta ácida.

—¿Ah, sí? Por favor, instrúyeme acerca de mis tácticas de hombre seductor.

—No, no. No voy a pintarte la imagen de un Adonis que puede ser potencialmente el sueño de cualquier chica. Y no solo eso, además, considera que serlo es algún tipo de récord Guinness mundial. Hasta presume de ello.

Su cara se ilumina.

—¿Crees que soy atractivo?

—¿Es eso lo que entendiste de todo lo que dije?

—Realmente revela la profundidad de mi análisis, ¿no lo crees?

Cruzo los brazos y aparto mi mirada de la suya con desdén. Comienzo a temblar, sin saber si es de frío, de embriaguez o de nerviosismo. Óliver se quita la chaqueta de su traje y la envuelve alrededor de mis hombros. Mi respiración se debilita como si acabara de pinchar mis pulmones con su encanto. Frota mis brazos, arriba y abajo, para mantenerme caliente. Aparto la mirada para evitar sus ojos, esas piscinas llenas de maravillas azuladas.

—Eres extremadamente efusivo, Óliver. Ya detente.

—Hmm... —parece pensativo—. La última vez que una chica me

pidió que me detuviera fue en el 2004. Jamie Covington. Me rompió el corazón.

—Quizá sabía a lo que estaba enfrentándose.

—Mírame a los ojos —sostiene mi barbilla suavemente. Su rostro es un símbolo de perfección. Su aliento se precipita sobre mi cara y yo parpadeo atemorizadamente. Tarareo una oración en mi cabeza mientras siento su sólido físico presionado contra mi estómago.

—Bien, me tienes atrapada. ¿Qué es lo que quieres ahora? —digo, rígida como una roca.

—Quiero llevarte a casa. Es todo lo que voy a hacer.

—No puedo permitirlo.

—¿Por qué no? ¿Es parte de tu lista de métodos de cómo esquivar mis tácticas de hombre seductor? —responde con una sonrisa, que luego se desvanece—. No deberías estar tomada. No deberías andar desfilando así por ahí.

—¿Porque me hará lucir mal ante los medios?

—Al diablo con los medios —replica—. Apenas puedes mantenerte de pie. Quiero asegurarme de que llegues a casa a salvo.

—No, no, no. Absolutamente no —digo sin vacilar.

Él luce como si ya hubiera soportado suficiente.

—Ahí vas otra vez con esa negatividad.

—Decir “no” funciona para mí.

—Y decir “si” funciona para mí.

—¿No me digas? En ese caso, ¿podrías dejarme en paz?

—Si es lo que quieres, te dejaré en paz, pero primero voy a llevarte a casa.

No estoy de ánimos para discutir; estoy quedándome dormida. Óliver hace una llamada rápida y su chofer estaciona el carro en la calzada, luego abre la puerta trasera para mí y me coloca dentro con un persistente “por favor”. Con el estómago hecho un nudo, entro con Óliver detrás de mí. Ante su proximidad, lo único que me provoca hacer es revaluar los términos de nuestro relación. Quizás, incluso, lanzar mi libro de reglas por la ventana. A mitad de camino, mi cabeza cobra vida propia y se va a descansar sobre la camisa bajo su traje. Para ahora, él debe pensar que mi personalidad se alterna entre episodios de cordura y demencia. En un acto de embriaguez —motivado por el latido de su corazón en mi oído y el olor de su cuerpo—, arrastro un dedo sobre su pecho ligeramente cubierto de vello. No era mi intención tocarlo, simplemente lo hice.

—Sophie —escucho su voz por encima de mi cabeza.

—Hmm? —mi cabeza parece nadar mientras lo inhalo en cada respiración.

—¿Es a eso a lo que te referías con ser efusivo? —bromea, cubriéndome aún más con su abrazo.

«¡Maldición! ¿Qué estoy haciendo?»
—Perdón. No quise…
—Ya cállate. No voy a pedirte que te detengas.
Trago. Mi boca está repentinamente seca.

CINCO

EL ESPLENDOR DEL sol me despierta de mi sueño. Un milagro ha ocurrido justo frente a mis ojos: Dormí como un bebé. No puedo recordar la última vez que dormí así. Estoy entre indignada y perpleja, como si, de alguna manera, dormir fuera un fenómeno anormal que no debería haber ocurrido sin mi consentimiento. Maldigo mi cuerpo, sintiéndome traicionada por él y me siento a punto de caer en la miseria, la indignación o cualquier otro vacío infructuoso.

Y, hablando de cosas que no debieron haber ocurrido...

¿Qué estoy haciendo en una casa desconocida? Suelo detestar lo desconocido, pero aquí estoy, recostada en una cama ajena con un olor ajeno adherido a las suaves y esponjosas fibras de las sábanas.

El espacio a mi lado está vacío, cosa que agradezco; pero luego, noto que las sábanas de ese lado están un poco arrugadas, una indicación de que no he dormido sola en esta cama descomunal. Aparto la mirada y luego vuelvo a echar un vistazo para confirmar que las arrugas siguen allí. Y allí están.

Me siento. Me duele el cuerpo, mi mente está frenética y mis pensamientos corren sueltos tras las reflexiones de la mañana. Miro alrededor del cuarto y descubro mi bolso de mano sobre el banco tapizado, en el extremo de la cama. La agarro y camino de puntillas hacia el baño.

Observo en el espejo mi rostro imprudente, el cabello despeinado y los ojos negros como un mapache. Necesito a Tina, a mi equipo de esteticistas altamente eficaces y, quizás, a alguien que me redima. Levanto la palanca del grifo y lavo los restos de maquillaje de mi cara.

De vuelta al cuarto, mientras estudio la habitación en que dormí, la puerta se abre, revelando a Óliver como si él fuera el premio mayor tras la cortina de algún programa de concursos.

—¿Alguna vez has oído sobre tocar la puerta? —pregunto débilmente, sin energía suficiente para crear una escena.

Una suave sonrisa aparece en su rostro.

—No en mi propia casa. Además te garantizo que ya te he visto usando menos ropa —su mirada cae en mi delgado camisón.

—Eso no significa que deberías. ¿Dónde está mi vestido?

—¿El vestido que parecía un pájaro muerto sobre ti?

Mis manos vuelan a mis caderas mientras lo observo con gesto de reprobación.

—Tranquila. Lo mande a la tintorería. Tú misma te pusiste el camisón. No te preocupes, cerré los ojos en las partes gráficas.

—¿No me digas? —respondo levantando una ceja.

—Por supuesto que no. ¿Cómo te sientes? —pregunta con cortesía y atención, como si yo fuera una paciente que él estuviera tratando—. Dormiste casi toda la mañana. Creí que tendría que darte respiración boca a boca.

Sus palabras se inclinan en un ángulo divertido. Casi puedo sentirlas haciéndome cosquillas en las costillas.

—¡Ja! Me siento bien, gracias.

—¿Por qué siempre tienes que decir "bien"?

—No lo sé —respondo distante—, es una respuesta rápida. Creí que habías dicho que me llevarías a casa —le doy la espalda mientras busco mi teléfono en el bolso de mano. Tengo llamadas perdidas de Jess.

—Sí te llevé a casa.

Giro para poner mis ojos en el.

—Me llevaste a la tuya, no a la mía.

—Te quedaste dormida en el auto —explica con las manos en los bolsillos—. Mi casa estaba más cerca que la tuya, así que te traje aquí.

—¿Y dormimos en la misma cama porque...?

Percibo una chispa de diversión en sus ojos.

—Porque me lo pediste.

Mi corazón palpita con paso inseguro y sostengo mi temblorosa mano contra él, como si pudiera salir volando en cualquier momento.

—Estás bromeando.

—Ciertamente, no estoy bromeando.

Miedo hierve en mi interior. Intento no pensar en qué otras cosas indignantes pude haber dicho en estado de ebriedad.

Óliver desestima el asunto rápidamente y camina hacia el armario, desliza la puerta y me muestra la ropa que cuelga de adentro.

—Hay ropa limpia para ti aquí. Cualquier otra cosa que necesites está en el baño, toallas y artículos de aseo. Si lo deseas, puedes darte una ducha.

O está intentando ser un anfitrión extremadamente bueno o hay chicas que se quedan aquí todo el tiempo. Mi mirada escanea el cuarto. Luce organizado, todo está en su lugar, reluciente de limpio. Intento sonar toda Zen y enuncio una de las preguntas que se forman en mi mente.

—Realmente sabes lo que haces, ¿no es cierto?

—¿Por qué lo dices?

Agito la mano a mi alrededor.

—Las toallas, la ropa, el ambientador de menta. Me parece que ya lo tienes todo arreglado. No me sorprendería que ésta fuera una

habitación de huéspedes.

—*Es* una habitación de huéspedes. Una de las tres que hay en la casa. Pero, para responder a tu pregunta: No, no lo tengo todo arreglado. Ni en lo más mínimo. Sería tonto de mi parte creer que es así.

—Después de lo de anoche, debes suponer que soy yo la tonta.

—No te conozco, Sophie —responde—. Soy un hombre de fe matemática. Las suposiciones son un fenómeno mucho más afín con tu personalidad, no con la mía. Es lógico que hagas suposiciones para sustentar una hipótesis, pero no lo es cuando las haces sin tener una evidencia clara que las respalde.

Antes de que se me ocurra una respuesta ingeniosa, percibo en mi —extremadamente sensible— oído, el irritante zumbido de un mosquito aleteando alrededor del cuarto, tan ruidosamente como un helicóptero. Éste es un asunto peligroso. No quiero ser el festín de un pequeño carnívoro y todo ese zumbido pesado me hace quejarme mentalmente. Intento deshacerme del ruido y, al mismo tiempo, escuchar lo que dice Óliver.

Escucho las palabras "comida" y "terraza", y mientras actúo perfectamente equilibrada —fingiendo que la habitación está libre de chupasangres— todo lo que alcanzo a decir es: "¡Sí, seguro, me parece genial!"

Me lleno de pánico al notar que podría haber accedido a cualquier cosa sin darme cuenta.

Quiero atrapar al mosquito en el aire, cazarlo, erradicarlo, pero entonces Óliver pensará que estoy loca y es precisamente ésa su línea de trabajo. Está parado frente a mí como un modelo artístico, casi como una musa esperando servir como fuente de creatividad.

—Sophie, ¿te encuentras bien?

Me siento perturbada, preguntándome de dónde ha venido el mosquito. Estoy inquieta con la posibilidad de que quizá todo el lugar esté plagado de parásitos voladores. Rezo mentalmente para que esta criatura no tenga cómplices femeninas. Las más peligrosas. La posibilidad de ser picada por un montón de bichos, no está en mi lista de pendientes para el día. Asiento, levantando mentalmente la bandera blanca en dirección al mosquito.

—Sí, ahora, ¿qué tal un poco de privacidad?

—Por supuesto.

Salgo directo a lo que será un vaporoso encuentro entre la ducha y yo, pero en cuanto abro la puerta del baño, necesito detenerme como una niña en Disneylandia para apreciar la visión ante mis ojos. La cabina de la ducha tiene tres lados de cristal contra una pared trasera de mármol blanco. Múltiples chorros instalados en la pared, con cabezales de ducha, me invitan a un retiro de lujo.

Me siento un poco torpe hasta que entro en la cabina de la ducha, pero en menos de un segundo estoy ahí, silbando felizmente, enjabonándome, masajeándome con una barra de jabón perfumada que huele a jazmines. El agua sobre mi piel se siente cálida... muy cálida. En mi apartamento, las tuberías son una pesadilla. Generalmente, es usual que haya agua caliente en todas partes excepto en la ducha; así que comienza estando caliente y luego se vuelve un grado por debajo de glacial. La presión es demasiado baja y una vez, al despertar, descubrí el piso de la cocina inundado de agua porque el tubo bajo la cocina se había soltado. Jess enloqueció. No pisó la cocina en semanas y comía fuera para luego quejarse por haber aumentado cinco kilos en sólo algunos días.

Pero esta ducha... es gloriosa. La sensación es exquisita por el momento más corto.

Me deslizo dentro de una camisa blanca, pantalón ajustado color beige y mocasines con brillos. Todo de la asombrosa selección de ropa del armario.

Fuera de la habitación, contemplo una plétora de maravillas, un panorama deslumbrante de decoración perteneciente a un museo de alta calidad. Observo ascensores a mi izquierda y, frente a mí, dos puertas que se asemejan a las de la habitación en que dormí. Un sinnúmero de bombillas brilla en las vitrinas de vidrio llenas de antigüedades.

El aroma a limpio inunda el aire. No hay mosquitos. El silencio es raro. Me muevo cautelosamente, con miedo de sufrir algún accidente en este asombroso lugar. Aquí, sobresalgo como una leguminosa en un saco de arroz. Me enfoco en las escaleras en el centro de la habitación, me acerco a él, me inclino en el pasamano de vidrio y observo sus escalones ascendentes.

No tengo idea de adónde ir. Me siento en el último escalón y espero. Me haría bien un cigarrillo ahora mismo. Mis manos se entrelazan bajo mi barbilla, con los codos en las rodillas y los pies apoyados en el suelo.

—¿Qué haces aquí?

Me doy la vuelta y veo a Óliver, que viene bajando las escaleras.

—No sé a dónde ir.

Sonríe como si estuviera satisfecho consigo mismo.

—Eso es culpa mía. Lo lamento. ¿Todo bien? —se sienta a mi lado y me observa directo a la cara.

—Sí, todo estuvo genial. Gracias.

Él se inclina hasta acercarse un poco más. Mis brazos envuelven mis rodillas.

—Muy bien. Ahora podemos comer —se levanta y sube un par de escalones antes de girarse y extender su mano hacia mí. Hago una

pausa para recuperar el aliento y me uno a él.

Sea cual sea este piso, y sin importar cuántos escalones hemos subido, mi corazón late en mi garganta con tanta intensidad, que podría asfixiarme.

La manera en que respiro en busca de oxígeno, me hace ver como un cerdo fuera de forma cuando, finalmente, logro llegar a la cima de la larga escalera. Jadeando, le pido que se detenga.

—Dame un minuto.

—Claro, toma el tiempo que necesites.

Estoy abrumada por la impresionante vista de la ciudad desde una terraza de cuentos de hadas.

—¿Cuántos pisos hay aquí?

—Seis por encima del suelo y dos por debajo.

—¿Seis? Qué exagerado, al menos pudimos haber tomado el ascensor.

—De hecho, sólo subimos dos pisos.

—Ah.

—¿Te encuentras bien? —dice con preocupación.

—Sí, sí. Estoy bien. Es hereditario. Mi madre sufría de presión alta.

—Deberías sentarte.

Me dirijo al festivo y suculento almuerzo colocado sobre la mesa con tope de madera que, presumiblemente, es sólo para nosotros. Hay más de donde vino esto en el carrito de comida ubicado cerca de la mesa.

Respiro con asombro o con nerviosismo y miro hacia arriba, al cielo claro y azul. Algo embarga mi interior al percibir en mis oídos el sonido de la paz, la quietud… la ausencia de sonido.

—¿Qué sucede? —Óliver da zancadas hasta una silla cercana, luego se da la vuelta y me descubre de pie a mitad de la terraza.

—Nada, sólo estoy escuchando. Es muy tranquilo —froto mis manos sobre mis flácidos bíceps y giro para tomar asiento en una silla de patio, estilo cuerda trenzada, igual a la que está usando Óliver.

—¿Tienes idea de lo difícil que es conseguir un poco de silencio en Nueva York?

—¿Debo asumir que prefieres el silencio?

Pienso mi respuesta un momento, rascándome la mano sin cesar.

—No creo en el silencio, siempre hay algo qué oír; más bien, creo que existe una delgada línea entre el sonido y el ruido y no me gustan los extremos. Esa línea en el medio, justamente eso es lo que prefiero. Usualmente, el ruido me persigue y —probablemente ya lo hayas notado—, cuando algo me persigue… huyo.

Él sonríe durante la mayor parte de lo que digo.

—Según me parece, algo sí te persiguió.

Sigo su mirada todo el camino hasta la hinchada y rojiza mancha en mi mano donde comienza a aparecer una gran erupción y, además, no estoy demostrando mucho autocontrol. Debe haber al menos unas tres picaduras, cada una del tamaño de una moneda de cinco centavos.

Sabía que esto pasaría. Intento deshacerme de la intolerable comezón, mientras Óliver me ordena que me detenga para no esparcir la irritación. Cuando no le obedezco, se queja silenciosamente, cierra su mano sobre la mía y la mantiene allí firmemente.

Observo su mano sosteniendo la mía mientras, con la mano libre, toma un enorme plato de ensalada de frutas del carrito y lo empuja hacia mí. Olvido completamente la picadura del mosquito. Me pregunto cuándo fue la última vez que me alimenté con comida de verdad, en una casa de verdad, en una mesa de verdad, teniendo realmente el tiempo necesario para sentarme y disfrutar cada mordisco. Pero todo lo que parezco ser capaz de recordar en mi nostálgico viaje hacia el pasado, es a mí misma sentada en un sofá, a mí misma en la carretera, a mí misma en el mostrador de la cocina y a mí misma en algún restaurante.

Rescato la mano que Óliver tenía aprisionada y la paso por mi cabello, como si lo que estamos haciendo no fuera gran cosa para mí. Tomo un tenedor y me dedico a mi ensalada. Él nos sirve café en pequeñas tazas a juego y luego me entrega una aspirina. Lo observo maravillada y, seguidamente, tomo la aspirina con el café. Me recuesto cómodamente en mi silla, colocando suavemente los brazos en el respaldo y relajándome contra él.

—¿Te gusta? —pregunta con una sonrisa al verme acariciar la silla.

—Sí, es linda.

—Es de madera cosechada naturalmente, y ésta… —dice, señalando la mesa—, fue tallada de un árbol que cayó naturalmente.

—Qué interesante. No hay muchos hombres que se interesen por el medio ambiente y la permacultura.

Hay un destello de picardía en sus ojos mientras habla.

—Te sorprendería saber lo que me interesa, Sophie —dice en un tono amigable y a la vez siniestro.

Se sienta allí mirándome durante un par de segundos en los que le devuelvo la mirada sin esfuerzo. Cuando mis mejillas comienzan a arder, sacudo mi cabeza para librarme de su estupor y comienzo a hablar.

—Entonces… ¿por qué tienes ropa de mujer colgando en el closet?

Él sonríe alegremente. Al verlo a la luz del día, de cerca, con jeans oscuros y camiseta gris, me sorprende lo joven que parece.

—Las mandé a traer especialmente para ti. Quiero que estés

cómoda.

—Dime más.

Se acomoda de nuevo en su silla antes de continuar.

—Tu vestido es talla dos. Mides un metro ochenta, ochenta y seis centímetros de busto, sesenta de cintura y ochenta y seis de cadera. Calzas ocho y medio. Cualquiera con un teléfono o computadora podría averiguar eso.

Arqueo una ceja.

—¿Es en serio?

—¿Qué otra conclusión puedes sacar después de saber que lo que te digo es la verdad?

Pincho mi ensalada y apuñalo una fresa.

—Muy bien, listillo, la verdad es que soy talla cuatro. A veces puedo meterme en un dos. Sin embargo, estoy impresionada. ¿Entraste a la web y memorizaste todo eso?

La risa brota de su boca como un torrente de agua y cae sobre mí como un tsunami que arrasa con todo lo que había antes.

—La memorización es una forma tan vacía del pensamiento contemporáneo y, para serte honesto, uno no debería...

—Óliver.

Coloca su tenedor sobre la mesa y toma un sorbo de su café.

—Digamos que yo... no... olvido las cosas —lo dice lentamente, con calma, haciendo pausas, como si tuviera miedo de mi reacción.

Algo inesperado ocurre en mí. Su revelación me hace sentir tanto fascinada como interesada —que es lo más extraordinario.

—¿Quieres decir... nunca?

—Te mostraré —limpia las comisuras de su boca con una servilleta—. Dime una fecha.

—¿Cómo dices?

—Dame una fecha. Cualquier fecha del pasado, la que más te guste.

—De acuerdo —alejo mi plato e intento concentrarme—. ¿Qué tal el treinta y uno de enero del año 2000?

Aclara su garganta, probablemente preguntándose por qué elegí esa fecha. En realidad, no tengo idea.

—Veamos... —parece darle vueltas en la mente—, fue un lunes. Almorcé un trozo de pizza en una cafetería, tuve una conferencia acerca de probabilidad y variables al azar en MIT. Un avión se estrelló en el océano pacífico ese día. Fallas en el motor. No hubo sobrevivientes.

Mi corazón da un salto. Una parte de mí cree en él, mientras que la otra, aún cansada, quiere cuestionarlo.

—Estás bromeando.

—Revísalo tú misma si quieres.

—Puedo creer lo del accidente, pero no puedes esperar que crea que fuiste a MIT a los dieciséis.

Él se toma un momento, probablemente intentando ordenar sus pensamientos.

—¿Cómo supiste que tenía dieciséis?

—No hace falta ser un genio. Fue en el 2000... ahora tienes veintinueve... es matemática básica.

—Tenía quince. Mi cumpleaños no era hasta marzo. De todas formas, sabía que eras inteligente —dice mirándome a los ojos. Y yo sabía que él era encantador, tan encantador como vienen—. Me gustan las mujeres inteligentes.

Cosa que no quiere decir absolutamente nada. Me río suavemente y cambio de posición en mi asiento.

—Estoy segura de que la señorita Carter, en segundo grado, no estaría de acuerdo. Era tan lenta en matemáticas que tuve que incorporarme al grupo de un grado menor porque hasta los más lentos de mi clase eran más avanzados que yo. Podía hacer bien las matemáticas, pero nunca lo suficientemente rápido.

—La rapidez y la lentitud sólo hacen diferencia en ciertas situaciones, como competencias o exámenes —dice—. El escenario de la vida real no es así. Las matemáticas son pacientes. El último teorema de Fermat tardó más de tres siglos y medio en ser probado.

«¿El último qué de quién?»

—No lo sé... tiendo a complicar todo. Hacía demasiadas preguntas y siempre quería evidencia cierta de lo que fuera que estuviera aprendiendo. Imagina la indignación de mi maestra cuando le pregunté por qué dos más dos eran cuatro.

Óliver saca un bolígrafo de su bolsillo y garabatea algo en una servilleta. Mientras tanto, yo continúo despotricando.

—¿Sabes lo que me dijo la Srta. Carter? “Sophie, es como preguntar por qué el cielo es azul”. ¡Me moleste tanto! Es decir, ¿es en serio?, ¿es así como debe funcionar la escuela?

Un segundo después, coloca la servilleta frente a mí. Me siento intrigada por su letra punteada; es pequeña y aseada. A duras penas puedo leerla y, hasta donde mi vista me lo permite, puedo ver que ha escrito un montón de números, una ecuación. Me quedo analizándola, al principio sin comprender, pero luego me doy cuenta de que ha respondido mi pregunta.

—Nunca hay sólo una respuesta para un problema. Dos más dos no siempre suman cuatro, al igual que los síntomas de una gripe no siempre conllevan a la gripe —dice—, pero cuando el resultado sí es cuatro, es eso lo que justifica el por qué.

Lentamente, veo hacia él y sonrío porque, para él, importó. Nuestras pequeñas bromas importaron. O quizá soy yo quien le

importa. Óliver estaba genuinamente escuchando, manteniéndose atento. No hay muchas personas que me escuchen hoy en día, que realmente me escuchen.

—¿Ves a lo que me refiero? —bromeo, intentando sonar como si él no tuviera ningún efecto sobre mí—. Es por gente como tú que temía ir a la escuela. Nunca fui buena estudiante.

Él sonríe, relajado y casual.

—El problema es la enseñanza tradicional, Sophie. No tú.

—Claro... y eso viene del chico que seguramente durmió durante toda la secundaria y, aun así, fue el más destacado de su clase.

—Sí, pero eso no fue mi culpa. Puedo asegurarte que hay un par de razones completamente legítimas. Sin embargo, no hace falta ser un estudiante inteligente para pasar una clase, al igual que no tienes que ser necesariamente tonto para fracasar. El asunto va mucho más allá de eso.

—Sí, bueno, dile eso a la Srta. Carter. Me quedaré con la servilleta, por cierto, sólo en caso de que algún día me tropiece con ella —me recuesto en la silla de patio, inclinando la cabeza para obtener una mejor vista del cielo—. Así que... ¿por qué eres bueno recordando cosas? ¿Eres alguna clase de genio?

—¿Un genio? —se ríe a medias al decirlo—. Quizá no tenga un cerebro normal, pero no soy ningún genio.

—¿Ah, si? ¿Cual es tu coeficiente intelectual?

—El cerebro es un órgano muy complicado, Sophie. No todo se puede cuantificar.

—Estoy segura de que es numero alto, ¿verdad?

—Las personas tienen que dejar de tratar de atribuirle un numero a la inteligencia.

«Estoy segurísima de que es un numero alto.»

—¿Por qué estás contándome estas cosas?

—Considéralo una disculpa —responde—. Es justo que sepas una parte sustancial de mí, considerando que yo ya sé mucho sobre ti.

—Disculpa aceptada —sonrío—. ¿Cuándo murió Elvis Presley? —bromeo sin esperar que conteste correctamente.

—En agosto de 1977. Fue jueves. Tenía cuarenta y dos años. También, en ese mismo año, salió a la venta la primera computadora Apple. Podemos hacer esto todo el día, cariño.

Mi corazón da un salto.

—¿Cómo es posible que sepas algo así? En serio, ¿cómo?

—Lo leí en un periódico antiguo en la biblioteca pública cuando tenía nueve años.

No puedo negar que me siento bien de estar a mitad de una discusión que empuja los límites de mi existencia diaria.

Óliver se levanta de su silla y toma dos copas de martini del

carrito de comida. Están rellenas de un postre cremoso.

Veo la copa de postre frente a mí con enorme anticipación. Hay granola esparcida por encima.

—¿Esto es… pudín?

—Sí —responde—, pudín de vainilla.

Sonrío.

—¿Qué?

—Nada.

—Está repleto de proteínas. Adelante. Disfruta.

Nuestras sonrisas estallan, reconociendo mutuamente alguna remota conexión interior y reímos como si nos conociéramos desde siempre. Hay una chispa de fuego unida a un deseo vertiginoso encendiendo mi corazón. Es una atracción impulsada por energía atómica.

***

DESPUÉS DE UN tiempo corto —cinco minutos más o menos—, el conductor de Óliver estaciona el auto fuera de mi complejo de apartamentos.

Dentro del edificio, Óliver y yo nos dirigimos hacia el ascensor. Las puertas se separan. Al ser amontonados junto con otras personas, lo observo e intento forzar una sonrisa.

—Deberías dejar de estar tan inquieta —me dice al oído.

—Deberías dejar de decirme qué hacer.

Salgo del ascensor hacia el pasillo y busco el llavero que contiene la llave de la puerta principal. Mientras mis dedos quedan atrapados en una lucha contra las llaves, comienzo a preguntarme lo que la mitad de ellas hace y a dónde permiten acceder. No sé por qué un objeto tan inútil ha decidido convertirse en un problema para mí en este momento, cuando lo único que quiero es ocultarme de las esquinas apropiadas de la vida de Óliver. De las que representan un riesgo para mí… pero algún día organizaré este llavero.

—No puedo creerlo. No encuentro mi estúpido llavero.

—Sophie.

Coloco la palma de mi mano en frente de su rostro.

—Cállate —le digo, y al momento consigo mi método de entrada y murmuro un “gracias” al poder divino que ha decidido entregarme mi gran momento de “¡Ajá!”

—¿Sabes lo que le pasó a la última persona que me calló?

Levanto la mirada como si alguien acabara de colocar una pantalla de proyección frente a mis ojos, luego lo olvido y concentro mi atención en el pomo de la puerta y en mis dedos que tropiezan intentando meter la llave correcta en la cerradura. Desde mi visión

periférica, descubro a Óliver acercándose a mí. Intento demostrarle cuán poco me importó su pregunta, girando hacia él casualmente; pero sé que acumular suficiente combustible para encender mi motor emocional, no es más que cuestión de tiempo. Esto representa un gran problema, el hecho de ser susceptible a una destrucción emocional a un nivel más allá de mi propia comprensión.

Al percibir una familiar y lejana sonrisa, que emerge de su rostro y descansa sobre sus labios, no puedo evitar demostrarle lo que realmente siento. Vulnerabilidad genuina. Quiero hablar, decir algo... lo que sea... incluso un "no quiero saber", pero mi cerebro no está sincronizado con mis habilidades verbales.

—Óliver —digo como si estuviera midiendo el tamaño de su nombre.

Él coloca una mano contra la pared del pasillo, inclinándose levemente hacia mí. Pone su dedo índice sobre mi boca para persuadir mi silencio y, perezosamente, recorre con él mi labio inferior. No puedo apartar los ojos de él.

—No hagas esto.

—¿Hacer qué?

—*Esto*... —respondo a medias—. Nosotros. Debemos mantener una relación estrictamente profesional.

—¿Profesional? —pone un poco de distancia entre nosotros, riéndose entre dientes—. Sé que te gusta dormir del lado izquierdo de la cama, con la sábana hasta tu nariz porque la sensación de tu propio aliento contra ella te hace sentir cómoda. Ya pasamos profesional hace mucho.

«No puedo creer que le dije esas cosas, ¿qué tan borracha estaba anoche?»

—Es que somos... —esos ojos azules arden sobre mí y me roban el aliento, atrayéndome—, somos personas diferentes con caminos diferentes.

Él se acerca hasta estar a sólo un centímetro de mí.

—Mírame a los ojos y dime que no quieres estar conmigo —me reta.

—¿Realmente estás así de seguro?

—Realmente estoy así de interesado.

—¿Es así como lo haces? ¿Es esto lo que le dices a todas las chicas?

—¿Cuáles chicas? Mira a tu alrededor. Tú eres la única que hace todo tan inconvenientemente difícil para mí.

—Tienes razón... estoy segura de que la dificultad no es algo con lo que lidias normalmente.

—Me parece que sigues juzgando algo que no conoces en lo absoluto —separo los labios para hablar, pero quedo desconcertada

ante la enunciación de su astuta respuesta—. ¿Qué tal si comenzamos con una cena y vemos a dónde nos llevan las cosas?

—¿Estás invitándome a salir?

—¿Estás diciendo que sí?

—¿Siempre respondes a una pregunta con otra pregunta?

—¿Siempre lo haces *tú*?

—Adiós Óliver —digo con voz cantarina.

Se acerca unos pasos más y se inclina hacia mí. Mis párpados aletean.

—Ayer... —dice hablándole a mi boca—, te dije buenas noches y tú respondiste: "¿No puedes dormir aquí?", y entonces te pregunté por qué. Tu dijiste, y cito: "Porque la cama es demasiado grande. Porque tengo frío. Porque me gustas". Fin de la cita.

—Ok, tienes que entender que estaba tomada.

—¿Y eso qué?

—Y no debes creer nada de lo que dije.

—¿Qué tal ahora?

—No lo sé. No confío en mí estando cerca de ti. Hablar contigo es como beber tequila, un minuto estoy en control de mí misma y, al siguiente yo...

Me atrae firmemente contra él y reclama mis labios... brutalmente, violentamente, de la manera en que secretamente deseaba que lo hiciera. Le devuelvo el beso con tanta pasión que casi pierdo todo el aire de mis pulmones. Su contacto es desesperado y veloz y no sé de quién son los botones que vienen primero o cuál de los dos está abrazando al otro con más fuerza. Muerde mi labio inferior dibujando en él una gota de sangre.

Se aparta por un momento, sosteniendo mi labio entre sus dientes mientras lo hace. Deslizo un dedo sobre mi labio y saboreo el gusto metálico de la sangre. Sonrío un poquito. De puntillas, alcanzo su cabeza y aplasto nuevamente mis labios contra los suyos. Dejo que mis dedos merodeen por su cabello y él me curva contra él, con sus manos apretándome cada vez más cerca.

Podría llorar. Podría gritar. Me siento jubilosamente viva.

Soy empujada contra la puerta y ésta se abre por completo de un solo golpe.

—¡Sophie!

Empujo bruscamente a Óliver con la intensidad del impacto de un rayo. La comprensión es fuerte, me toma por sorpresa, mientras escucho la voz de Jess llamándome desde algún lugar. Aún estoy intoxicada por el encanto de Óliver, cuando la realidad me abofetea súbitamente en la cara.

Rápida como un guiño, observo a mi alrededor y encuentro a Jess sentada en la sala, junto a sus padres y Éric.

SÉIS

TOSO AVERGONZADA Y paso los dedos sobre mis labios como para borrar la evidencia, aunque en realidad estoy analizando la calidad del sabor.

Ellos simplemente están ahí sin quitarnos la mirada de encima, con los ojos muy abiertos y expresión de "¡Ya te vimos y lo sabemos!" Sus copas de vino aún están suspendidas a mitad de camino mientras escudriñan nuestro sensual encuentro. Me siento como una prostituta en un convento.

—Ellos son mis padres —dice Jess con dificultad.

Óliver se acerca a ellos como si nada hubiera pasado. Con perfecta compostura, le da la mano a ambos.

—Un placer. Soy Óliver Black.

Éste es un testimonio real de su manera suave de enfrentar cualquier cosa.

Mientras intento recomponer mi perturbado ser —al menos lo suficiente como para presentarme—, Jess me lanza una mirada cruel por el rabillo del ojo, haciéndome una seña para que salga a la luz.

—Éste es mi novio, Éric —le dice a Óliver—. No recuerdo si ya se conocen.

—Éric, sí, ya nos conocíamos —Óliver y Éric se estrechan las manos como un par de boxeadores a punto de comenzar la pelea. Cuando Éric no está usando su uniforme médico, se viste con algo que parece venir del closet de un niño de octavo grado: gorra de béisbol azul, camiseta blanca de cuello redondo, pantalones grises y zapatos azules tipo tenis.

Me quedó allí de pie, rígida como una muñeca Barbie, aunque no tan bien peinada.

—Mamá, papá, Óliver es el novio de Sophie.

Doy un respingo. Si mi rostro estaba pálido hacía un minuto, ahora debo haber alcanzado diez tonos más pálidos. Le lanzo a Jess una mirada de muerte y luego otra, pues ella sonríe y luce como si estuviera disfrutando mi incomodidad. Mis ojos vuelan hacia Óliver. No estoy segura de lo que vaya a decir... o hasta a hacer; pero, para mi sorpresa, ya está llevándome hacia él, sosteniéndome suavemente y besando mi cabello de acuerdo con la reciente presentación. Alguien debería nominarlo a mejor actor.

—Es un placer conocerlos, Sr. y Sra. Freeman. Jess me ha hablado

mucho sobre ustedes —digo educadamente y medio atormentada.

Óliver pregunta si puede llenar la copa de alguien y se aparta de mi lado. Lo observo sentirse como en casa, tomar un vaso de vino y unirse a la conversación con los padres de Jess. Ambos parecen haber caído en su hechizo mientras lo siguen hacia la cocina.

No puedo dejar de notar el descontento que corre por las venas de Éric y que me hace sentir como una pecadora quemándose en el infierno.

—Esto es muy inesperado, ¿durante cuánto tiempo han estado saliendo? —pregunta Éric.

—Bueno, la verdad es que nos conocimos hace apenas cinco...

—¡Hace cinco semanas! —dice Jess rápidamente, regañándome con ojos grandes como de búho.

Las opiniones de Éric están grabadas en toda su cara.

—¿En serio?, ¿cinco semanas? No recuerdo que me hubieras mencionado nada de eso —sigo sus pequeños ojos azules a todo lo largo de la sala y hasta la cocina, donde está Óliver hablando sobre vinos con el padre de Jess.

***

COLOCO MIS PALMAS sobre la fría encimera del baño. Hay un pequeño espejo guindado sobre él que me obliga a ver de frente la absoluta inseguridad de mi cara. Frunzo los labios sumergiéndome en mis pensamientos, y paso mis delgados dedos sobre las fisuras de mi rostro.

Justo cuando se me ocurre encender un cigarrillo, alguien toca la puerta. Permanezco en silencio, esperando que, quien quiera que sea, se vaya.

—Sophie, ¿puedo entrar?

—No —murmuro con el cigarrillo aún sin encender entre los labios.

Cualquiera que sea el tono inexistente de bienvenida que Óliver percibe en mi voz lo persuade a abrir la puerta. Rápidamente, lanzo el cigarrillo al cubo de la basura. Óliver luce relajado al entrar al baño. Su expresión es agradable y sus labios se curvan en una sonrisa juguetona.

—Tú debes ser Sophie. He estado buscando una mujer como tú.

Se acerca hacia donde estoy con la cabeza ladeada y mis brazos cruzados sobre mi pecho. De inmediato, noto que el tercer botón de su camisa está desabotonado, permitiendo que se asome una ligera capa de vello. Casi puedo sentir su calor. Hace que sea terriblemente difícil para mí no querer desabotonar el cuarto... y el quinto... y luego, ultimadamente, quitarle la camisa. Ahora hay toda una electricidad

nueva entre nosotros.

—...es más o menos de tu estatura, mismo color de cabello, mismos exquisitos ojos avellanados... incluso se viste como tú.

—Debes haberme confundido con alguien más.

—¿Está todo bien? ¿Qué estás haciendo aquí? —dice con una voz calmada y seria cuando finalmente llega a donde estoy.

—¿Qué crees que estoy haciendo? Escondiéndome. Acabamos de dar un pequeño espectáculo allá afuera —explico lo obvio.

—Lo sé. Estuve allí.

Inmediatamente, recuerdo su sabor. El beso fue largo, hambriento, y cuando nos separamos en busca de aire... finalmente supe lo que ya sabía desde lo más profundo de mi corazón, pero había decidido ignorar... quería más, quería todo de él. Cuando me tocó, vi fuegos artificiales.

—Sabes algo... —comienzo a decir—, para ser una persona privada eres muy abierto con desconocidos; sin mencionar absolutos desconocidos, como los padres de Jess.

—¿Y eso es un crimen?

—Sí lo es, si el crimen va demasiado rápido.

—Solo digo lo que tengo en mente. ¿Cómo es eso considerado rápido?

—Desde que lo que tenías en mente aterrizó en mis labios hace un par de horas.

—Me devolviste el beso, ¿no es cierto?

—¡Por supuesto que te devolví el beso! ¿Qué esperabas? Si lo que estamos buscando es un culpable, tienes que admitir que fuiste tú quien me embobó.

—Eso hice, ¿verdad? —responde riendo.

Siento su aliento en mis labios. El aroma de su frescura de menta debilita mis huesos hasta su máxima fragilidad.

Lo observo seriamente, con la frente arrugada.

—¿Cómo es que puedes actuar con tanta naturalidad? ¿Acaso no tienes vergüenza? O al menos... no lo sé... ¿decencia? —estoy desconcertada hasta el punto de frustración—. Nada te preocupa, nada logra molestarte. Juro que es como si estuvieras manejando la vida como si fuera un rompecabezas que puedes resolver fácilmente; y mientras tanto, yo siempre estoy aquí, pensando que al mío le falta una pieza. Nunca logro resolverlo. Nunca logro completarlo. Nunca logro calmarme. ¿De dónde sacas tanta calma? De verdad, necesito saberlo.

Una vez que las palabras salen de mi boca, él me estudia. Retrasa su respuesta.

—Así que... ¿Qué es exactamente lo que no tengo?, ¿vergüenza o decencia?

Su aliento choca contra mi cara y parpadeo con pesar.

—Lo lamento —dice—, desearía parecerme más a lo que quieres.

—¿Ves? A esto me refiero. ¿Cómo puedes decir algo así?, ¿cómo puedes disculparte? Eres un hombre altamente inteligente, altamente exitoso. Tienes todo a tu favor. Por Dios, ¡puedes tener cualquier chica que desees! ¿Por qué demonios querrías cambiar?

—Estoy muy satisfecho conmigo mismo —responde—, pero al parecer, tú no.

—¡Óliver! ¡Eres un hombre tan... tan irritante! ¿A quién le importa lo que yo piense? ¡No vas a cambiar sólo por cambiar!

—Sophie, ¿qué quieres que te diga? —responde riendo ante mi arranque de exasperación—. No es posible llegar a donde he llegado, sin aprender a elevarse por encima de lo insignificante. Deja de creer que soy perfecto porque no lo soy. Cometo errores, me molesto, me pongo triste, me frustro, me preocupo.

El olor de su colonia cae pesadamente sobre mí. Mi interior arde de calor y mi mente no es capaz de concentrarse en nada, excepto en su cara.

—Necesito estar sola un minuto —digo.

—¿En el baño?

—Sí, en el baño. Huí de allí antes de que me diera un ataque de asma.

Su boca se curva.

—Sophie, no eres asmática.

—¡Imagínate! Entonces debe ser aún más serio, ¿no lo crees?

—Las situaciones incómodas existen porque tú las haces virtualmente incómodas. Todo está dentro de esa linda cabeza tuya —dice, apuntando a mis sienes.

Lo observo, deseando contagiarme de un poco de su tranquilidad.

—¿Cómo podría siquiera hacerlo menos incómodo? Probablemente estén pensando lo peor de mí. Son los padres de Jess, no quiero que tenga una idea equivocada de mí.

—Intenta iniciar una conversación. Pregunta algo que requiera una opinión; ésa es una manera efectiva de balancear la conversación en otra dirección. Se olvidarán de nosotros, lo prometo.

Hay un segundo de silencio.

—No tienes que cambiar nada de ti —confieso en voz baja—. Sabes quién eres y haces lo que quieres. Algunas personas simplemente se asustan.

—¿Qué quieres decir? —pregunta uniendo sus gruesas cejas.

—Quiero decir que a veces la gente se acostumbra tanto a que sucedan cosas malas, que cuando algo bueno sucede, ellos simplemente... tropiezan.

—¿Tropiezan?

—Sí, lo cuestionan.

Parece no tener idea de lo que acabo de decir. El silencio vuelve a acentuarse hasta que lo rompo con una mirada.

—Es sólo que estoy increíblemente desajustada. Toda esta situación me recuerda a cuánto batallo cada día por intentar lucir cómoda con todo lo que me incomoda.

—¿Qué es lo que te hace sentir incómoda?

—La gente, casi siempre; los conflictos, los estereotipos... lo sé, sé que estoy en el negocio incorrecto.

—Bueno, si me lo preguntas, es bueno empujarse hasta los bordes de la experiencia propia. Supongo que todos estamos predispuestos a hacer las cosas con las que nos sentimos cómodos. Es sencillo; no estás preocupándote, pero tampoco estás allá afuera explorando. La seguridad no siempre es algo bueno.

Lo miro intentando convencerme a mí misma de que él realmente está aquí, en mi pequeño baño que parece armario.

—¿Hay algo en lo que no seas bueno? —pregunto.

—Tengo un sentido de dirección terrible. Cuando era niño, solía perderme todo el tiempo, incluso en lugares familiares. Mi madre pensaba que había algo mal en mí. Mi atención siempre estaba en todo. También no conecto fácilmente con las personas.

—¿De qué estás hablando? Eres una mariposa social.

—Paso mucho tiempo pensando. No hay muchas personas con las que estaría dispuesto a entablar una conversación y pasar más de algunos minutos discutiendo los puntos más finos de algún tema en particular.

—¿En qué piensas por lo regular?

—En misterios existenciales, en la condición humana, trayectorias socioeconómicas, en por qué las personas no ven las cosas de manera crítica, en lo que salió mal, en lo que salió bien...

Súbitamente tengo una sensación de tranquilidad; hay una cierta quietud en él que es muy tranquilizante. Hay un momento de silencio en que miro a sus ojos y sé que está siendo sincero. Mientras juego con las puntas de mi cabello, quiero preguntarle: “¿Qué eres? ¿De dónde has venido?”; pero en lugar de eso, sigo su ceño fruncido hacia el lugar en que está mi cigarrillo, muerto y sin usar.

—Eso no es mío —me apresuro a mentir, y no estoy segura de por qué.

—¿De quién es?

—Yo qué sé —digo retóricamente—, debe ser de Jess o de Éric. Yo no fumo.

—Pues, qué bueno que no fumas. No salgo con fumadoras.

—¡Ja! Pues qué bueno que no estamos saliendo.

***

—¿QUÉ QUIERES QUE te diga? ¡Lo siento! ¡Estaba aterrada! —Jess es un desastre de histeria, disculpándose mientras entra a la cocina en busca de copas de vidrio—. Entraron como un par de cabras lascivas en una película para adultos, manoseándose los encantos unos al otro y derrumbando todo a su paso. Te estoy hablando de una película por...

—Ok, ok, ya entendí.

—Ni siquiera llegaste a dormir anoche. Mínimo esperaba que me hubieras avisado, en serio, ¿qué se supone que tenía que decir?, ¿que acababas de conocer a ese tipo?

Tiene razón. Eso habría sido inapropiado en muchas maneras.

—No estoy molesta contigo, Jess. Lo entiendo —lleno un bol con salsa de espinacas—. Si alguien debería de pedir disculpas, soy yo. Estoy tan avergonzada. Olvidé que tus padres vendrían. Ni siquiera limpié mi cuarto.

—Por supuesto que lo olvidaste. Estabas en Oliverlandia —responde masticando una papa frita—. Lamento haberte puesto en esta posición con Óliver. No sé en qué punto estás con él. Lo que pasa es que mis padres son muy conservadores y pueden llegar a ser muy intimidantes. Ambos creen en dos cosas: La Ley del Señor y la educación. Simplemente no quiero que tengan una idea equivocada de ti.

«Bueno... al menos no soy la única que está aterrada.»

Jess gira la cabeza hacia la sala. Su madre está inspeccionando la pulcritud de nuestro apartamento, deslizando su dedo sobre lo que me temo que es un centímetro de polvo acumulado sobre la mesa de centro.

—¿Ves a lo que me refiero? —dice frunciendo el ceño—. Si crees que yo soy obsesiva, pues ella siempre quiere que todo esté limpio como un hospital. En verdad no quiero pelear con ella.

—Creo que lo comprendo.

Levanta una bandeja con un mantelito debajo de carbohidratos y aperitivos fritos.

—Entonces, ¿te acostaste con él?

—Baja la voz —respondo—. Y no, ¡claro que no!

—No me gusta Óliver —Jess me remeda—. ¡Sí, claro!

—¿Qué?

Sigue burlándose de mí.

—No quiero ir a esa fiesta. Óliver probablemente tiene millones de chicas a su disposición. No creo que Óliver sea el hombre más atractivo que he conocido, bla, bla, bla... ¡puras mentiras!

—Ay, ya no exageres.

En la sala, coloca los aperitivos sobre la mesa de centro y la Sra. Freeman comienza a hablar.

—Óliver y tú hacen una muy bonita pareja, Sophie.

Sonrío como el gato de Cheshire. Me alegra que Óliver se retiro un momento para atender una llamada telefónica. No me gustaría inflar su ego aún más de lo que ya está.

—¿Cuándo piensan unirse ustedes dos?

«¡Deme un respiro, señora!» Jess articula la palabra "matrimonio" como si no hubiera entendido la insinuación; en cuanto a la mueca en mi rostro, es inconfundible y espero que nadie la note.

Simplemente sonrío mientras arreglo las entradas, mirando el periódico sobre la mesa. Luego recuerdo lo que salió en los titulares de las noticias.

—Hey, ¿alguno de ustedes ha leído sobre esas cabras de Canadá que producen seda de araña en su leche? Acabo de leer sobre eso. Creo que es muy bárbaro.

Cuestiono mi audacia, pero rápidamente exprimo la idea al notar que el Sr. y la Sra. Freeman inician un debate sobre el tipo de consecuencias que puede tener la tecnología en la humanidad. Esto hace que sea más fácil para mí sentarme y armarme de un poco de entusiasmo.

—¡Sí, claro! —dice Jess siguiendo mi ejemplo—. Es aterrador... ¡es sorprendente la ingeniería genética!

—Bien pero, ¿cómo puedes decir que es bárbaro, exactamente? —pregunta Éric—. Al parecer, pueden ocurrir las cosas más extrañas sin que nadie lo sepa, ¿no es cierto, Sophie?

«Capto la indirecta, pero ¿cuál demonios es su problema?»

La Sra. Freeman da su opinión.

—Estoy de acuerdo con Sophie. Todo eso es el extremo del mal, ¡eso es lo que es! Todos esperan que le sigamos la corriente a la evolución tecnológica y que la aceptemos. ¡Como si fuera tan sencillo!

—¡Tonterías, Judy! —replica el Sr. Freeman—. La seda de araña es más resistente que el acero. Imagina la cantidad de usos interesantes que podría tener; digamos, puentes colgantes más seguros.

Una vez que el señor y la señora Freeman encuentran un terreno común con respecto a la tecnología, la señora Freeman pasa al siguiente tema.

—Jessie nos dijo que eres... ¿modelo? —parece tener problemas para articular la palabra.

—Sí.

—¿Por qué? —pregunta con una sonrisa, como si realmente no pudiera conjurar una razón. Yo misma me pregunto lo mismo todos los días.

—Madre —la advierte Jess.

Suspiro profundamente.

—No hay problema —digo esperando arreglar todo con esas palabras—. Este trabajo me da oportunidades.

—¿Qué clase de oportunidades?

—Viajar, conocer gente nueva, descubrir nuevas formas de vida... es una buena manera de alcanzar a muchas personas y, con suerte, hacer alguna diferencia positiva.

—Eso es... es asombroso, ¿no es cierto? —dice Jess, inquieta.

—Como figura pública, ¿no eres sometida al escrutinio? —pregunta el Sr. Freeman.

Éric aprovecha para abrir la boca.

—Ah, sí, todo tipo de rumores yendo de aquí para allá. Hasta las cosas más mínimas que haces son difundidas.

—No soy la más pública de las figuras —digo mientras tomo mi copa de vino de encima de la mesa.

—Permíteme decir algo —dice Éric—. Me alegra saber que estas saliendo con ese tipo, Sophie. Mas dinero para ti.

Puedo oír al grillo proverbial piando por encima del sonido de la risa de Éric.

Éric —exclama el Sr. Freeman observándolo—, estoy feliz de que tú y mi Jessie estén juntos. Pareces un joven decente.

«¿Decente?» Grito en mi cabeza, recordando lo que pasó hace tres semanas: Estoy sentada fuera de mi apartamento, esperando pacientemente a que termine la III Guerra Mundial. Éric sale bruscamente del apartamento con los ojos arrugados de furia.

—¿Escuchaste todo? —pregunta.

—¿Qué parte? —respondo mirándolo—. La parte en que Jess te dijo: “No seré sólo un rumor, Éric. Tengo una cara, entonces, ¿por qué no puedes presentarme a tu familia?” ¿Eso? Ah, sí, lo escuché todo.

—Lamento que hayas tenido que escuchar esa mierda —se acuclilla a mi lado.

—No hay problema, escucho todo lo que pasa por aquí.

—Jess simplemente no lo entiende. Necesito algo de espacio... ¿sabes? Nuestras vidas están tan engranadas y apenas han pasado tres meses. Maldición, necesito respirar.

—Me lo imagino.

—En serio, Jess cree que en cuanto salgo de aquí voy a buscar a otras chicas.

—Bueno, ¿y es así?

—No.

—¿Alguna vez lo has hecho?

—No —su respuesta es intensa, enfática.

Un sentido de empatía cae sobre mí.

—Debe ser aterrador presentarle tu novia a tus papas. Hablaré con Jess. Sólo necesita relajarse y comprender que si continúa presionándote para que hagas algo sin estar preparado, lo más probable es que…

Interrumpo mi edificante discurso al voltear hacia un lado y notar que Éric está tan cerca de mi cara que puedo oler su loción de afeitar. Nunca se había acercado tanto antes.

—¿Es que qué? —pregunta suavemente.

Siento mi corazón agitarse de terror.

—Es que corras.

—Realmente eres una mujer hermosa, Sophie.

Seguidamente, se lanza sobre mí, envolviendo sus brazos a mi alrededor y estrellando sus labios contra los míos. Golpeo su mejilla con la mano repetidas veces hasta que logro que caiga lejos de mí.

—¡Carajo! —se queja—. ¿Qué diablos fue eso?

—¿Cómo que qué fue eso? ¡Acabas de besarme!

Hace una mueca, pero vuelve a lanzarse sobre mí, esta vez casi me ahoga con su lengua asquerosa. Lo golpeo de nuevo antes de empujarlo lejos de mí.

—¡Éric, ya basta! ¡Jess podría salir del apartamento!

—Ok, ok, relájate. Ya cálmate.

Me levanto sacudiéndome a mí misma.

—¿Cómo me pides que me calme? ¿Estas tarado?

Quizá piense que estoy jugando a hacerme la difícil, cosa que no es cierto. Intenta volver a abalanzarse sobre mí como un adolescente ansioso que cree que las mujeres quieren ser dominadas. Lanzo un puño contra el tabique de su nariz para traerlo de vuelta a la realidad.

—¡Puta madre! Te gusta golpear, ¿no es cierto, zorra?

Siento que sale humo de mis oídos.

—Sal de mi vista, imbécil.

Vuelvo a la realidad cuando Óliver entra a la sala con una expresión de tensión reprimida atorada en su rostro.

—¿Está todo bien? —miro hacia él y coloco mi copa de vino sobre la mesa.

Dice que necesita marcharse y sus palabras no levantan mi ánimo.

—Tengo que encargarme de un asunto personal. Ha sido maravilloso conocerlos a todos.

—¡Oigan, tengo una idea! —exclama el padre de Jess—. Hemos preparado un paseo en barco alrededor del puerto para mañana. ¿Les gustaría acompañarnos?

—Harry, ¡qué idea tan extraordinaria! —dice la Sra. Freeman entrelazando sus manos.

—Ah, nosotros tenemos que… hmm —hago una pausa con mi rostro palideciendo—, tenemos un compromiso, ¿verdad, Óliver?

—¿Qué compromiso?

—Ya sabes... ese compromiso.

—¿No te avisé? Ese compromiso fue cancelado.

—¡No! —replico elevando la voz—. Me refiero a ese *otro* compromiso.

Después de un minuto o algo así, Óliver finalmente termina con mi sufrimiento.

—Nos encantaría, Harry, pero al parecer tenemos otro compromiso qué atender mañana. ¿Cuándo se marcharán?

—Ay... es una lástima. Nos iremos dentro de un par de días.

—Estoy seguro de que podremos planear otra reunión mientras tanto. Me disculpo, realmente tengo que irme.

—Hasta luego, ¡fue genial conocerte!

Acompaño a Óliver fuera del apartamento, de la mano, después de decir: "Voy a despedirlo afuera" sólo para mantener mi cálido y acaramelado acto. Soy una tonta. Apenas atravesamos la puerta principal, reclamo mi mano de vuelta y gruño.

—No me gustan los juegos, ¿entiendes?

—Perfecto, tampoco a mí. ¿Qué vas a hacer más tarde? —pregunta colocando su fuerte brazo entre las puertas del ascensor para que no se cierren.

Siento el calor impregnar mis mejillas.

—Trabajaré hasta tarde —masajeo mis sienes—. Ahora mismo deberían de estar maquillándome.

—Ok, ¿qué tal mañana?

—Almorzaré en casa de mi tía. ¿Quisieras venir?

Masculla algo que me hace pensar que la respuesta es un sí.

—Sin embargo —digo, levantando un dedo— no vamos a jugar este jueguito retorcido de la relación frente a mi tía.

—¿Jugarás conmigo ahora? —envuelve su mano en mi barbilla, incitándome con la calidez de sus labios. Se acerca, cerrando la distancia entre nosotros.

Me alejo con un indicio de sonrisa escapándose de mis labios.

—Creo que ya ha sido suficiente por hoy.

Una vez más, me atrae hacia él, besándome con suavidad. Mis manos se enlazan en su nuca, desde donde deslizo las puntas de mis dedos hacia su cabello. Me detengo súbitamente y un suave gruñido sale de su boca, un síntoma de desaprobación.

—Ya, Óliver, en serio. Dije que no.

—¿Estás segura? Porque tu cuerpo dice que sí.

—Mi cuerpo no sabe nada.

—¿Qué dice tu corazón?

—Ése es el número uno en mi lista de órganos ignorantes. Cree todo lo que escucha, está medio dañado.

Una serie de risas escapa de sus pulmones. Mi corazón ahora cree que Óliver me considera entretenida, pero, ¿qué podría saber mi corazón acerca del amor y de sus trampas?

Óliver inclina mi cabeza un poco y acaricia mi cuello con labios gentiles y sus dedos, después, se deslizan a lo largo de mis brazos.

—No logro recordar dónde estábamos —dice con gracia.

—Lo dice el tipo con muy buena memoria.

—Mi error. Recuerdo ahora.

Justo allí, hacemos contacto visual y quedo completamente sin aliento. Siento un hormigueo en la columna y es en ese momento cuando comprendo que él irá por mi corazón y me destruirá.

De repente, un beso no es sólo un beso, sino una potente y letal arma. Una invitación, una pregunta, un anuncio, una fuerza de la naturaleza demasiado fuerte. Mis manos, distraídamente, se aferran a la parte posterior de su camisa y él tira de mi cintura, tratando de acercarme un poco más.

SIETE

AL LLEGAR A casa después del trabajo ese día, me siento completamente agotada; quiero estar sola y no hacer nada. Prácticamente toma toda la noche filmarme para un video de una campaña antisecuestro que será transmitido en las redes sociales. Es un comercial realmente apresurado —apenas un minuto en que no se pronuncia ni una la palabra. Hago una aparición de no más de tres segundos con otras caras reconocidas. Hay música teatral sonando al fondo y sostengo un cartel con una leyenda escrita que dice #No Te Pertenezco. Con una aterradora suma de 2300 americanos reportados desaparecidos cada día, la comunidad busca coordinar una campaña en que los usuarios de las redes sociales puedan entrar a la web y adoptar el hashtag #NoTePertenezco.

Llego a casa y Jess y Éric están discutiendo lo suficientemente alto como para permitirme escucharlos incluso antes de abrir la puerta del apartamento. Dejo escapar un suspiro y entro, cerrando con fuerza la puerta a propósito. Los gritos no se detienen. Es como si yo ni siquiera estuviera aquí. Doy una vuelta alrededor del apartamento haciendo toda clase de ruidos y luego me dirijo a mi habitación. Un viento helado entra por mi ventana. Mi estómago se estremece ante el aroma de salchichas en bollos, pretzels del camión de comida, el tubo de escape de los automóviles y un olor a podrido proveniente de la calle. Siempre hay algo qué oler en Nueva York. Me inclino de puntillas sobre el alféizar, tirando a un lado las cortinas blancas y estirando los brazos para agarrarme al panel de madera. Mi mirada se dirige hacia un horizonte de rascacielos, una metrópolis energética que se eleva desde el asfalto a mis pies. Contemplo la vista, mientras el resto de Nueva York pulula en las calles, como abejas.

Me desplomo sobre mi cama. No tengo cigarrillos, pudines, o cualquier otra fuente de adicción, así que me muevo en la cama, consignando mi trabajo, mi situación de vida, y mis preguntas sin resolver al espacio exterior. Me aferro a una almohada y me entrego a la melodía de la noche.

***

DESPUÉS DE TRES horas de sueño durante la noche, decido dormir hasta tarde; pero a las ocho de la mañana, Kim llama y me presenta los deberes del día.

—Vamos... dame un respiro. Es domingo —bostezo, acurrucándome en las sábanas—. Llámame mañana.

Kim continúa diciendo tonterías como si fueran las tres de la tarde. Me quedo mirando mi ventilador de techo, pensando que, en mi estado de agotamiento, esto es más de lo que puedo manejar. Rápidamente me siento.

—¿Qué quieres decir con que ya está aquí? —me asomo a la ventana y veo el auto de Reed estacionado abajo. Golpeo mi cabeza ligeramente contra la ventana—. De acuerdo, saldré en un minuto.

Entro al auto, semiinconsciente, y en menos de un segundo estoy desayunando con Alana Edelman en *Le Pain Quotidien*, una cafetería francesa muy peculiar a pocas cuadras de mi apartamento, y debatiendo entre comer waffles o avena. Kim ha tomado la decisión de que es necesario poner fin al acoso de la prensa en búsqueda de respuestas acerca de la supuesta disputa entre la agencia y yo.

El desayuno es un asunto doloroso, y no sólo porque tuve que esperar veinte minutos para un café con leche.

—Confírmame un rumor: ¿Estás saliendo con Óliver Black? —pregunta Alana tomando su cappuccino.

Miro su rostro color blanco fantasmal y sus conspiradores ojos marrones.

—¿Qué? ¡No!

—Muy bien, porque si Óliver Black fuera lluvia, sería un huracán y tú un árbol frágil que se rompería a la mitad ante su poder y fuerza. Estoy seguro de que no quieres quedar atrapada en otra tormenta, ¿verdad?

—No —hago una pausa, sumamente desconcertada—. Entiendo que Óliver y usted son amigos.

—¿Óliver? —exclama levantando una ceja.

—El Sr. Black —rectifico.

—Mucho mejor.

—El punto es que no me gustaría causarle ningún inconveniente, y sé que los periodistas probablemente vendrán corriendo con picos y antorchas si eso llegara a suceder.

—Oh, cariño, esto no se trata de los medios de comunicación, se trata de ser inteligente. El noviazgo es un reto en sí mismo, querida, y comprendo perfectamente que salir con un hombre que vive solo, que trabaja para sí mismo y gasta su dinero como mejor le parezca parece la tripleta de hombres adecuados para cualquier mujer. Pase lo que pase, si decides involucrarse con él, debes estar preparada... sólo saldrán problemas.

—No estoy segura de si esto es una amenaza o un consejo.

—Es una promesa.

—No me está diciendo nada en concreto.

Alana me alcanza a través de la mesa, pone su mano sobre la mía, y dice: “Sonríe”. Me quedo sin habla por un momento, hasta que giro la cabeza un poco y veo a un fotógrafo paparazzi, de pie, a pocos metros de nosotros.

Después de nuestro pequeño truco, Alana se levanta y se va. Sabiendo que todo lo que vino a hacer fue lucir bien frente al mundo, supongo que su trabajo aquí está hecho. Me quedo con la mente llena de preguntas y decido pasar por algunas tiendas para intentar ocupar mi mente en otra cosa, si es que es posible. Reed me sigue a todas partes durante toda la mañana y no abandona mi lado —ni dentro ni fuera de los edificios, hacia las tiendas y dentro de ellas, en la calle—. Se está saliendo fuera de control, aun cuando le digo que se calme. Hacia cualquier persona que respire cerca o encima mí, Reed hace una mueca con una expresiva mirada de “Aléjate”. Su alta estatura es imponente, pero eso, en combinación con su piel oscura y su voz estentórea, hace huir hasta a los perros.

Entro a una tienda de diseñador en Soho, y luego me escurro hacia la calle, lenta y silenciosamente, sin avisarle a Reed, disfrazada con un abrigo ridículo y lentes de sol demasiado grandes para mi cara.

Los pájaros están cantando y arrullando en los árboles mientras camino por las calles de West Broadway. Por delante, los vendedores ambulantes anuncian sus mercancías desde puestos pintorescos, establecidos en las aceras, que venden todo tipo de cosas. El stand de fruta orgánica me atrae. Mezclo y combino en una bolsa fresas, naranjas y melón en dados. Por último, lanzo una papaya en una segunda bolsa antes de continuar mi excursión.

Algún tiempo después, vuelvo a casa y saludo a Jess al entrar a la cocina.

—Pensé que estabas durmiendo —murmura Jess, rociando las caras del gabinete con un limpiador desinfectante para luego pasar un estropajo.

Lanzo las pesadas bolsas de fruta sobre el mostrador, voy a la nevera por leche, y luego al congelador a buscar helado de vainilla.

—Me hubiera gustado haberlo estado —le digo—. Fui a desayunar con mi jefa. Compré algunas frutas cuando venía de regreso. ¿Te apetece una malteada?

—¿Fuiste tú sola? —dice ignorando mi pregunta.

Abro la licuadora y arrojo todos los ingredientes adentro.

—¿Tú qué crees? No, Reed no me deja sola ni por un segundo.

—¿En serio? Entonces ¿por qué acaba de llamar preguntando si estabas aquí?

—Oh, me deshice de él hace como una hora.

Hay un breve silencio. Cuando no oigo a Jess decir nada, me volteo para mirarla. Tiene la cadera inclinada hacia un lado y sus

dedos tamborilean insistentemente sobre el mostrador. Su negatividad llega hasta el suelo como una carga eléctrica a través del linóleo invadiendo todo mi cuerpo.

Me encojo de hombros sin comprender.

—¿Qué?

—Estaba pensando que como alguien trató de secuestrarte recientemente, tal vez tu guardaespaldas deba ir contigo a todas partes. Pero bueno, no dejes que mi humilde opinión se interponga en lo que estabas pensando.

—¿Quieres relajarte? Nada va a pasarme estando a una cuadra de la casa —enciendo la licuadora y la agito violentamente con el fin de mejorar la circulación de mis ingredientes.

—Bueno, si es ésa tu manera de ver el asunto, perfecto. Saltemos todos al tren de estupidez de Sophie.

La licuadora estalla de pronto como un globo. Las frutas salen volando por el aire cubriendo los gabinetes, la encimera y a mí de pies a cabeza.

—Lo rompiste —informa Jess—. Claramente lo llenaste en exceso.

Me quedo inmóvil, abrumado ante el mísero electrodoméstico arruinado y sintiendo la lactosa y la masa de fresas medio trituradas escurriendo sobre mi cara. Jess se abstrae en un frío silencio mientras lanza cosas y abre y cierra los armarios con más fuerza de la que nunca la había visto usar.

—¿Cuál es tu problema, Jess?

—¿Cuál es mi problema? —grita—. Mi problema eres tú, Sophie, *tú* eres mi problema. ¿Cuántas veces he tenido que decirte lo mismo sobre el baño? No cuelgas el tapete de baño y dejas manchas por todo el espejo. Parece que ni siquiera te importa. ¿Por qué lo haces? Y dime algo, ¿realmente tengo que decirte que no tires colillas de cigarrillo en el cesto? ¡Todo el baño apesta!

Algo se enciende dentro de mí. Los monstruos salen a susurrar en mi oído. Mis pensamientos imprudentes van a toda velocidad. Tengo la boca tan seca que apenas puedo pronunciar las palabras.

—Contrólate. Ni siquiera llegué a fumar ese cigarrillo.

—¡Mira todo este desastre! Siempre es un desastre. ¡Me vuelve loca tener que hacer todo por ti siempre!

—¿Quién dice que tienes que hacer algo por mí? Yo siempre, *siempre*, me he defendido por mí misma. ¿Qué si soy perfecta? Claro que no, y no planeo serlo. Pero preparo mi comida, saco la basura porque nunca puedes hacerlo tú, limpio la estufa exactamente como te gusta que lo haga... ¡Incluso lave tus sábanas la semana pasada!

—¡Ay, por favor! Esa fue solo una vez.

—¿Y sabes qué más hago? ¡Soporto esta cosa neurótica tuya con los gérmenes! ¡Cada vez te vas volviendo más jodidamente loca! Me

molesta cuando ordenas mi cuarto sin preguntarme. ¡Tengo un método en mi desorden y no encuentro las cosas cuando limpias! ¿Por qué en lugar de discutir no te pones a reordenar los alimentos en la despensa o algo así? Pareces amar ese tipo de cosas. Hazte un favor y ofrécele tus dotes de niñera a alguien que las necesite y, por cierto, permíteme decirte que tu novio está en grave necesidad de supervisión.

Mis labios tiemblan cuando me doy cuenta de que formulé esa última frase. Jess me mira fijamente con ojos frenéticos tratando de procesar lo que acabo de decir, pero no puede, así como yo tampoco. No tengo idea de por qué lo hice.

—¿Quieres hablar de mi novio? ¿En serio, Sophie? ¡Dios, eres tan malagradecida! ¡Después de lo que hizo por ti! ¡Después de lo que ambos hemos hecho por ti! Antes de hablar de él, deberías darle las gracias.

—¿Agradecerle? —respondo riendo—. Tu locura crece por minuto.

—Toda esta fama, toda esta repentina atención que estás recibiendo... ¿no te has detenido a preguntarte de dónde vino todo eso? Déjame explicártelo, Sophie. Una llamada anónima a la prensa y toda tu carrera se va a la cima.

—¿Qué? —estallo—. ¿Estás diciendo que la razón por la cual tengo que huir de cámaras y reporteros todos los días es Éric? ¿Él me delató?

—Me lo agradecerás después.

—No voy a agradecerle nada a nadie. Mi carrera iba muy bien hasta que decidiste meter tu nariz en mis asuntos.

Suena el timbre. Respiro hondo y atravieso el pasillo para abrir la puerta.

Óliver no se inmuta por la manera explosiva en la que se abre la puerta.

—¿Qué te pasó? ¿Por qué estás cubierta de...? —se inclina y olfatea el aire justo encima de mi cabeza—, ¿fresas?

—¿Qué quieres, Oliver? —no puedo decidir a quién gritarle primero: a Jess, por defender a su infiel y soplón novio o a Óliver por interrumpir mi arranque de furia contra ella.

—Me invitaste a almorzar hoy, ¿no es cierto? —su capacidad para mantener la calma en cualquier situación es realmente irritante.

—Bueno, tal vez si la hora del almuerzo estuviera cerca, no me importaría que estuvieras aquí, pero ya que no... —empiezo a cerrar la puerta, ansiosa por retomar mi ataque contra Jess, pero Óliver pone una mano firme sobre la puerta, mientras con la otra arranca un pedazo de fresa medio triturada de mi hombro.

—¿Es ésta una nueva tendencia en el mundo de la moda de la que

nadie me ha notificado aún?

El brillo en sus ojos y la forma en que sus labios se curvan mientras saborea mi desayuno, terminan por enfriar el calor de la ira que arde en mi pecho. Suspiro pesadamente y siento como mis hombros abandonan su posición defensiva.

—¿Esto? No le prestes atención… —respondo encogiéndome de hombros y sintiéndome más ligera—, es sólo algo que hago como parte de mi rutina diaria, cubrirme de fresas; pero —señalo con un dedo de advertencia mientras doy un paso atrás—, hay límites, Óliver. Los estas pasando.

—Es exactamente lo que quiero hacer.

Una pequeña sonrisa crece en mi cara mientras lo empujo lejos de mí. Él continúa acercándose como un imán, rozando su ropa impecablemente limpia contra el efusivo desastre rojizo.

—¡Basta! —una siniestra carcajada de diez años de edad se escapa de mis entrañas al vernos a ambos embadurnados de fresas. Mi risa es constante entre respiraciones roncas.

—¡No! ¡Óliver, por favor! ¡Estás haciendo un desastre! —lucho y me retuerzo, tratando de recuperarme del toque de su boca devorando mi empalagoso fracaso culinario.

—¿Por qué quieres que me detenga?

Jadeo como un perro callejero agotado.

—¡Porque estás violando más de un millón de leyes contra acoso sexual!

—¿Acoso sexual? —ríe en voz baja—. Puedo asegurarte que esto no es acoso sexual. ¿Te gustaría que te demostrara lo que es acoso sexual?

—No, y definitivamente no quiero que sigas limpiando mi cara con tu boca. Me hace sentir escalofríos.

—Ese es el punto… —se acerca—. Hacerte sentir cosas.

No sé lo que sucede, pero antes de darme cuenta, Óliver está dentro de mi apartamento y yo olvido por completo la furia caótica de hace sólo cinco segundos. No puedo controlar la manera en que me hace sentir. Ese hombre me intoxica como vodka de la más alta calidad, y mi mente ya está saturada de desorientación.

Cuando logro pensar nuevamente, noto el elegante gusto de su guardarropa, que —incluso teniendo un puñado de jugo orgánico aplastado encima— se demuestra en su sencilla boina gris, pantalones color beige, y camisa de gasa azul claro que se abre para mostrar una discreta cantidad de pecho varonil.

—Pero en serio, ¿qué estás haciendo aquí tan temprano? — siento mi corazón latiendo en mi cerebro.

—Sé que es temprano, sólo quería verte —responde con una sonrisa y luego mira hacia donde está Jess intentando parecer

ocupada, aunque yo sé que está oyendo cada palabra.

—Hola, Jess. ¿Cómo va todo?

—Es toda tuya —contesta suspirando.

—¿Disculpa?

—¿Sabes algo, Óliver? Tuviste suerte. Sophie acaba de regresar de cruzar Nueva York sola. Por poco y no la encuentras en casa o peor... ella pudo haber desaparecido; así que, de nuevo, es toda tuya.

«¿Qué le pasa?»

Jess cierra la cortina de su acto y se escabulle secretamente hacia su habitación, dejándome sola para lidiar con la lata de gusanos que acaba de abrir. Óliver espera hasta escuchar cerrada la puerta de su habitación antes de lanzar sobre mí una mirada de ira.

Oliver no tiene ningún poder sobre mí, como tampoco me ha dado motivos para pensar que tengo que darle explicaciones.

—¿Qué importa si salí por mi propia cuenta? —pregunto—. Este es una sector amable y las tiendas están a poca distancia. Reed estuvo conmigo toda la mañana, sólo lo perdí durante una hora. ¿Cuál es el problema?

Él me mira de forma constante y puedo sentir su desaprobación como si fuera algo físico en la cocina.

—Sophie... —deja escapar un profundo suspiro—. ¿Sabes cuál es la tasa de crimen en Nueva York?

Me rodea con su presencia cautivadora, una presencia tan dominante que me tiene atrapada.

—¿Por qué iba a saberlo?

—Deberías saberlo. Está muy por encima de la media nacional, lo que significa que la probabilidad de que te conviertas en una víctima de robo a mano armada, asalto agravado, violación o asesinato es alta. Añade un intento de secuestro y ya tenemos una situación muy peligrosa. Tu lógica se me escapa, Sophie. ¿Por qué insistes en ponerte en riesgo?, ¿cómo se supone que voy a mantenerte a salvo, cuando ni siquiera sabes cuidar de ti misma?

Mi termómetro interior está registrando un calentamiento anormal.

—¿Mantenerme a salvo? —puedo oír el tictac del reloj como si fuera la pregunta del millón de dólares en un programa de concursos. Mi termómetro o bien está muy mal calibrado o ahora estoy hirviendo —. ¡Vamos! No necesito que ni tú ni nadie me mantenga a salvo. Te lo dije antes, Óliver. ¿Qué está pasando con todos hoy? ¿Por qué todo el mundo siente que tiene que cuidar de la pobre e indefensa Sophie? ¿Tengo un cartel en la frente que dice: “Necesito una niñera”?

—Sophie.

—¡No! ¡La respuesta es no! Tú, Jess y todos los demás en verdad deberían hacerse a un lado. No necesito protección constante.

—No sé los demás, pero yo ya había discutido este asunto contigo previamente.

Ahora la pelea que acabo de tener con Jéssica hace diez minutos, alcanza la magnitud de este último estallido de ira, y nuevos pensamientos impertinentes están ahora atascados, gritando dentro de mi cabeza. Hago un esfuerzo sobrehumano por apegarme a la noción del Zen a un nivel que me permita actuar de manera sensata, pero eventualmente exploto.

—Sí, lo entiendo. Soy la chica que trabaja para la empresa que te contrató —cruzo los brazos—. Sólo respóndeme una cosa, ¿también cuidas así de Madison?

— ¿Madison? —dice levantando una ceja.

«¿Prefieres que la llame La Espigada?»

—Sí, Madison Wolfe —respondo ferozmente—. Casualmente, ella también trabaja para E Models. Recuerdo muy bien haberla visto en el show del desfile y la fiesta de la compañía en el bar.

—Conozco a muchas chicas en E. Eso no cambia nada, ni tampoco tiene nada qué ver contigo. Madison es una amiga que conozco desde hace mucho tiempo.

«Sí, una amiga con derechos de antigüedad.»

—Estoy segura de que es así como ella te ve, como un amigo —hago una pausa larga para recuperar el aliento y comenzar una nueva arremetida—. Óliver, ¿qué es exactamente lo que quieres de mí? —mi voz es fría y distante—, porque sigo rebotando de aquí para allá, contigo besándome por un lado y, por el otro, tratándome como si todo fuera un asunto de negocios. Así que ¿qué rayos es esto?

No responde de inmediato.

—¿Y bien?

—Lo siento, tienes razón.

—¿Razón de qué? —alzo la voz. Mi mente sólo quiere liberarse de lo que sea que haya en sus oscuros pasillos.

—Acerca del lado profesional de las cosas, de la forma en que estoy tratándote. No quiero hacerte infeliz.

—No lo entiendes. No se trata de eso. Yo sólo... quiero saber qué está pasando. Nadie más ha entrado aquí actuando como un perro guardián. Me molesta no tener la libertad de vivir mi propia vida.

—¿Es eso lo que crees que estás haciendo? ¿Intentando vivir tu vida mientras eres amenazada por algún desconocido que quiere acabar con ella? Sophie, eres lo suficientemente inteligente para entender la situación por tu propia cuenta.

—Me sobreestimas demasiado.

—No, eres tú quien se subestima en extremo —su rostro se mantiene impasible, sin suspiros enojados ni miradas oscurecidas, hasta que deja mi apartamento con una última frase.

—Me mantendré fuera de tu camino.

Después que sale por la puerta, paseo por la cocina intentando calmarme, luego saco bruscamente una botella de agua de la nevera y tomo un sorbo.

Me apoyo en el mostrador, tamborileando mis uñas contra la superficie como suelo hacerlo cuando mi comprensión no está en su mejor momento. Me dejo caer al suelo y limpio el desastre de fresas. Siento las lágrimas pugnando por salir, lo que me asusta más que las amenazas de muerte que he estado recibiendo. Yo nunca lloro.

En algún momento, a lo largo del camino de mis dificultades y tribulaciones, me aparté de todo lo que me causara dolor. No permito que nada me aflija de esa manera, mucho menos al grado de los lloriqueos y el melodrama; pero ahora, las lágrimas han encontrado una grieta en la represa que construí hace tanto tiempo.

Corro de vuelta a mi habitación y azoto la puerta tras de mí. Tomo una almohada entre mis brazos y la arrastro hasta mí enterrando la cara en ella, llorando y a la vez intentando conseguir una manera de escapar de lo que estoy sintiendo.

—¿Sophie? —Jess toca la puerta y sacude el pomo un par de veces—. ¿Te encuentras bien? Abre la puerta ¡al menos, dime algo por favor!

«¿Bien?» Mi cara parece una vela derretida y ni siquiera estoy segura de por qué.

***

ME DESPIERTO DESPUES de mi océano de lágrimas y camino pesadamente hasta el baño. Difícilmente logro reconocer el rostro de ojos rojos e hinchados que me observa desde el espejo.

Me pongo a revisar mi celular. No hay mensajes nuevos ni llamadas. De pronto, suena mi teléfono con la imagen de la tía Peg en la pantalla.

—Hola, Tía Peg.

—¡Hola, nena! ¿Cómo estás? —su voz me anima de inmediato. La mía suena ronca, y no necesariamente porque haya estado durmiendo.

—¿Qué sucede? ¿Ocurrió algo malo? ¿Estás bien?

— No, no... todo está bien; sólo estaba durmiendo. ¿Aún estoy invitada a tu casa?

—¡Por supuesto que sí, cariño! ¡Estoy ansiosa por verte!

—Genial. Estaré allí pronto.

No estoy segura de si me siento enojada o triste por las quejas de Jéssica, por las quejas de Óliver, por la manera en que todo fue cuesta abajo cuando reaccioné a ellas o, incluso, por cómo me siento ahora, después de esa violenta disputa y sin Óliver a mi lado.

«¿Qué tal por todo lo anterior?»

Mis lágrimas se secaron hace rato dejando un residuo de sal sobre mi cara. Me deslizo en mi maxi vestido negro tipo y me coloco unas zapatillas planas color beige. Antes de alcanzar el pomo, me apoyo contra la puerta durante un segundo.

—Hey —Jess está en la sala viendo televisión—, ¿te encuentras bien?

Ella me mira por encima del sofá.

—Sí.

—Lamento lo que pasó más temprano y todas las cosas que te dije... eso estuvo muy mal. Lo lamento mucho. Nunca quise causarte ningún problema con Óliver, es sólo que a veces eres muy impulsiva.

—Sí, como sea, Jess.

—No lamento haberle contado a Éric sobre el secuestro; porque gracias a ello, ahora todos lo saben, incluyendo la policía. Eso significa que ahora pueden protegerte, que puedes dormir mejor cada noche sabiendo que hay personas ayudándote. Es eso lo que Éric y yo queríamos porque nos preocupamos por ti.

No estoy de ánimos para discutir con ella.

—Gracias por el discurso. Estoy bien.

—¿Ah, sí? —camina hacia mí—. Tomo mi bolso de mano y ella coloca su mano sobre la mía, haciéndome notar la fuerza con que sostengo el bolso... casi tensa.

Mis dedos se aflojan un poco ante su toque.

—No hay nada malo en no sentirse bien, Soph. Estoy aquí para ti —responde y respira profundamente antes de volver al sofá.

OCHO

ALGUNOS MOMENTOS DESPUÉS, Reed estaciona el auto lentamente frente a la casa de mi tía y luego me abre la puerta.

—¡Sophie! —dice mi tía Peg, casi ahogándome con su calidez. Instantáneamente, me siento transportada hacia un estado de placer y buena fortuna. Como siempre, lleva su ondulado cabello rubio—castaño dividido a un lado. Los pequeños cabellos blancos en sus sienes son nuevos. Tiene deslumbrantes dientes blancos y ojos marrones... se parece tanto a mi madre, que era su hermana gemela. Su delgado cuerpo está cubierto por un vestido tipo túnica color naranja y un collar de ámbar titila en su garganta.

—Oh, cariño, ¡parece que hubieran pasado años! Por Dios, ¿has perdido peso?, ¿te has alimentado bien? Ven... entra. ¡Preparé un gratinado de berenjenas con ricotta!

Cualquiera que haya sido la colección de preocupaciones que dominaba mi mente, ahora ya no es un problema. Me transporto a los recuerdos de la época en que vivía aquí. La época en que la tía Peg me preparaba tres buenas comidas al día y no era necesario hundirme en la congoja por el pago del alquiler, por la compra de alimentos, por lidiar con un compañero de piso, o cualquier otro asunto doméstico.

—¿Ya viste esto? Lo acabo de recibir hoy —dice ella, mostrándome un segmento de *Vanity Fair* con una foto mía en la portada.

—¿Cuándo vas a dejar de gastar su dinero, tía Peg? —pregunto frunciendo el entrecejo.

—¡Tonterías! —responde con una mueca de desaprobación.

La tía Peg tiene un montón de revistas en su casa llenas de fotos mías. Piensa que soy un éxito. De no estar más consciente de la realidad, podría entrar aquí y creer que estoy viviendo un sueño. Indudablemente es eso lo que parece.

—Te ves hermosa en ésta. Absolutamente deslumbrante. Tus ojos se ven azules aquí, ¿lo ves? —dice entregándome la revista.

—El tamaño de mis brazos es irreal. Parezco una mezcla fosilizada entre un extraterrestre y un vampiro.

—¡Sophie, eres una mujer hermosa! Y ni hablemos del factor sorpresa... ¡lo tienes!

—Seamos honestas por un segundo. Nadie se ve así —señalo la imagen—. *Yo* no me veo así —paso un par de páginas y continúo—, o

sea, echa un vistazo a estas fotos. Son ridículas.

—Siempre estoy hablando de ti con todos mis amigos —dice ella, colocando la revista de vuelta a su santuario—. Mi amiga Betty dice que quiere hacerte una sesión de fotos para *Healthy Growing*, su maravillosa revista semanal. Hacer algunas fotografías promocionales con verduras y todo eso... ¿No te parece genial?

—¿Quién es Betty?

—Ya sabes, Betty, mi instructora de la clase de horticultura.

—¿Ahora tomas clases de horticultura?

—Sí. ¿No te dije? Me estoy certificando en fermentación. Hablaremos sobre eso después, primero vamos a darte algo de comer.

Hago una evaluación rápida de la sala de estar. El único sofá se ve demasiado pequeño para el espacio.

—¿Has estado redecorando la casa? Se ve diferente.

—Oh —responde riendo mientras camina hacia la cocina—. Tuvimos que deshacernos de la televisión porque las niñas le lanzaron algo y abrieron una gran grieta en la pantalla.

—¿De verdad? —me río—. ¿Qué le lanzaron?

—No tengo idea. Tu tío dijo que no tenía arreglo. Llegué a casa un día y ya él la había tirado a la basura. Cariño, pensé que ibas a traer un amigo —revisa la invención a fuego lento en la estufa.

—Sí, ya no vendrá —camino hacia la mesa del comedor.

—¿Ah, sí? —ella levanta una pequeña cuchara de sopa hasta su boca e inspecciona el sabor de su comida—. Háblame de ese amigo tuyo.

Me pregunto si la tía Peg sabe sobre el intento de secuestro. ¿Ha visto las noticias? Comienzo a creer que no; de lo contrario, estaría volviéndose loca. Luce extrañamente tranquila, serena y, en general, encantada de que esté aquí. Me siento en la mesa con una sonrisa estampada sobre mi cara.

—No hay nada que decir.

—Niña, si por un segundo crees que no puedo ver por detrás de esa cara tuya, estás realmente equivocada.

Sin mucha oportunidad de pensarlo dos veces, ensamblo mis sentimientos y los extiendo sobre la mesa como si se tratara de un juego de cartas y yo estuviera mostrándole mi mala mano.

—No puedo creer que vaya a decir esto... es sólo que... no estoy muy segura de este hombre.

—Come. Estás muy flaca. Disfruta de la generosidad de la Madre Naturaleza —coloca varios platos deliciosos sobre la mesa y se sienta —. ¿Por qué no estás segura?

—No lo sé.

—Confía en el proceso de la vida, Sophie. Deja de preocuparte. Disfruta lo bueno.

Contemplo mi sopa en silencio, pasando mi cuchara en círculos alrededor del borde de la taza.

—¿Hay algo malo en la sopa? Es saludable, sin aceites, ni productos químicos, ni...

—Oh... por supuesto que no. No. Está perfecta. Siempre es perfecta, tía Peg. Gracias.

Su mano se extiende sobre la mesa, casi, pero no del todo tocando mi brazo.

—Entonces, ¿qué es lo que te sucede? Habla conmigo.

Apoyo mis codos sobre la mesa y seco una reluciente lágrima de mi cara. No sé qué está pasando con todo este líquido que sale de mis ojos. Supongo que algo existencial me está ocurriendo, y es tan críptico y tan imponente que no soy capaz de entender su naturaleza subyacente así que, en lugar de eso, simplemente lloro.

—Sophie, no te había visto llorar en mucho tiempo —pone su mano sobre mi mejilla y yo inclino mi cabeza contra ella, reconociendo su caricia.

—Lo sé. Es vergonzoso, no entiendo lo que me está pasando. Me estoy convirtiendo en una de esas personas lloronas que no pueden mantener el ánimo.

—Oh, cariño, no hay nada qué lamentar —responde acariciándome el pelo—. ¿Sientes algo por este hombre?

—No.

Se cruza de brazos y me lanza una mirada severa con esos ojos que todo lo saben.

—No estoy mintiendo, tía Peg.

Nuevamente, me deja en claro que está esperando una respuesta honesta.

—Está bien, está bien... ¡No lo sé! —digo y luego entierro la cara entre mis manos—. ¿Podemos hablar de otra cosa?

—Claro. ¿De qué quieres hablar?

Transcurre una fracción de segundo antes de darme cuenta de que realmente quiero hablar de esto.

—Bueno, tal vez sí me sucede algo... —admito finalmente—, pero no sentimientos. Definitivamente no siento nada por él.

Ella fija una mirada meditabunda en un área de la cocina, como si su fuente de sabiduría residiera allí. La tía Peg divinamente sabe todo.

—Sea lo que sea que te mantiene preocupada acerca de este hombre, debes saber que todo va a salir bien, querida. Siempre es así. El universo tiene la costumbre de entregarnos lo que necesitamos, en el momento en que lo necesitamos.

—¿Y qué pasa con las cosas que queremos?

—Sí, también eso. Siempre y cuando te sientas merecedora de ese algo que quieres.

—No lo sé. Tal vez el amor ni siquiera sea posible en Nueva York.

—¡No digas tonterías, muchacha! ¡Por supuesto que lo es! Soy una mujer felizmente casada.

—Sí, pero eso no suele suceder —giro la cabeza en busca de mi tío Pete, tratando de cambiar de tema—. Por cierto, ¿dónde está mi tío?

—Fue a recoger a las niñas de una fiesta infantil. Estarán aquí en cualquier momento. Ahora, termina tu comida.

Hago lo que me dice, olvidando la sopa para picar el horneado de berenjena.

—¿Cómo están ellas?

—Bueno, a Lily le va muy bien en la escuela y Gracie está tomando clases de natación —responde con los ojos iluminados de orgullo.

—Me alegro. Son niñas maravillosas.

—Tú también eres una mujer maravillosa, Sophie. En cuanto a este hombre, sólo recuerda, sigue a tu corazón, pero lleva a tu cabeza contigo.

Mientras termino de comer la berenjena, suena el timbre.

—Deben ser Pete y las niñas. Ya sabes cómo es tu tío, ¡siempre olvida sus llaves! —dice levantando la voz mientras camina hacia la puerta principal—. ¡Ya voy!

Suspiro, cacheteando suavemente mis mejillas para ayudarme a mí misma a salir del aturdimiento.

Mientras enjuago mi plato en el fregadero, oigo a la tía Peg.

—Hay alguien aquí que quiere verte.

Me enderezo y giro muy lentamente. Mi corazón se riega por todo el suelo como alguna desastrosa pintura de Picasso. Una autopsia teórica aparece en mi cabeza con el reporte de mis arterias reventadas. Informe del forense: Sophie Cavall murió de una puñalada de realismo a su pecho con un objeto afilado. Arma homicida: Óliver Black.

—Hola —le digo.

Reúno las partes de mi corazón resquebrajado y las recojo del suelo intentando sostenerlas entre mis brazos, pero mientras camino hacia Óliver, varias piezas continúan cayendo. No puedo... no puedo reponerme. No tiene idea de cómo luce. No tiene idea de lo que me hace sentir.

—Hola, Sophie.

—Voy a dejar que ustedes dos conversen a solas —dice brevemente la tía Peg—. ¿Puedo ofrecerte algo de tomar? ¿Ya almorzaste?

—Sí, ya almorcé —dice Óliver cortésmente—. Gracias, señora Sullivan. Estoy bien.

—¿Por qué estás aquí? —susurro, parada muy cerca de él.

—¿Quieres que me vaya? Sólo dilo y lo haré.

Niego con la cabeza.

—No. Quédate. Perdón por lo de hoy. Realmente lo siento. Todas esas cosas que dije... no fue mi intención.

—Yo también lo lamento —responde y entonces, todo en el mundo se arregla. La tierra sigue girando sobre su eje. El sol se levanta por encima de mi horizonte y una corona de corazones animados se cierne sobre mi cabeza como un halo, bailando en círculos.

—Tía Peg, él es Óliver —digo sonriendo de nuevo.

—¡Claro que lo es! Él mismo se presentó al entrar. He oído todo sobre ti, Óliver.

«Cuanta discreción.»

Suena el timbre una vez más, y mi tía se desvanece para abrir la puerta, dejando a Óliver susurrando en mi oído.

—Pensé que no jugaríamos este jueguito de la relación frente a tu tía.

Se me escapa una sonrisa.

De inmediato, mis primas irrumpen en la casa como pequeñas criaturas hiperactivas, lanzando sus mochilas y bolsas de golosinas encima del sofá.

—¡Toffee, Toffee, viniste!

Todo lo que hago es reír discretamente —sólo un puñado de personas conocen el origen del término cariñoso con que me llaman mis primas— y tomar un hondo suspiro sabiendo que sus gritos anticipan la intención de derribarme al suelo. Tiran de la cuerda imaginaria unida a mi espalda y me manejan como a una muñeca.

—¡Bang, bang! —Gracie, la más chica de las dos y llena de malicia, me dispara simbólicamente dos veces en el estómago con sus pequeñas manos unidas en forma de armas.

Yo pronuncio a medias un agonizante: “¡Oh, no! ¡Me han disparado!” y arqueo mi cuerpo hacia adelante presionando mis manos sobre mi estómago y fingiendo acallar el dolor mientras mi cuerpo se derrumba sobre el suelo.

Óliver parece abrumado por un momento, pero luego me sigue la onda, poniendo una mano sobre mis heridas imaginarias.

—Y la ganadora del premio a la mejor actriz es para... —dice, ayudándome a levantarme y haciendo que las niñas griten emocionadas, como si su príncipe encantador acabara de llegar en su caballo blanco para rescatarme.

Me levanto sonriendo, arreglo mi postura y echo mi cabello hacia atrás.

—Estas son mis primas —la cara de Oliver está llena de alegría mientras las mira a ambas—. Tío Pete, él es Oliver.

—Bueno, ¡hola, hijo! ¡Bienvenido a nuestro humilde hogar! —dice con su omnipresente alegría. El tío Pete tiene entradas en el cabello, pero la parte restante se divide a la mitad dándole un aspecto de niño bien educado. Sus ojos verdes suaves se esconden detrás de unas gafas de montura fina y tiene la sonrisa más amplia y dulce.

—Señor —dice Óliver tendiéndole la mano.

—Un apretón firme. Muy bien —dice dándole una palmadita en el hombro—. Llámame Pete. Dime una cosa, ¿qué tal te ha tratado esta pequeña alborotadora? —pregunta dándome un codazo cómplice.

—Magníficamente —responde Óliver con un guiño.

«Dios, en verdad es encantador.»

El tío Pete lanza un brazo alrededor de mí y me aplasta.

—¿Ya le contaste a Óliver de la racha ganadora de tu tío en el dominó cubano, muñeca?

—No, tío Pete. Aún no, pero estoy segura de que llegaremos a eso.

—¿Sabes jugar dominó cubano, hijo?

—No, lo siento. No estoy familiarizado con ese juego.

—Peter, cielo —dice la tía Peg—, no queremos abrumar a nuestro invitado—. Ella le da un beso en la mejilla.

—¿Es tu novio? —pregunta Lily bruscamente. Apenas tiene siete años, pero es un poco sabelotodo y no le tiene miedo a nada.

—No —respondo rápidamente.

—Me gusta —susurra Gracie en mi oído mientras me abraza tímidamente y se asoma por detrás de mí.

Lily se larga a la cocina con sus golosinas de la fiesta en una mano y Óliver se arrodilla para mirar a Gracie a la cara.

—Es muy agradable conocer una pequeña tan linda como tú.

Ella rápido introduce tímidamente su dedo pulgar en la boca y sonríe. No puede ser que hasta a una niña de cinco años le gusta.

«No te preocupes, Gracie. Él tiene un efecto similar en mí, excepto que no necesariamente me provoca chuparme el dedo.»

La tía Peg saca la mano de Gracie de su boca y nos dice que hizo un pastel de manzana.

***

—ASÍ QUE, DIME, Óliver, ¿qué hace un joven como tú para ganarse la vida? —pregunta el tío Pete mientras nos reunimos alrededor de la mesa del comedor.

—Mayormente, trabajo en construcción, Pete.

«¿Y justo ahora le da por ser modesto?»

—¡Qué maravilla! —exclama la tía Peg.

—¿Como la albañilería? —adivina el tío Pete.

Me río.

—No, para nada —responde Óliver—. Al ser el único hijo de mi padre, había ciertas cosas que se esperaban de mí; entre ellas, mostrar interés por su línea de trabajo.

—¿Y qué era eso?

—Ingeniería estructural.

—Oh, ya veo. Al ver a tu padre involucrado en la ingeniería, ¿también tú quisiste ser ingeniero? —por razones desconocidas, el tío Pete parece decidido a saber más sobre Óliver.

Óliver sonríe.

—No, Pete. Aunque, tengo que admitir que habría sido extraño si no hubiera sabido manejar sistemas estructurales, siendo ése el negocio de mi padre. Cuando su salud se deterioró y la compañía comenzó a decaer, decidí que la misión de mi vida sería, no sólo encargarme del negocio, sino también convertirlo en un éxito aún mayor de lo que nunca fue. Fue y sigue siendo nuestra labor proveer al mundo de magníficas estructuras.

Recuerdo que tengo una voz y decido que debo contribuir a la conversación. Este podría ser el momento oportuno para hablar de lo que encontré en Internet.

—Óliver desarrolla estructuras eficientes en todo el mundo. ¿Sabías que sus edificios generan más energía de la que consumen? Todo es energía limpia autosustentable —declaro como una maestra de escuela, poniendo mi mano en su brazo.

Ya sea por el contacto de mi mano o por mi conocimiento sobre su negocio, Óliver intenta aclararse la garganta y casi se atraganta con el pastel. No puedo evitar reír en voz baja.

—¿Me expliqué bien? —le pregunto a Óliver.

—Sí —responde—, gracias por cubrir todo lo esencial, Sophie —me lanza una mirada que indica que no debería decir nada más. Me siento allí, en silencio, curiosa acerca de su necesidad de mantener las cosas tan amplias.

—Esa es una buena línea de trabajo, hijo —dice el tío Pete—. ¿Cuáles son los mercados principales?

—Gestión de energía, petróleo, gas, suministro y generación de energía, telecomunicaciones y manejo del agua.

—¿Es algo así como lo que están haciendo en Black International? —medita el tío Pete mientras come su pastel.

—Exactamente eso —le digo. Estoy sorprendida de que el tío Pete siquiera sepa sobre eso.

—¿Qué quieres decir? —el tío Pete frunce el entrecejo.

Óliver vacila y no logro entender por qué está siendo tan humilde, de repente. El silencio surge alrededor de la mesa, ya que todos nos miramos mutuamente. Es como si todos estuviéramos a la

espera de una ruptura repentina en las nubes.

—Pues, Óliver es dueño de la empresa —digo muy tranquilamente, mientras me ocupo de mi pastel.

—Sophie —el tono de Oliver es más de decepción que de reprimenda.

—Sí, bueno —dice el tío Pete—, estoy seguro de que mucha gente lo es. Nadie es dueño de la empresa, excepto las personas que invierten en ella. Es una compañía con quince mil empleados. Estamos hablando de los accionistas, el equipo de gestión... todos ellos tienen una participación específica en la empresa. Black International fue cuesta abajo en algún momento después de la muerte de Warren Black. La compañía es mucho más pública ahora.

Al parecer, el tío Pete está bien versado en la materia. Oliver se muerde la lengua. Un malestar repentino cruza sus facciones ante la mención del nombre de su padre.

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunto con la frente acalambrada.

—Bueno, Black International estuvo envuelto en todo tipo de conflictos políticos —explica—. Era todo lo que se oía en las noticias. Hace unos años, Black International adquirió Ansley Global, el mayor productor de fertilizantes nitrogenados. Black International estuvo envuelto en el uso excesivo de nitrógeno en sus plantas fertilizantes. Sí, vendieron como pan caliente, mejoraron su volumen y eficiencia energética, pero todo esto tuvo consecuencias. Todo en exceso hace daño.

—Peter trabaja para Ansley Global —le explica la tía Peg a Óliver mientras coloca un gran trozo de pastel en el plato de Gracie. A gran escala, eso también significa que mi tío trabaja para Óliver—. Fue un escándalo trágico. Por desgracia, el nitrógeno no sólo estaba contaminando el suelo, sino que terminaba en nuestros ríos y océanos, afectando también la vida marina. Siendo Black International una empresa responsable con el medio ambiente, puedes imaginar la indignación.

—Sabes que eso no fue lo único que sucedió, Peg —continúa el tío Pete—. ¿Recuerdas la gran explosión en las noticias? ¿La que acabó con casi la mitad de un pequeño pueblo en Iowa? Eso era de ellos. Esa fue la planta de fertilizantes de Black International. La explosión fue tan poderosa, que se sintió como un terremoto. Mucha gente murió. Fue terrible.

—¿Por qué explotó la planta? —pregunto, aunque algo me dice que no debería.

—Dos palabras: amoníaco anhidro —responde el tío Pete—. Es la fuente que se encuentra en el nitrógeno. Es tóxico y altamente inflamable cuando no se almacena adecuadamente.

—Entonces, si lo que dices es cierto, ¿quién se responsabilizó de

lo ocurrido? ¿Quién fue el culpable?

—El fundador, Warren Black.

—¿Quién daría la cara ahora? Dices que nadie es completamente dueño de la compañía...

—Bueno, obviamente tendría que ser la persona que posea el porcentaje mayoritario de las acciones. En realidad no sé quién sea, o si él o ella es el director general interino; al menos no desde que Black Corp, se convirtió en Black International. Como están las cosas estos días, imagino que el hombre que ocupa esa posición tiene el cabello lleno de canas, o es absolutamente calvo.

Óliver prácticamente puede retirarse antes de que comience a crecer su primera cana. Se me ocurre que yo no debería estar haciendo preguntas. Estoy fuera de mi área. No tengo nada más que decir que pueda beneficiar esta conversación. Le doy a Óliver una mirada de disculpa.

***

—TU TÍA NO se ha sentido bien últimamente —dice el tío Pete en voz muy baja mientras friego los platos.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con demasiada ingenuidad—. ¿Fue una mala semana? ¿No ha estado durmiendo bien?

—Ha estado teniendo dolores de cabeza y se cansa fácilmente —lo dice en voz baja, casi con miedo de admitirlo, a pesar de que mi tía y Óliver están en el patio hablando de la huerta—. No quiero preocupar a tu tía más de lo que ya está con eso de que vives lejos de casa.

—Sí, por supuesto. No quiero que se preocupe. ¿Ha ido al médico?

—Sophie, no quiero decirle a su tía que alguien trató de secuestrarte. Ella no lo soportaría —dice, dejando escapar un hondo suspiro.

La angustia se despliega en mi interior. Dejo los platos por un momento. Me recuesto contra la isla de la cocina y cruzo los brazos sobre el pecho.

—Estás en las noticias. ¿Qué está pasando? ¡Están diciendo que casi fuiste secuestrada! —su voz es un susurro alto—. ¿Por qué no hablaste conmigo sobre esto?

Me rompe el corazón darme cuenta de que he puesto a mi tío en la posición de preocuparse por mí.

—Fue... —me detengo a pensar en una forma de expresarlo con delicadeza—, sólo algún tipejo. Estaba tratando de robarme el bolso o algo así. Eso es todo. Los medios están exagerando la historia. Ya sabes cómo son las cosas.

—¿La policía ya lo sabe?

—Bueno... sí... no lo sé —mi corazón late con fuerza en mi pecho—. Óliver se está encargando de todo. Y tengo a alguien para conducir el auto y cuidar de mí. Por favor, no te preocupes, tío Pete. Estoy bien.

—Tuve que decirle a tu tía que la televisión se quebró para que no viera las noticias. Si ella supiera, ¡estaría devastada!

—Lo sé —digo taciturna.

—*Yo* estoy devastado.

—Lo sé —respondo en el mismo tono—. Estoy bien. Te lo prometo.

El tío Pete extiende sus brazos y se acerca para abrazarme. Me quedo quieta por un segundo, y luego lo abrazo con fuerza. El olor a suavizante de ropa llega hasta mi nariz. Después de un momento, me doy cuenta, realmente necesitaba un abrazo.

***

—¡ADIOS TOFFEE! GRITAN las niñas mientras suben las escaleras con prisa.

—¿Toffee? —Óliver levanta una ceja burlona.

—Es sólo un nombre de cariño —digo.

La tía Peg esconde una sonrisa detrás de sus labios apretados y tengo el presentimiento de que las cosas se dirigen hacia una conversación no deseada.

—¿Quieres saber la historia, hijo? —el brazo de mi tío aprieta a mi tía, y la mano de ella se apoya cariñosamente en su pecho.

—Por supuesto.

—Un par de años atrás, Sophie fue con nosotros a un agradable crucero para el cumpleaños de Pete. Ella no nos había dicho nada al respecto, pero tenía pánico de los barcos.

Óliver suelta una risa.

—¿Tienes algún problema con los barcos?

—No tengo ningún problema con los barcos —respondo—, tengo un problema con el hecho de que se hunden. ¿Has visto *Titanic*? No sé nadar. Creo que ya podemos dejar el tema.

—Quiero saber mas —dice mientras su brazo encuentra el camino alrededor de mi cintura.

La tía Peg sonríe al recordarlo.

—Algunos señores muy amables del crucero le dieron Valium a Sophie para calmar su ansiedad. Se tranquilizó, pero el Valium afectó su manera de hablar. Apenas lograba hacer una especie de tartamudeo. No podía pronunciar la “S”, así que al decir su nombre, sonaba “Toffee” y las niñas, al ser tan pequeñas, lo aprendieron de inmediato. La han llamado así desde entonces.

—Suena como si hubieras desarrollado una reacción alérgica al diazepam —dice Oliver—. Aunque ese es el efecto secundario menos común del Valium.

La tía Peg asiente con la cabeza.

—Nos garantizaron que la probabilidad de tener una reacción alérgica al Valium era prácticamente nula.

Definitivamente no quiero quedar atrapada en una conversación acerca de la probabilidad de que ocurra un suceso, especialmente con Oliver estando justo en el punto central de la controversia.

—Sí, eso fue lo que pasó. Historia divertida. ¡Ya vámonos! —trato de sacar a Óliver de la casa, pero es inútil. Es como tratar de mover un camión estacionado.

—¡Fue maravilloso verte, cariño! —antes de que la tía Peg logre terminar su típica despedida, empujo a Óliver fuera de la casa.

—Oigan, ¡es mejor que vuelvan pronto por algo de mi lasaña vegetariana!

Ambos sonreímos con cortesía y nos despedimos.

—Mira tu sonrisa, como se extiende de oreja a oreja —me quejo cuando la puerta se cierra detrás de nosotros.

—No puedo ver mi sonrisa, Sophie. Estoy detrás de ella —me sonrojo por la manera en que responde con un guiño mientras besa mis nudillos—. ¿Qué quieres que te diga? —pregunta—. Estoy muy contento.

—¿Contento con qué? ¿Con la imagen de una extraña y pequeña Sophie con una sobredosis de Valium? —él se ríe con ganas—. Eso, sigue, ríete; ríete todo lo que quieras.

—Estoy muy contento con tu familia. Son lo que se llama “verdadera”. Casa verdadera, comida verdadera, compañía verdadera. Gracias por invitarme.

Una amplia sonrisa se desliza sobre mis labios. Cuando entramos a su auto, le digo lo mucho que lamento haber hecho tantas preguntas.

—No te culpo —dice—. Yo en tu lugar habría hecho lo mismo. Cuando busco respuestas, las consigo.

NUEVE

EN EL CAMINO de vuelta a Manhattan, estruendos ensordecedores comienzan a hacer eco a través del frío y sombrío aire, sonando igual al rugido estereotipado de un león. La luna baña la ciudad con un brillo plateado. Miro por la ventana y veo un bosque de luces de autos y anuncios publicitarios de colores colocados sobre los edificios. La ciudad parece estar preparándose contra el duro clima; sin embargo, difícilmente logro sentir la brisa, estando felizmente instalada entre los brazos de Óliver. Más adelante en el camino, me invade una energía que me empuja a hacer una pregunta extremadamente extraña.

—¿Me dejarás en mi apartamento? —miro hacia arriba, al rostro de Óliver esperando, deseando que me pida que me quede con él un poco más. Me pregunta si es eso lo que quiero y hago mi mejor esfuerzo por sacar adelante mi farsa.

—Sí, estoy cansada. Sólo quiero llegar a casa.

Le dice a su conductor que nos dirigimos hacia mi apartamento. Parece como si acabara de preguntarle de qué color debería pintar mis uñas pues él se muestra desinteresado y ausente. Me pregunto si soy yo la razón tras su apatía.

—¿Está todo bien, Sophie?

—Sí. ¿Por qué no iba a estarlo?

—Tengo que volar a Edimburgo mañana —dice.

—O sea, ¿a Escocia? ¿Al Reino Unido?

—¿Te sacaste diez en geografía?

Quiero decirle que no quiero que se vaya. Si su reacción inmediata no es de placer, puedo decir rápidamente "¡Estoy bromeando! ¡Vete durante todo el tiempo que necesites!" Pero en lugar de eso, digo:

—¿Qué es lo que tienes que hacer allá? Digo, lo siento, a mi que me importa.

—Quiero que sepas algo, Sophie. Black International no es lo que solía ser. No bajo mi mando. Mi padre tenía malas prácticas empresariales, pero ahora todo es diferente.

—Oliver... —digo asintiendo—, no te preocupes. No tienes que explicarme nada. Es tu negocio, y tu sabes como lo manejas.

Él agarra mi mano mientras salgo del auto.

—Sólo estaré fuera por un par de días. La empresa está encargada

de la construcción del mayor desarrollo de abastecimiento de agua jamás construido. Se le proporcionará agua limpia y segura a miles de residentes. Tengo que estar presente. ¿Vas a extrañarme? —pregunta, acercándose hasta que estamos cara a cara.

—Ni un poquito —respondo arreglando el prolijo cuello de su camisa y apartando una pelusa imaginaria.

—Me gustaría encontrarte en una sola pieza cuando vuelva, Sophie. Nada de engaños o acciones imprudentes de ningún tipo. Mantente alejada de los problemas y no salgas de tu apartamento sola, por favor. A Reed se le paga por protegerte, así que permítele hacer su trabajo.

—Bueno, tal vez deberías dejar de pagarle.

Él ríe brevemente.

—¿Qué es tan gracioso?

—Simplemente no lo entiendo. Tú pagas para que los asesinos en serie que están en prisión tengan comida, salud, educación y recreación. Algunas prisiones incluso tienen HBO. Pero, aun así, ¿prefieres morder la mano de alguien a quien se le paga para protegerte?

—No te preocupes por mí —ladeo la cabeza hacia un lado levemente—. Estaré bien. Ve a salvar el mundo, Sr. Black —digo dramáticamente—, el mundo te necesita.

—¿Y qué si yo te necesito?

—Por favor —me burlo—. No me necesitas —internamente, me siento inestable, incómoda, y no estoy muy segura de querer creer eso —. Soy una situación reemplazable. Si mañana me muero, podrás seguir adelante y encontrar a alguien más, a alguien mejor.

Esto parece perturbarlo.

—¿Por qué tienes que decir eso?

—Si eliminas la emoción de la ecuación, sabrás que es la verdad.

—Qué visión tan pesimista de la vida.

—Enfrentar la realidad no es ser pesimista, Oliver.

—No vuelvas a decir algo así.

Sus rasgos se oscurecen.

—Que tengas un buen viaje. Nos vemos después.

—“Después” es una palabra desagradable —hace una mueca de aversión—. Prefiero que utilices el adverbio “pronto”, es más alentador.

Miro sus ojos y sonrío por todo el breve momento que dura su mano en mi cintura.

—Está bien. Te veré pronto.

Óliver se dirige hacia su auto, mirándome mientras camino hacia mi edificio de apartamentos. Me comprometo a no mirar hacia atrás y, de pronto, siento un peso presionando contra mi pecho. En una

pequeña fracción de segundo, me pongo a pensar sobre el pesimismo. *«¿Realmente estoy predispuesta a pensar negativamente? ¿Siempre pinto un cuadro sombrío?»*

Dentro de mi edificio de apartamentos, aminoro mi paso hasta convertirlo en un andar perezoso. Me inunda una sensación de incertidumbre, de malestar y tensión —una exposición maravillosa de mi zoológico emocional—. Una extraña sensación se aferra como un vicio a mi pecho. Algo simplemente parece no estar bien. Mientras intento apartarme de esta nueva sensación, el pensamiento *«no lo dejes ir»* se abre paso a través de mi conciencia.

Medio caminando, medio tropezando, me regreso por un camino que parece ser una acera pavimentada con rocas en movimiento. El aire está rígido, poco dispuesto a ceder, pero Oliver permanece arraigado firmemente al lado de su auto.

—Hey, Óliver... —mi voz es débil contra el clima frío —, espera un segundo.

Las nubes se niegan a balancearse a través de la popa gris del cielo. En un instante, la ciudad se satura con una fuerte lluvia.

—Ve adentro, Sophie. Hace frío y estás mojándote —me mira con la mandíbula apretada mientras mi vestido negro empapado se adhiere a las curvas de mi cuerpo con explícito detalle.

—Puedo manejar muy bien el frío y la lluvia. Estoy tratando de decirte algo.

—Muy bien, puedes decírmelo adentro.

Toma mi mano y caminamos en pasos rápidos hasta el edificio.

Minutos después, estamos de pie frente a mi apartamento y no tengo idea de cómo continuar. El silencio se cierne sobre nosotros y se espesa. Arrugo el entrecejo mientras pensamientos caen en cascada sobre mí. *«Se acabó.»* —me digo a mí misma—. *«Tengo que decírselo.»* Mis cinco minutos de valor están por terminar, así que mas vale que hable de una vez.

—Quédate... —digo en una voz bien bajita, sin estar segura de lo que él pensará.

Silencio nuevamente. Espantoso silencio. Él se queda allí, inmóvil, como si yo no acabara de abrir la boca.

—¿Quieres que me quede? —pregunta con un tono tan sugerente, que al parecer, mi confesión no es una gran sorpresa para él.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque eres buena compañía.

—¿Es todo?

—Y... —titubeo—, y porque no quiero dormir sola.

—Bueno, puedes dormir con Jess.

—¡Maldita sea! ¡Porque todo es mejor cuando tu estas!, ¡y quiero

estar contigo!

Ninguno de los dos se mueve, ni sonríe, ni dice nada... de hecho, yo apenas respiro.

—Ya veo —dice. Comienza a caminar lentamente hacia donde estoy, y yo le sigo el juego dando un paso atrás. Hacemos esto un par de veces hasta que me toma de la cintura rápidamente y me acerca a él. Con suficiente anticipación —y, llegados a este punto, también con permiso— se lanza sobre mí, reclama mis labios y le pone un alto a cuan tremenda vulnerabilidad.

Me levanta, coloca mis piernas alrededor de su cintura y me carga hasta mi habitación. Nos reímos a carcajadas al caer juntos en la cama. Mis manos se abren camino a través de sus brazos: en las caídas y curvas de cada músculo. Mi piel casi se deshace contra la suya, mientras me recuesto aquí, disfrutando esta gran sensación de satisfacción.

***

ANTE EL SONIDO de alguien golpeando la puerta, levanto mi cabeza. Mi cabello, todavía húmedo por la lluvia de ayer, sobresalta mis sentidos con una fría bofetada contra mi cuello y la espalda. Estiro los brazos por encima de mi cabeza, y me expongo al radiante calor del sol que entra a través de las ventanas.

Mis dedos acarician las suaves sábanas amontonadas en forma de silueta en el lado de la cama donde Óliver durmió. Me froto los ojos en la dicha de la mañana. Pienso en la noche anterior. Todos los lugares que Óliver tocó, besó, y sacudió: encienden en llamas mis sentidos, y tambalean mis recuerdos hacia cielos azules. Cierro mis ojos y dejo mis recuerdos bailar y serpentear sobre cada caricia recordada. Todavía puedo oír el golpeteo suave de su corazón.

O tal vez se trate del ruido en la puerta.

—¿Qué? ¿Qué sucede? —pongo las manos en el aire, como si el que está detrás de la puerta pudiera ver el alboroto que acaba de ocasionar.

—¡Cavall, sal de ahí ahora mismo o voy a arrancar la puerta de sus bisagras!

Kim. Salto de la cama —como un bombero reaccionando ante una alarma contra incendios—, y le doy una mirada al reloj en mi mesita de noche: 7:00 am. Me apresuro, tratando de desenterrar algo de ropa mientras Kim sigue golpeando la puerta.

Después de deslizarme dentro de una camisa, abro la puerta y Kim está de pie justo fuera con una mirada como si acabara de morder un limón agrio.

—¿Haces esto a propósito? ¿Quieres hacer mi vida miserable?

—¡No! Por supuesto que no. Lo siento. Hey, yo...

—Cinco minutos, y te quiero lista.

—¡Lo sé, lo sé! Saldré en un momento.

Un par de minutos después, me lanzo al interior de la camioneta. La tripulación entera de belleza ya está en posición de combate, dispuesta a salvar mi carrera.

Tina protesta en el coche, ordena que me mantenga quieta mientras pone un poco de color en mi cara y el estilista arregla mi cabello. Suena como mi madre. Yo le digo que no puedo hacer nada por las calles con baches, y coloco una barra de Snickers en mi boca. Reed hace un giro brusco y, al igual que una barra de mantequilla en una sartén caliente, me deslizo a través de mi asiento.

—¡Sophie! —la voz jamaiquina de Tina resuena—. No puedo trabaja' en tua cara si te segues movendo.

—Lo lamento —digo.

Mi madre solía usar cinta adhesiva para adherirme a una silla cuando era una niña, porque no conseguía que me quedara quieta. Me pasaba horas así, hasta que ella terminaba de emperifollarme para los desfiles. También hacía eso para corregir mi postura, o eso decía. Nunca llegué a entender los métodos de mi madre.

Tomo una pequeña siesta en el camino a donde sea que vayamos. Tengo cuidado de no dejar que mi cara toque nada ni de descansar mi cabeza en el asiento, Dios no quiera que mi belleza se vea comprometida y Tina tenga que empezar todo de nuevo.

Alguien me toca el hombro. Abro los ojos.

—De'pierta —dice Tina—. Ya tamo' aquí.

Ella saca del auto su cuerpo de huesos gruesos y lanza sus brazos al aire. Dobla el cuello y se truena la espalda un poquito. Salgo del auto, ahogando un bostezo, y al instante me encojo ante la baja temperatura.

—No puedes estar hablando en serio. Esta congelado aquí —los dientes me rechinan y envuelvo mis brazos alrededor de mí misma. Todavía estoy tratando de frotar el sueño de mis ojos, cuando un viento helado me lame el rostro y se arrastra por debajo de mi ropa.

—¿Dónde estamos? —miro a mi alrededor y todo lo que puedo ver son acres de pasto alto—.

—Estamos en las afueras de un campo privado de aviación en Buffalo —anuncia Kim.

—¡Ay! Es una co'a buena que mi horó'copo dijo que me ponga una chaqueta —dice Tina envolviéndose en un gran abrigo de invierno con una capucha de piel.

—¿Te refieres al informe del tiempo? —pregunto levantando una ceja.

—Nuh, chica, mi horó'copo.

—Eso no tiene sentido, Tina.

Ella levanta sus manos en posición de victoria.

—Ta bueno, pero yo no soy la que se e'ta congelando.

Con el orgullo golpeado, pateo el pasto que lleva a un camino, siguiendo a Kim hasta la sala de un almacén grande. Hay polen flotando por todas partes que me hace pensar en Jess, en lo orgullosa que estaría de saber que estoy teniendo cuidado de no inhalarlo. Trabajadores luchan con los accesorios de fondo para el rodaje. Los asistentes de armario empujan bastidores de ropa hacia dentro y fuera de los cuartos de vestuario. Todo el mundo parece estar corriendo como la gallina proverbial con la cabeza cortada.

Kim me guía hacia el cuarto de vestuario como un sargento. Rápidamente, me deslizo fuera de mi ropa y me visto en una ropa interior de Calvin Klein; seguidamente, me quedo en el sofá y espero pacientemente a ser convocada.

—Jefa —Reed entra a mi camerino.

—Hola, Reed. Me preguntaba dónde te estabas escondiendo.

—Traje café para usted —me entrega una taza grande—. Espero que esto le ayude.

Mis labios se curvan en una sonrisa.

—Oh, genial. Gracias.

El olor de la cafeína pura me saca de mi estado lánguido.

Soy llamada a escena. Empujo mis pies con la resolución mental de encender en llamas la sesión de fotos; pero el fuego dentro de mí se apaga en el instante en que me dicen que vamos a trabajar al aire libre. Es una sesión de fotos picantes que incluye la participación de un gran helicóptero abandonado, que permanecerá inmóvil. Las fotos irán directamente a la campaña publicitaria de ropa interior de Calvin Klein para la primavera, lo que significa que tengo que lucir ardiente y vigorosa, en lugar de insípida y congelada.

El campo de pasto alto y seco me saluda de nuevo. Me lanzo sobre él, sintiéndome como una leona al acecho hasta llegar al helicóptero. Subo al helicóptero. No tiene puertas ni asientos. Me agarro de la estructura y empiezo a contornear mi cuerpo en toda una serie de poses.

—Sí, nena, ¡dámelo! —grita el fotógrafo exuberante— ¡Maravilloso, Sophie! ¡Perfecto! ¡Mantén esa pose!

Me siento muy aventurera. Y eso no es todo, también quiero hacer las paces con Kim. Poniendo a un lado el hecho de que es una bárbara completamente incivilizada, no se puede negar que ella realmente sabe manejar su negocio, y que persigue cada puesto de trabajo hasta los pozos de fuego del infierno. Es una relación de amor y odio —con énfasis en el odio, pero sé que tiene buenas intenciones.

—Intenta no lucir tan fría, Sophie —dice el fotógrafo.

—Pero sí tengo frío. Estoy casi desnuda y mi cuerpo se está congelando.

—Trae a César —dice el fotógrafo poniendo mala cara y frotándose la frente.

Aparece un modelo masculino, vistiendo apenas una ropa interior diminuta.

—Eso debería animarte. ¡Todos a sus lugares! —grita el fotógrafo —. César, coloca tus brazos alrededor de la cintura de Sophie, como si estuvieras tratando de consolarla.

Este tipo César se sube al helicóptero.

—¡Terminemos con esto, gente! —grita el director de la sesión de fotos con impaciencia.

No logro pensar correctamente, intento cumplir y actuar, pero la ansiedad rezuma de mí como una fuga en un grifo.

—¡Vamos, Sophie! ¡Métete en el personaje! —grita el fotógrafo.

Toda yo queda perturbada durante los segundos en que este tal César me rodea como si él fuera un hombre mono y yo su selva. Me siento totalmente insegura mientras el fotógrafo le ordena a César que gire a la derecha, para hacer que su brazo izquierdo cubra mis pechos.

—Aleja tus manos de mí —susurro. Él hace lo que le digo sin decir una palabra.

— César, no, no. ¡Coloca tus manos sobre ella!, ¡sobre ella!

—Escucha, si vuelves a ponerme las manos encima de nuevo, te...

—Disculpen, ¿acaso no me estoy dando a entender? ¿O es que hay un problema de audio allá arriba?

César y yo asentimos con nuestras cabezas ante el rugido ensordecedor del fotógrafo.

—Perfecto, entonces a trabajar. Mírala con lujuria, César. Como si la desearas, como si quisieras tenerla —lo dice de una manera tan dramática—. Alguien rocíelo con agua... y aceite, definitivamente, más aceite.

Sin nada de convicción, levanto mi pierna por encima de la cadera y la cintura de César, arqueando la espalda y girando de un lado mi melena brillante.

—¡Sí, sí! ¡Eso me gusta más, Sophie!

César se acuesta con la espalda al piso del helicóptero y yo me poso sobre su abdomen con las manos en sus hombros. Sus manos reposan pecaminosamente en mis piernas. Me acaricia la parte externa del muslo con una mano. De su piel caen gotas de agua y aceite. Estoy temblando —a mi piel de gallina se le ha puesto la piel de gallina—, no tanto por el frío como por la posición en que estamos forzados a colocar nuestros cuerpos.

—Pon tus manos en sus caderas, César.

Durante una breve pausa, César intenta calmarme acariciando mi

pierna.

—¿Te encuentras bien?

—No, no estoy bien. Deja de tocarme.

—Oye, relájate, ¿de acuerdo? Sólo disfrútalo.

—Muérete.

—Una última foto —anuncia el fotógrafo, pero la sesión se extiende un poco. *«Es parte del trabajo»* sigo diciéndome a mí misma como una pista de vinilo atorada, un trabajo que Kim había estado planeando durante meses. Un trabajo que necesitaba conseguir. Un trabajo que tenía que hacer para evitar que mi agente se volviera loca. Un trabajo que tenía que hacer para obtener un salario digno.

Kim se acerca a mí mientras el asistente de vestuario me entrega una bata.

—Bueno, sólo mírate —dice ella—. ¿Acaso no eres todo un rayo de sol el día de hoy?

—¿Me estás haciendo un cumplido?

—Estuviste muy bien allá afuera —dice con las manos en la cadera—. Buen trabajo.

—Gracias... y escucha, acerca de esta mañana...

—Sí, sí, lo entiendo. Te acostaste con alguien, no es gran cosa. ¿Es alguien que conozco?

—No lo creo.

La oscura cabeza de Reed aparece por la puerta.

—Sophie, olvidaste tu celular en el auto. El señor Black está en el teléfono.

Kim inclina la cabeza y me da una mirada inquisitiva.

—¿Óliver Black? —gesticula hacia mí—, ¿estás bromeando?

Tomo la llamada.

—Hola, Óliver.

—Amelia Sophia, ¿cómo te está tratando Buffalo? —la forma en que dice mi nombre suena dramática en su voz. Sonrío tímidamente, jugando con las correas de mi bata y espantando a Kim.

—¿Cómo sabes dónde estoy, acosador?

—Siempre sé dónde se encuentran mis intereses. Leí tu tweet. @SoCavall '¡De nuevo en la carretera! ¡Encantada de ser fotografiada para #CalvinKlein en Queen City!'

—Primero que nada, dejé de usar Twitter. Estoy segura de que puedes entender por qué. En segundo lugar, yo nunca diría "encantada". Probablemente fue Kim.

—Sí, lo sé. ¿Cómo estás?

—Bien, bien... bien —respondo tímidamente, mirándome en el espejo frente a mí mientras hablo—. Voy a terminar con esto pronto. Está ridículamente frío aquí.

—También leí eso en Twitter. @SoCavall 'BURRR... un emoticón

de copo de nieve y otro de un muñeco de nieve. Aire ártico soplando en Buffalo.'

—Ay, por Dios... sueno tan tonta. Kim tiene que parar. Y tú, deja de leer cosas que nunca escribí —su hermosa risa masculina vibra del otro lado de la línea.

—Así que, ¿a dónde te escapaste tan temprano hoy? —pregunto.

—Fui a correr.

—¿A correr? ¿A las cinco de la mañana?

—Qué interesante. ¿Quién está acosando a quién ahora? —el tono de broma en su voz es evidente.

—Ok, ok, cálmate, no nos volvamos locos. No estoy acosándote. Mi vecina, que estoy casi segura que es prostituta, me lo contó cuando me encontré con ella en el ascensor. Apenas noté tu ausencia. *«Fue la primera cosa que noté.»*

—¿Te refieres a Sunshine? Sí, fue muy amable, incluso me dio su tarjeta de negocios.

—¿Qué?

—Ríete, es una broma —me asegura entre sus risas esnobistas. Sabía que te manejarías muy bien en mi ausencia. Soy una persona madrugadora, Sophie. Después de las siete, todo es tarde. No quería despertarte.

—Ah, sí, sí. Estoy segura de que no querías despertarme. Está bien —le digo, a pesar de que está lejos de estar bien—. No hace falta que inventes una excusa por haberte ido.

—No es una excusa.

—Sophie —interrumpe Kim—. Haremos un par de fotos más. Rápido, cambia de vestuario.

—Lo siento, Óliver —de por si, Kim se pone difícil cuando las cosas marchan bien, no quiero darle una razón para ser extra exigente —. Tengo que irme, necesito volver a salir. Hablamos después.

—¿Después?

—¡Pronto!

—Adiós, Sophie.

Al colgar, mi celular de repente se enciende de nuevo. Nuevos mensajes de texto. Con mi dedo, deslizo la pantalla y hago clic en el mensaje. Una leve sonrisa, casi ausente viene a los labios mientras lo leo. "¡Ya estoy de vuelta! ¡Hay que vernos!"

Stacey Taylor, mi amiga desde hace mucho tiempo.

Han pasado dos semanas desde que Stacey se fue a Singapur a trabajar como modelo y, aunque no estoy muriendo por verla, la llamo después del trabajo y decidimos reunirnos.

***

JESS ESTÁ USANDO el reproductor de DVD en la sala en cuanto abro la puerta principal.

—¡Hola! ¿Quieres ver esta película conmigo? Es un triller sobre un asesino psicópata y una chica en su graduación.

Ella salta al sofá y acaricia el cojín blando a su lado en señal de bienvenida, pero no me provoca ver una película espeluznante que traerá de vuelta muchos recuerdos de mi propia saga escalofriante.

—Gracias, Jess. No suena muy tentador. Stacey vendrá a visitarme.

—Oh… Stacey.

—Puedes dejar lo de las muecas excesivas —lanzo mi bolso sobre el sofá—. Ya sé que no te agrada. Y no te preocupes, limpiaré en cuanto se vaya.

—Sé que sabes por qué no me agrada. Es una locura que seas su amiga después de ver cómo trata a todo el mundo. No entiendo por qué sigues relacionándote con ella. A esa no le importas, ni tú ni nadie.

—Hay un montón de cosas que tú haces y que yo tampoco entiendo.

—¿Cómo qué?

—Estoy cansada. Ha sido un largo día. Estaré en mi habitación.

—¿Por qué, Sophie? No puedo entenderlo —Jess continúa—, estás muy por encima de Stacey. Por favor, deja de darle tu tiempo, ¿quieres?

DIEZ

UN PAQUETE DE doce de Coronas, un tazón de palomitas de maíz ligeramente quemadas y una caja de Camel Silvers descansan sobre la mesita del balcón. Hay dos sillas a juego a cada lado de la misma. Sentadas sobre las robustas sillas —su movilidad es reducida debido a mi diminuto balcón, del tamaño de una bañera— estamos Stacey y yo.

Durante la última media hora más o menos, Stacey ha estado farfullando sobre Jonathan, la última aventura que conoció en Singapur. Durante los últimos cinco minutos más o menos, he estado mirando furtivamente mi celular, instándolo a sonar.

Stacey es una extrovertida bola de fuego, de cabellos rubios y ojos azules; ella siempre dice las cosas como son. Es el jurado, el juez y el verdugo juntos. Cuando la vi por primera vez en una audición para un comercial de comida rápida, hablaba y hablaba sobre su vida amorosa como si se tratara de la segunda venida de Cristo. Naturalmente, era casi imposible para ella, incluso preguntarse lo que yo estaba pensando, sintiendo, o queriendo. Y, como yo no quería que nadie se preocupara por lo que yo pensaba, sentía o quería, Stacey era una situación de ganar para mí.

Su vocabulario —para expresarlo con delicadeza—, es enormemente colorido, y ella se extiende en un amplio repertorio de vulgaridades hasta el punto en que, milagrosamente, se desvía y me pregunta sobre mi vida amorosa. Yo le digo que conocí a un hombre llamado Óliver y trato de dejar las cosas hasta ahí. No se dice ni una sola palabra acerca de lo que me pasó hace unos días. Si ella no sabe nada al respecto, o si sencillamente no le importa, me alegra no tener que hablar de eso o de la asunto del beso de Éric.

Tres veces me dice que debo llamar a Óliver, ya que apenas he dicho una palabra en toda la noche.

La primera vez me ordena que lo llame, la segunda me dice que lo llame de una jodida vez y, la tercera, que haga la jodida llamada de una jodida vez.

—No, no voy a jugar ese juego.

—¿Por qué no? —pregunta aspirando su cigarrillo—. Ya estás jugando el juego de “voy a mirar el teléfono hasta que el me llame a mi”.

Molesta por su réplica, giro la cabeza en otra dirección y tomo una calada de mi humo.

—Me acosté con él.

—¡Bien por ti! ¿Cómo fue? ¿Es bueno en la cama?

—Esto no se trata de sexo.

—Te diré algo que no quieres escuchar, siempre se trata de sexo. Es la maldita naturaleza humana.

—Te estás desviando del punto. Lo que quiero decir es... estábamos haciéndolo, y justo cuando estaba por... ya sabes... —hago una pausa.

—¿Tener un orgasmo?

Asiento con la cabeza.

—Puso sus manos alrededor de mi cintura. Realmente abrazándome, ¿sabes? En ese momento, podía oír nuestra respiración, nuestros cuerpos que palpitaban juntos. Por un segundo, fue como si el tiempo se detuvo.

—Eres tan romántica, Soph.

—Fue diferente, Stace. Lo juro por Dios. Se sentía tan... íntimo. Nunca me había sentido tan cerca de alguien así antes.

—Y ahora te estás volviendo bien pinche loca porque actuaste demasiado rápido, tuviste relaciones sexuales con un tipo que conociste hace apenas un par de segundos... no te ha llamado, y piensas que jodiste algo que podría haber sido genial. Qué cliché.

—No sé qué pensar. Sólo intento mantener la calma.

—Te estás engañando a ti misma, Soph, de verdad. No hay tal cosa como mantener la calma cuando se trata de hombres. Los hijos de puta siempre juegan contigo y luego te rompen el corazón.

Algo en la conversación despierta recuerdos reprimidos dentro de mí. Me levanto de la silla mientras digo:

—Yo puedo actuar perfectamente calmada ante cualquier situación. Puedo buscar lo que necesito y ser quien necesito ser para sobrevivir a cualquier locura que se me atraviese. Yo soy mi propia mujer. Estoy en revistas, anuncios, y comerciales, y me niego a dejar que un hombre que apenas conozco tome el control de mí. No estoy desesperada. ¡No voy a dejar que eso suceda!

—Espera, espera, espera. ¿De qué estás hablando? Relájate. Toma las cosas con calma.

En medio de los gritos y chillidos, Jess sale bruscamente de su habitación, con su pálido rostro cubierto con una crema de noche color azul, y su cabello negro ceñido con una banda.

—¡Estoy tratando de dormir! —dice desde la sala de estar, molesta, con las manos en las caderas.

—Lo siento, Jess —digo—. Vamos a mantenernos más calladas.

Ella entra de nuevo a su habitación y Stacey aterriza su mirada en mí.

—¿Cuál demonios es su problema?

Stacey es el problema de Jess. Me quedo muda por un minuto, con una batalla secreta en mi cabeza. Dentro y fuera de mi boca salen bocanadas de humo de ansiedad. El humo me domina en su señuelo prominente, pero la realidad se asoma sobre mi hombro en un segundo.

—Este tipo… él hace que las cosas sucedan, Stace —miro desde mi balcón la vida nocturna en las calles—. Es agresivo. Es un cazador. Es un luchador. La gente lo respeta y lo admira. Si quisiera llamar, créeme, llamaría. Sé lo suficiente de él como para saber que, si él quisiera, tomaría el estúpido teléfono y llamaría —me doy la vuelta para mirarla a los ojos—. He salido con muchos hombres. Conozco todas las rutinas normales, todas las pequeñas reglas, lo que no se debe hacer. Un hombre debe ser un hombre. Yo no iré en contra de sus instintos básicos.

—¡Ay!, en serio, deja de caminar sobre cascaras de huevos. Esto en realidad es *muy* sencillo. ¡Encárgate del asunto por tu propia cuenta! No te quedes allí sentada esperando como Cenicienta. No eres Cenicienta. Esto no es un cuento de hadas. Eres una mujer del siglo veintiuno. Y esto es la vida real. ¡Levántate y actúa! Toma ese maldito toro por la cola y míralo directamente a los ojos.

—Por los cuernos —respondo antes de tomar un sorbo de mi cerveza.

—¿Qué?

—La frase… es tomar el toro por los cuernos. Realmente no se puede tener al animal por ambos extremos a la vez.

—Lo que sea, Soph, lo que sea. Ya entendiste a lo que me refiero.

Finalmente tomo una decisión y una ola de náuseas me invade. Mis dedos se crispan al presionar la tecla de llamada sobre el número de Óliver y ponerme el teléfono al oído. Después de varios repiques, me da pánico que no responda. Tal vez *si* me estoy volviendo loca.

—Sophie —Óliver responde con voz cansada.

Stacey inmediatamente me hace señas para que coloque el altavoz.

—Hola. ¿Estabas durmiendo?

—Son las tres y media de la mañana. ¿Está todo bien?

—Sí, sí, todo está bien. Lo siento. Me olvidé de la diferencia de horario.

—No hay problema, Sophie. Me alegro de que hayas llamado —hay un segundo de silencio—. ¿Cómo estás? ¿Hiciste algo emocionante hoy?

Parpadeo ante la pregunta.

—Bueno, tuve más o menos quince minutos para almorzar. Me comí un burrito. ¿Eso cuenta?

—¿Eso qué tiene de emocionante?

—Que en realidad sí tuve tiempo.

—En realidad, eso es triste.

Stacey pone los ojos en blanco como diciendo: “Que aburrido”.

—¿Qué hay de ti? —pregunto—. ¿Qué tal Edimburgo? ¿Cómo va todo el asunto de salvar al mundo y eso?

—Bueno… —puedo escuchar que se está moviendo en la cama—, hubo algunas complicaciones con algunas estructuras, pero ha sido resuelto. La gente podrá beber agua más clara en las generaciones venideras.

—Guau. Felicitaciones. Eso suena increíble.

—Discutamos lo increíble. ¿Qué llevas puesto?

Su pregunta me hace sonreír, pero también me desconcierta. Los pensamientos idiotas que atraviesan mi cabeza a continuación son: *«¿Lo de anoche fue un medio para un fin, o un fin en sí mismo? ¿Apresuramos las cosas al intimar desde el principio? ¿Dónde diablos estoy con este tipo? ¿Stacey tiene razón acerca de todo?»*

—Sophie, ¿sigues ahí?

—Sí, estoy aquí. Vuelve a la cama. Lo siento, te desperté. Me alegro de que todo vaya bien contigo.

—Pareces molesta.

—Ha sido un día ocupado para mí, eso es todo.

—¿Si algo estuviera mal, me lo dirías?

—No está pasando nada malo.

—Eso no fue lo que pregunté.

Termino mi conversación con un poco más de mis “todo está bien”. Durante todos los días anteriores, he estado haciéndole creer que soy el tipo de mujer madura que dice lo que piensa con convicción infalible y está tan segura de sí misma que no necesita escaparse de ninguna conversación.

Stacey agarra un puñado de palomitas y las mete en su boca.

—No veo por qué estas tan aterrada —dice con la boca llena—. A mí me sonó bastante inofensivo.

—Lección aprendida —suspiro—. Acostarte con alguien demasiado pronto es lo peor. Ha de pensar que soy una lanzada. Me siento fatal.

—Por favor, ya basta —dice, exhalando humo—. Me estás deprimiendo. Ni que el fuera toda dulzura y miel. ¿No me vas a decir que lo obligaste? Es decir, el también formo parte. Y tampoco me vas a decir que te arrepientes. Te gustó, ¿no es cierto?

—Claro. Fue fantástico. Tanto me gustó que me siento mal.

—Bueno, y luego, ¿qué diablos te importa? Si el piensa mal de ti, entonces tu también tienes el mismo derecho de pensar mal de el. Si le gustas en serio, te tomará en serio. Creo que estas haciendo mas grande el asunto de lo que es. El tipo dormido está. Y tu aquí

haciéndote bolas. Te cuento... mi hermana Debbie salió con un chico una vez...

—Espera —interrumpo—, ¿te refieres a Debbie la Sucia?

—¡Oye! ¡Es mi hermana!

—Lo siento. ¡Es así como la llamas todo el tiempo!

—Y con justa razón... es una zorra. Como sea, después de beber en exceso durante toda la noche, vomitó todo en el auto de este tipo. Él le dio un baño, la acostó en la cama, y llamó para ver cómo estaba al día siguiente. Ahora, están casados y locos de amor. Confía en mí, cuando a un hombre le interesas, no hay nada en este mundo que pueda alejarlo.

—Siempre tienes las respuestas correctas, ¿no?

—Exactamente —levanta su copa—. ¡Salud! Por Jonathan y yo y por Óliver y tú. ¡No puedo esperar a conocerlo! —chocamos nuestras cervezas.

***

LOS DÍAS PASAN y pongo mis más intencionados esfuerzos en mantenerme calmada y estable, pero la verdad es que estoy calmada y estable como un barco en medio de un huracán. Kim Price es su nombre. Kim Price ha mutado hasta convertirse en una bestial productora de celebridades. Kim Price me ha reservado para seis apariciones en televisión en el trascurso impactante de sólo tres días. Sigo la agenda de Kim. Les digo a los presentadores de televisión, a la audiencia, y al mundo que estoy feliz y no temo por mi vida, después de las amenazas terribles que he estado recibiendo.

Al entrar a mi habitación después de un día agotador, cierro la puerta tras de mí y echo un vistazo alrededor. Me detengo en el medio de la habitación y me pregunto: *«¿En qué se ha convertido mi vida?»*

Sigo hablando conmigo misma, entonces algo se vuelve claro para mí: mi habitación es inquietante y la detesto. Parece una extraña tienda de decoraciones de lujo, con todo ordenado para la venta en estantes inteligentes. Todo parece haber sido ordenado por alguien. Sin lugar a dudas, ese alguien es Jess. Ya le he dicho que no ordene mis cosas pero parece que su trastorno va en aumento.

Mi habitación es tan celestialmente blanca por todas partes, a excepción de una alfombra estampada en color marrón grisáceo y una silla moderna de cromo negro en la esquina. En la otra habitación junto a la mía, están las paredes color rosa de Jess, con cortinas verde oliva y una alfombra floral que anima la habitación.

Después de ladear algunos cuadros, dispersar cosas por todo el suelo, y arrojar las almohadas decorativas a través del cuarto; me siento mucho mejor. No es que me guste el caos, es que la perfección

me desespera. ¿Qué me cuenta la perfección? Nada. No es mas que un lienzo en blanco. Después de la perfección, ¿qué hay? Nada. Es cerrada, no evoluciona, se estanca ahí en su perfección, porque no hay nada mas.

Me voy a la cama, me acurruco como un camarón cocido, y me quedo dormida.

Esa noche sueño con mi madre. Es un sueño inquietante. Temblando y empapada en sudor, abro los ojos y veo a Óliver sentado en la cama, justo a mi lado. Lo observo con mi corazón palpitando desbocado. Él aparta mechones de cabello de mi rostro. Su voz es suave.

—¿Óliver?

—Sí, estoy aquí. Todo está bien.

—¡Óliver! —mi corazón casi se sale de mi cuerpo— ¿Qué estás haciendo aquí?

—Jess me dejó entrar. Espero que no te moleste.

—Si no molestarme significa causarme un shock diabético. ¡Me asustaste! ¿En qué estabas pensando?

—No era mi intención asustarte. Simplemente entré. Estabas teniendo una pesadilla.

—Creí que... ella... —mi voz se reduce a un susurro—, tuve un sueño horrible.

—Lo sé —dice—. No tienes que decir nada. No fue real.

El terror fue real. Nunca antes había soñado que mi madre quería matarme. Óliver me mira con ojos de consuelo y yo me doy la vuelta, fingiendo que no lo necesito aquí, que estoy perfectamente bien sin él, pero la verdad es que realmente no lo estoy.

***

POR PRIMERA VEZ, puedo ver detalladamente al hombre que duerme a mi lado. Nada de irse a correr en la madrugada. Nada de huidas silenciosas. Levanto la vista hacia Óliver a través de mis ojos cansados. En la brillante luz del día, se parece al resto de nosotros, simplemente humano. Poco a poco, se acerca a mí en la cama y no muevo ni un músculo; quiero evaluar su forma humana. Un suspiro se escapa de mi interior mientras paso los dedos sobre los pequeños vellos de su barbilla.

—Buenos días —él mira hacia abajo, hasta donde estoy yo recostada sobre su pecho impecable—. ¿Cómo dormiste?

No puedo contarle sobre los sueños que sigo teniendo con mi madre. Son, por lo general, espantosamente detallados.

Durante mucho tiempo, ruidos blancos y fuertes traqueteos lideraron cada trance, a excepción de la última noche, que resultó ser

una experiencia casi en vivo, demasiado real. No tengo miedo de lo que mi madre pueda hacerme en mis sueños. Es el miedo en sí mismo lo que me acosa —la forma más intensa de pánico que he sentido hasta ahora— y no puedo imaginar lo que se necesitaría en la vida real para desencadenar este miedo.

—Sophie.

—Dormí bien —digo, ronca, todavía medio dormida—. ¿Y tú?

—Me alegra que lo preguntes —dice—. Deberías considerar invertir en una cama más grande, y en algunas cobijas extra también.

—¿Por qué habría de...?

Él se interpone en mi oración.

—Permíteme comenzar diciendo que acaparas todas las sábanas.

—¿Qué? No, yo no...

—También tienes una postura terrible para dormir. Casi me hiciste caer de la cama.

—Oye, yo no...

Me interrumpe por una sorprendente tercera vez.

—Y roncas.

—¡Yo no ronco!

—Es como un enorme gruñido de cerdo poseído; incluso había un poco de baba saliendo de tu boca.

—¡Ya estuvo bueno! —salto sobre él rápidamente y atrapo sus manos por encima de su cabeza.

Estallando en una sonora carcajada, él agarra mis manos y me detiene.

—¿Qué estás haciendo?

—Te estoy atacando.

Sus ojos se agrandan interrogantes al encontrarse con los míos.

—Eres tan linda.

—No soy linda, soy feroz —sigo luchando contra él, pero no reacciona—. Vamos, ¡defiéndete!

—¿Defenderme? No lo creo —sé que puede derribarme fácilmente, pero se limita a quedarse ahí tirado como un tronco, disfrutando la sensación de tenerme sobre él, disfrutando el momento.

Gruñendo, me detengo y hago una cola de caballo en mi pelo.

—¿Por qué no? Pensé que eras cinta negra en algo de artes marciales.

—Sí, algo así.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy más interesado en la técnica que en el color de la cinta que uso.

Sonrío colocando las manos en mis caderas para tratar de parecer dura.

—En cualquier caso, no te tengo miedo. Vamos, te reto.

Él cachetea mi mejilla suavemente.

—¿Se supone que eso tiene que dolerme? Golpeas como una niña.

En segundos, envuelve con destreza sus brazos a mi alrededor y me da la vuelta dejándome de espaldas, luego se monta sobre mí. Ni siquiera logro entender lo que está pasando hasta que ya es muy tarde. Para ese momento, él ya está apretando mis caderas con sus piernas, dejando caer todo su peso sobre mí e inmovilizando mi cuerpo en una posición indefensa.

Me quejo, tratando de tomar represalias.

—¡Óliver!

—¿Qué? No estoy haciendo nada.

—Pesas una tonelada. ¡Quítate!

—Sólo si me besas.

—¡Óliver! —siseo entre risas.

—Esa es la regla.

—¡De acuerdo! —protesto antes de darle un beso rápido en los labios.

—¿A eso le llamas un beso?

—Óliver... —me esfuerzo por hablar sintiendo la falta de aire—, no puedo respirar.

Su celular suena, y nos desenredamos el uno del otro mientras Óliver intenta alcanzarlo.

Respiro profundamente y estiro mis brazos y piernas, sintiéndome aliviada. Giro la cabeza y lo miro, su rostro tranquilo al principio, y luego se vuelve repentinamente serio.

—Ahí estaré —dice antes de terminar la llamada—. Me tengo que ir, Sophie.

—Está bien. Lo pospondremos para otra ocasión —digo sonriendo.

—Cenemos en mi casa esta noche —dice poniéndose su ropa con prisa.

—Suena bien.

—Eres rápida. Tu ataque es bueno, pero tu defensa no —pasa los dedos por su pelo, tratando de peinarse—. Si quieres aprender una o dos cosas, el entrenamiento es todos los días a las cinco y media de la mañana.

Agarro una almohada y se la lanzo como un misil directamente frente a mí. Riéndose, Óliver esquiva rápidamente mi ataque y sale por la puerta.

***

TINA LLEVA EL concepto de belleza a un nivel aterrador mientras estoy sentada en la silla de vestuario bajo una melena de extensiones

que teje meticulosamente en mi cabello. Estoy casi segura de que tendré que arrancar mi propio cabello para poder quitarme estas extensiones más tarde.

Mientras estoy siendo teatralmente arreglada, disfruto de un bollo cubierto de mermelada y crema, y té verde para acompañar.

Tina rocía mi cabeza con algo que huele a insecticida. Mis pulmones tiemblan en su lucha por aspirar y expulsar aire. Toso varias veces intentando tomar aire.

Kim se acerca a mi silla y se apoya en el mostrador frente a mí.

—No estoy segura de tu vestimenta.

Inspecciono mi atuendo. Pantalones blancos Rag & Bone, chaqueta de esmoquin color amarillo claro y zapatillas sencillas de diseñador.

—¿De qué no estás segura?

—No lo sé, simplemente no me encanta. Debiste haberte puesto un vestido. La gente adora los vestidos.

A veces me provoca decir que ya no me interesa nada.

—Como sea, está bien —dice haciendo un gesto con su mano con uñas bien pintadas—. ¿Ya evaluaste las posibles preguntas?

—Sí.

—¿Tienes alguna pregunta?

—¿Que si tengo alguna pregunta sobre mis preguntas? No, no lo creo —apoyo los pies en el suelo para levantarme de la silla—. Creo que puedo manejar un programa de televisión, Kim.

—Sólo mantente en el personaje y, por el amor de Dios, entra a Twitter y actúa como si te interesara tu carrera.

—¿Acaso no estás encargándote tú de eso?

—Ya tengo suficiente trabajo, Cavall. Sólo tuitea algo sobre tu día. Qué clase de café tomaste, el bagel que acabas de comer, la sesión de fotos que hiciste, del clima, de los animales... la gente adora los animales. Tu color favorito. ¡Usa tu imaginación!

Dos hombres voluminosos asoman sus cabezas en el vestuario. Llevan un gran jarrón redondo lleno de las más bellas rosas rojas de tallo largo.

—Tenemos una entrega para Sophie Cavall.

Kim les dice que pasen mientras yo permanezco con la boca sellada por el asombro. Uno de ellos me entrega una pluma y me pide que firme encima de la línea.

—¿De quién son? —Kim se acerca a las flores—. Que preciosas.

—Dios —digo en voz baja, oliendo las rosas, sintiendo su suavidad en mis manos.

En el tenedor de plástico hundido en el florero, hay un sobre color beige arena de tamaño mediano. Lo saco y lo abro con lentitud.

Acompáñame a disfrutar de *cócteles* y *aperitivos* en un

Paseo de Atardecer
A bordo del *Princesa de Gales*
Sábado, 19 de octubre
Muelle 81 a las 5:00 PM
En la parte inferior de la carta, hay una posdata escrita a mano.
Te prometo que no vas a necesitar Valium.
-B.

Presiono mi dedo índice sobre la letra B y hago varias bes imaginarias sobre ella. Cuando termino de sonreír como una niña chiquita, devuelvo la carta al tenedor de plástico y me siento durante unos minutos, atormentándome a mí misma con la invitación.

Cuando logro despertar de mi bruma romántica, Kim me dice que esta es la última aparición en televisión que ha programado para mí y que debo atenerme al guión en vez de expresar mis propias opiniones. Dice que las personas se identifican con personas que muestran su lado humano... miedos, imperfecciones, fracasos, vergüenzas. También me advierte que a Donna Kelly le gustar sacarles las vergüenzas a los mas reticentes.

ONCE

—ESTA SORPRENDENTE MUJER renunció a las tiaras, hizo su propio camino hasta las grandes ligas y construyó por sí misma una exitosa carrera en el mundo del modelaje. Con ustedes, la modelo icónica, ¡Sophie Cavall!

Entro al set saludando a la audiencia con la mano. Los aplausos resuenan por todas partes. Casi no puedo oír a Donna cuando me dice hola.

Abrazo su figura en forma de pera.

—¿Qué tal? —digo en una manera demasiado apropiada para mi edad. El aplauso se apaga.

—En primer lugar, ¡permíteme decirte que luces fantástica! —dice haciéndome girar como una bailarina—. ¡Gracias por estar aquí!

—Gracias por invitarme.

Donna y yo tomamos nuestros asientos y observo el pequeño montaje de una audiencia a la espera de lo que se dirá a continuación.

—Aprecio que estés aquí, Sophie —ella toma un sorbo de su copa—. Se que tu agenda es muy apretada, estos días. Así que, ¡felicitaciones por ser el nuevo rostro de Calvin Klein!

El público aplaude.

—¿Cómo fue eso para ti? ¿Estás emocionada? Cuéntanos a todos sobre eso.

—Sí, claro. Es un honor ser parte de una marca americana tan icónica. Hice el desfile de la colección de Calvin Klein en 2009 y volví a participar en 2010. Hace poco hice una sesión para la campaña de primavera. Fue muy divertido.

—¡Divertido podría considerarse un eufemismo! Escuché que fuiste pareja del modelo canadiense, César Girard.

—Ah sí, César. Maravilloso. Tuvimos la oportunidad de trabajar juntos.

—Permítanme decirles, señoras y señores que, de acuerdo a mi confidente personal, las fotografías son, y cito: "¡Húmedas, calientes y ultra—sexys!"

Mi cara debe haberse vuelto azul... o quizá púrpura.

—Sí... supongo que lo son.

Donna comienza a contar una historia juguetona de cuando conoció a César en una fiesta de Versace en Milán y pensó que él era el hombre más atractivo que jamás había conocido. Al parecer, le

produjo una insuficiencia respiratoria. Dice que lo tiene como fondo de pantalla en su teléfono. En este punto, Donna tiene a su público exactamente donde lo quiere: agitado y eufórico; pero a mi es incapaz de alcanzarme. Sus frases simplemente se disuelven en el aire.

Una imagen de César sin camisa aparece en una pantalla detrás de nosotros. La audiencia sigue con *oohs* y *ahhs* y más aplausos.

Donna tiene los ojos fijos en la pantalla.

—Él tiene que ser el chico más dulce que he conocido. Dime, ¿cómo fue trabajar con César?

La cámara me enfrenta ahora.

—Bueno, él es lindo y dulce y tiene un mejor cuerpo que yo, además de un mejor bronceado, definitivamente —acaricio mi cabello hacia atrás—. Me la pasé genial.

—Muy bien, pero tengo que preguntar, ¿cómo te sientes acerca de tu reciente intento de secuestro? ¿Tienes miedo? ¿Temes que esto pueda suceder otra vez?

Respiro, esperando que el aire me traiga un poco de paciencia y calma porque sé que tengo que responder a esta pregunta.

—No lo sé. Espero que no.

—¿Como te sientes? —pregunta de nuevo. ¿Te ha cambiado la vida?

Quiero maldecir como diablo.

—Si, ha habido cambios. Me siento... me siento... —Kim se asoma detrás del escenario y gesticula con la boca “Mal”—. Pues... mal. Muy angustiada, pero soy muy afortunada de tener mucho trabajo y no tanto tiempo para ocuparme con este asunto.

—Lo creo. Y tienes un guardaespaldas ahora, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué tal te ha ido con eso?

—Aún estoy acostumbrándome —replico—. Él es muy leal y suele acompañarme siempre.

—¿Siempre? —ella sonríe usando una voz burlona.

—Sí.

—Así que... ¿quieres decir que él te acompaña cuando vas de compras, al salón de belleza, a todos esos lugares maravillosos a los que a las mujeres nos encanta ir?

—Eso es correcto —asiento con la cabeza—. Francamente, me sorprende que aún no sea gay.

Tan pronto como termino mi oración, el estudio se pone alarmantemente callado. Al principio, considero que no pasa nada extraño, pero luego me pregunto si he dicho algo malo. Estoy segura de que voy a averiguarlo en los medios en cuanto termine la entrevista.

—¿Qué pasa con las amenazas que has estado recibiendo en

Twitter? Echemos un vistazo a algunos de ellos —y así comienza—. Al parecer, todas provienen de alguien que usa como nombre de usuario: “thebadman00” —lo dice como si ella fuera un reportero de noticias, lanzando un chorro de anticipación al aire.

Miro hacia abajo, a mis dedos esqueléticos. Se sienten fríos y lucen como largos carámbanos.

—Éste dice: “Te odio más que nada” —su voz es baja y estable mientras lee las siguientes amenazas—.

“Siempre se que estas haciendo”. “Te voy a castigar por todo lo malo que has hecho”. “Te juro esto: vas a morir y seré yo quien te mate”.

Ella suspira con desagrado.

—No leeré el resto porque no creo que sea saludable, simplemente es demasiado odio. ¿Lees estos mensajes?

La audiencia se mantiene alerta a lo que tenga que decir y yo me aferro a los hilos más delgados de mi cordura; pero es una carga demasiado pesada. Las cámaras filman mi expresión asustada.

No logro reunir el coraje suficiente para enfrentar esto, así que simplemente miento.

—No. No los leo.

—¿No? —me interroga Donna buscando una declaración verdadera.

—No.

—Acabo de leer algunos en voz alta. ¿Cómo te sientes acerca de lo que acabas de oír?

Aparto la mirada mientras me rasco el lóbulo de la oreja. En cuanto al estudio, se siente como si todo el mundo estuviera conteniendo el aliento.

—Las amenazas de muerte en Twitter no son algo nuevo. No es un acontecimiento impactante, de verdad. Y, por desgracia, no puedes detenerlo, sólo ignorarlo.

—Las amenazas no son de chiste, Sophie.

—No, pero tampoco voy a dejar de dormir.

Sin duda, se que Kim me sermoneará por lo que acabo de decir. Ella quiere que me muestre triste, que llore, con rostro de perro apesadumbrado, lo que sea. Su visión es muy diferente a la mía.

—¿Sabes algo? Me duele ver cómo la gente puede decir cosas tan despiadadas y llenas de odio. Deberían aprender un poco de respeto. Al final del día, y detrás de toda la fama, del modelaje, del dinero... ¡sólo eres un ser humano! ¡Vamos, gente! ¡Detengamos las amenazas de muerte en las redes sociales! Ya estoy cansada de ver personas que amenazan a quienes no les agradan. ¿Qué pasó con aquello de “si no tienes algo bueno que decir, mantén la boca cerrada”? Eso es lo que a mi me enseñaron.

El público aplaude salvajemente. Asiento con la cabeza, pero no estoy segura de si se trate de consolar a Donna o a mí misma.

—Me alegra que seas capaz de hablar de esto públicamente, Sophie —*«no lo soy»*—. Lancemos un chile aún más picante a la olla y hablemos de tu vida amorosa. El público quiere saber si estás saliendo con alguien.

Intento cuestionar mi relación actual en nanosegundos y recuerdo a Alana, mi jefa, aconsejándome de tener cuidado.

—No —le digo, muy segura de mí misma.

—Vamos, cuéntanos acerca de este chico guapo que vemos aquí —hace un gesto a su pantalla, donde aparece mágicamente una imagen de Óliver y yo afuera de mi edificio. Su cara no es totalmente visible (¡gracias al cielo!), pero la mía sí. ¿De dónde sacaron esa foto?

Mi corazón se acelera como un semental galopante. El público se vuelve loco ante la visión de él, de mí, de nosotros, o del beso que se revela por la unión de nuestros labios.

—¿Quién es el hombre misterioso, Sophie? ¿Es tu novio? ¿Están saliendo?

El sonido de la audiencia se apaga. Lo que puedo oír es a Kim diciéndome que me apegue al guion. Lo que puedo oír es a mi madre diciéndome que me guarde mis opiniones. Las sugerencias de los demás me están comiendo viva.

—No, no lo es.

—El beso dice otra cosa, querida. ¿Acaso él va a molestarse sabiendo que mentiste en mi programa?

El público se ríe mientras me muerdo el labio, tratando de contener el estruendo de las palabras que se mezcla dentro de mi boca.

—No veo cómo esto es relevante.

—¿No puedes verlo? Sophie, al público le interesa saber qué está pasando en tu vida. No sólo la parte mala, también lo bueno. Esto es bueno, ¡el amor es bueno! Queremos ponerle un nombre al rostro de este hombre. Sólo queremos saber la verdad de tus propios labios, por supuesto.

Veo hacia donde está Kim confiando en que intervendrá, en que hará que llueva o cualquier otra cosa. Quiero que las cortinas se cierren de inmediato.

—¿Sophie?

Me levanto de mi silla.

***

DESPUÉS DE ESA horrible aparición en TV, voy a almorzar con Stacey a “The Mermaid Inn”, un restaurante de mariscos en el barrio del East

Village. Me deleito con una ensalada, mientras ella come un cóctel de camarones y una cerveza. Stacey me cuenta sobre los últimos días difíciles con Jonathan, pero no la escucho. Sigo martirizándome a mí misma después de lo ocurrido en el programa de entrevistas.

Estoy en un estado de descontrol emocional mientras le cuento lo de la entrevista.

—¿Te fuiste? —pregunta después de tragar un camarón—. ¡Maldición! ¡Eres una rebelde! ¡Bien por ti! ¡Apuesto a que está todo en las noticias!

—Sí, ¡y también está por todo Twitter! Aparentemente, soy una persona grosera y la entrevista fue espantosa. ¿Quieres saber qué más está en Twitter? Echa un vistazo —le paso mi teléfono para que pueda ver. Paso mis manos por mi cabello, casi sintiendo cómo pelos se desprenden.

—¿Por qué están diciendo que eres una perra homofóbica? —resopla Stacey.

—¡Fue sólo una broma estúpida! —grito, sin importar que estemos en público—. Donna me estaba preguntando si Reed viene conmigo mientras voy de compras o al salón de belleza o a cosas por el estilo, y yo dije "sí, me sorprende que aún no sea gay". Ahora ¿cómo es que eso me hace una perra homofóbica? No tengo fobia por los homosexuales. ¿Qué demonios le pasa a esta gente?

—Cálmate. No eres la primera persona a la que llaman homofóbica. Mándalos a la mierda.

—¡Maldita sea! ¡Esto es una locura! ¡Estoy harta! ¡Me tienen harta! ¡Necesito un cigarrillo!

—Vaya —ella me devuelve el teléfono—. Tengo que decirte, Soph, esto es lo más viva que te he visto en mucho tiempo.

Enciendo frenéticamente un cigarrillo.

—Así que le dije algo estúpido a Donna y salí del estudio. Tan tan. Que desastre.

—Bueno, sí, te fuiste porque no querías estar más allí. Literalmente, mandaste a Donna a la chingada y le dejaste claro a ese montón de imbéciles sin cerebro en las redes sociales, que no vas a aceptar formar parte de esa mierda. ¡No te vas a dejar caer! Maldita sea, deberíamos de estarte haciendo una fiesta.

Cae la noche. Vuelvo a estar en otra situación apretada, sólo que esta vez ocurre en un ascensor —el que sirve de entrada al penthouse de Óliver— y se me ocurre que mis hormonas están anormalmente desquiciadas. Vienen y van, hacen lo que quieren... Quieren correr cuando yo quiero caminar; quiero correr y ellas quieren caminar. Y aquí estoy, horrorizada de lo que Óliver vaya a decir después de mi total fracaso en la televisión nacional.

El ascensor privado se detiene y sus puertas se abren como una

cortina de teatro vanguardista, revelando poco a poco un hermoso corredor de agua... pero no a Óliver. Doy un pequeño paso adelante.

—¿Hay alguien en casa?

Me inquieto al no escuchar nada, ni siquiera el canto de un grillo o de cualquier otro insecto. Esto no puede ser una buena señal. Entro con precaución, con mis ojos adaptándose a las débiles luces.

—Sophie.

—¡Óliver! —grito, poniendo una mano temblorosa sobre mi pecho—. ¡Me asustaste!

—¿Por qué? —dice acercándose a mi—, ¿no esperabas verme en mi propia casa?

—No esperaba que aparecieras de entre la oscuridad como algún tipo de depredador. ¿Qué pasa contigo?, ¡asustándome todo el tiempo! ¿Por qué estabas allí parado?

—Estaba viéndote —dice suavemente.

—Oh, genial —digo con falso entusiasmo—. Entonces, sí eres algún tipo de depredador.

Pone sus brazos alrededor de mi cintura.

—He querido abrazarte todo el día —entonces, presiona sus labios contra mi frente. Inmediatamente, mi actitud cambia.

Sonidos hermosos y vibrantes inundan repentinamente el ambiente. No sé cómo la música se enciende, pero siento que estoy a punto de romper a llorar en silencio. La música de piano que sale de los altavoces es tan fascinante.

Naturalmente, le agradezco las rosas, le digo que están absolutamente preciosas, pero no digo nada de la invitación que venía con ellas. Me empieza a contar cómo fueron cultivadas orgánicamente las rosas y cómo las granjas están siendo beneficiadas por esta práctica. Estoy muy contenta. Le pregunto por la cena y me lleva a la cocina, o algo parecido a la cocina. Es una área culinaria industrializada, de esas que ves en las portadas de revistas.

—¿Cómo estás? —pregunta mientras descorcha una botella de vino—. ¿Qué tal tu día?

—Estoy bien. Ha ido bien. El día estuvo bien.

—Ahí está esa palabra otra vez, “bien”. Realmente necesitas ampliar tu vocabulario.

—Estoy *muy* bien. Me fue *muy* bien —estiro la mano para alcanzar un vaso de vino—. ¿Qué tal el tuyo? ¿Salvaste el mundo hoy?

—¿Mi día? Bueno... ocupado.

—¿Eso es todo?

—Estuve inundado de trabajo, Sophie. Es agradable que alguien pregunte cómo estuvo mi día.

Cenamos risotto con vieiras en la mesa con demasiadas sillas. Después de un rato, comienzo a preguntarme si Óliver siquiera vio mi

entrevista. Sentado a la cabeza, coquetea con su copa de vino, apreciando la música de fondo. Esta no es la actitud de un hombre que está molesto después de mi entrevista desastrosa.

—Te vi hoy en la televisión —*«¡Ajá! Ahí está»*—. Casi no te reconocí. Parecías una persona diferente. Estabas alegre y era muy fácil conversar contigo.

Doblo mis manos sobre la mesa.

—La mayoría de lo que viste no fue real.

—¿Y qué precisamente si fue real?

—Pues... no se con exactitud.

Hay un momento de silencio mientras Óliver me mira y yo le devuelvo la mirada, dudosa de las intenciones de este hombre.

—¿Qué? —me encojo de hombros no entendiendo—. ¿Qué pasa?

—Estoy esperando una respuesta honesta.

—Esa *fue* una respuesta honesta.

—¿Lo fue?

Un gruñido exagerado escapa de mis labios.

—Tú viste el programa... me estaba protegiendo para que la entrevistadora no me hundiera. Tuve que decir las cosas correctas en el momento adecuado.

—Eso no debe impedirte de formar una opinión verdadera.

—¿De qué se trata todo esto? —miro sus irises a media luz—. ¿Es porque dije que no éramos novios o porque dije que me sorprendía que Reed siguiera siendo heterosexual?

—No es nada de eso —responde, tomando casualmente un sorbo de vino—. Las cosas están siendo inconsistentes, y eso no me gusta. Por lo general, significa que hay algo que no está saliendo a la superficie.

—¿Algo? ¿Como qué?

—Creo que eres tú quien lo sabe, Sophie —su mirada nunca flaquea, nunca me da pistas de sus pensamientos reales.

Me levanto de la silla y camino hacia la sala de estar con los brazos cruzados sobre el pecho. Lo oigo levantarse de la mesa y seguirme.

—¿Cuánto tiempo se supone que debe pasar para que me digas lo que realmente sucede dentro de tu cabeza?

—¿Qué quieres de mí, Óliver? ¿Quieres que me queje de mi entrevista, que te explique lo difícil que fue para mí? ¿Quieres que llore, te grite, que me queje de mi vida? ¿Quieres que me arrepienta de no decirle a Donna que éramos novios, porque ni siquiera estoy segura de lo que está sucediendo entre nosotros?

—Sí, quiero que me digas cosas. No puedo leer tu mente.

Toma su vino y coloca el vaso sobre una mesa auxiliar. Se acerca tanto que puedo oler el vino en su aliento.

—¿Qué estás haciendo? —mi respiración y mi cuerpo despiertan ante su provocadora cercanía. Me levanta por las caderas con una mano, me lanza sobre su hombro, y camina. Mis brazos cuelgan como un títere contra su espalda, mis piernas guindan desahuciadas contra su pecho, y mi trasero se sienta paralelo al techo.

—¡Bájame en este instante! —golpeó la espalda ligeramente—. ¡Lo digo en serio! Lo juro por Dios, Óliver, ¡ya... bá... ja... me! —ni siquiera parezco perturbarlo mientras baja las escaleras silbando.

—Si no me bajas ahora mismo, yo...

Entra en una habitación con poca luz y una enorme cama, entonces me lanza sobre ella. Miro hacia él, con furia circulando en mi sangre.

—¿Tú qué? —pregunta.

—¿Por qué demonios fue eso?

—Hay algo que debes saber de mí, Sophie —su tono se eleva tres niveles por encima del factor aterrador; una pizca de angustia atraviesa mis ojos—. Verás, estoy acostumbrado a saber instintivamente cómo son las personas, cómo obtener lo que quiero, cómo deben ser las cosas. No muy a menudo me he encontrado a mí mismo pensando que me falta el conocimiento para entender un tema y, sin embargo, aquí estamos...

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Sophie.

—¿Qué? ¿Qué? Por el amor de Dios, ¿qué? No me trates como si fuera sólo un negocio. Yo no soy uno de tus proyectos empresariales que de repente sale mal y ya no sabes cómo arreglarlo.

Algo cambia en sus ojos cuando me mira.

—Nunca he pensado en ti como un proyecto empresarial. Te pido una disculpa si fue eso lo que sentiste.

—Bueno, es eso lo que me has hecho pensar. No puedes saber todo lo que hay que saber de todo. Especialmente tratándose de una persona, especialmente tratándose de mí.

—¿Por qué no? —se cruza de brazos como si estuviera realmente perplejo.

—Porque, por un lado, soy mujer. Tengo comportamientos impredecibles e irracionales, y nunca voy a llegar al fondo de mí misma, así que deja de tratar de entenderme.

—¿No confías en mí?

Me cuesta encontrar las palabras adecuadas.

—No es eso. No sé... Supongo que es... complicado.

—No tiene por qué ser complicado. Explícamelo, Sophie. Si te expresas con suficientemente lógica y sensatez, es casi imposible que no te entienda.

Quiero hablar con él. Quiero decirle todo, pero no sé cómo

explicarme a mí misma. No se si deba abrirme con este hombre —este hombre, que ya está más establecido en mi vida que cualquier otra persona.

Se queda ahí parado cuán alto es y mira al vacío por encima de mi cabeza. La luz de la habitación está casi extinta. El rostro de Óliver se ha convertido en una silueta parcial. De vez en cuando, el fantasma de una luz aparece desde las enormes ventanas y su hermoso rostro se ilumina.

—Sólo... por favor, no me presiones para que te diga cosas —le digo—. Si me permites acercarme por mi cuenta, probablemente todo salga bien al final.

—El problema es que no eres real conmigo. El problema es que sé que has mentido. No puedo y no voy a tolerar mentiras.

—¿Acerca de qué se supone que te he mentido?

—De fumar —responde mirándome acusadoramente.

—De acuerdo —reconozco derrotada—, acerca de eso... sí fumo de vez en cuando, pero puedo dejarlo cuando quiera. De hecho, estoy pensando en dejarlo pronto.

—¿En serio?

—Ok, eso también es mentira. Lo siento. Dijiste que no salías con fumadoras y me entró el pánico, ¿entiendes? No era una buena noticia para mí, no podía simplemente decirte que sí fumo, ¿entiendes?

—Deja de balbucear, Sophie. ¿Acerca de qué otra cosa me has mentido?

—¡Nada más!

Me deslizo fuera de la cama llena de cansancio. Al igual que un perrito triste, Óliver se sienta en la esquina de la cama, con los codos apoyados en las rodillas, y me mira de una manera que hace que mi corazón se contraiga.

—Sophie, estoy realmente fascinado por ti, de verdad. Pero eres la mujer más compleja que he conocido. Las mujeres por lo general me dicen lo que quieren, o se me echan...

—Al punto, Óliver.

—Puedo admitir abiertamente que no sé lo que quieres. Tu cuerpo parece reaccionar a mí —*«Oh, se da cuenta»*—. Desafortunadamente, tu cuerpo no puede decirme todo lo que necesito saber.

—Lo siento, Óliver —dejo escapar un denso suspiro—. No sé qué quieres que te diga.

Se levanta y me enfrenta.

—Lo que quiero, Amelia Sophia, es saber cómo eres, no cómo crees que quiero que seas —me quedo anonadada por el comentario—. Simplemente di lo que quieres decir. Lo que realmente quieres decir. Deja de repasar el guión en tu cabeza. Deja de pensar en lo que

los demás quieren que digas.

—Sí, claro, como si eso hubiera funcionado bien en el pasado. No confió en las personas. Mira lo que está pasando. He estado recibiendo mensajes, amenazas de muerte, y comentarios de odio. Alguien trató de secuestrarme. Alguien claramente quiere verme pudriéndome en una tumba. No sé quién sea. No sé por qué sucedió lo que sucedió o si va a volver a suceder. Lamento no poder evitar responder a todos y todo con un nivel de sospecha.

—Hazte un favor —dice muy serio—. Deja de tener miedo. Sé que te sientes expuesta y que estás aterrorizada. Pero no puedes controlar todo. Definitivamente, no puedes controlar lo que la gente piensa. Si resulto ser menos de lo que quieres y mereces, pues mándame al diablo de inmediato, sin siquiera dudarlo. No me dejes ni acercarme. Pero, al menos, date la oportunidad de saber por qué quizás no querrías estar conmigo. De lo contrario, nunca sabrás si es realmente así. Simplemente te limitarás a asumirlo... como siempre lo haces.

—¿Sabes en quién más no confío? En las personas que me dicen exactamente lo que necesito escuchar.

—Sophie.

—Óliver.

—Mira, soy un hombre muy simple.

Siento sus palabras derritiéndose hasta almacenarse dentro de mí.

—Mira a tu alrededor —le susurro—. Vives en un edificio de seis plantas. Comes paté de conejo y abres una botella de Château Margaux para el almuerzo como si hubiera un motivo de celebración, aunque no lo haya.

—No necesito que haya una celebración para disfrutar de un buen vino, y ahora no es el momento para hacer una lista de mis intereses. Tengo baja tolerancia a la tonterías y prefiero ser consistente y directo para no caer en juegos.

—Eso es tan... tan... —pesco las palabras adecuadas—, falso.

—No, no lo es. ¿Qué quieres saber? Pregúntame cualquier cosa.

Me encojo de hombros y digo la primera cosa que me viene a la mente.

—No lo sé. Tu vida amorosa es un gran misterio para mí. ¿Cuándo fue la última vez que estuviste en una relación?

—Hace dos meses.

Mis ojos se agrandan. La sangre se drena desde mi cara y el corazón me late contra el pecho como una lavadora llena de ladrillos. No puedo decir que me sorprende en absoluto escuchar eso. Como si su respuesta no fuera suficiente, lo que dice a continuación me hace acercarme nuevamente a la cama y caer sobre ella.

—Es el tiempo más largo que he durado sin novia.

Me inclino hacia delante con los codos en las rodillas y la barbilla

apoyada en mis manos temblorosas. Me siento y respiro, resistiendo el impulso de quejarme o de decir algo que pueda revelar cuán insegura me siento ahora mismo. Trago y encuentro mi voz, que sale con un tono cínico.

—Ya veo. Ok, es bueno saberlo. Voy a escribir eso en mi lista de cosas que debería haberte preguntado antes... ¿Qué fue lo que pasó?

Él suspira, como si se trata de una historia muy larga.

—Lo que siempre pasa. No estaba funcionando. No me sentía de la misma manera que ella. Es una gran mujer, pero no es para mí.

—Ah —le digo, sin emoción. *«Por supuesto que fue él quien terminó con ella»*—. ¿Cuánto tiempo estuvieron juntos?

—Alrededor de siete u ocho meses. Sé lo que estás pensando, así que antes de preguntar, Sophie, déjame poner tu mente en calma. Se acabó. No voy a volver con ella.

—¿Por qué no?

—Cuando se hace algo se hace. No cambio mis decisiones.

—Entonces, ¿estás convencido?

Él asiente con la cabeza una sola vez. Muy serio.

—Por supuesto.

—Bueno, y, ¿cuántas novias has tenido?

—Doce.

—¿Doce? —me levanto de la cama rápidamente.

—Sí.

—Órale, eso es... es... sólo, órale. Bien por ti. Sigue adelante. Deberías estar orgulloso; ya sabes... podría ser un récord mundial.

—El sarcasmo se lo tuyo, ¿cierto? Salgo con mujeres desde que tenía dieciocho años, Sophie. La diferencia es, que ahora se exactamente el tipo de hombre que soy y qué estoy buscando.

—Sí, apuesto que sí. Has tenido muchas novias, Óliver. No estaba esperando escuchar eso.

—¿A qué te refieres? —pregunta él con una mirada de preocupación en su rostro.

—Justo lo que acabo de decir.

—No he estado enamorado doce veces, si eso es lo que te preocupa.

—¿Cuántas veces, entonces?

—No estoy seguro.

—Está bien. Dime. No vas a herir mis sentimientos.

—Simplemente no se la respuesta, Sophie. Me han importado mujeres antes. Pero amor, no sé.

Un silencio pesado se asienta sobre nosotros.

Me paseo alrededor de la habitación por un momento, preparándome para lo que voy a decir. Miro por la ventana. Unos pocos segundos más tarde, con la sensación de él detrás de mí, me doy

la vuelta y digo con desánimo en mi voz:

—¿Qué soy para ti, Óliver? ¿Soy la afortunada numero trece? ¿Soy una amiga con derechos? ¿Otra muesca en tu cinturón? ¿Ha sido esto sólo una larga aventura de una noche? Si fueras tan directo como dices que eres, lo sabría de inmediato. Sabría dónde estoy parada. Créeme, ninguna mujer quiere preguntar. Ninguna mujer quiere tener esta platica. Es incómoda. Pero, dime, ¿somos exclusivos? porque una vez más, ¿quién sabe? Y la verdad que no encuentro muy alentadora toda esta confesión de he-tenido-un-millón-de-novias. Decir que has estado disfrutando la vida es la atenuación del año. Y para ser clara, no estoy en búsqueda de un título ni nada, solo quiero saber que pasa en tu cabeza sobre nosotros.

Pone su dedo sobre su boca.

—No tengo idea cómo responder a eso además de... por supuesto que somos exclusivos —lo dice fuerte y claro—. ¿Has escuchado una palabra de lo que he estado diciendo? No me ando con juegos. No tengo aventuras de una noche. No tengo amoríos. Usualmente, cuando conozco a una mujer y tomo interés en ella, le soy leal a ella y sólo a ella. Espero lo mismo a cambio. No me place compartir. Estoy a favor de la exclusividad en todo lo que hago, y poseo. No le temo al compromiso o al trabajo. Tienes razón; no soy nuevo en esto. He estado en muchas relaciones. Esta es una buena noticia, Sophie. Significa que no perderé tu tiempo. Quédate tranquila, si estoy contigo es porque es exactamente donde quiero estar. Si alguna vez quiero salir de una relación, me voy. Mi compromiso termina allí. Es bastante simple y es lo único que tiene sentido para mí.

DOCE

DESTAPO LA BOTELLA de champú, liberando una explosión de mandarinas ácidas y plátanos. Paso mis manos entre mi cabello y la espuma. Las palabras “si alguna vez quiero salir de una relación, me voy,” han estado rodando en mi mente desde anoche. Como si realmente es así de simple, como si fuera a botarme como trapo sucio. Ouch, por un lado, pero por el otro, bravo, pues no se anduvo con rodeos. Tan así fue que me dio miedo.

Me enjuago el cuerpo y permanezco bajo el agua mucho después de que la espuma desaparezca.

Óliver entra al baño en shorts negros de deporte, una sudadera con capucha gris, y el sudor corriéndole por la cara. Se para no muy lejos del tocador con las manos en sus caderas y mira las noticias matutinas en lo que parece ser a la vez un espejo y un televisión.

Doy vuelta a la perilla y el agua deja de verter. Cuando salgo de la ducha, Óliver está de pie, afuera con una toalla, esperando para envolverme como una tortilla.

—Allí estás —le digo—, ¿a dónde fuiste tan temprano?

—A entrenar con mi sensei. Ven aquí, cosa hermosa.

Apoyo mi cabeza contra su pecho. Me abraza como si lo necesitara, con un corazón tierno y manos igualmente hábiles. Me alejo un poco y pellizco mi nariz.

—Realmente necesitas ducharte.

—¿Ah, sí?

—Sí, es urgente.

—¿No se supone que el sudor es sexy?

—Es exactamente por lo qué necesitas ducharte justo ahora. No puedes ir a trabajar así.

Desaparece tras la esquina, buscando complacerme. Me acerco al tocador, secando mi cabello con la toalla a medida que avanzo. La cosa más extraña me ocurre una vez que estoy allí. Pongo mis manos sobre el tocador, apoyándome, y miro fijamente en él. Todo luce igual. Pero por alguna razón mi reflejo parece diferente. De hecho, es tan anormal que casi se siente como que no es el mío.

«¿Está ella devolviéndome la sonrisa? No, no puede ser.»

Me alejo del espejo.

—¿Pasa algo malo?

Miro a Óliver y busco algo que decir, pero ni siquiera sé que

decirme a mí misma. ¿Había una sonrisa genuina en mi cara? Quiero creer que la había. Quizás mis sentimientos son genuinos y mi corazón helado está derritiéndose y abriéndose de nuevo. Y quizás... lo que realmente está pasando es que... estoy contenta.

—No —finalmente respondo, recordando que me había hecho una pregunta—. En realidad, ¿sabes qué? No pasa nada malo.

***

SOY SALUDADA Y asustada por una mujer con acento extranjero con un vestido gris y un delantal blanco, mientras está reabasteciendo el refrigerador. Ella es de huesos gruesos y gran pecho, tiene un rostro como de papel arrugado, y cabello rojo muy corto que suaviza sus brillantes ojos verdes.

—Hola —le digo—.

—Lo siento. No era mi intención asustarla.

—Está bien, no se preocupe. ¿Dónde está Óliver? Me parece que no puedo encontrarlo en ningún lugar de la casa.

—Me temo que tuvo una reunión temprano, señorita Sophie. El sugirió que desayunara. Soy la cocinera. Yo le preparo el desayuno.

Su acento es grueso, pero comprendo bastante bien. Ambas pausamos a la vez que escuchamos el sonido del elevador de la entrada.

Mi cuello se estira para ver a una chica rubia en sus tempranos veintes —lleva un vestido corto y una chaqueta de cuero marrón claro — que entra tecleando en su celular a la velocidad de la luz.

—Hola —mira hacia arriba con grandes ojos azules y me sorprende que sigue tecleando—. Oye, Thea... ¿Dónde está Óliver?

—Tuvo una reunión, señorita Cassie.

—¿Tú también lo estas esperando? —me dice—. Soy Cassie. ¿Quién eres tú?

—Sophie —el aire se siente tenso. Quizás ambas tenemos miedo de preguntar acerca de la relación de la otra con el hombre de la casa.

Afortunadamente, Thea aclara la confusión.

—¡Oh! Ella es amiga de su hermano.

Sonríe, levantando ligeramente una ceja.

—¿Amiga?

«Sí, ¿amiga? ¿Qué sabe Thea? Apenas conozco a la mujer.»

—¿Te invito mi querido hermano a mi cumpleaños mañana en su yate?

—¿Es esa tu fiesta? —comienzo a preocuparme inmediatamente —, es decir, la fiesta en su yate. Sí, Óliver me lo mencionó.

—Genial, ¿te veré mañana entonces?

«¿Hace un minuto éramos completas extrañas y ahora somos mejores

amigas?»

—Seguro que sí —respondo no queriendo. La idea de volver a un barco me caldea tanto que uno podría cocinar un huevo en mi cara.

—Muy bien —saca una sonrisita maliciosa. Tengo la sensación que el encanto es un rasgo familiar—. ¿Quieres quedarte para el desayuno? Según parece estaré comiendo sola —se sienta en un taburete en la majestuosa isla de la cocina.

—El señor Óliver probablemente lo olvidó —Thea voltea el sartén en el aire, haciendo que una panqueque vuele y regrese.

—No lo creo. A el no se le olvida nada —resopla Cassie.

—Me encantaría quedarme, pero tengo que regresar a trabajar y ya no tengo excusas para llegar tarde —jugueteo con mi collar—. ¿Tal vez en alguna otra ocasión?

Mastica ruidosamente una manzana.

—Seguro.

Me estoy marchando cuando Cassie me llama y dice:

—Que bueno que dejaste a esa perra Donna Kelly hablando sola. Se lo merecía.

Dos cosas resuenan repentinamente en mi mente. Uno: ella sabía quién era yo antes de hoy. Dos: obviamente sabe que no soy sólo una amiga.

La taimada Cassie Black se parece a su hermano.

***

KIM ENTRA EN mi camerino con su iPad en una mano y una taza de café en la otra. Esta vez tengo mi propio espacio privado. Es pequeño, pero me gusta el estilo moderno que lo ambienta y el dulce despliegue de exquisitos lirios blancos.

—¿Dónde está tu teléfono, Cavall?

—En algún lugar... en mi bolso... —respondo con un cigarrillo apagado entre los dedos—, no sé. ¿Por qué?

—Ah, que bonito. Pues tu novio ha llamado a mi teléfono tres veces ya.

—¿Óliver?

—¿Tienes un segundo novio de quien no sé?

Se marcha y me exige que le regrese la llamada. Me levanto de mi silla, cruzo la habitación, y meto mi cabeza dentro de mi bolso gigantesco. Mis dedos nadan entre el desorden —el montón de recibos, un cepillo para el cabello, mi cartera y monedas sueltas— para encontrar mi teléfono. Cuando lo tengo en mano, dice diez llamadas perdidas y dos nuevos mensajes de texto. Que escandalo...

Tocando la pantalla, saltan dos mensajes: “Por qué no estás respondiendo mis llamadas?”

Escribo una respuesta tan rápido como puedo. “Óliver, no seas intenso. Estoy trabajando.” Estoy terminando de escribir otro mensaje cuando, en cuestión de segundos, un escalofrío impresionante hormiguea dentro de mi cuerpo. El que usualmente siento alrededor de Óliver.

—¿Te importaría explicarme?

Perpleja, me volteo a ver una mirada fulminante tan penetrante que puede fundir el acero.

—Óliver, ¿qué haces aquí?

—A mi también me da gusto verte —lanza un par de fotografías sobre la mesa en frente de mi. Son las fotos de la sesión que hice con César. Sabía que estas fotos traerían problemas.

La cara de Óliver es un ceño enfadado mientras analiza mi cuerpo con sus ardientes ojos azules. Cuando nota que estoy escondiendo un cigarrillo detrás de mi espalda, que es expuesto por el espejo detrás de mi, sujeta mi brazo, arranca el cigarrillo de mi mano, y lo tira.

—¡Se acabo esto! —dice dramáticamente—. ¿Me oyes? Esto no es bueno para ti.

Este argumento es inútil, lo sé, pero voy de todos modos.

—¿Y cuál es el problema?

—Doscientos setenta y seis mil hombres. Ciento cuarenta y dos mil mujeres. Esa es la cantidad de personas que mueren a causa del tabaco en los estados Unidos cada año. Ese es el problema.

—Soy un adulto, Óliver. No eres mi dueño. No puedes decirme qué hacer. Si no entiendes eso, entonces te puedes ir ahora mismo.

—De aquí no me muevo —dice muy firme—. Ahora que si *tú* no puedes entender que no puedo nada mas dejar que llenes tus pulmones de humo sin hacer algo al respecto porque me hace sentir inútil, entonces la puerta está *muy* abierta y *tu* te puedes marchar.

—¿Pero, por que todo se tiene que tratar de ti? —digo molesta.

—Esto se trata absolutamente de ti. Esto mata, ¿no entiendes? Ya te explique.

Abro mi boca para decir algo, luego la cierro. Una vez más se las arregla para dejarme callada.

—No puedo creer esto. ¿Qué estás haciendo aquí, Óliver? —echo un vistazo a las fotografías sobre la mesa—. ¿Por qué tienes estas fotos?

—Conozco gente. No es tan difícil como pudieras pensar. Recuerdo las palabras “húmedas, calientes y ultra—sexys” siendo arrojadas en televisión.

«¿Seré recordada para siempre de esa entrevista atroz?»

—Veamos —su ceño fruncido se intensifica mientras revisa mis fotos—. Llevas puesta ropa interior casi sugestiva… casi desnuda. Y es… ¿es esta la —mira la foto, acercándose a ella—, la mano del tipo

toqueteándote el cuerpo? Este es mi lugar, Sophia. Mi lugar.

—Sí. Es tu lugar. Nada ha cambiado.

—Eres mía. Dilo.

—¿Qué?

—Dilo.

—¡No! —grito enfurecida—. ¡Esto es ridículo! ¡Ya basta! ¿De qué se trata todo esto? ¿Estás celoso? ¿Es eso?

—No estoy celoso. Lo que estoy es molesto. Lo que es mío es mío y de nadie más.

—No tienes ninguna razón de estar enojado, Óliver. Esto fue un trabajo para Calvin Klein. Acéptalo. Estas actuando como si fuera una película porno.

—¿Y en tus trabajos, siempre estas encima del cuerpo de un hombre también por casualidad? Romeo aquí parece estar gozándolo.

—No estoy orgullosa de estas fotos, ¿ok? No es mi idea de una sesión aristocrática tampoco, pero no iba a salir de allí echa una furia y lucir poco profesional.

—Recuérdame, ¿no es eso justo lo que hiciste ayer en el programa de Donna?

—¡Necesito el dinero, maldita sea! —le grito tan fuerte como puedo, mi mirada cargada de ira y vergüenza al mismo tiempo.

—¿Cómo dices?

Dejo salir un largo suspiro.

—Ya no hago el tipo de dinero que solía hacer —digo llenando mi voz de resignación—. Estoy apenas comenzando a pagarle a Kim. Le debo a la agencia mucho dinero. Vivo en un apartamento muy caro con una compañera de cuarto que ni siquiera paga la mitad de la renta. Ayudo al tío Pete a arreglárselas con un poco de dinero. Pago mis cuentas, mi seguro de vida... y sí, Óliver, estoy tomando cualquier oferta disponible. Allí está, lo dije. ¿Feliz ahora?

Se frota la boca momentáneamente.

—Le das dinero a tu tío?

—Sí. Mi tío fue despedido de su trabajo. La única razón por la que mi tía te dijo que él aún tenía trabajo es porque ella no sabe nada. Ella se ha estado sintiendo mal y mi tío confió en mi para mantener esto alejado de ella y las niñas. Me ofrecí a ayudarlos solo para que pudieran pagar los gastos de su casa.

—¿Cuánto?

Sacudo mi cabeza clara.

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto necesitas? —su mirada es de preocupación—. Te daré el dinero que necesites.

—No te atrevas a ofrecerme dinero, y no te atrevas a darme una mirada de lástima. Haré esto por mí misma y saldré de esto por mí

misma. Si piensas que voy a dejarte entrar aquí y pagar todas mis deudas, estás seriamente equivocado.

—¿Por qué tienes que ser tan terca, mujer?

—Déjame hacerte una pregunta. Si tú necesitaras dinero, ¿me pedirías prestado?

—La pregunta me insulta. Es absurda. No necesito tu dinero.

—Eso no fue lo que pregunté.

—No, no te pediría prestado dinero ni a ti ni a nadie mas. La razón por la cual duermo muy bien es porque no tengo deudas.

—Acabas de probar mi punto —dije—. No me debes nada. Primero, te encargas de mi guardaespaldas, y ahora, quieres darme dinero. No tomaré caridad. Estoy de pie sola.

—¡Oh, que la madre! No es caridad —dice con enojo—. Eres la mujer en mi vida, la única mujer. No veo por qué no deberías aceptar mi ayuda. He hecho más por personas menos importantes. Tienes que confiar en mí, de lo contrario ¿qué sentido tiene todo esto? Desearía que vinieras a mí con tus problemas, Sophie, porque tengo soluciones.

—No estoy buscando un hombre que resuelva mis problemas, Óliver.

—¿Entonces qué?

—Si te digo acerca de un problema que tengo, no quiero que lo arregles. No me estoy quejando, significa que confío en ti. Todo lo que realmente necesito que hagas es escucharme.

—¿Escucharte? —me mira severo, pensativo. Frenéticamente pensativo. Parece como si estuviera tratando de digerir mis palabras. Pone sus manos en sus caderas—. Entonces, ¿no quieres que diga nada?

—A veces hablar es todo lo que necesito para sentirme bien.

—Soy asesor de jefes de estado alrededor del mundo. ¿Por qué demonios querrías que sólo me siente allí y escuche? Eso no es productivo.

—Óliver, eres mi novio. No mi mentor.

—Hagamos algo, la próxima vez que surja un problema, te preguntaré si quieres que te escuche o que haga algo. ¿Podemos estar de acuerdo con esto?

— Seguro.

—Bien. Entonces, ¿me estás diciendo que esta sesión de fotos... te pagaron una miseria?

—No, no una miseria, Óliver. Me pagan buen dinero, pero tengo muchos gastos. Ni gano ni pierdo.

Sus ojos se abren con sorpresa.

—¿Ni ganas ni pierdes?

—¿Tú que crees? ¡Soy una contratista independiente! —gritó indignada—. No trabajo todos los días y este seguro no es un trabajo

estable.

—No todo el mundo está ganando millones en sus respectivos campos.

—¡El mercado está inundado! —digo quejándome—. Hay una piscina de talento de niñas adolescentes ahí afuera... Nuevas modelos, con un ego sin desarrollar. Estas son chicas que ni siquiera han tenido sus periodos aún y están solo esperando llegar a la Semana de la Moda en Paris. Es su Santo Grial y están sedientas. Hay un montón de mujeres flacas, altas, con bonitos ojos y buena simetría. Es lógico que, cuando solicito mi pago, una chica menos demandante de la piscina me reemplaza. Y les pagarán con mercancía... ropa o accesorios o lo que sea... Kim trabaja duro para conseguirme la mayor cantidad de dinero, pero este no siempre es el caso. Estoy segura que ya sabías esto.

—Actúo como consejero especial de la mesa de directivos existente de una agencia de modelaje, en caso de un escándalo corporativo —se escucha irritado—. No quiere decir que sepa quién es quién, a quién se le paga qué, y así sucesivamente.

—Bueno, no necesitas saber todo sobre mi.

—Efectivamente. Pero si necesito conocerte más si tú y yo vamos a llegar a algún lado.

—Debería estar trabajando fuera de los Estados Unidos para siquiera pensar en convertir mis gastos en utilidades. Pero no estoy en condiciones de hacer eso ahora. Ya hice lo de volar alrededor del mundo. No lo voy a hacer eso de nuevo.

—¿Por qué no?

Lo fulmino con una mirada.

—No voy a responder eso.

—Por favor, hazlo.

—Crees que soy una especie de celebridad, deleitándome en mi éxito impresionante y mis ingresos de seis cifras. La verdad es que no lo soy, y esa es la única cosa que necesitas saber.

—Entonces, ¿por qué no renuncias? No solo lo odias, sino que paga poco.

Todo lo que oigo es una exigencia para que de explicación de mis actos y todo lo que hago como consecuencia es formar una respuesta defensiva.

—Pensé que estabas aquí para discutir mi sesión de fotos, no para darme una lectura acerca de lo que debo hacer.

Levanta una ceja.

—No logro entenderte, Sophie. Lo juro. Has estado modelando por mucho tiempo... pero al parecer sigues aprendiendo como defender tus derechos y decir no. Eso es todo lo que siempre escucho de ti, “no esto”, “no aquello.” No veo por qué no puedes decir: “No, no

haré una sesión de fotos desnuda.” Te cuesta mucho trabajo?

—Por última vez, ¡no estaba desnuda! —grito—.

—Semidesnuda.

Sus alegatos son exasperantes.

—No me estás escuchando. Tenía que hacer esto. Calvin Klein paga en efectivo por adelantado. Seis mil dólares para ser exacta. No espero que me des una palmada en la espalda, pero hice lo que tenía que hacer.

—No tienes que hacer nada. Tienes una opción en todo lo que haces.

—¡Odio cuando dices eso!

—Es la verdad.

—Bien, no quiero oírlo más.

—Se racional, Sophie. Si no estás satisfecha con tu vida, entonces haz algunos cambios.

—¿Qué fácil decirlo, no? Fácil vivir y reír y tomar decisiones cuando eres rico. Al final del día, aún llegas a deslizarte entre sábanas de algodón egipcio y descansas tu cabeza sobre una almohada de plumas de ganso siberiano de ochocientos dólares. Algunos de nosotros no somos realmente afortunados. Algunos de nosotros, de hecho tenemos limitaciones de dinero.

—Nada es suerte, sino esfuerzo. Sí, disfruto mi independencia financiera tal como la he definido para mí, pero yo comencé con nada. Se necesita querer algo. La mayoría de la gente no tiene esa clase de hambre y determinación para conseguir lo que quieren. Es un precio demasiado alto, pero mírame. No tengo quejas y en su mayoría todo lo que quiero.

Muevo mis ojos.

—Eres tan arrogante.

—¿Lo soy? —su voz cae.

—Sí. Eres tan condescendiente y tan engreído.

—¿Lo soy?

—¡Sí!

—¿Qué pasa contigo y mi dinero? Me tienes catalogado de tipo rico idiota. Es ridículo. Sí, no hay duda que tengo dinero. Te da libertad, la capacidad de consumir. Pero no entré en mis negocios con la idea de riquezas en mi cabeza. Entré profundamente en ellos porque quería hacer del mundo un mejor lugar para todos. Quería ayudar a la gente. Aún lo hago. Eso, Sophie, es mi impulso empresarial. No el dinero.

Parpadeo y tomo una respiración profunda. Hay una corta pausa.

—He visto tontos alcanzar el éxito y por dedicación pura —agrega—. Si no sabes lo que quieres y quién quieres ser, Sophie, alguien más decidirá por ti.

—¿Piensas que no sé lo que quiero? ¿Piensas que me encanta la idea de confiar en mi apariencia de por vida? ¡No, Óliver! ¡Es patético! En mi cabeza, tengo un trabajo agradable, tranquilo y normal que me involucra en la operación de mi propio negocio. Llevo un maletín a mi oficina con documentos importantes, tengo una agradable asistente que me dice jefa, y la gente me hace preguntas —me piden consejos porque ¡*yo* importo! ¡Soy importante para ellos! Soy reconocida como algo más que una cara bonita y un par de piernas. Tengo un cerebro e intereses y pensamientos sobre la religión, la pobreza, y la economía. No soy una chica miserable con un número adjunto a su pecho, despojándose de su ropa en una habitación llena de gente.

—Si eso es lo que quieres, tienes que hacer que pase.

—Así es como lo veo yo: tengo la opción de hacer sacrificios hoy para que pueda comer, tener un techo sobre mi cabeza mañana y posiblemente un futuro en otra cosa. Otra cosa que importe en realidad. He estado ahorrando para ir a la universidad el próximo año. Pierdo este trabajo y voy a perder la oportunidad de hacer eso.

—Pagaré por tu escuela —dice—. No deberías tener que hacer esa clase de sacrificios. Déjame ayudarte.

—Lo siento, pero no puedo aceptar tu dinero.

—¿Así nada mas? —dice como si me he dado por vencida.

—Mira, yo no conocía los detalles de esa sesión de fotos con anticipación. El modelo salió de la nada. No suelo trabajar con modelos masculinos, nunca. El fotógrafo estaba furioso. La agencia cubre mis gastos, pero todo ha estado acumulándose a través de los años. Me sentía como una perdedora porque no le había pagado a Kim. ¿Sabes qué? ¡Es mucha presión!

—¿Quieres hablar de presión?

—Ni siquiera sé por qué estoy tratando de explicarte esto a ti.

—Sophie, deberías considerar seriamente una profesión más respetable y admirable. Una mujer como tú no debería estar involucrada en este tipo de parodias vulgares, todo para vivir en penuria.

Le lanzo una bofetada fuertemente.

—¡Tú a mí no me hablas de esa manera!, ¡como si yo fuera una especie de prostituta barata!

Levanta su cabeza un poco y roza su mano desde la mejilla a lo largo de su boca, acariciando la marca roja que le dejé.

Alana, mi jefa, asoma su cabeza negra en mi vestidor —probablemente consciente del ruido— e interrumpe nuestra acalorada conversación. Sus brazos vuelan alrededor del cuello de Óliver.

—¡Hola, guapo! Escuché a algunas chicas diciendo que estabas aquí. ¿Qué andas haciendo?

—Ya se iba —explico—.

—Ah, ya veo —sus cejas se levantan y mira a Óliver—. ¿Se te ofrece algo, cariño?

—Sí, se me ofrece algo —sus ojos nunca dejan los míos—.

—¡Pero desde luego! Por favor, hablemos en privado.

Alana sujeta su brazo y lo saca de la habitación, dejándonos con nada más que un adiós silencioso.

Este hombre puede hacer que me despidan antes de que pueda cambiarme la ropa.

***

NO SE EXACTAMENTE de que trataba la discusión que me insultó, pero lo hizo.

¿Habrá sido la horrible verdad de todo?

Las palabras de Óliver picaron como ácido sobre una herida abierta. ¿Qué sabe él de mi valor como mujer? ¿Quién es él para decir que soy esto o aquello? Para ellos, para la agencia, a Alana, soy solo un número. Definitivamente no soy un uno, ni un dos, ni un tres. Puede ser que sea un 2.9999—una fracción, sin duda; un completo dos pero no totalmente un tres. Supongo que allí es donde paso el rato, en medio de ser y convertirme. Estoy en el limbo y estoy cansada.

Más tarde, mientras estoy siendo fotografiada en un escenario espléndido de relojes Hublot —completamente vestida esta vez—, me concentro en mi vestuario. Mi vestido de chifón blanco es tan extraordinario que no quiero ni respirar por el riesgo de dañarlo.

Parece que cuando más busco la armonía, más me elude. Y aquí estoy, pavoneando en un vestido que equivale a un mes del alquiler de mi apartamento, y un reloj de un millón de dólares, recordando la semi guerra en la que Óliver y yo nos involucramos.

—¡Ya acabamos, gente! Buen trabajo, Sophie.

Todo lo que quiero hacer es ir a casa, encerrarme en mi cuarto, mirar por la ventana, y ordenar comida a domicilio. Para toda una semana, sólo para estar segura. Me detengo en un vestidor un par de puertas antes del mío, pues escucho un grupo de chicas riendo tan ruidosamente que pueden hacer que el mundo entero se cohíba.

—No puedo entender que ve él en ella. Estar cerca de Sophie es una lata. ¡Es irritante!

—A mi me parece que ella es un simple tapete. Y Óliver, bueno, todas sabemos que está acostumbrado a mangonear a sus mujeres.

Me agarro el pecho, se siente como si mi corazón fuera a explotar en llanto; un punzón de dolor. Rápidamente me alejo, tratando de pensar en cosas felices como el helado, baños de burbujas, y palitos de mozzarella, pero siento que me desvanezco en un abismo gris.

Sintiendo como si el cielo estuviera en llamas, entro disparada a mi camerino. Kim está sentada engullendo un plato de comida. Le toma un momento notar mi estado de ánimo.

—Cavall. ¿Qué estás haciendo?

La ignoro mientras me coloco unos pantalones. Me lanzo encima una sudadera con capucha y finalmente me calzo unas botas.

—¿Me estas oyendo? ¿A dónde crees que vas?

Me dirijo a tomar mis pertenencias y a arrojar mi bolso sobre mi hombro.

—Ya he terminado por hoy.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Ya no puedo soportar estas fregaderas. Mejor dicho, ya no quiero.

—¡Oye!, espera un segundo —ella bloquea mi vía de salida a través de la puerta—. Tienes una prueba de vestuario en diez minutos

—Ya no.

—¿Disculpa? —gruñe en estado de shock—. No soy una especie de mosca en la pared a la que puedes ignorar. ¿Me estas escuchando? ¡Dame eso! —grita, arrebatándome el bolso—. No vas a ninguna parte.

Mis dientes están apretados y agarro fuertemente mi bolso. Trato de recuperar el control del mismo, pero Kim es feroz y no lo deja ir.

—¡Devuélvemelo! —mi voz suena dura y estridente. El bolso va de un lado a otro hasta que, finalmente, lo tengo en mi poder.

TRECE

SOLA EN EL baño de mi apartamento, me sumerjo en el agua fría de la ducha. Estoy bajo el agua analizando profundamente mi interior lleno de ira y frustración, de ansiedad y temor. Mi corazón no puede tomar más la miseria.

El pasillo está iluminado apenas lo suficiente como para permitirme ver hacia dónde estoy caminando. Es el perro de los vecinos, un enérgico Chihuahua. Deben haber salido, porque el perro está aullando desde su balcón. Continúa ladrando y gruñendo como si fuera un Gran Danés adulto, a algo que no puedo ver. Pienso en ir allí y descubrir qué es, pero un aumento repentino de terror trepa hasta mí desde el suelo. La habitación está en absoluta oscuridad. La velocidad de mi respiración y mi corazón se acelera. Pensamientos escalofriantes pasan por mi mente. Esperando estar delirante, me aproximo a buscar a Jess en su cuarto, o incluso a Éric, pero la cama está hecha y no hay señales de ellos. No hay señales de nada más, tampoco.

Ladra, ladra, ladra el Chihuahua. Busco a tientas alrededor de la sala de estar en la oscuridad de la noche para encender la luz. Pero entonces, oigo en la distancia puntillas suaves, casi sin ruido.

—¿Eres tú, Jess?

Los pisos de madera de la cocina rechinan y se quejan con cada paso, muy cerca de la sala de estar, mientras las paredes murmuran ecos de suspenso. El ruido se detiene repentinamente sin ninguna explicación lógica.

El perro vuelve a ladrar.

El sonido de algo al romperse me agita hasta la médula.

«¡Necesito salir de aquí!»

Salgo corriendo del edificio como un atleta olímpico. Afuera, en la calle, llena de adrenalina con los pies desnudos, no tengo tiempo para pensamientos. Agito mi mano a un taxi que se aproxima. Entro rápidamente antes de que termine de acercarse a la acera. Un animado hombre indio me pregunta a dónde voy. Frenéticamente le digo mi destino.

Varias cuadras al sur y algunos minutos más tarde, llego al complejo donde esta el penthouse de Óliver.

—¿Podría esperar aquí, por favor? —le digo al indio—. Volveré en un momento.

Mi cuerpo se marchita con ansiedad a medida que avanzo al interior del edificio. Localizo al hombre detrás del mostrador de la recepción y me anuncio.

—¡Necesito ir al penthouse!

El hombre parpadea en una difusa conmoción.

—¿Está aquí para ver al Sr. Black?

«¿Hay alguien más que no conozca viviendo en el penthouse?»

—Si, necesito ver al Sr. Black. ¿Es eso posible?

—El elevador se accede sólo con una clave privada y el Sr. Black puede despedirme.

«A ti y a mí ambos, amigo.»

¿Por qué no trata de llamarlo? Él puede dejarla subir desde su acceso personal.

—Como puede ver por mi atuendo, estoy teniendo una noche bastante difícil. ¿No puede dejarme subir?

—Lo siento. No puedo hacer eso.

—Bien, ¿puedo llamarlo desde aquí?

—Me temo que no puedo dejarla usar el teléfono.

—¿Por qué no?

—No es para uso de los invitados.

—Que regla tan estúpida —golpeo mis manos sobre el mostrador de la recepción con derrota, pero entonces un bombillo se enciende sobre mi cabeza y titila con una idea.

—Eso es ridículo. ¿Tiene alguna idea de quién soy yo?

—No realmente —murmura—. Este es justo mi primer día.

—Bien, estoy segura que el Sr. Black te despedirá si descubre que no dejaste subir a su propia hermana.

—¿Hermana? —su voz se quiebra en un tono más alto.

—Sí, así es. Hace frío afuera, es tarde y él es muy protector conmigo. Si se despierta y nota que no estoy en la cama, lo más probable es que...

Traga saliva.

—No diga más. Comprendo. Lo siento mucho, señorita Black —él llamándome señorita Black hace que mi cabeza de vueltas—. Espere un momento por favor —se escabulle hacia atrás y se desvanece a través de una puerta de vidrio. Después de un minuto, aparece detrás de mí y me dice que me guiará hasta el elevador y lo hará funcionar con su clave.

—¡Sí! Gracias —miro la placa con su nombre enganchada en su chaleco rojo—. Richard, eres un salvavidas.

Dentro del elevador, muerdo el interior de mi labio superior. Cuando las puertas se abren, entro al palacio oscuro de Óliver y, por un breve instante, me siento desorientada y tonta. *«¿Qué demonios estoy haciendo? ¿Se molestará con mi llegada repentina?»*

Piso suavemente, temerosa de hacer mucho ruido, de que los muebles o alguna pared obstruyan mi camino. Óliver aparece tras una cortina de oscuridad. Se para unos pocos pasos abajo en la escalera, con el torso desnudo y sus pantalones negros. Me apresuro en bajar las escaleras y me detengo justo un paso por encima de él. Abrazo su despeinada cabeza sin tener que estar parada sobre las puntas de mis pies.

—¿Qué significa esto? —estudia mis escasos harapos con una mirada que podría cortar un diamante—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Tengo miedo —susurro—. Tengo tanto miedo.

—¿Miedo de qué?

—Estaba en mi apartamento. Oí algo. Estoy segura de que había alguien allí —pongo la mano sobre mi frente, sintiéndome confusa—. Sé que no debería estar aquí, Óliver. Sé que probablemente no me quieres aquí, pero fuiste la primera persona en quien pensé. Lo siento si aún estás molesto por lo de hoy pero...

—¿Estás diciéndome que escuchaste algo en tu apartamento, que puede o no haber sido alguien, y que corriste todo el camino hasta aquí en bata de baño, sin siquiera ponerte zapatos?

—¡Tenía miedo! Tomé un taxi. Por cierto... —hago una pausa—, ¿podrías...?

Hace una cara de desagrado.

—¿Qué?

—Dejé mi bolso en mi apartamento. El taxi está esperando afuera.

Exhala, como aliviado, alcanza la tablet en la pared que funciona como sistema de intercomunicación, y le dice al hombre en el mostrador de la recepción, Richard, que se asegure de pagarle al conductor del taxi.

—Gracias —digo mientras Óliver se me acerca nuevamente.

—¿Quién te dejó subir? —pregunta. Al no decir nada, se agita más—. ¿Quién te dejó subir, Sophie?

—Richard, el hombre en el lobby —respiro hondo y profundo—. Por favor no lo despidas. Le dije que era tu hermana. No es su culpa. Es mía.

—¿Mi hermana? —cruza sus brazos como acabara de darle diversión para todo un milenio—. Esa es la cosa más escandalosa que te he oído decir, y eso que ya has dicho algunas cosas escandalosas.

—¿No lo vas a despedir, verdad?

—¿Debería?

—No, desde luego que no. No lo harás, Óliver. Te encargaras de esto de una manera metódica, como sueles hacer.

—Tienes mi palabra —dice, e instantáneamente respiro con más calma—. En cuanto a lo que pasó, nos encargaremos de eso en la mañana. Estás segura aquí.

Lo miro como si fuera el dueño de la sabiduría del mundo.

—Perdón por despertarte. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

—El sistema del elevador me advirtió que estaba siendo operado. No sabía que eras tú. Ven a la cama conmigo.

Lo sigo hacia el baño de la habitación principal. ¿Por qué? No sé. Me quedo en la puerta, preguntando por qué me trajo aquí, y miro como Óliver comienza a llenar la bañera.

—Entra —ordena.

—¿Qué?

—Entra.

—Óliver, no creo que sea el momento de tomar un baño.

—No te meterás a la cama conmigo con las plantas de tus pies cubiertos de suciedad de la calle. Entra.

Con ese razonamiento, acepto con absoluto silencio y hago lo que me dice. Pongo uno de mis pies en la bañera, luego el otro. El agua se extiende un poco por encima de mis tobillos. Me siento cuidadosamente en el borde de la bañera, estudiándolo mientras se arrodilla, hunde sus manos en el agua, y comienza a restregar mis pies con una esponja de baño.

—¿Por qué crees que somos tan inestables? —pregunto.

—¿Inestables?

—Sí. Tan incapaces de estar bien.

En cuestión de segundos, ha lavado mis pies. Se levanta y me extiende una toalla.

—¿De dónde sacas eso?

Paso la toalla por mis pies.

—Un minuto, actuamos como felices campistas, al siguiente, nos odiamos, y antes de que nos demos cuenta, estamos en la cama. No es que me queje de esa última parte, pero ¿por qué tenemos que pelear todo el tiempo? ¿No somos el uno para el otro? —arrugas de preocupación se forman en mi frente—. ¿Es eso?

—Sophie, todo el mundo pelea. Es parte de ser humano. Así es como es.

—Menos mal entonces, porque hoy me provoco darte un puñetazo en la cara.

—De hecho, sí me cacheteaste, ¿no es cierto?

—Exacto, lo hice. No me arrepiento.

—Lo merecía —sus típicamente animados ojos azules están tristes mientras me mira—. ¿Qué quieres que seamos, Sophie?

—Estables, por supuesto.

—Incluso estable se vuelve inestable en algún momento. Neutral es la mejor opción, es a lo que debemos aspirar. Ni positivo, ni negativo. Ni ácido, ni alcalino. Neutral.

—No estoy buscando una lección de química, Óliver. Estoy siendo

seria.

—Ni seria, ni muy extrovertida.

—¡Basta! —me enfado—. Deja de hablar.

—¿Me odias ahora? —pregunta con travesura en su voz—. Sabes cual es el siguiente paso en el ciclo, ¿no?

Suspiro cansada.

—Ya, no importa. Fue sólo una pregunta curiosa.

—Sophie, preciosa, hazte a ti misma un favor y relájate.

No puedo relajarme. No soy una persona relajada. Después de todo, entramos en la cama. Óliver pone sus labios sobre los míos. Mis manos viajan a través de su pecho y extiendo mis dedos delicadamente sobre él como si estuviera ciega y leyera algún tipo de braille.

Encuentro sus ojos.

—¿Recuerdas que así es como nos conocimos? —pregunto mientras merodeo sobre él.

Gesticula una sonrisa astuta.

—Nunca podría olvidarlo.

***

LOS GOLPETEOS EN la puerta de la habitación nos despiertan a Óliver y a mi de nuestro sueño. Puedo oír la voz gruesa y acentuada de Thea al otro lado de la puerta. La única situación que odio más que un ruido intenso, es que uno sea capaz de despertarme.

—*¡Hör auf zu schreien, ich bin gleich da!* —Óliver levanta su voz recién avivada, y lo miro como si fuese un problema de matemáticas al que no puedo darle sentido. Ante mi expresión de asombro, se acerca y aterriza un beso en mi mejilla.

—Buenos Días.

—¿Qué fue eso? —pregunto.

—Alemán.

—¿Hablas alemán?

—Ja.

—Óliver, no sé qué significa eso.

La manera cínica en la que ríe y la forma coqueta en la que me mira, me pone una sonrisa en la cara. Se pone de pie, deambula dentro del armario y se conforma con un par de pantalones cortos y una camiseta.

—Significa sí —le oigo decir desde el armario.

—¿Y por qué no dices “sí”? Es más fácil.

—Fácil es aburrido.

Thea continúa llamando a la puerta como si no hubiera mañana. Pongo mis manos sobre mis oídos, tratando de bloquear sus gritos.

Óliver se precipita hacia la puerta. Me escondo bajo las sábanas mientras el continúa azotando todo su alemán en Thea.

—Perdón por la conmoción —dice él, acercándose a la cama—. Thea sabe muy bien que no debe despertarme.

Mi boca se comprime en una línea.

—No hay problema.

Trenzo mi cabello a un lado y lo observo como merodear por la habitación, hurgando entre su ropa, mirando debajo de las sábanas, en cada rincón.

—¿Estás buscando algo?

—Mi teléfono. Necesito hacer una llamada.

—¿Tienes memoria impecable pero no recuerdas dónde está tu teléfono?

—Es diferente.

Agito mi cabeza, rodando los ojos.

—Está dentro de tu chaqueta, bolsillo izquierdo.

Me mira fijamente con incredulidad mientras toma su chaqueta.

—¿Y cómo sabes eso?

—Porque puedo... ¿oírlo?

—No está sonando.

—Lo sé... lo sé... es complicado —verlo allí con su postura fuerte y desgarradora mirada confusa, no me deja otra opción mas que tratar de explicarme—. Hay un ligero zumbido que viene de él, y de cualquier otro dispositivo eléctrico. El zumbido agudo varía dependiendo de la potencia de la transmisión, pero está ahí, siempre, y puedo escuchar la mayoría de ellos.

—¿Qué estás tratando de decir?

—Bueno, no es como si oyera cosas que no están allí. Sólo oigo cosas que la mayoría de las personas no pueden, y más fuerte también, como un cantante en el fondo fuera de tono o el zumbido que hace una televisión cuando esta apagada. Algunas veces, incluso puedo oír el latido de mi corazón.

—Si estas escuchando un sonido agudo en la televisión cuando la pantalla está apagada, eso es perfectamente normal. Aunque el sonido puede ser casi inaudible, aún puede ser percibido por algunas personas.

—¿Es normal escuchar esto desde el otro extremo de mi apartamento?

—Hmm. Esta puede ser la razón por la que tu mente está regularmente poco dispuesta a apagarse al final del día.

—¿Apagarse? —casi me burlo—. No hay apagado. Mi mente es como un circo... y el espectáculo se mantiene todo el día.

***

—¿DE CASUALIDAD SABE dónde está Óliver? —le pregunto a Thea, que se encuentra en la cocina—. No se por qué siempre huye de mi en la mañana.

Todo lo que oigo es una respuesta muda y lógicamente, pregunto:

—¿Qué? ¿Qué pasa, Thea?

—No lo sé. El Sr. Óliver no fue a trabajar hoy. Está encerrado en su oficina. Simplemente no ha salido, ¡ni para desayunar!

Me inclino sobre la barra de desayuno.

—¿Eso nunca sucede?

—Jamás.

—¿Qué cree que esté pasando?

—Lo siento, señorita Sophie. No sé qué pensar —parece sinceramente preocupada—. ¿El Sr. Óliver está enfermo? ¿Está preocupado? ¿Está molesto?

—No tengo idea.

Me niego a dejar que algo carcoma mi lucidez. Si hay algo que él realmente esté escondiendo, entonces debe valer la pena traerlo a colación.

Thea me dice dónde puedo encontrar su oficina. Cuando llego allí, Lentamente abro la puerta y entro. Encuentro a Óliver encorvándose atrás en una silla hacia las grandes ventanas. Está hablando de negocios por teléfono, en pantalones casuales, pelo desordenado y pies descalzos. Me dirijo a su escritorio con cautela, preguntándome si ya sabe que estoy aquí. Se levanta, llega a la pizarra a su lado donde está anotada una ecuación y la mira fijamente por un rato. Borra un signo negativo, intercambia los números y se sienta en su silla a contemplar la pizarra.

—Sí, señor. Anticipo un incremento de las tasas de interés por encima del cinco por ciento —hay una pausa y luego dice—, póngalo en contexto, los números no mienten.

Gira la cabeza y me descubre, un poco fuera de lugar, invadiendo su cueva súper secreta.

—Lo siento. Me iré —me muerdo el labio. Él mueve su dedo índice adelante y atrás, como si me llamara. Aproximándome a él, quedo enredada con el cable del teléfono, forzándome a sentarme sobre sus piernas.

—Sí... absolutamente. El ritmo inicial es de cuatrocientos al mes. Muy bien, Sr. Vice Presidente. Sabrá de mi muy pronto. Buen día.

Coloca el teléfono de vuelta en su lugar.

—Hola, Amelia Sophia. ¿A qué debo el honor de tener tan bella dama en mi oficina?

—Tienes que dejar de decirme así.

—¿Por qué te molesta tanto? Tienes un hermoso nombre.

—No, es tonto. Mi madre me llamó así por una princesa. De cualquier manera, te tengo una pregunta.

Escabulle su mano bajo la manga de mi suéter, más allá del hombro y pasa la punta de sus dedos por mi piel.

—¿Sólo una? Este es un día afortunado.

Hago una mueca, pero después, se me escapa una pequeña sonrisa.

—¿Dijiste "Vicepresidente"?

—Sí, así es. Ya sabes que soy asesor de jefes de Estado.

—Interesante. ¿Y por qué tienes un teléfono con cable? —juego con el cable del teléfono, torciéndolo con mi dedo—. Parece muy de la edad de piedra.

—Esas son dos preguntas.

—La primera no cuenta.

—Si quieres saberlo... son más seguros. Este tipo de teléfonos usan cables en lugar de frecuencias de radio. Esto disminuye la probabilidad de infiltraciones de privacidad —se pone de pie, forzándome a pararme también—, y cuando se trata de asuntos privados, no me gusta que mis conversaciones sean interceptadas.

—¿Por qué tengo la sensación que estás hablando de mí?

—Porque lo estoy.

—Ok, Sr. Privado y Paranoico. ¿Es esta la razón por la que has estado ahorrando luz de día y acampando aquí? Porque Thea pensó que quizás no te estuvieras sintiendo bien.

—Vaya, vaya, ¿acaso no estás muy curiosa hoy?

—Sólo quiero saber si todo está bien. ¿No quieres desayunar?

—Sí, todo está absolutamente bien. No me estoy escondiendo. Estoy trabajando. Almorzaré mas tarde.

—En ese caso, te dejare volver a tus cosas. No tengo la intención de preguntar todo lo que haces, es sólo que...

—¿Ah, no?

—No me gusta que me interrumpan tampoco, eh, no cuando estoy a la mitad de una oración.

—Perdón. Continúa.

—Sólo vine para ver si te sentías bien. Créeme, no quiero saber sobre tus asuntos privados —miro a la pizarra y me convenzo a mí misma de que ni siquiera entendería sus asuntos en primer lugar.

Pone una mano sobre su pecho.

—Mírame, cariño —su sonrisa lo delata, y sí, es espléndida—, ¿te parezco indispuesto?

La verdad es que veo a un hombre bastante espectacular. No estoy convencida, sin embargo. Thea lucía preocupada, y ella conoce mejor a Óliver. Toda la mañana, los pensamientos en mi cabeza siguen girando alrededor del tema como un mono sonando platillos sin parar.

***

SENTADO A MI lado en el carro, Óliver me mira con seria concentración, brillantes ojos azules y dice:

—Gracias.

—¿Gracias por qué?

—Porque regresaste a mí, incluso después de que me comporté de la forma en que lo hice. Las cosas que dije acerca de las fotografías... no quise ser tan vil. No quería herirte.

—No fue fácil para mí —le digo—. Se me hizo muy incómodo. Pensé en ti durante toda la sesión de fotos, Óliver. Sólo en ti. Créelo.

Acaricia mis nudillos con su pulgar antes de levantar mi muñeca para besarla gentilmente.

—No es fácil admitir lo que sentí hoy —dice—. Cuando escuche a Donna hablando de la sesión de fotos, cuando vi las fotos, cuando me cacheteaste, cuando apareciste en mi casa anoche.

Dirijo mi mirada hacia el para encontrar vergüenza y desdicha en su hermoso rostro.

—¿Cómo te sentiste exactamente?

—Impotente.

—Conozco el sentimiento —le replico—. ¿No es bonito, ¿verdad? Así es como me siento algunas veces cuando estoy contigo... la mayoría de las veces cuando no estoy contigo. Créeme, puede que no sepa cómo es caminar en tus zapatos, pero estoy segura de que tu tampoco sabes cómo es caminar en los míos. No puedes comenzar a comprender por qué hago lo que hago, o por qué soy de la manera que soy.

—No quiero que camines en mis zapatos, Sophie, ni quiero caminar en los tuyos. Quiero que camines a mi lado, así como yo haré lo mismo.

Tal momento es interrumpido por su celular. Me acomodo en el asiento, sosteniendo mi codo en la repisa de control de la ventana y tratando de no prestar atención a su plática. Pero puedo oír la voz femenina del otro lado.

—Estoy al tanto. Estaré allí en breve —culmina la llamada y coloca el teléfono dentro del bolsillo de su traje.

—Discúlpame. Es trabajo —dice y luego me da una pequeña sonrisa—. ¿Estas nerviosa porque subirás al Princesa de Gales hoy? —pregunta.

—Ah, ¿eso? No. ni un poco.

—Siempre tan invencible.

Pongo mis piernas sobre su regazo.

—¿A qué hora debó estar lista?

No responde. Reconoce la presencia de mis piernas y cepilla mis

tobillos descubiertos con letárgicas caricias.

—Oliver, ¿hola? ¿Me estas escuchando?

—Una cosa a la vez —dice, jugando con mis rodillas—. Estaba distraído por este par de piernas que parecen no tener fin.

—¿Distraído?

—Sí, distraído.

—No, no. El que tú me mires con tal intensidad, como si yo fuera la única cosa en el mundo y todo lo que quieres es hacerme tuya... *eso* es distracción.

—¿Todo eso piensas por la forma en que te miro?

—Por favor, dime dónde mi imaginación se desvió de la realidad.

Se ríe, mordiéndose el labio inferior.

—Si quiero hacerte mía, Sophie, de manera que haga que los vecinos se quejen.

—Óliver, tranquilo. Es la mitad del día.

CATORCE

CONFUSIÓN. PANICO. SHOCK. Preocupación. Eso es lo que por mi cabeza mientras camino abro la puerta de mi apartamento.

Jess se mueve a lo largo de la sala de estar como si fuera un halcón tras una garza. En este escenario, yo soy a garza.

—¡Gracias a Dios que estás bien! —grita abrazándome—. ¡Cristo, Sophie! ¿Dónde estabas? ¿Por qué no me habías llamado? ¿Has perdido la razón completamente?

Antes de responder, miro alrededor de la sala de estar. El jarrón de flores donde mis rosas habían estado —la exquisita muestra de afecto de Óliver— está destrozado por todo el suelo. Las rosas yacen muertas. Hay vidrio por todos lados. No solo eso, la mesa del comedor está volcada, al igual que las sillas. Pequeños objetos han sido derrumbados de la mesa de café. Hay al menos cuatro personas revisando cuidadosamente el desastre, mientras otras dos personas lo limpian.

—¿Qué pasó aquí? —la cara de Óliver se nubla.

—Este es el Detective Hamilton —Jess señala al hombre junto a ella—. Él está con el FBI. Está a cargo de tu investigación —ella voltea hacia mí.

—¿Tú lo llamaste? —pregunta Óliver.

—Sí, yo lo llamé. No dormí aquí anoche —comienza a explicar—. Cuando llegué a casa hoy, vi que el lugar estaba completamente destrozado. La cartera de Sophie estaba aquí, su celular estaba aquí... sus cosas estaban aquí... todo estaba aquí, ¡excepto ella! ¡No sabía que pensar!

—Tranquila, Jess. Estoy aquí ahora —trato de sonar serena. *«Esto es increíble»* pienso mientras veo los muebles desarreglados.

—¿Qué falta?

—¿Qué quiere decir? —duda el detective Hamilton.

—Si, es obvio que alguien forzó la entrada. ¿Qué se llevaron?

Jess y el detective se miran el uno al otro como si hubiera algo más hirviendo bajo la superficie.

—Detective, diga la verdad de una vez —exige Óliver.

Angustia cubre la expresión del policía bigotudo.

—La verdad es que esto no fue un robo, señorita Cavall.

De forma natural, volteo hacia Óliver en busca de respuestas. Cuando no las obtengo, pregunto:

—Bueno, y entonces… ¿qué fue?

—Mire a su alrededor —indica con una mano—. Alguien entró por las puertas del balcón. Ésta es una fuerte advertencia. Alguien está molesto. Sólo han pasado un par de horas y estamos aun trabajando en reunir los hechos, pero todo luce como si alguien estuviera tratando de enviarle un mensaje.

—¿Enviarme un mensaje? —rio porque él tiene que estar bromeando—. ¿A qué se refiere con mensaje?

Su frente se arruga

—Por favor venga conmigo. Me gustaría mostrarle algo.

Caminamos a lo largo de la sala y él abre la puerta de mi habitación. Lo que encuentro allí es perturbador. Hay una muñeca con un vestido lila sentada en mi cama, saludando con su mano, un ramo de flores en la otra, y una corona brillosa sobre su cabeza rubia. Un cuchillo corta justo a través del pecho de la muñeca.

Mensaje recibido.

***

—¡SR. BLACK! ¿PUEDO tomar una foto de ustedes dos?

Óliver asiente al fotógrafo. Estamos parados en el muelle del barco dirigidos hacia la fiesta de Cassie. El estrecho camino que lleva al yate está cubierto enteramente por una alfombra roja y encantadores arreglos de flores frescas. Mi cabello está engominado hacia atrás en una ondulada cola de caballo, llevo un reluciente vestido color rosa con abertura trasera y sandalias de tacón.

Invitados en vestidos y trajes lujosos se congregan bajo las tiendas de pérgola blancas y otros se trasladan hacia el yate espléndidamente esculpido. Enormes estrellas blancas —iluminadas tenuemente desde adentro— ingeniosamente flotan justo sobre la multitud, creando un ambiente elegante.

Óliver me ha dicho “deja de estar inquieta” como unas mil veces, y por la milésima vez, no lo escucho.

—Sonríe —me murmura al oído—. Estamos celebrando.

«¿Celebrando qué? ¿Mi sentencia de muerte?»

Exhibo una sonrisa para mi guapo acompañante. Pero por dentro, estoy gritando como una adolescente rebelde y mi estómago podría explotar en cualquier momento. Nunca me ha gustado el océano… o los barcos, o cualquier cosa que se mueva sobre el agua. Y ahora, aquí estoy a punto de subirme a uno.

—*Tú* estás celebrando —lo corrijo, viendo en dirección del océano atlántico—. Yo soy simplemente una invitada.

—Eres más que eso para mí, Sophie. Mucho más. Celebremos, porque estás a punto de abordar el Princesa de Gales conmigo.

«Yupi. Divertido. Celebraré como un judío celebra la navidad.»

—Seguro… sí —asiento con la cabeza, mis brazos cruzados. No estoy segura de por qué tú no estás preocupado acerca por lo que pasó en mi apartamento. Óliver, sabe donde vivo. Ya no es una broma.

—Escúchame —y lo hago. Tan pronto como su encantadora, estruendosa voz atrapa mi oído, él me tiene completamente—. Permítete disfrutar la noche. Estás a salvo conmigo. Lo prometo. Nada te sucederá.

—Pero… aun, es decir—

—¿Confías en mí?

—Sí, confío en que lo que estás diciendo es verdad.

—Bien.

Nuestros ojos se encuentran con un silencio tremendo. Me sujeta hacia él hasta que estamos casi engranados uno en el otro, y por un segundo, dejo de preocuparme.

—¿Piensas que a mi hermana le gustará su regalo? —pregunta—. Casi siempre tengo a alguien que se encargue de sus necesidades más recientes.

—*Esto*… —levanto una pequeña caja cuadrada con un lazo dorado para que él lo vea—, no es una necesidad. *Esto* es más como un placer costoso. Estoy segura de que va a encantarle.

Óliver y yo somos distraídos por la alegre voz de Cassie. Camina hacia nosotros con pisadas entusiastas y nos saluda con un beso y un abrazo.

—¡Hola, Sophie! ¡Me alegra verte de nuevo! Estoy feliz de que decidieras unirte a la fiesta.

—¿De nuevo? —Óliver pregunta desorientado—. ¿Ustedes dos se conocen?

Ninguna de nosotras responde. Quizá porque nos gusta saber algo que Óliver no sabe.

Cassie coloca hacia atrás su ondulado cabello rubio. Luce seductora en su vestido de cóctel blanco sin tirantes.

—Feliz cumpleaños, Cassie —digo—. Luces adorable.

—Gracias. Tú no luces tan terrible tampoco.

Óliver le desea feliz cumpleaños y le entrega su regalo. Una sonrisa brillante barre el rostro de Cassie.

—¡Ay, no! Esto es impresionante. No tenías que hacer esto. ¡Muchas gracias, hermanito! —desata el lazo y cuidadosamente desenvuelve el papel brillante para revelar una lujosa caja de terciopelo negro.

Abre la caja y sus ojos se agrandan al mirar dentro.

—¡No te creo! ¡Son hermosos!

Cassie le agradece a Óliver por su regalo. Rápidamente, se deshace de las joyas que lleva puestas y coloca en sus lóbulos un par

de aretes de diamantes color rosa.

Dos fotógrafos velozmente dirigen sus cámaras hacia nosotros. Óliver —parado en el medio— sostiene la cintura de su hermana y la mía. Esta es mi primera aparición pública con Oliver en un evento, al menos frente a los tabloides. Ya no somos un secreto.

—¿Entonces, veinte, eh? —froto mi brazo mientras hormigueos de ansiedad se disparan a través de mi—. ¿Qué tal te va con eso?

Cassie se burla.

—¡Aburrido! En verdad no veo la diferencia entre si son diecinueve o veinte. No tengo ningún tipo de privilegios como los que tendría al cumplir veintiuno. No puedo oficialmente salir y ordenar un Martini.

—Pero ya no eres una adolescente —dice Óliver—.

—Si, ni adolescente, ni mayor de edad. Es como si estuviera en el limbo.

—Cuando yo era de tu edad el alcalde me dio la llave de la ciudad.

Ella lo mira con una expresión bromista.

—Ay, hermanito. Cuando tu tenías mi edad, ya actuabas como si tuvieras cuarenta —suelto una risa—. O sea, conozco personas que en sus veintes ya tienen empleos, se casan, tienen bebés. Yo *no* estoy planeando hacer eso a corto plazo. Apenas acabo de entrar a la Universidad de Colombia y, como yo lo veo, aún tengo diecinueve más un día más.

—Tienes razón —le digo con una sonrisa—. Da miedo. Lo entiendo.

—Sabes una cosa, Cassie... —cuando Óliver quiere probar su punto, puede ponerse muy serio y habla más lento para dar más énfasis—. Cumplir veinte en Japón es un rito de transición. Las celebraciones se realizan a nivel nacional. Es muy importante porque representa el comienzo de la adultez.

—Gracias por la perspectiva, Óliver —Cassie no retiene su sarcasmo—. Pensaré acerca de eso —dice acomodando su cabello atrás—. ¿Qué hay de ti, Sophie? ¿Alguna lección de vida que hayas aprendido hasta ahora?

Me rio sólo de pensarlo. Me encojo de hombros y digo:

—El metabolismo se vuelve lento.

—¡Ay, no! Esa si que es una lección —dice Cassie. Entonces, un ajetreo de felicidad inunda su rostro mientras juguetea con sus nuevos aretes—. Oigan, ¿qué estamos haciendo aquí afuera? ¡Vamos, todos están en el barco!

—Estaremos allí en un minuto —dice Óliver.

—No se tarden. Mamá quiere conocer a Sophie —voltea a verme —. Sabes algo, la última vez que Óliver le presentó una chica a mi

madre...

—Cassidy —Óliver la reprende.

Cassie no dice nada; simplemente parpadea una mirada de agobio.

—Vamos, Sophie —ella toma mi brazo y me guía en dirección del lujoso crucero. Puedo sentirlo, me voy a enfermar. Óliver permanece detrás mientras es interceptado por un grupo de invitados besando su mejilla.

Estoy pasmada por el yate... no por su volumen o elegante apariencia, pero porque estoy a bordo de él. Pasamos la cavernosa cubierta principal y nos instalamos en el interior de una galería de arte. El área para sentarse —equipada con los más sublimes, exóticos muebles y materiales— es donde los invitados que llegan son recibidos con champaña.

Cassie pone sus manos sobre sus caderas y echa un vistazo buscando a su procreadora.

—Puede que mi madre esté en las etapas tempranas del Alzheimer —dice bromeando—. En serio, le dije que regresaría aquí para presentarte. Debe estar por aquí en algún lado...

Al no encontrarla, toma de nuevo mi mano y me lleva arriba de la escalera de mármol. En la cubierta superior, la gente está socializando al lado de la piscina con refrescos en sus manos y aperitivos medio masticados dando vueltas en sus bocas. La gente se nos acerca y le desean a Cassie un muy feliz cumpleaños; algunos me saludan a mí, pero ella está más interesada en presentarme a su madre.

Un mesonero con guantes blancos nos ofrece a Cassie y a mí algunos cocteles, elevando un poco su bandeja de plata. Le arrebato de su bandeja uno de inmediato sin planificación o ponderación de ninguna clase.

—¿Estás nerviosa, Sophie? —pregunta Cassie.

Estoy horrorizada. Los barcos no son lo mío.

—No. Estoy bien.

Sus nuevos y deslumbrantes aretes rosados reflejan el resplandor del atardecer.

—Bueno, mi madre es muy agradable. No deberías preocuparte por ella.

Mi boca se curva hacia arriba. Esta condición que se está manifestando dentro de mi no es de ninguna manera por su madre.

Echo una mirada y veo a un Óliver buenísimo en el bar agarrando dos copas de champaña y dándole uno a un hombre a su lado. Como siempre, es bastante encantador. Está envuelto en lino de color marrón topo y zapatos de vestir vino tinto. Su traje está abierto, dejando ver debajo su camisa blanca.

—¡Finalmente! ¡Victoria! —grita Cassie—. No podía encontrarte

por ningún lado. Esta es Sophie Cavall —me señala—. Ya sabes... la amiga de Óliver.

«Aquí vamos de nuevo con el asunto de la "amiga".»

—Imposible —dice Victoria simplemente—. Óliver no es uno de los que tiene amistades femeninas. Ahora que lo pienso, Óliver no es uno de los que tiene amistades punto.

—Creo que es obvio para todos, madre. Si Óliver y Sophie son solo amigos, entonces tú y yo somos delfines que hablan.

—Debes ser una gran mujer para hacer que nuestro Óliver siente cabeza.

—Gracias, Sra. Black —le tiendo la mano—. Es un placer conocerla.

—Igualmente, querida.

—Óliver es testarudo como una mula —añade Cassie.

—Si —dice Victoria—. Pero ya llegará el momento cuando la mujer indicada lo obligue a admitir que él no es tan duro como aparenta ser, ni tan invulnerable al apego emocional.

Victoria parece una mujer inteligente. Mi visión comienza a hacerse borrosa y mis piernas se mueven como gelatina. Cassie y su madre preguntan si me estoy sintiendo bien. Les digo que sí, pero la realidad es que no debí haber venido aquí. Un sudor frío está escapando por todo mi cuerpo y mi corazón palpita con fuerza. Mi cuerpo es una pesadilla.

—Tranquila, Sophie. Tranquila —Óliver se abalanza y me toma en sus brazos—. Estoy aquí.

La cabeza me da vueltas, gira y gira...

—¿Sophie? ¡Sophia! —la voz de Óliver parece atenuarse, pero entonces lo oigo de nuevo—. ¡Alguien llame a un doctor!

***

CUANDO DESPIERTO, ESTOY descansando en una cama grande como si fuera una ofrenda sagrada sobre un altar. Un ligero dolor palpita en mi cabeza. Muevo mis ojos, buscando enfocar pero estoy demasiado desorientada. Continúo tratando hasta que gradualmente las imágenes comienzan a solidificarse alrededor de mí. Entiendo que estamos todavía en el yate mientras al mirar por la ventana y ver el supremo azul verdoso del océano. Me doy cuenta que mi cabeza no es la que esta en movimiento, sino el barco. Ya no estamos en el muelle.

Óliver se sienta junto a mi cuerpo tumbado y un doctor está poniendo su equipo médico dentro de su maletín. Me empujo con mis codos para sentarme, pero Óliver me persuade a regresar la cabeza a la almohada y me ordena descansar.

—¿Llamaste a un doctor? —es la primera cosa que sale de mi

boca.

—Estabas temblando, cerraste los ojos y colapsaste en mis brazos. ¿Qué habría tenido que hacer diferente? —su respuesta es solemne e instantánea.

El doctor interrumpe el sermón.

—Te desmayaste como resultado de una alta presión arterial —ahueca sus manos contra su abdomen.

—Nada nuevo —digo.

—¿Por qué dices eso?

—Mi madre tenía alta presión, diabetes tipo dos y probablemente un montón de otras enfermedades.

—¿Te has hecho pruebas para eso?

Me avergüenzo.

—No.

—Deberías venir a mi consultorio. Te hare las pruebas apropiadas y te dejare saber a dónde ir a partir de allí. Según lo que puedo ver, no parece algo serio.

Asiento con la cabeza.

—Si sientes que tu corazón empieza a latir más fuerte y tu cabeza se vuelve un poco mareada, respira profundo. Aléjate de la situación estresante que este causando una elevada presión sanguínea. Deberías estar bien.

—Gracias —digo—. Eso hare.

Óliver tiene una rápida charla con el doctor. Lo escucho asegurarle que le haré una visita para un examen. Entonces el doctor deja la habitación y miro a Óliver, que parece como si estuviera rindiendo respeto en un funeral.

—¿Qué pasa contigo? —le pregunto.

—Te voy a llevar a casa.

—¿Por qué? Me estoy sintiendo mejor —me doy golpecitos en las mejillas para animarme—. Probablemente ya arruiné mi oportunidad de una buena impresión con tu madre y no quiero eso.

—No es mi madre.

—¿No es? Discúlpame. Lo siento. Realmente lo siento. Cassie dijo que ella era su madre por lo que yo solo lo asumí. No sabía. Lo siento.

—-Acabas de decir “lo siento” tres veces. Estás balbuceando de nuevo, Sophie. No estoy enojado. Victoria es solo mi madrastra.

—¿Y tu madre biológica?

Las palabras salen de mi como si no tengo control sobre mi boca y estoy vomitando los contenidos de mi cabeza.

—Mi madre murió un par de semanas después de dar a luz a Cassie. Negligencia médica. Victoria, mi madrastra, fue la enfermera que la asistió. Mi padre se casó con ella algún tiempo después de que murió mi madre.

—Óliver, lo siento mucho. Estoy segura que ella estaría muy orgullosa de Cassie. Es una chica muy dulce.

—He mantenido a Cassie casi como su padre, dándole lo que creo que necesita.

Se levanta, camina al otro lado de la habitación, rescata algo de un armario y entonces me lo da. Una fotografía de una mujer distinguida y un niño con cabello extremadamente lindo está contenida en un marco dorado.

—Nombré este barco, Princesa de Gales, por mi madre, Diana.

—Es hermosa, Óliver —evalúo la fotografía y no puedo contener algunas risitas—. ¿Eres tú en la foto?

—Sí.

—Eres terriblemente precioso y tierno —coloco el marco en la mesa de noche donde debería estar… no acaparando polvo en algún armario—. ¿Cómo era tu madre?

—Tenía una forma de hablar que te envolvía.

—Ahora sé a quién te pareces.

Sonríe.

—Y todos la querían. Si la hubieras conocido, automáticamente la hubieras querido. Fue una madre excepcional, llena de cariño y compasión. Gracias a mi madre soy quien soy, y sin ella, no hubiera podido salir adelante. Tiene todo mi amor y respeto.

Mi corazón se va derritiendo a medida que las palabras dejan su boca. La recuerda con profunda admiración. Es una gran pesar para mi, saber que nunca tendré la dicha de conocer a esta gran mujer que le dio vida a este gran hombre.

—Ya siento que la quiero… —sonrío, colocando una mano al lado de su cara, deslizándola hasta su cabello, y mirando dentro de la profundidad azul de su mirada.— Gracias por compartirlo conmigo.

—De nada. ¿Qué tal tu?

—¿Qué tal yo?

—No hablas de tus padres.

—Sí, bueno, respecto a eso… —suspiro—, no hay nada que decir realmente. Está mi papá, a quien nunca he conocido —hago una pausa juntando las palabras—, creo que está en prisión por una cosa de delito sexual. Podría estar libre ya, no lo sé. Mi mamá dijo que yo estaba mejor sin él.

Puedo notar que Óliver no sabe exactamente cómo reaccionar.

—¿Y tu madre?

—También encarcelada.

—¿Tu madre también está en prisión?

—Estaba. Murió hace tiempo.

—Siento mucho escuchar eso.

—No lo hagas. Esas cosas pasan. Ahora sólo somos mi tía, su

familia y yo.

—¿No estas olvidando a alguien? — dice con una voz teñida de humor—. Yo, claro.

—No hace falta decirlo —me inclino y lo beso, largo y lento.

Cassie y Victoria llaman a la puerta dos veces, se cuelan en la habitación y preguntan al unísono si me siento mejor. Victoria es impresionante. Una melena de cabello oscuro se derrama voluptuosamente hasta justo por debajo de sus omóplatos y contrasta contra sus pequeños, ojos verde-mar, haciéndolos parecer tan brillantes, incluso en la habitación poco iluminada. Su vestido naranja ajustado es cautivador, halagando su corta edad. Me atrevería a decir que está en sus cuarenta y tantos años.

—¿Te gustaría salir a la cubierta? —pregunta Victoria—. El sol está por ponerse. Está adorable sobre el agua.

—Hay pastel, vino, champaña, y casi cualquier cosa que pueda provocarte —un destello de humor cruza el rostro de Cassie.

—¿Pastel? —la mejor manera de hacer que mis oídos estallen es escuchar pastel, tarta, galleta, helado, hojaldre o cualquiera de esos productos—. Me gusta el pastel.

—¡Genial! —Cassie celebra—. Entonces definitivamente querrás probar el de menta con rellenos de fresa.

—¿Nos dejan un minuto? —dice Óliver sobre su hombro, dando la espalda a Cassie y Victoria. Ellas se miran la una a la otra comprendiendo y salen de la habitación.

¿Escuchaste? Hay pastel —digo emocionada—. Tengo que comer pastel —sus labios se afinan en una sonrisa—. Pero primero, quiero que quites esa expresión de tu cara.

—Por favor, perdóname.

—¿Perdonarte? No seas tonto. ¿Por qué?

—Por traerte aquí. Sabía que odiabas los barcos y aún así, actué egoístamente y me disculpo si…

Pongo mi dedo sobre sus labios.

—Shh, ya callate. No es tu culpa. Las cosas pasan. Está bien.

—Te llevaré a casa, Sophie. Te puedo asegurar que esto no pasará de nuevo.

—Ay, en serio. Deja ya de hablar. Me encanta estar aquí contigo. No habría hecho esto por nadie más que tú —descargo besos juguetones por toda su boca, barbilla y mejillas—. Y ya no quiero oír otra palabra acerca de esto, Oliver Black.

QUINCE

—SOPHIE, ESTE ES Luke —Óliver me presenta a un rubio de cabeza rapada—. Un gran conocido mío.

—¿Conocido? ¿Tienes 80 años o qué? —esta persona Luke dice con una ceja levantada. Firmemente Luke coloca su mano sobre el hombro de Óliver—. Encantado de conocerte, Sophie. He oído hablar mucho sobre ti.

—¿En serio? —mi corazón salta ante la idea de Óliver conversando con alguien acerca de mí, pero cuando Luke serenamente responde: "¡Oh, si! Todo el tiempo en la televisión" mi corazón solo puede lloriquear como un perrito regañado y gatear de regreso a su hábitat.

—Encantada de conocerte, también.

—Tengo que admitir que nos hemos conocido antes —Luke desliza sus manos dentro de sus bolsillos. Su sonrisa es enigmática—. Fue hace tiempo atrás, mientras estaba sentado en el asiento trasero de mi carro en la esquina de Houston y Lafayette. Miré hacia arriba y allí estabas, presentada en un cartel para Gucci.

Sonrío y luego Óliver coloca su brazo brusco alrededor de mí cintura. Una vez ahí, me aprieta y me acerca más a él.

—Interesante historia.

¿Manteniéndola toda para ti, Black? —Luke pregunta, sobreponiendo sus brazos contra su amplio pecho.

—Me pregunto qué te hace creer que ella no es toda mía.

Dejo salir un repique de carcajada nerviosa. Él nunca ha dicho tal cosa públicamente. Lo miro como si él tuviera las respuestas a los misterios del universo.

—Escuche sobre el encuentro con Gordon —dice Luke después de tomar un trago de su copa de champaña—. Montón de hipócritas, te digo.

—Aquí no —Óliver lo regaña—. Hablamos de algo más o no hablamos nada.

Luke le da un sí con la cabeza pero insiste.

—Mira, no tuve nada que ver con eso. Solo fue negocios, hombre.

Óliver agarra una copa de champaña de la bandeja de un mesonero.

—Disfruta la fiesta. Discúlpanos.

***

EL AGUA REFLEJA la explosión de rosado y anaranjado del cielo. Me apiño debajo de un generoso techo y me inclino contra el pasamanos al lado de la cubierta. El aire es frío y hostil. Acurruco mis brazos sobre mi pecho, tratando de obtener algo de calor.

Giro mi cabeza para ver sobre mi hombro. Óliver traza sus dedos a lo largo de mis brazos. Mueve mi cola de caballo a un lado, inhala mi perfume, y entonces besa la nuca de mi cuello. Dejo caer mi cabeza atrás, sobre su pecho, mientras sus manos encuentran las mías.

Permanecemos así, fuera de la vista, por algún tiempo.

—Sr. Black —un trabajador del barco viene hacia nosotros—. Su hermana desea que se unan a la fiesta en la cubierta principal.

—Gracias. Dile a mi hermana que no nos tardaremos.

Suelta mis manos.

—Espera un segundo —le digo—. No me sueltes todavía.

—Sophie —sonríe—, no planeo dejarte ir.

Aquellos hermosos ojos azules brillan como un cielo estrellado. Son casi del color del océano fotografiado desde el espacio. Solía decirme a mí misma que tenía una fascinación impresionante por ese color. Ahora, creo que es la expresión en sus ojos lo que es más cautivante. La forma en que me mira... ser querida de esta manera... ser tan importante el uno para el otro. Me pregunto cómo esto puede pasar tan fácilmente en una población mundial de siete billones de personas.

—Entonces, cuéntame de Luke —le digo a Óliver.

—Es un amigo.

—¿Un amigo?

Me sonríe taimadamente.

—¿Estás insinuando que no tengo amigos?

—No... desde luego que no.

Probablemente tienes millones. Es solo que nunca había conocido un amigo tuyo antes.

—Conozco a muchas personas, pero no tengo muchos amigos. No los ando buscando. Busco conexiones.

—¿Como conexiones profesionales?

—Como gente que agregará más vida a mi vida.

Mi estómago se agita con la idea.

—Me gusta. Eso es en realidad...suena bien.

—Conocidos irrelevantes consumen mi tiempo. Tengo más enemigos que amigos. Luke es un colega de trabajo. Lleva el negocio de la energía para la compañía. Además, ¿quién necesita amigos cuando te tengo a ti?

Se siente enormemente bien tener alguien a quien le importes.

—Tal vez no siempre este ahí junto a ti.

Se ríe.

—Allí vas de nuevo. Eres una fatalista.

—Y tú eres un optimista.

Damos un paseo de vuelta a donde la sociedad está congregada en la cubierta. Fuegos artificiales con magníficos colores comienzan a ser dispararos hacia el cielo. Con toda tranquilidad caen después de su maravilloso despliegue. Son deslumbrantes y espectaculares. Me pongo a pensar en la música alegre que acompaña a los fuegos artificiales y en la mente maestra que descubrió como volar el cielo tan maravillosamente. Lo siguiente que sé, Oliver está tomando codiciosamente propiedad de mi cintura, rompiendo mi ensueño.

—La gente está mirando —le digo, más como una reprensión que como una observación directa—, y algunos están susurrando.

—Déjalos.

—Compórtate. Aquí no, Óliver.

Asimilo mi entorno y siento perderme de nuevo en el final de los fuegos artificiales.

Oliver de pronto anuncia que va a ir por mi abrigo como si fuera una niña en constante necesidad de tierno amor y cuidado. Se aparta de mi para buscar mi abrigo y Cassie se me acerca sigilosamente.

—¿Éstas divirtiéndote?

—Desde luego que sí. Está es una gran fiesta. Gracias por invitarme.

—¡De nada! —dice y toma un trago de su coctel de color azul—. Gracias a ti por venir —sus palabras se enredan un poco. Puedo darme cuenta que ya tuvo un par de esas bebidas azules. Inclina su rubia cabeza hacia atrás y se deja llevar por la música hip hop.

—Óliver te quiere muchísimo —le digo—. Eres afortunada de tenerlo en tu vida.

—Sí. Es el mejor hermano que una chica pueda tener. Es un hombre medio extraño, pero lo amo con todo mi corazón. ¿Y qué hay de ti?

—¿Qué hay de mí?

Sus eléctricos ojos azules brillan

—¿Tú lo amas?

—Lo siento, ¿qué? —pregunto mientras trato de pensar una buena respuesta.

Lo repite, lentamente:

—¿Amas a mi hermano?

—Oh, Cassie, yo no... —*«se qué decir»*—, es decir, yo... imagino que... nosotros... es complicado.

—Lo siento. Obviamente está bien si no lo amas. Me pasé de la raya. No quería hacerte sentir incómoda.

—No te disculpes, es solo que... —se siente como si un

hipopótamo estuviera sentándose sobre mi pecho, dificultándome la respiración—. Nos conocemos desde hace muy poco tiempo.

—Está bien, lo juro —pone su mano sobre mi brazo, pero siento desaprobación en su contacto. Me dice que mejor regresará con sus amigos y su sonrisa se desvanece. Sé que la disgusté—. Solo... por favor, no lo lastimes.

—No, desde luego no, Cassie. ¿Por qué lo haría?

—Le cuesta trabajo confiar en la gente, pero una vez que lo hace, pondrá una fe ciega en ti —dice, luego desaparece entre una multitud de chicas animadas.

Una camarera de repente se me acerca.

—¿Sophie Cavall? —dice atribulada—.

—¿Si?

Me entrega un sobre grande y cuando lo tomo en mis manos, lo siento frío y quebradizo como si viniera de un árbol del cementerio. Entonces, sólo puedo preguntar:

—¿De quién es esto?

—Lo siento —sacude la cabeza, encogiendo sus hombros—. No se nada.

Huye de inmediato. El sobre lleva mi nombre en letra clara. Con mis manos temblando por el frio, o el misterio, o ambas cosas, lo abro cuidadosamente. Dentro están varias fotografías.

«¿Que demonios es esto?»

Grito en mi interior. Temerosa, incapaz de respirar, me doy cuenta que estas son fotos mías, fotos de mí a lo largo de muchos años, fotos de mí que alguien tomó específicamente para lograr un propósito. Para amenazarme, para atormentarme, para advertirme. Para hacerme entender que esta persona ha estado vigilándome durante mucho, mucho tiempo.

Hago como que si no acabara de ver estas fotos y sonrío a alguien que pasa por un lado mío. Miro a mi alrededor, buscando entre las caras desconocidas, gente a quien le hablé, gente a quien saludé. *«¿Quién tomó estas fotos? ¿Quién es esta persona?»* Todo lo que sé es que está aquí, siguiéndome como la persona enferma y demente que es. Y sólo puedo preguntarme que va a pasar a continuación.

Luke se me aproxima con un aire de preocupación.

—Sophie, ¿estás bien? ¿Qué sucede? ¿Quieres un poco de agua?

—¿Dónde está Óliver? —jadeo—.

—No tengo idea. No lo he visto por un rato. ¿Quieres que vaya a buscarlo?

—No, gracias. Iré yo.

Cruzo por la fiesta a toda velocidad, buscando a Óliver en cada rostro. Lo busco desesperadamente, virando de derecha a izquierda como serpentina. Le pregunto a las personas si saben dónde está, pero

me dicen que nadie lo ha visto. Estoy perdiendo la cordura. En esos minutos de incertidumbre y confusión, me consume un miedo tan irracional que ya no me lo puedo tragar. Ya no lo puedo ignorar.

Bajo acelerada por la escalera de la cubierta superior. Giro la cabeza hacia todos lados en desconfianza hasta que llego a la cocina. Pasado el comedor, diviso la espalda de un hombre. Conozco esa espalda mejor que la mía. Cuando me acerco más y llego a dar con la cara de Oliver, se está riendo y pasando un buen rato con una chica en el bar. Sólo ellos dos.

Mi corazón se acelera y su golpeteo atiborra mis oídos.

—Sophie, ahí estás —dice tan casualmente. Ninguno de ellos se levanta de la espalda del sofá—. Te busqué en la cubierta superior.

No creo que jamás haya tenido tantas emociones dañinas pasando por mi cuerpo al mismo tiempo. Mis ojos están puestos en la chica empequeñecida frente a mí mientras Óliver despliega mi abrigo sobre mis hombros. ¿De qué sirve que lo haga ahora?

—Déjame presentarte a alguien —dice él, de pie y tocando a la chica en el codo—. Ella es Sarah. Amiga de mi hermana.

Esta persona Sarah tiene una cierta mirada desconcertante en su rostro, como si hubiera estado esperando mi llegada. No quiero ni imaginarme la demostración de abatimiento en mi propia cara.

Hay algo acerca de ella. Algo que no puedo descifrar. Cosméticos decoran sus ojos azules y un rojo vibrante pinta sus labios. Su largo pelo dorado cae justo debajo de su pecho como un velo. Por definición, un velo esconde algo.

—¿Te conozco? —digo.

Su risa astuta me despierta sospechas.

—No. No nos habíamos conocido.

—Tu cara... me es—

—¿Te es?

—Familiar.

—Como dije, no nos habíamos conocido. Me debes tener confundida con alguien más —besa la mejilla de Óliver, su mano deteniéndose en su cuello—. Fue agradable hablar contigo, Óliver. Te veré por ahí.

Puedo sentir mis venas palpitando en mi cuello y mis mejillas hirviendo. La chica se desaparece. Me recuerdo a mí misma que soy una adulta —o, al menos, debería comportarme como una—, que ya tengo suficiente de qué preocuparme para dejar que mi cabeza se convierta en mi enemiga, pero por dentro me siento como una niña a punto de hacer pucheros.

Mi cabeza se queda abajo mientras juego con mis uñas.

—Así que... ¿qué estaban haciendo ustedes dos aquí? —pregunto lo más pacíficamente que puedo. Se siente como si no existiera nada

más allá de lo que estoy sintiendo. Estoy al borde de la angustia.

—Vine aquí a buscar una botella de Dom Pérignon. Y ella llego preguntando dónde estaba el tocador.

—Ah, ya veo. ¿Y encontró el tocador, estando aquí contigo?

—¿De qué se trata todo esto? ¿No estás molesta conmigo, o si?

Quiero gritar y permitirme realmente sentir mis emociones. Cierro los ojos por un segundo, luego de inhalar y exhalar, poco a poco los abro.

—No, Óliver. No estoy molesta —le digo en voz baja mientras me acerco a él.

Luce como aliviado.

—¿En serio?

—¿Por qué estás tan sorprendido? ¿Debería estar molesta?

—No, desde luego que no. No tienes ninguna para eso.

—Qué bueno.

—Y tampoco tienes ninguna razón para estar celosa.

Dejo salir una risa socarrona y fijo la mirada en otro lugar, pero luego Óliver lentamente mueve mi barbilla para que lo mire.

—Ninguna razón en lo absoluto —dice—.

Se acerca a envolver sus brazos alrededor de mi y yo trato de escabullirme.

—No estoy celosa —digo. Él es más fuerte que yo así que me abstengo de retorcerme—. Te estaba buscando porque algo pasó —golpeo el sobre en su pecho—. O va a pasar.

Su cuerpo se pone rígido y su rostro se llena de una oscuridad repentina.

—Qué es esto?

—Ábrelo y lo sabrás.

Lo hace de forma rápida y por el aspecto de su rostro, le lleva menos de un segundo entender. Escaneo el bar con la idea de alguien observándonos. Estoy comenzando a delirar.

—Estás en un par de ellas también —informo—.

—Sophie, te hice una pregunta. ¿Qué es esto? —se le escucha un angustia en su voz.

—¿Pues, qué te parece que es?

Sostiene las fotografías en el aire.

—¿Quién las tomó? ¿Quién te dio este sobre? ¡Dímelo!

Hasta este momento, nunca lo había oído alzar la voz.

—¡Tranquilízate, Óliver! Vas a llamar la atención. No sé, alguien me lo dio.

—Te lo preguntaré otra vez. ¿*Quién* te dio esto?

—¡He dicho que no lo sé, con un demonio! —grito—. Una camarera llego conmigo y me dio el sobre. Eso es todo lo que sé. Mira, no quiero hacer esto aquí. Es la fiesta de cumpleaños de tu hermana,

así que por favor... finalicemos esto bien, ¿ok? Iré a casa. Llamaré a la policía. Lo resolveré. Lo prometo. Sólo no hagas un escandalo. No aquí, enfrente de todas estas personas.

Se mofa de la idea.

—¿Tú crees que me importan estas personas? —toma su teléfono celular del interior de su chaqueta—. Me conoces poco, Sophia. Puedo enviar este barco de vuelta al puerto sin siquiera pensarlo dos veces.

—¿Qué? ¡No! Espera un minuto ¡*Sí* te debe de importar! —me imagino a Cassie negociando con su hermano autoritario—. Déjame recordarte que es tu hermana, sus amigas y tu familia de quienes estamos hablando. No puedes sólo arruinarles la noche a todos. ¡No les puedes hacer esto!

Su rostro está endurecido de furia.

—Qué pena tener que estar en desacuerdo. Tengo fotos en mi mano que dicen que hay más gente en este barco de las que debería haber. ¿Sabes lo que hago con los intrusos? —si no estaba temblando antes, ahora lo estoy—. Me encargo de ellos.

—Ay, gracias a Dios —suspiro un aliento de alivio—. Pensé que ibas a decir algo como “los liquido”.

—Sí, eso es lo que sucede cuando me encargo de ellos.

Me quedo allí completamente inmóvil y levemente traumatizada, parpadeando contra las luces del salón. Victoria repentinamente decide entrar al bar mientras Óliver está en el teléfono.

Estoy segura de que ella nota el color pálido de mi rostro.

—¿Está todo bien, Sophie? La gente está preguntando por ti y Óliver. ¿Qué están haciendo aquí abajo?

—Si, todo está bien —sonrío diplomáticamente—. Demoraremos sólo un minuto. Óliver está ateniendo una llamada relacionada con el trabajo.

—¿En sábado por la noche?

Me río nerviosamente, tratando de recuperar mi claridad mental.

—Ya lo conoces, siempre trabajando.

Victoria parece convencerse después de darle un ultimo vistazo a Oliver y se marcha.

—¿No crees que deberíamos dejar pasar esto por un momento? —le pregunto, mientras camina de lado a lado con pasos tensos—. Salgamos a la cubierta superior. No has estado con tu hermana o tus amigos —agarro sus hombros—. ¡Escúchame! No quiero llevarte por este camino conmigo, ni que te comportes así. Ya es suficiente con que tu familia piense que soy un problema para ti.

—Claramente. No entiendes..

—¡Sí, claramente! Hazme entender.

Me da un mirada imponente.

—Te aseguro, no me voy a quedar de brazos cruzados —vocifera,

fuera de sí—. ¿Puedes entender eso?

DIECISÉIS

SALIMOS DE LA fiesta a toda prisa, mucho más rápido de lo que yo realmente puedo correr en zapatos altos. Las ruedas de la limusina empiezan a girar en nuestra carrera por dejar el muelle atrás. Marcas de neumáticos de caucho derretido dejan el único rastro de nuestra presencia allí. Mi cuerpo se sacude de un lado a otro mientras Óliver permanece arraigado en su lugar como una roca dura de músculos; casi como si él fuera demasiado testarudo para dejarse vencer por cosas como la física. Está sentado a mi lado, enviando mensajes de texto en su celular, mientras que, del otro, está Reed, tan serio como siempre.

Óliver me sorprende rompiendo el silencio que ha prevalecido desde que salimos.

—¿Quieres estar conmigo, Sophie?

Es tan atípico de él hacerme una pregunta con tanta necesidad en la voz.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que quiero estar contigo.

—Entonces, ¿por qué luces miserable?

—¿Cómo que por qué? Hay algún hombre suelto que ha salido a cazarme. Creo que miserable está muy apropiado ahora.

—¿Qué quieres?

—¿A qué te refieres?

—¿Quieres que me siente aquí y escuche, o quieres que haga algo acerca de esto?

—*Por favor* haz algo acerca de esto —replico sin siquiera tratar de disimular la urgencia que siento, la urgencia crece dentro de mi.

—Buena respuesta —dice él—. Me ocuparé del que te ha estado amenazando. No me importa quién es. Voy a encontrarlo. Créelo, Sophie. Siempre ato cabos sueltos. Cualquier otra cosa es simplemente preocuparse en exceso. Así pues, dejémoslo ir por ahora.

Corrientes de pensamientos sentimentales fluyen desde múltiples, tal vez ocultas, direcciones. No es mucho lo que soy capaz de decir.

—Bueno, sí…

—¿Eso te hace sentir mejor?

—Sí…

—¿Tienes hambre?

—Sí —digo otra vez de la misma forma indispuesta. Extraigo la

banda que sostiene mi cola de caballo y arrastro mis manos sobre mi cabello hasta el cuello. Óliver alcanza mis pies, desata mis tacones y los deja caer en el asiento delante de nosotros.

—¿Qué quieres comer?

Miro arriba, pensando.

—Carne.

—Conozco el lugar ideal.

—¿Qué lugar?

—Se llama *Keens*. Las costillas supremas son exquisitas. ¿Tienes algo más en mente?

—Pues... estoy cansada. Me duelen los pies. No quiero ir realmente a un restaurante sofisticado. Tengo antojo de comida rápida.

—¿En serio? Nunca sé cuándo estás hablando en serio.

—Sí. Quiero comer una hamburguesa con queso y papas fritas y un refresco grande.

—Entonces, será comida rápida.

—Y, ¿podemos regresar a mi casa? Jess está muy asustada después de lo que pasó y Éric está trabajando hasta tarde. No quiero dejarla sola.

—Cualquier cosa que desees —dice, poniendo su mano alrededor de mi—.

***

—NO HABIA COMIDO esto en años —sumerjo una papa frita en un charco de salsa de tomate y la pongo en mi boca—.

—Me parece difícil de creer —dice Oliver, a punto de comerse un nugget de pollo. Estamos sentados en el piso de la sala de estar con la espalda contra el sofá, usando la mesa de café como una mesa de comedor—. No comes muy sano que digamos.

—No seas condescendiente conmigo, Sr. Soy-demasiado-bueno-para-comer-en-el-Chili's.

—¿Qué es un Chili's?

Lo miro con una expresión de perplejidad.

—Es una cadena de restaurantes. ¿Hablas en serio?

Su respuesta es darle un mordisco al nugget.

—Cuando era una niña, encontré una curita en mis papas fritas de McDonald's.

Baja su cuchillo y tenedor.

—¿Qué?

—*Usada.*

Hace una cara como diciendo que no hay necesidad de arruinar una cena con recuerdos desagradables.

—Y había estado comiendo las papas.

—Ya, basta —su voz es feroz con fastidio.

—Sabes, debí haber cocinado algo para los dos y listo. Esa es probablemente una de las pocas cosas que se hacer.

—Las cosas que sabes hacer son más que unas pocas, Sophie. Confía en mí. Nunca te he visto cocinar nada. ¿Qué sueles preparar?

—Mi repertorio está limitado a cinco diferentes platos —confieso sin sentirme avergonzada—, pero puedo asegurarte que todos los cinco son deliciosos.

—Tendré que ser el juez de eso.

—¿Cuál es tu comida favorita? —curioseo.

—El chocolate.

—Tu comida favorita es... ¿el chocolate?

—Sí. Oscuro, fuerte, con sabor a cacao. Hay un restaurante en Nueva York que ofrece un helado hecho con chocolate Porcelana... importado de un pequeño pueblo en Italia. Es el cenit absoluto del sabor. Anda en mil dólares... viene con todo y caviar y hojas de oro.

—¿Mil dólares por un helado? —estoy a punto de estallar en una carcajada—. ¿Qué?, acaso Sofía Vergara viene incluida?

—Es una obra maestra. Se sirve en un cáliz de cristal, el mismo que se usa en el Vaticano.

—¡Ay, que locura! Ya déjame comer mi hamburguesa de un dólar en paz, ¿quieres?

Sonríe.

—Tú preguntaste.

Sí, lo juzgo y lo tacho de soberbio, pero por dentro me pregunto a qué sabe el oro. Entonces miro a mi de hamburguesa barata con tocineta y queso cheddar. La agarro con las dos manos y tomo un gran bocado. Cuando volteo a ver a Óliver, él se está riendo por algo.

—¿Qué es tan divertido? —pregunto con mi boca llena de comida —.

—La salsa de tomate sobre tu rostro —se le asoma una sonrisita —. No te muevas —dice en voz baja. Ahueca mi cara con su mano. Poco a poco, su lengua lame suavemente desde donde está la salsa de tomate hasta mi boca—. Listo.

Tomo un sorbo de mi refresco, sintiéndome acalorada.

—Mi héroe.

—Dame un poco de lo tienes —toma un puñado de papas fritas de mi plato y las deposita en su boca—.

—Ah, pero si ya todo te doy...

—Mira nada mas, ahora te convertiste de repente en la portadora de connotaciones sexuales.

—Hey, yo también quiero un poco de lo tuyo —alcanzo su lado de la mesilla y tomo unas cuantas de sus papas rizadas—. ¡Qué ricura!

Estas son realmente buenas. Son tan buenas que ni siquiera debería estar comiéndolas. Esto podría arruinar mi carrera.

—Estoy seguro que podemos encontrar una forma de quemar todas estas calorías.

Esbozo una leve sonrisa, pero cuando se levanta para tirar su basura, me percato del sobre —el mismo de la fiesta del yate— que se asoma por encima de la cintura de su pantalón. Me hace recordar que soy una mujer con una sentencia de muerte. Alguien me quiere muerta o algo así, y yo simplemente no puedo sentarme aquí, comer una hamburguesa con papas fritas y proyectar que tengo una verdadera fuerza... como si esto no saboteara mi estabilidad mental... como si la pura idea de todo esto no me aterrara.

Tratando de cambiar mi enfoque lejos de pensamientos turbulentos, me apodero del control remoto de la mesa y enciendo la televisión. Repaso los canales sin mucho interés. Óliver se desploma sobre el sofá y me dice que vaya hacia él.

—Estoy un poco avergonzada —admito—.

Me mira y sonríe.

—Por qué?

—Tú cocinas risotto para mí y comemos en la mesa del comedor que parece una mesa de conferencias. Y yo te ofrezco comida rápida en el suelo. Cómo que no encaja, ¿cierto?

—Está claro que me importas, ¿no? —contesta.

—Pues... si...

—Entonces encaja; todo encaja.

Me roba el control remoto —no sin darme primero un beso como premio de consolación— y cambia el canal. Suena una melodía pegadiza, la televisión se anima con un montón de colores y el presentador del programa de concursos anuncia:

—¡Es Jeopardy!

—Ay, no, por favor eso no —protesto, pero él ya está enganchado a la TV.

El anfitrión revela la pista de la trivia en forma de respuesta: “Fue el último año que era divisible por cuatro, pero no fue un año bisiesto”.

—¿Qué es 1900? —Óliver contesta y lo mismo ocurre con el concursante en la pantalla.

—Sí, ¡lo tienes! —el anfitrión felicita.

«Genial, va a ponerse a responder todas.» Ruedo los ojos mientras el interactúa con la TV.

—¿Qué es Celsius?

—¡Sí!

—¿Qué es Armañac?

—¡Correcto!

—¿Qué es la Ley de Préstamo y Arriendo?

—¡Eso es correcto!

Oliver pelea con la televisión después de que el concursante responde incorrectamente.

—Ok, ok… —digo—, ya entendí, puedes ganar todo el juego.

—Vamos, esa fue por trescientos dólares. Era de las fáciles.

Aparece la siguiente pista.

—¡Yo sé esa! —grito, inesperadamente entusiasmada—. ¿Qué son bananas?

Después de que el anfitrión alaba con un enérgico "¡excelente!", haciéndome sentir conceptualmente recompensada con ochocientos dólares en mi marcador, miro a Óliver. Tiene una gran sonrisa en su rostro.

—¿Qué? No es la gran cosa. Las bananas están clasificados como bayas.

Lanza sus manos en el aire como si yo apuntara con un arma a su cabeza.

—No dije nada.

—No tenías que. La mueca burlona de Óliver Black estaba sobre todo tu rostro.

—¿Qué sabes tu de mi mueca burlona?

—Oh, cariño. Ya he aprendido una cosa o dos acerca de ti.

—¿Ah, si? Por favor, ilústrame.

Mi naturaleza competitiva entra en acción como un jugador de fútbol lleno de energía.

—Genial. Vamos a jugar. Óliver y sus Relaciones por quinientos dólares.

Se da la vuelta en el sofá y baja el volumen en la pantalla. Cuando se acomoda y me lanza una mirada, sus ojos son del color del pecado, si es que el pecado tiene color.

—¿Quieres jugar?

—Pensé que ya estábamos en eso —le contesto, asombrada por mi propia admisión.

—Ahora, sigamos, dame una pista.

—¿Una pista?

—Sí, por ejemplo: este es el vecindario donde encontrarías mi apartamento. Y entonces tu dirías…

—¿Qué es Tribeca?

—Lo ves, es fácil. Ahora tu.

—Veamos —lo piensa por un segundo—. Apareció en la revista Sports Illustrated Swimsuit Issue 2009 y fue elegida para el listado de las modelos mas hermosas del 2011.

—¿Quién es Sophie Cavall? —sonrojo—.

—Incorrecto —declara como si fuera un verdadero anfitrión de

concursos—. Podrías haberlo dicho de cualquier manera, pero la respuesta es: "¿Quién es la novia de Óliver Black?" Permíteme recordarle a la concursante que la categoría del juego es Óliver y sus Relaciones y que cualquier respuesta debe estar conectada con el mismo.

Volteo los ojos, quejándome de mi error.

—Ok, pues.

Me observa, realmente me observa.

—¿Qué pasa?

—¿Recuerdas la primera vez que te vi? —pregunta—.

—¿Cómo podría olvidarlo? Casi fue secuestrada.

—Bueno... cuando te vi luchar contra ese hombre, algo se apoderó de mí. Se metió en mi cabeza. No sé lo que fue, pero ocurrió al ver que te defendiste a ti misma. No lloraste para pedir ayuda, ni una sola vez. Me hizo pensar en el tipo de cosas que realmente podrían derrotarte.

Me doy un segundo para responder, entonces yo digo:

—Una señal de batería baja.

—No bromees —dice—. Lo haces todo el tiempo.

—No, no es cierto. Bromeo cuando me siento vulnerable. Es más fácil para mí hacer eso que admitir que mi vida está fallando y estoy absolutamente aterrorizada. Óliver, si yo no bromeara, probablemente lloraría. Y no quiero que la gente me vea llorar. Me hace sentir débil y expuesta y fracasada. Como si la vida fuera un juego y yo no sé jugar.

—Nunca te he visto llorar... —dice—. Me pareció que estabas a punto de hacerlo el día que estabas teniendo una pesadilla. Pero no lo hiciste.

—¿Qué quieres que te diga? Evito hacerlo —bebo mi soda—.

—He visto tus ojos hincharse y volverse rojos. He visto que aprietas los dientes y los labios y que tú nariz se arruga. Tú ruges y luchas. Confrontas y desafías. Pero no lloras. Sophie, quiero que sepas que no tienes que hacer eso conmigo. No tienes que actuar con tanta valentía.

—¿Con tanta valentía? —una esquina de mi boca se eleva—. ¡Ja! El problema es precisamente que *no* tengo valentía. Le temo a todo. Tú eres el verdadero tiburón aquí.

—Dime una cosa que te asuste.

—Bueno, una vez vi un ciempiés del tamaño de mi mano en la ducha —revelo, con un toque de comicidad en mi voz—. Un insecto del demonio, supongo. Extremadamente espantoso.

—¿Qué dijimos sobre dejar las bromas a un lado?

—¡No es una broma! Realmente vi uno. Odio los insectos.

—Una respuesta verdadera, Sophie.

Refunfuño y suspiro. Me enderezo, muy consciente de la masacre

verbal que está a punto de tener lugar.

—Solía tenerle miedo a la oscuridad cuando era una niña, al monstruo escondido en el interior del armario. Pero después de un rato, me di cuenta de lo que realmente era.

—¿Qué era?

—Yo.

Sus cejas se juntan.

—No entiendo.

—Una parte de mí —continúo—. Alguna parte oscura de mí. Siendo sólo una niñita, la oscuridad era tan pequeña en ese entonces. Era dulce e ingenua. Pero sabía que algo estaba allí, escondido, creciendo y esperando para ser liberado.

Él escucha atentamente.

—Todas las noches, le decía a mi tía que había monstruos en el armario. Ella abría la puerta del armario, encendía una luz, y me decía: "No hay monstruos aquí dentro, cariño. Están todos en tu cabeza".

Decirle esto a Oliver es como arrancar una costra cuando no está muy dispuesta a desprenderse, causando que la abra nuevamente.

—Creo que mi tía estaba tratando de consolarme... pero, ella no sabía cuánta razón tenía. Los monstruos, están realmente en mi cabeza.

—¿Qué estás diciendo? ¿Le tienes miedo a tu propia mente?

—No —casi siento la palabras gruesas en mi boca—. Le tengo miedo a todo lo que se encuentra allí.

Óliver luce preocupado, incluso perturbado, como si todo el conocimiento en su cerebro no pudiera comprender la magnitud de lo que acabo de revelar.

—Oye, realmente te desviaste del juego. Volvamos al él. Voy a cambiar la categoría — anuncio—. Óliver y su Vida por seiscientos dólares.

—Sophie.

—¿Qué? Hagámoslo por mil.

Da su próxima pista.

—Es una planta fabácea cuyas vainas contienen legumbres.

—Hmm... —soplo mis mejillas, haciendo girar al pequeño roedor pensante en mi cabeza—, no tengo idea. ¿Qué son los cacahuates?

—La respuesta correcta sería: "¿A qué es alérgico Óliver?"

—¿Eres alérgico a los cacahuates?

—Así es.

Tengo que admitir que este juego es muy estimulante; no por sí mismo, sino por lo que significa para nuestra relación. Quiero saber todo lo que hay que saber acerca de Óliver. Además de eso, necesito ganar un poco de dinero falso.

—Muy bien —digo—. Misma categoría por mil ochocientos dólares.

—Sophie, no hay categorías por mil ochocientos dólares.

Aquí estoy, creyendo, que aumentando mi apuesta lo llegare a conocer mejor.

—¿Y? ¡Estamos jugando Jeopardy imaginario! Vamos, dame otra pista. Estoy esperando...

—Un vehículo híbrido construido por Oliver Black y los EcoMites para la Escuela de Ingeniería y Ciencias Aplicadas de MIT.

—Bueno, creo que puedo responder esta. ¿Por qué ganaste el Concurso de Diseño Sustentable?

Sus ojos brillan.

—¿Qué sabes de eso?

—Sé que hay un gran trofeo con tu nombre en él. Lo vi en tu oficina en el penthouse. Supuse que era por eso que habías ganado. ¡Dime que tengo razón!

—No, disculpa. Estás mal.

—¿Qué? —me hago la indignada—. ¿Ahora por qué?

—Si gané la competencia. Gané el premio. Pero mi proyecto del vehículo híbrido es el logro que más me llena de orgullo. *Esa* es la respuesta correcta.

—Ok, tienes que darme esa. ¡Era parcialmente correcta!

Una sonrisa cubre sus labios.

—Cariño, te doy todo lo que quieras.

Sólo él tiene el poder para provocarme en medio de un juego inventado.

—¿Por qué este logro es tan especial para ti?

—Porque diseñé el prototipo cuando tenía cinco años —responde—. Estaba en un avión con mis padres para las vacaciones, de camino a Colorado. Yo tenía una caja de lápices de colores y una pila de papel para garabatear. Fue el primer diseño que jamás dibujé. No pensé gran cosa de él en aquel entonces, no hasta que se me ocurrió qué podía hacer con él.

—Óliver, eres la persona más rara, más interesante que conozco. ¿Puedo hacer una última pista?

—¿Quieres más?

—Desde luego que quiero más.

—Ok. Esto es, ganas o pierdes —dice advirtiendo—. ¿Lista?

—Sí.

—¿Segura?

—¡Sí!

—Solía tener un juguete tipo andadera caminadora con sonajeros, cuando tenía poco más de un año. Mi energía no conocía final. Día y noche andaba con el juguete y los cascabeles retumbaban por todas

partes. Un día, mi padre me lo quitó, lo regaló, no lo sé... dijo que me conseguiría un juguete que no hiciera ruido.

—Ay, cariño —murmuro enternecida—. Me viene a la mente que Óliver puede viajar mucho hacia atrás por el camino de la memoria, y con tremenda precisión. Pero, ¿qué tan lejos?

—¿Es tu recuerdo más antiguo? —mi voz es casi un susurro.

—Felicidades, señorita Cavall. Ha ganado el juego.

***

ESA NOCHE, HACEMOS el amor. Me olvido de quién soy, de mis problemas y donde estoy. Siento todo, cada cosquilleo, cada sensación, cada caricia, cada espasmo incontrolable sacudiendo a través de mi cuerpo.

Mi cerebro inoportuno comienza a trabajar de nuevo alrededor de las cuatro de la mañana y Óliver no está en la cama.

Me deslizo de la cama y me pongo una bata. Salgo de mi habitación y, en la sala de estar, me encuentro a Óliver durmiendo en el sofá, casi tan sereno como el cielo mismo. Sus rasgos son perfilados por el animado brillo del televisor. En el volumen más bajo, el Dr. Oz habla sobre los quemadores de grasa.

Salgo de las sombras.

—Óliver...

—Hmm —murmura—.

—¿Por qué estas dormido aquí?

—Estabas roncando.

Al verlo allí, durmiendo en el sofá incómodo, me invade una oleada de algo intenso e inesperado... un sentimiento que no suelo sentir y del que no tengo un concepto real. Un sentimiento que no se puede describir con exactitud, pero me debilita las piernas.

Con los ojos medio cerrados, se escabulle más atrás en el sofá y palmea el cojín para que descanse junto a él. Me acuesto y pone sus largos brazos alrededor de mi cintura, envolviendo firmemente. Un escalofrío recorre mi espalda al sentir su aliento cálido en mi cuello.

Sonrío; él es muy acogedor. Mi espalda a su pecho, él desliza su otro brazo bajo mi cabeza y uso el bíceps como almohada. Una almohada un poco dura. Deslizo mis dedos por el vello de sus brazos.

De la forma en que me sostiene, como si nunca me dejará ir, no puedo respirar. De la forma en que respira, pesado y profundo, sé que está dormido. Mi piel hormiguea. No puedo acostumbrarme a su tacto. Una lágrima se desliza por mi mejilla, y luego otra y otra. Son lágrimas de esperanza, pero sobre todo, son lágrimas de sentirme querida, sentirme segura, sentirme como si no importa que la vida este yendo mal, o que el mundo es demasiado cruel conmigo, o que

muchas personas me han decepcionado, porque al final del día... voy a estar bien. Es como si hubiera una violenta tempestad de viento rasgando árboles y casas de la tierra, pero la armadura más gruesa protege mi casa y está rodeada por las ventanas mas blindadas.

DIECISIETE

EN LA MAÑANA, estoy retorciéndome como un gusano lleno de incomodidad, el pelo en la cara y mi boca goteando ligeramente. Paso mis manos por mi cara, sintiendo el fuerte calor del sol. Puedo oír la licuadora triturando y moliendo, ya que la cocina está a sólo unos metros de distancia. Las cuchillas zumban como si estuvieran fuera de control. Algo, hielo, tal vez, está sonando contra el metal, y mis oídos están que casi botan sangre.

—¡Apaguen eso!

Óliver, por otro lado, está descansando como un gorila en hibernación, sin que la explosión de la mini bomba atómica en la cocina le quite el sueño. ¿Cómo es que no puede soportar mis ronquidos, pero puede dormir fácilmente con todo este escandalo?

Sigo retorciéndome hasta que me caigo del sofá. Me pongo de pie, arreglo mi pelo como si no ha pasado nada y veo a Éric parado detrás de la barra de desayuno de la cocina.

—Eric, ¿qué demonios estás haciendo? ¡Deja eso! —lanzo un grito —. ¡Eric!

Apaga la licuadora y pone cara de conejo inofensivo.

—¿Dijiste algo?

—Sí, he dicho algo. Maldita sea, Eric, ¿cuál es tu problema? Estamos durmiendo aquí.

—El que madruga coge la oruga, digo yo.

—Sí, claro, estoy segura que eso dices.

Jess sale con zancadas perezosas de su habitación, acumulando su oscuro cabello en una coleta alta.

—¡Buenos días! —mira a Oliver y a mi—. ¿Has dormido en el sofá? ¿Por qué? —dice, haciendo una especie de cara disgustada. Probablemente ya se está preocupando por la piel muerta que broto de nuestros cuerpos y gérmenes y enfermedades potenciales.

—Nos quedamos dormidos, Jess. Limpiaré. No te preocupes.

Se aclara la garganta.

—Bien, Eric fue lo suficientemente amable para comprarnos una nueva licuadora, ya que tu rompiste la última. ¿No fue lindo de su parte?

—Si, muy lindo —digo con sarcasmo—.

La mano de Oliver está inclinada ligeramente por encima de su cabeza y la otra mano está relajada sobre su camisa desabrochada. Es

extraño pero, cuando lo veo dormir, me asaltan muchos sentimientos. Está desprotegido, expuesto y vulnerable. Este tipo tan extraño, tan imponente y, el mas viril que he conocido, está aquí dormido; así nada mas. Al verlo así, pierdo el enorme gusto por querer ser independiente, de estar sola, porque a su lado, la vida tiene un poco mas de sentido. Él hace que quiera compartir mi independencia con la suya y, entonces, crear juntos una sola.

Es sencillo; está él, estoy yo. Y eso, está perfecto.

Me siento en el sofá, en el poco espacio que quedó después de que Óliver tomó la mayor parte de él.

—Óliver —le susurro y le abotono su camisa—. Despierta. No puedo evitar sonreír levemente mientras masajeo sus mejillas y moldeo en sus labios una boca de pescado.

A punto de levantarme del sofá, pensando que no me oyó, Óliver me da un tirón a mi muñeca y me pone sobre él. Me río, tratando de torcerme para soltarme.

—¿Crees que no podía sentir que tratabas de deformar mi cara? —pregunta sobre mis medias respiraciones, medias risitas. Esquiva mis movimientos y me clava a su torso—. No creo que pueda confiar en ti, Amelia Sophia.

—¡Exagerado! No estaba tratando de deformar tu cara. Estaba tratando de que te levantaras.

Me suelta.

—Bien, ya me desperté.

—Qué bueno, porque estaba a punto de hacerte dibujos en la cara.

—Me habría gustado verte intentarlo.

Jess y Éric se sientan en el sofá frente a nosotros, lo que obliga a Óliver y a mí a sentáramos también.

—¿Quieren un poco de café? —Jess sostiene su taza en el aire.

Óliver dice que sí mientras se levanta para llegar a su teléfono que suena. Tomo una vista de mí misma en el espejo de la sala y mi pelo está en un estado de desastre, como si hubiera tomado un paseo en un auto sin su techo.

Me dirijo al baño y salto dentro de la bañera. El agua fría que corre me salpica en la cara y el cuerpo. Trato de ser rápida, pero una vez que me siento muy a gusto, una vez que me acostumbro al frío, me niego a salir. Desafortunadamente, hay un golpeteo en la puerta.

Supongo que Oliver se está impacientando. Pero cuando abro la puerta, Eric está al acecho justo fuera. Tiene una mano en la pared, con la cabeza apoyada en ella, y la otra en la cadera.

—Sophie, tengo que —sus ojos comienzan a irse a la deriva a la piel húmeda y desnuda en mi cuello y brazos.

—Como sea, Éric. No necesito saber —me siento incómoda con la

toalla enrollada en mi cuerpo así que me aferro a ella con fuerza y le saco la vuelta a Éric.

—Vamos —agarra mi brazo—, no seas así. Estoy tratando de ser tu amigo.

—No quiero que lo seas.

—¿Hay algún problema? —Óliver de pronto se acerca a nosotros como si fuera negocio; *su* negocio.

Éric y yo nos echamos una mirada. Yo ciertamente no tengo un problema, pero estoy segura de que él sí. Doy un paso atrás y hago un poco de espacio entre nosotros.

—No —digo, frunciendo el ceño un poco—. No hay ningún problema. Me voy a poner algo de ropa.

***

—¡OYE TU! ¿A dónde vas? Es domingo —Jess pregunta al verme entrar a la cocina. Óliver esta apoyado en el mostrador, tomando café y moviendo los dedos sobre su teléfono celular. Éric está sentado en un taburete en la barra de desayuno, comiendo un plato de algo frito —. ¿No tienes escuela mañana? —Jess se burla, vertiéndole a Eric un vaso de jugo de naranja.

—La gente hace cosas los domingos, Jess —replico juguetonamente—. Voy a ver a mi tía.

—Sí, la gente hace cosas como ir a la iglesia —dice ella en un tono de certeza—. Es un día de completo descanso.

Oliver interviene.

—El domingo no es un día de descanso. El hecho de que la gente siga esto, no significa que sea así —este hombre no puede dejar pasar la oportunidad de compartir un poco de su conocimiento.

Jess cruza sus brazos.

—Bien, quizás no en tu libro.

—Definitivamente no es mi libro —responde—. Desde una perspectiva bíblica, el sábado es el séptimo día de la semana y, por lo tanto, el verdadero día sabático.

Lo miro con incredulidad pues no me imaginaba que Óliver tuviera conocimiento bíblico.

—Noticia de última hora. Los católicos no adoramos en sábado —Jess ilustra—. El domingo es el día sagrado.

—No me opuse a eso. Dije que el séptimo día es sábado de solemne reposo. Todo está en las escrituras.

—¿Por qué estamos hablando de esto? —dice Eric con una sonrisita de fastidio—. ¿A quién le importa?

Otra cosa que no me imaginaba es estar de acuerdo con Eric en algo.

—Sí, ¿por qué estamos hablando de esto? —digo—. Déjalo ir, Óliver. Es demasiado temprano.

—De acuerdo —dice él—.

Le pregunto si quiere desayunar, pero dice que ya está bien con su café. Me doy la vuelta, exploro el contenido del refrigerador y escucho una voz chillona que dice:

—Óliver, creo que sé de mi propia religión, muchas gracias —Jess insiste—. He estado enseñando religión en una escuela privada por cuatro años.

Para nuestra desgracia, una vez que a Jess se le mete una idea en la cabeza, particularmente, una idea de Cristo, no sabe cómo parar. Ahora no cederá hasta que hayamos llegado a una especie de paz, o un punto en el que haya dicho tanto que ya no tengamos idea de lo que estamos discutiendo.

—Eres una maestra competente, Jess —dice Oliver—. Eso no quiere decir que tienes razón.

—¡Por el amor de Dios, Oliver! —Jess explota—. *Nada* está abierto los domingos, a excepción de la iglesia y McDonalds. Las personas se sientan a el fútbol todo el día. ¿Cómo es que no es un día para descansar?

Oliver apoya sus brazos en la barra de desayuno, mirándola directamente a los ojos.

—De acuerdo con el libro del Apocalipsis, el Señor tiene un día de descanso. Fue ayer. Te lo perdiste. El sábado fue originalmente el día sabático, la ley de Dios. Pero, el hombre lo cambió. La ley del hombre.

Jess encuentra los ojos de Eric y puedo ver que se está exasperando.

—Bueno, ¿no vas a decir algo?

—No me mires a mí —contesta él—. Tu eres quien se enredó en esto lío.

—Oigan, tengo una idea: —digo—, ¿por qué no cambiamos de tema?

Todos regresan a sus asuntos.

—También yo tengo una idea —Oliver de pronto dice.

—¿Cuál? —pregunto—.

—Ven a vivir conmigo.

Cuando dice eso, se me escapa una risita y me hago la desentendida.

—¿Qué?

—Jess me informa que Éric podría mudarse —dice en antes de tomar un sorbo de su taza de café.

—¿Mudarse aquí?

—Efectivamente —replica Eric.

—¿A que te refieres con mudarte?

—Mudarse *aquí* con nosotras —dice Jess—. Éric se queda a dormir prácticamente todas las noches aquí. Ya no le hayamos sentido a vivir en lugares separados.

Una sensación de angustia me apuñala el pecho.

Éric mastica un pedazo de tocino.

—¿Hay algún problema, Sophie?

—No. ¿Por qué habría de haberlo? —desafío, disparándole una mirada de seguridad en mí misma.

—Todavía lo estamos discutiendo. Mientras que esté bien contigo, Sophie —Jess explica comiéndose un yogurt.

—No importa. Ella ya está mudándose con Óliver —Eric notifica.

—Discúlpame. No lo estoy. Él sólo estaba bromeando.

—Sí es de verdad —dice Jess—. Los tres lo discutimos mientras estabas en la ducha.

—¿Crees que bromearía con algo como esto? —me pregunta Óliver—. Hay mucho espacio en mi casa. Puedes venirte a vivir conmigo y Jess y Éric podrían usar tu habitación. Estoy seguro que pueden darle un buen uso.

Me quedo tiesa, tan tiesa como un maniquí. Un millón de preguntas se disparan en mi cabeza: *«¿Quiere que viva con él? ¿Está haciendo esto para hacer que me quede lejos de Eric? ¿Tendré que pagar el alquiler? ¿Qué dirá mi tía?»*

Óliver se inclina hacia delante y me mira con ojos de pistola que, por ende, queda claro que sí está hablando en serio. Ni siquiera parpadea. Miro a Jess y Eric para que me brinden algún tipo de apoyo moral, pero se desaparecen velozmente. Cierro los ojos, aguardando un momento mientras reacciono; cuándos los abro tengo a Óliver de frente.

—¿Entonces? —dice él.

—La respuesta es no —digo, negándome a dejarme intimidar.

—¿Y por qué no?

—Porque... porque es una locura. Hay tantas cosas que ni siquiera sabemos el uno del otro. Ni siquiera creo que haya...

Él coloca sus dedos sobre mis labios.

—¿Qué es lo que te parece tan loco? No es ningún secreto que te deseo, Sophie. Que quiero estar contigo. Ni una sola vez he tratado de ocultarlo. Y, por esta razón, me gustaría que vivieras conmigo. ¿Eso es lo suficientemente convincente para ti?

Un largo suspiro escapa de mi boca.

—Vamos a imaginarnos que podría, tal vez, considerar esto. ¿Por cuánto tiempo?

—El tiempo que tú quieras.

Mis pestañas aletean.

—Soy una terrible compañera de cuarto. Pregúntale a Jess. Ella te

lo dirá.

—¿A quién estas tratando de convencer?, ¿a mí o a ti? No quiero ni necesito una compañera de cuarto. Te quiero a ti. Piénsalo y me dices tu respuesta cuando la tengas.

—¿Por qué siempre depende de mi?

—Si dependiera de mí ya estarías viviendo conmigo.

—Tú crees que todo es posible, ¿verdad? Quieres algo... lo consigues. Lo consigues y quieres algo más. Otra cosa. Algo diferente. Bien, déjame decirte, eso no siempre funciona. No siempre conseguimos lo que queremos.

—Yo pienso que sí.

Tomo unos pasos hacia adelante y me quedo a pocos centímetros de su rostro.

—Realmente espero que esto no se trate de dinero.

—¿Dinero?

—Pues, crees que puedes tener cualquier cosa y estoy actualmente no tan bien dotada en ese departamento.

Por alguna razón, respira como si le hubiera tocado un tema delicado.

—Cuando yo era un niño, para mi cumpleaños, le pedí a mi padre un tren de juguete. En cambio, me dio una pluma. Me dijo que debía usarla bien. No estaba seguro de lo que quería decir, sólo tenía diez años.

—¿Te dio una pluma?

—Si una pluma fuente negra. Yo estaba tan molesto por no conseguir lo que quería. Un día, mi padre y yo estábamos sentados en un banco en el parque, comiendo un par de hot dogs, cuando le pregunté por qué me había dado una pluma. Se la mostré para que él viera. Él dijo: “Hijo, la vida a veces fallará al no darnos lo que queremos, pero esa no es razón suficiente para dejar de intentarlo.”

—Tu padre se escucha como una persona inteligente.

—Estricto también. Comenzó a tratarme como a un hombre cuando era un niño. Así que, ¿qué hice? Me levanté del banco y le dije a la primera persona que vi que tenía una pluma muy especial en mi mano.

—¿Ah, sí? ¿Qué era lo especial?

—Absolutamente nada —se ríe—. Pero esto es Nueva York. La gente va a comprar cualquier cosa con la que puedan ahorrar su dinero en lugar de tener que comprar la cosa de verdad.

—Eres un Judas —acuso—. Engañaste a esa persona. ¿Cómo lo hiciste? No me digas que fue tu linda cara.

—¿Qué puedo decir? Algunas personas son susceptibles a los niños pequeños con plumas. Además, cualquier cosa puede ser vendida con la presentación correcta —dice—. Vi la oportunidad y la

tomé.

—Entonces, ¿qué pasó? ¿Compraste el tren de juguete al final?

—Ese juguete miserable? Dios, no. Yo había aprendido algo mucho más grande que comprar un tren de juguete. Yo podría tener lo que quisiera con la tenacidad correcta. Tenia cosas grandes que hacer, que ser —se acerca a decirme—, Sophie, tú eres lo que quiero. Tú eres lo que me falta. ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir?

Lo miro, boquiabierta.

—En caso que no lo hayas notado, Óliver, estoy justo aquí... contigo... porque eso es lo que *yo* quiero.

—Bueno, entonces, ¿lo pensarás?

—No lo sé —digo, notando en sus ojos algo parecido a necesidad. Estaría mintiendo si dijera que quiero rechazarlo.

—Déjame saber tu decisión. Tengo trabajo que debo atender.

—¿Trabajo? ¿En domingo? Que yo sepa, no eres sacerdote, o un ministro, o un monje, o un—

—Sophie, podía realizar cálculos complejos en mi cabeza antes de que aprendiera a andar en bicicleta. Me reuní con el Presidente de los Estados Unidos a la edad de once años, simplemente porque él quería conocerme. Podía hablar Inglés, Español, Alemán, Italiano y Francés antes de mi cumpleaños número quince. Soy un emprendedor en serie con una pasión por las cosas buenas de la vida. Los hombres como yo no se detienen.

—¿Hombres como tú? ¿No me digas que hay otros?

—No. No hay. Por eso es que no puedo parar. Nadie puede hacer lo que yo puedo.

Me burlo y golpeo mi pelo hacia atrás.

—Eso es absurdo. No hay ni una sola cosa de algo importante en todo el mundo. Estoy bastante segura de que Dios, en su exitoso intento de crear una población, hizo un muchísima gente que sobresaldría en las mismas profesiones. También estoy bastante segura de que hay personas que pueden hacer lo mismo que tu.

—Puedo no ser indispensable, pero soy muy útil. Si yo fuera a caer de la faz de la tierra mañana, muchos estarían en riesgo. Muchos caerían en ruina. Muchos sufrirían.

***

ES UNA MAÑANA muy fría en Central Park y la tía Peg y yo hemos estado caminando y caminando, pensando y pensando. Esto último lo estoy haciendo totalmente por mi cuenta. Hoy podría ser un buen día para buscar un adivino que garantice que vaya a tomar la decisión correcta. La decisión correcta *debería* ser clara para mí, o quiero vivir con Óliver o no, pero la verdad es que, demasiadas incertidumbres y

preguntas están girando en mi cabeza. Una cosa lleva a la otra, y de pronto, estoy compartiendo la vida cotidiana a su lado —ropa sucia hasta hábitos alimenticios molestos— y eso es total y absolutamente abrumador.

Yo hablo y mi tía escucha, sus ojos castaños fijos en Lily y Gracie, ya que corren junto a un cachorro callejero que ella y mi tío acaban de regalarles. Las niñas nombraron al perro Cascabel. Es amarillo y esponjoso y el pobre no es ningún maratonista; sus piernas torcidas no pueden correr de prisa y su lengua le cuelga de lado.

Nos sentamos en una banca.

—Óliver quiere que viva con él —digo, a punto de engullir un pretzel grasiento.

La tía Peg pasa conos de helado a Lily y Gracie. Se sienta a mi lado, toma un sorbo de su refresco italiano y observa a los corredores que pasan de prisa.

—¿Y cuál es el problema exactamente?

Me meto un pedazo de pretzel a la boca, pensando en la larga lista de problemas hipotéticos.

—El problema es que no sé si debo hacerlo.

—¿Tú quieres?

—No lo sé.

—¿Quieres estar con él?

—Si, claro, quiero. Pero, ¿qué pasa con todo eso de "para qué comprar la vaca si puedes obtener la leche gratis"?

—Tú, querida, no eres una vaca. Tú eres una mujer hecha y derecha. Lo has demostrado por ti misma una y otra vez.

—Ir al supermercado y pagar renta en realidad no me clasifican como una mujer hecha y derecha. A veces arruino mi ropa al lavarla.

—He visto lo lejos que has llegado, Sophie. Te conozco como si fueras mi propia hija; mas bien, *eres* mi hija. Eres mía. Yo te crié. Confío en que tomarás la decisión correcta.

Medito un momento en sus palabras.

—Óliver me aterroriza, tía. Es una hombre tan ecuánime. Es casi temible. Yo soy la que siempre está perdiendo la cabeza por nada. Es increíblemente asombroso de una manera que no sé si puedo corresponder. Su voz es tranquila y paciente. Me hace sentir que todo va a estar bien. Y sus ojos... ¿has visto sus ojos? Son tan amables y gentiles.

—Bien, mi amor. Eso es lo que mereces. Un buen hombre.

—Todo esto es nuevo para mí. Óliver usualmente sabe lo que quiere. En el momento en que lo ve, va tras eso. Es un tipo muy seguro. No estoy tan acostumbrada a eso.

—¿A qué no estas acostumbrada? —pregunta—. ¿A ir detrás de lo que quieres?

—Bueno, quiero decir, ¿cómo puede alguien estar seguro?

—Cariño, no se puede que vayas caminando por la calle y choques con un letrero que diga: “Aquí está tu señal, ve tras él.” Tú sabes dentro de tu corazón que es lo que debes hacer. Pienso que Óliver es un hombre fabuloso y se preocupa por ti mucho. Le importas mucho.

—No puedo creer que estés incitándome. Tú, de todas las personas.

—Bueno, mi reina, no soy una tía anticuada. Y lo que mas quiero es que seas feliz.

Reed aparece de repente de la nada.

—Jefa —dice y yo levanto la vista—. El Sr. Black dice que enormemente le desagrada que usted no conteste su teléfono.

—¿En serio? ¿Eso es lo que dijo?

—Sí.

—¿Es todo lo que dijo?

—No, jefa. Lo tengo en la línea.

Me entrega su teléfono celular y lo pongo en mi oído.

—Hola, Óliver. He oído que tienes algunas quejas referentes al uso de mi celular.

—De hecho, tengo bastantes quejas.

—¿Ah, y que podría apetecerle a su Alteza Real esta tarde?

—Su Alteza firmemente desea que su señoría tenga chaperón cuando pasee en público. En resumen —él pausa—, que esté a salvo.

—¿Chaperón? ¿Está su Alteza Real consciente de que estamos viviendo en el siglo veintiuno y, por tanto, no en el decimosexto?

—Estoy al día, mi querida Amelia Sophia, pero te recordaré las condiciones peligrosas a las que te enfrentas estos días.

—Me voy a ir al manicomio uno de estos días, Óliver. ¿Lo sabes?

—No te preocupes. Voy a estar allí para recogerte. ¿Has pensado acerca de mi propuesta?

«¿No hay una manera menos pervertida de decirlo?»

—Sí. Sabrás mi decisión pronto. ¿Esta es la razón por la que llamaste?

—No, necesito hablar contigo acerca de las fotografías que recibiste.

El estómago se me revuelve.

—¿Qué pasa con ellas?

—La policía ha descubierto nueva información. Aparte de tus huellas digitales, encontraron una huella parcial en una de las fotografías. Supuestamente femenina.

—Estoy segura de eso, Óliver. Alguna chica me entrego el sobre.

—¿La camarera? No. Llevaba guantes el día de la fiesta. Sus huellas no coinciden. La policía ya hablo con ella. Julie Stevens.

Créeme. No fue ella.

—Entonces, ¿quién fue?

—Debemos reunirnos con la policía. Revisa tu calendario para ver cuándo estás disponible para hacerlo.

—Sí, está bien. Te hablaré pronto.

—Salúdame a tu tía.

DIECIOCHO

SUENA EL TELEFONO. Lo ignoro. Me quedo impecablemente quieta en el sofá, un cartón de fideos fritos en la mano, viendo la televisión.

—¡Contesta el teléfono! —Jess grita desde el baño.

—¡Contesta tú! —argumento.

—¡Estoy en el baño!

—¡Y yo estoy haciendo algo!

Lo dejo sonar y sonar y sonar por si acaso la persona que llama decide colgar, pero él o ella es insistente. De mala gana, me voy a la cocina y tomo el teléfono.

Lo primero que escucho es:

—Cavall —la voz de Kim es rápida y aguda.

Llevo el teléfono lejos de mi oído por un segundo.

—¿Qué pasa?

—Te llamo para hacerte saber que te dirigirás a Malibu a primera hora mañana. Bien hecho. Será para trajes de baño de Herve Leger. Te envié un correo electrónico con los detalles. Buenas noches.

—¿Dijiste bien hecho?

—Chequea tu email, Sophie.

—¿Me llamaste Sophie?

Un tono muerto viene de la línea.

Pongo el teléfono en su lugar y vuelvo a mi cena asiática. A punto de poner un camarón en mi boca, el teléfono suena de nuevo.

—¿Sí? —digo al micrófono.

—Sophie, dile a Jess que conteste su teléfono.

Al oír la voz de Éric en el otro extremo, me las arreglo con un gruñido de enfado.

—¿Por qué no le dices tú mismo?

—Bien. Ponla en la línea.

Aunque no quiero, voy y busco a Jess. En el baño, escucho todo tipo de fuertes golpeteos y cuelgo el teléfono. Pienso en abrir la puerta, ir a dentro y ponerle una explicación al ruido. Me quedo un momento en la puerta, respiro, cierro los ojos y pienso. ¿Debo abrir o no? No tengo ni idea de lo que me espera en el otro lado. Agarro el pomo de la puerta, lo giro y abro la puerta tan velozmente que golpeo a Jess y la lanzo al suelo.

Me congelo; no le creo a mis ojos.

—¿Qué...? —tartamudeo.

—¡Salte, Sophie, salte! —ella grita, cubriendo su cuerpo medio desnudo con lo que sea que esta lo más cerca. Su rostro está demacrado y pálido. Su cabello no se ve saludable. Su piel es como de papel. Mi asombro no es que ella está dejando al descubierto gran parte de su cuerpo, o que esta huesuda, sino más bien las manchas de púrpura y amarillo que se están viendo. Debe haber alrededor de una docena de moretones en sus brazos, el pecho, la espalda y las piernas.

El color abandona mi rostro.

—Jess... ¿quién te hizo eso?

—¡Nadie! ¡No es nada! ¡No es tu problema!

—¿No es mi problema? ¡Estas cubierta de moretes! ¡Es un problema, Jess! ¿Éric te hizo esto?

—¡No! ¡Claro qué no! ¿Cómo puedes pensar eso? ¡Dije que salieras!

Me empuja con fuerza hacia atrás hasta que estoy fuera del baño. La puerta se cierra en mi cara. Me doy la vuelta en silencio y me retiro a mi habitación. Allí, me deslizo por la pared y llevo mis manos a la cabeza. No tengo absolutamente idea de qué hacer.

***

LA MAÑANA TRAE de vuelta la realidad de la noche anterior. Mis hombros se sienten como que están llevando una carga invisible de algún tipo mientras cojeo fuera de mi habitación y veo a Jess en la sala de estar, barriendo los pisos de madera con una escoba.

—Jess.

Ella da una ligera risa tonta, poniendo su mano en el pecho.

—Me has asustado. No te había visto.

Lleva botines de plástico desechables y pantalones con sudadera que cubren la mayor parte de su piel, y no necesariamente creo que se debe al clima hostil. La miro inquisitivamente.

—¿Qué estás haciendo? El sol ni siquiera ha salido todavía.

—Ya sé, pero los suelos se veían horrendos. No podía caminar descalza sin que algo se pegara a mis pies. Tenía que hacer algo al respecto —se quita los guantes de goma y apoya su brazo sobre el mango de la escoba—. Estaba pensando que puedo conseguir un “Roomba” para la limpieza de la sala, por lo menos. ¿Qué te parece?

—¿Como un robot aspiradora?

—Ándale, sí. Exactamente como un robot aspiradora. Mi mamá adora su Roomba. Tengo que averiguar de que se trata.

—Está bien. Suena bien.

Mira mi maleta, y luego mi cara.

—¿Vas a alguna parte?

—Tengo una sesión de fotos. Volaré a California para hacerla. No

estoy segura de cuándo regreso.

—Pero... —se detiene—, sí vas a regresar, ¿verdad?

—Sí, es solo un par de días.

—Ok, ok –replica–. Bien, suerte allá. Voy al mercado después de la escuela. No tenemos leche ni detergente. ¿Necesitas algo? ¿Quieres que te traiga esos pudines que te gustan?

Asiento con la cabeza a eso. Una sonrisa suave se forma en mis labios, pero no dura mucho. *«¿Qué estamos haciendo?»* es el pensamiento que viene a mi mente. *«¿Estamos teniendo una conversación real acerca de lo que realmente importa o estamos haciéndonos de la vista gorda?»*

Pienso en decirle que no dormí ni un poco. Pienso en preguntarle acerca de las contusiones en su cuerpo que me revuelven el estómago, pero el corazón me punza. *«Tal vez no es nada»* me digo. *«Pero si sí es algo, ¿qué voy a hacer? ¿Qué voy a decir? ¿Cómo voy a actuar?»*

—¿Estás bien? —pregunto aunque su expresión ya me da la respuesta.

Pone sus ojos tristes en mí por un momento, a punto de decirme algo, pero luego vuelve la cabeza hacia otro lado.

—Sí, estoy bien —dice y regresa a barrer el piso.

Quiero acercarme y abrazarla y mientras estoy allí, sacudirla para que me de algunas respuestas, pero Jess se está aferrando a su control por el hilo más delgado así que, de momento, me abstengo.

Salgo de mi edificio, cansada, inquieta, y con algo que se parece a una maleta de último minuto. Kim y Reed me están esperando en el auto. La boca de Kim está temporalmente ocupada con una hamburguesa mientras entro, así que me siento atrás y caigo en pensamientos que solo sirven para generarme mas angustia. Es entonces cuando Kim me entrega un sobre manila. Dice que es mi nuevo contrato.

Limpia su boca con una servilleta.

—El año casi se acaba —dice—. Firma el contrato.

—¿Qué pasa si no firmo? —me atrevo a preguntar.

Se ríe vagamente y termina de masticar su comida.

—¿A ver, Cavall... —empieza—, vamos a hacer una pausa antes de que te patines. Leíste siquiera el último contrato que firmaste? Hay un pequeñito párrafo al final que dice que el acuerdo seguirá si el existente no se renegocia en el actual mandato. Por supuesto, esto sucede si no puedes dar aviso de tu deseo de acabar con el acuerdo dentro de los veintiocho días antes de su vencimiento.

—¿Entonces... puedo finalizar el contrato?

—No —murmura con comida en su boca.

—Pero acabas de decir...

—Ya sé lo que dije, pero tú no eres quien toma las decisiones

aquí. No estas viendo el panorama completo. Le debes dinero a la agencia. La regla es que tienes que pagar. Todo.

—Puedo pagarles incluso si no firmo.

—¿No me digas, querida? —sus ojos verdes brillan con diversión—. Oye y cuéntame, ¿cómo tienes pensado pagar? ¿Le vas a pedir un préstamo al banco o a tu novio?

—No —replico con voz seca y cortante—, tengo dinero ahorrado.

—Mira, es hora de aceptar que todo esto es culpa tuya y de nadie mas. Todos esos viajes por el mundo, servicios de transporte, gastos de alojamiento... ah, y el hecho de que pasabas semanas sin trabajo... todo eso puso en rojo tu cuenta con la agencia.

—No te atrevas a culparme de esto, Kim. Era joven y estúpida. Mi última agente te hace ver como una rosa inofensiva. Ella era despiadada y vil y me ofrecieron la luna y las estrellas. Yo tenía quince años. Cualquiera habría mordido el anzuelo.

—Está bien, está bien. Sigue regodeándote en tu propia lástima y, mientras tanto, déjame terminar mi hamburguesa en paz. ¿Qué te parece?

Suspiro y pongo la sobre dentro de mi bolso.

Más que cualquier cosa, me niego a someterme a otro año de modelaje, de miseria y de auténtica tortura, pero me imagino que Kim ya ha perdido la poca paciencia que me tenía después de nuestra última pelea. Una vez más, me abstengo de expresar mis preocupaciones. Es mejor callar, ser discreta, y obediente... al menos por ahora.

Kim se baja posteriormente en algún lugar que ni siquiera me molesto en preguntar. En mi camino al aeropuerto, lloro en la parte posterior del coche de Smith. No sabía qué más hacer. Cada moretón en el cuerpo de Jess, mis deudas y el contrato se asoman en mi mente, exigiendo consideración. Otro año de desdicha. Otro año de no hacer algo importante con mi vida.

—Entonces renuncia —oigo decir a alguna parte valiente en mi interior, pero inmediatamente se me ocurren montones de excusas. No tengo ningún control sobre nada. E Models me posee, al menos hasta que les pague. Ni siquiera puedo salir del coche sin que alguien me lo autorice. Es trágico y patético. Es inevitable creo inevitable como la muerte.

Entonces me doy cuenta. Jess y yo no somos tan diferentes después de todo. ¿Qué hacemos? Nos escondemos. Mantenemos la farsa del juego. Nos mantenemos ocupadas y pretendemos que nada está pasando y que estamos viviendo una vida feliz. Es lo que hacemos. Me pregunto con qué frecuencia nos decimos mentiras para evitar enfrentar verdades incómodas. Acaso, estamos todos sólo fingiendo?

Mi teléfono vibra y lo observo sobre el asiento.

—Hola, Óliver —respondo con cansancio.

—¿Te importaría decirme por qué estás a punto de salir de la ciudad y yo no estaba enterado de esto?

Mi boca se curva un poco. Se siente bien sonreír.

—Seguramente lo supiste antes que yo. Hey, ¿por qué tienes que ser tan molesto? —indago, mi voz atiesta de humor—. ¿Cómo es que llegaste a ser de esa manera? ¿Por qué es tan importante para ti ser una molestia en mi vida?

—Son preguntas que tampoco mis rivales pueden contestar.

—Sr. Black, están listos para usted —una voz femenina anuncia en el fondo.

—¡Qué barbaridad! —dramatizo—. Esta tiene que ser la llamada más corta en la historia de las llamadas.

—Bueno, y entonces... ¿por qué tienes que ir a California? Es aburrido allá.

—Tú eres aburrido. Y no tengo que decirte.

—¿Soy aburrido?

Me río.

—Tengo que trabajar, Óliver. Hablas como si me fueras a extrañar —apoyo la cabeza en el asiento del coche, sintiéndome un poco triunfal—. Tengo una sesión de fotos. Es importante y va a ayudar a mis finanzas.

—Eché un vistazo a tu contrato de modelaje. ¿Ya lo firmaste?

—No he terminado de leerlo. Tengo un par de páginas qué leer aún. Firmaré pronto.

—¿Estas segura de que quieres firmarlo?

Ni siquiera he intentado hacer que el lápiz toque el papel. Simplemente no quiero. Este trabajo no es lo que quiero hacer, aunque soy trágicamente buena para hacerlo.

—Pronto, Óliver —repito—. Voy a firmarlo pronto.

—Conozco tus deudas, Sophie. Yo puedo cuidar de ellas.

—Ya hablamos de esto.

—Al menos, trátalo como un préstamo —insiste—. No me interesa que me devuelvas el dinero, pero si tanto estas aferrada a hacer todo tu sola, me puedes pagar cuando quieras. No hay prisa.

—Simplemente no puedo aceptarlo. No esta bien... no para mi. Pero gracias por la oferta.

Oigo voces débiles en el fondo. Una de ellas dice:

—Sr. Black, señor, de verdad... la sala de junta está...

—Discúlpame por cortar esta conversación, Sophie. Tengo que regresar a trabajar. Que tengas buen viaje.

—Ok. Hablamos más tarde.

—¿Más tarde?

Recuerdo su necesidad de garantía positiva.

—¡Pronto! Hablamos pronto.

Antes de colgar, él finaliza con un:

—Y para que salgas de dudas de una vez, sí te extrañaré.

—Y yo a ti.

***

UN ALAMBRE RIZADO está pegado alrededor y dentro del oido de Reed. Lentes oscuros cubren sus ojos de halcón. Es intimidación pura. Él se ofrece a llevar mi equipaje, cuando nos aparcamos en el estacionamiento del John F. Kennedy International. Ferozmente terca como soy, sacudo la cabeza, me bajo del auto y agarro la maleta yo misma. La saco y veo dos grandes bolsas de lona en el extremo posterior del maletero.

—¿De quién son esas bolsas? —pregunto.

Reed lanza una bolsa sobre su hombro.

—Tengo que ir con usted.

Abre ligeramente la otra bolsa y miro boquiabierta las armas dentro de ella. Toma una pistola y la esconde en un soporte dentro de su chaqueta.

—Era de esperarse. ¿Realmente es necesario llevar todo eso? Tienes suficientes armas para iniciar una milicia.

—Estoy aquí para protegerla de cualquier peligro.

—¿Planeas derribar un ejercito?

Ignora mi pregunta.

—¿Sabe cómo usar un arma?

—Sí, claro. De hecho, soy una asesina a sueldo.

Sus cejas se disparan hacia arriba en aparente incredulidad.

—Ay —gruño—, ¿estás bromeando? ¡Desde luego que no! Ni siquiera había visto un arma real antes de ahora. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Es sólo por curiosidad. ¿Quiere aprender? Todo lo que tiene que hacer es apuntar a lo que quiere matar y disparar.

Lo miro con recelo. «*¿Por qué dijo "matar"? ¿Por qué no decir simplemente herir o dañar?*» Coge mi mano, luego la otra, revisándolas brevemente.

—¿Qué? —digo.

—Esta es una pistola semiautomática —comienza a explicar—. Puedo ver que es diestra porque su mano derecha esta más áspera y encallecida. Sostenga la pistola firmemente con su mano dominante y extienda el brazo.

Pone una de las armas en mi mano y continúa instruyendo en donde mi agarre, mis hombros y mi cuerpo debe estar. Tomo una

respiración profunda.

—Cuando dispara, se vuelven a cargar automáticamente. Empecemos por lo fácil. Dispare a ese bote de basura que está allá —señala a un basurero cerca de la salida del estacionamiento y mi estómago se hace un nudo.

—¿Qué? ¡No! ¿Estás loco? No voy a disparar un arma de fuego en el estacionamiento de un aeropuerto ¿Crees que soy imprudente o simplemente estúpida?

—Tengo autorización para disparar en el acto. Imagine que ese basurero es su secuestrador. Ha estado planeando cómo llevarla durante meses. Quiere llevarla. Lo hará si no dispara. Tiene que hacerlo, de lo contrario está muerta. Dispare, o él lo hará. Dispare.

—Pero...

—¿Dejará que se la lleve?

—No.

—¿Lo hará?

—¡No!

—Esta es su oportunidad. Aquí viene. Se está acercando. Hágalo ahora.

Al tener la pistola en la mano y una sensación de peligro en mi mente, siento una oleada repentina de poder. Aprieto los ojos y disparo, pero no escucho el bang.

Abro los ojos y Reed parece estar gozando de un momento divertido. Está riendo, su rostro se arruga en lo que puede ser la primera sonrisa real que he visto en él. Sus dientes blancos contrastan muy bien con su oscura piel. Supongo que no puedo estar demasiado indignada, a causa de nunca antes haber visto siquiera una sombra de sonrisa en sus labios.

—¿Todo ese gran discurso para nada? ¿En serio, Reed?

Se apodera de la pistola de mi mano.

—¿Cree que soy imprudente o estúpido, jefa? Es un arma de fuego vacía. No hay munición en el arma. ¿No creyó que realmente iba a dejarla disparar un arma de fuego en el estacionamiento de un aeropuerto, verdad?

Me siento humillada y degradada.

—¿Qué fue todo esto entonces?

—Fue una lección. Regla número uno: siempre mantener los ojos abiertos cuando se dispara un arma. Regla número dos: aprender la diferencia entre un arma cargada y otra descargada.

—¡Por favor! ¿Cómo diablos se suponía que debía saber si estaba cargada o no?

Él sube las cremalleras de sus maletas y cierra la tapa de la cajuela.

—Regla número tres: tratar a cada arma como si estuviera

cargada.

—Pero la regla número dos dice...

—Regla número cuatro: no disparar porque alguien lo indique. Deberá estar absolutamente seguro de que se está tomando la decisión correcta. Regla número cinco —hace una pausa.

—¿Qué? ¿Cuál es la regla número cinco?

Él sonríe.

—Ya llegaremos a eso.

Camino a través del aeropuerto hasta llegar a la sala de espera. Una voz alegre de mujer notifica a los pasajeros en el vuelo algo, en ruta hacia el destino algo, reportarse a la puerta algo. Sentados uno junto al otro, hojeo una *Cosmopolitan*, pero luego recuerdo que odio leer sobre cómo debo lucir, cómo debo hacer volar la mente de un hombre en la cama y, lo peor, los siete secretos para tener más amigos.

Lanzo la revista sobre el asiento próximo al mío.

—Entonces, Reed, ¿cuánto tiempo has estado haciendo todo este asunto de guardaespaldas?

—Es bastante reciente.

—¿Y qué piensas de trabajar con Óliver?

—No tengo ninguna base para formar una opinión —responde con gravedad, sin mirarme—. Pero, una cosa que puedo decir es que no me gustaría trabajar en su contra.

—¿Por qué dices eso?

—Porque perdería.

Trago saliva, sin saber qué otra cosa hacer. Óliver es el Rey Midas de los negocios, pero yo nunca rendiré a la intimidación. Deslizo mi contrato fuera de mi equipaje de mano y lo reviso.

***

CINCO HORAS Y una larga siesta después, estoy en una locación en una playa popular en Malibú, California.

Las olas agresivas son visibles a la distancia; el agua helada llega hasta acariciar la arena caliente. El aire puro es fresco y acogedor. Las olas se elevan en ráfagas amargas, estrellándose en y sobre mi cuerpo. Curvo, giro, y sonrío como si fuera una sirena en la costa.

Un asistente de maquillaje está en la línea lateral con su cinturón de cosméticos atado a su cintura, asegurándose de que mi cara y piel estén como deben en todo momento.

—Puedes salir del agua ahora, Sophie —dice ella, señalando con la mano. Pero no la escucho. Entierro mis dedos de los pies en la arena y contemplo el cielo.

—¿Qué estás haciendo? —dice el fotógrafo en un acento ruso—.

Sal del agua, querida. Voy a conseguir tomas rápidas en la arena.

Me arrodillo y paso mis manos por los rizos sueltos y húmedos que bajan por mi espalda. Convenzo a mi cuerpo de adoptar toda una serie de poses. El fotógrafo ordena a su subordinado que ajuste mis tirantes del bikini.

—Date vuelta en la arena —dice, haciendo clic, clic, clic en las fotografías—. Sí. Sí. ¡Maravilloso!

Soy una visión de pelo mojado, piel húmeda, y labios lustrosos, llevando la nueva línea de baño de Herve Leger: un vendaje verde de una pieza, entrecruzándose en mi cintura con un recorte en el área del abdomen. Hago lo que me dicen y acojo con entusiasmo el sol ardiente. Estoy segura de que luzco como un león marino en su hábitat natural.

Después de que el fotógrafo termina con las fotos, la asistente de vestuario me cubre con una bata y me da una banana. Miro la arena tomar nuevas formas al caminar sobre ella, hasta llegar a la pequeña choza del fotógrafo.

—¡Te amé hoy, Sophie! Fabuloso, cariño —dice tarareando y colocando su equipo dentro de la maleta.

—Gracias —pongo el final de la banana en mi boca.

Termina de almacenar su equipo y viene hacia mi como si me fuera a dar un abrazo, un abrazo que no va a suceder en tanto se trate de entrar en contacto con él. Me alejo sin demora. Intenta una vez más, pero lo esquivo.

—¿Qué sucede? ¿No te gustan los abrazos?

—No.

—¿Sólo uno pequeño?

Afortunadamente, mi teléfono celular suena. El fotógrafo parece entender y se aleja. Yo me quedo ahí como una palmera. Es Óliver. Tomo el teléfono, pero no es Óliver. Es Cassie. Habla rápido, un poco demasiado ruidosa. Mi corazón cae al suelo al escuchar lo que dice.

DIECINUEVE

—OLIVER BLACK —PREGUNTO jadeante a la enfermera detrás de la recepción.

—Es la habitación 110 —dice—. Por ahí —señala a los ascensores.

—Gracias. En el momento en que pronuncio la letra ese, ya estoy subiendo al ascensor.

Dentro, exhalo una respiración pesada mientras miro mi reflejo en la superficie de espejos de las puertas. Coloco mis brazos alrededor de mí con fuerza... tratando de alejar el frío y abrazar mi cuerpo como si se tratara de cualquier otra forma de calor humano reconfortándome.

Salgo del ascensor y veo a Cassie hablando con el médico de la fiesta en el barco. Me apresuro aún más.

—Llegué tan pronto como pude. Hubo un retraso en mi vuelo y no había puerta disponible cuando por fin llegamos, así que tuvimos que esperar en la pista de aterrizaje y... estoy hablando demasiado rápido... lo siento. ¿Cómo está Óliver?

—Está durmido —dice Cassie—. Pero ya está mucho mejor. No te preocupes.

—¿Alguien puede decirme, por favor, lo qué está pasando?

—Sophie, ¿recuerdas al Doctor Wu? —vuelve a preguntar Cassie.

—Sí. ¿Qué tal?

—El Sr. Black tenía cálculos renales —comienza a explicar—. Durante meses, él mismo pospuso el tratamiento. Esto empeoró la condición. Tuve la oportunidad de salvar el riñón izquierdo y corregir todo el daño. Quité dos grandes piedras y un grupo de otras más pequeñas. Tuve que hacerle una incisión en el costado.

Lo interrumpo.

—¿Cálculos renales? ¿Por qué no recibió tratamiento antes? ¿Quitaron todas las piedras?

Cassie agarra mi brazo.

—Sophie, cálmate. Óliver va a estar bien.

—Sí. Todas las piedras se han ido —dice el médico—. ¡Las dos grandes eran del tamaño de bolas de golf!

—Lo siento, ¿se supone que eso es gracioso?

—Sophie —Cassie me reprende.

El doctor Wu se aclara la garganta.

—Estará como nuevo muy pronto, señoritas. Sólo necesita tiempo

para sanar adecuadamente. Su apéndice estaba muy hinchada. Si lo hubiera dejado más tiempo, podría haber estallado, y entonces, las piedras, una apendicitis y el riñón juntos habrían sido un verdadero problema.

Cassie y yo vamos a la habitación de Óliver. Me quedo fuera por un momento antes de entrar. Camino como si pudiera caer en cualquier momento. Al verlo atado a una cama de hospital, con robots monitoreando sus signos vitales, mi corazón se desploma. Luce frágil y vulnerable, como un juguete roto tirado a un lado por un niño descuidado.

Junto mis brazos y trato de calmar el ambiente helado. Cassie se sienta junto a él, mirando el catéter que sale de su mano.

Después de un momento de silencio, ella dice:

—Sabes, Óliver es como un padre para mí.

Comparto un movimiento de cabeza.

—Lo sé. Ya has oído al médico. Va a estar bien.

—No es eso —su voz es baja y seria—. Es sólo que... él siempre está cuidando de mí —levanta la vista hacia él—. Rara vez lo veo vulnerable y es... espantoso. Me puse a pensar en lo que haría si alguna vez él no estuviera en mi vida.

—Es humano —le digo con valentía. Pero en mi cabeza, pienso lo mismo que ella—. A veces los hombres fuertes necesitan ayuda. Es completamente aceptable.

—¿Conoces a Óliver? No es alguien que usualmente necesite ayuda. La última vez que necesitó ayuda, lo enviaron a la detención juvenil por dos años.

—¿Qué dices?

Ella me mira desde el otro lado de la cama y me asiente con la cabeza.

—Sí.

Expulso una respiración nerviosa.

—¿Para qué en el mundo iría Óliver a la detención de menores?

—Cargos de asalto.

Mi expresión perpleja debe haber llamado su atención, porque, de repente, me esta diciendo que fue hace mucho tiempo. Hay un silencio persistente, pero entonces ella comienza.

—Óliver era menor de edad cuando sucedió. Lo evaluaron, el juez de la corte dijo que tenía una mente notable y tal regalo no debería ser desperdiciado, que debía usarlo para el bien común. Lo enviaron a algún tipo de programa comunitario en Massachusetts. No sé la historia completa. Estoy segura de que Óliver te la puede contar.

Mi conocimiento limitado se reduce a lo que Óliver reveló en un patético juego personal de Jeopardy, y me doy cuenta de que, quizá, yo no sé lo suficiente sobre él.

—Pensé que Óliver fue a Massachusetts para estudiar, ya sabes, a MIT. Definitivamente no dijo nada acerca de detención juvenil.

Cassie responde con una mirada de burla. Es inequívoca.

—¿Estudiar? —dice—. ¡Para nada! La idea era que Óliver ayudara en la Universidad; que enseñara, interactuara con gente con mentes similares, hiciera amigos... y esto evitaría futuros problemas que le podrían llevar a cometer actos negativos o crímenes.

—¿Por qué él habría de estar involucrado en actos negativos? ¡Es Óliver! Hace muebles con árboles que se han caído de forma natural. ¡Por el amor de Cristo!, no es un hombre violento. No es una amenaza para nadie.

—Al parecer, las personas muy inteligentes son más propensas a desarrollar enfermedades mentales. Y los enfermos mentales son más propensos a cometer crímenes violentos que los demás.

—¿Es eso lo que piensas?

—Bueno, no, pero vi en las noticias que hay más personas con trastornos mentales en las cárceles que en los hospitales.

Paso un dedo sobre el sudor escurridizo de mis labios, la perplejidad corre por mi cabeza.

—Óliver no es ningún enfermo mental. Es simplemente muy inteligente y recuerda cosas que la mayoría de las personas olvidan... ¿verdad?

—Mi hermano no es muy tolerante que digamos cuando se trata de ese tema —responde ella—. Si eres de las pocas que sabe sobre eso, considérate afortunada.

—Realmente no sé mucho.

—Óliver solía ayudarme con la escuela. Podía hacer problemas de matemáticas realmente difíciles sólo usando la cabeza. Se acuerda de todo, las cosas que lee, cosas que ve, cosas sin importancia personal, como qué tipo de zapatos alguien llevaba en un día determinado. En serio, yo ni siquiera puedo recordar lo que comí en el almuerzo. Es claro que no soy como él. Estoy segura de que te puede decir el término médicamente aprobado para su condición, si quieres preguntarle.

—Lo siento, ¿una condición? ¿Algo está mal con él?

Agacha un poco la cabeza.

—Tienes que entender algo, Sophie. Yo amo a mi hermano, y quiero lo que es mejor para él.

—Sí, claro, lo sé, Cassie. Me preocupo por él también. Muchísimo.

—Lo que estoy tratando de decir es... no sé... Óliver... él no hace las cosas como una persona normal.

—Cassie, no te mortifiques. Creo saber que es un hombre extraño. Está bien. Yo soy una mujer extraña.

—Eso no va a ser suficiente para hacer que funcione.

—Continua —digo, no rechazando la idea.

—Mira, todo el asunto de la detención juvenil fue un momento difícil para Óliver. No quiero verlo sufrir así de nuevo. Realmente él no puede estar con alguien que no pueda manejar la situación.

—¿Estás diciendo que no puedo manejarla?

—Eso es... eso no es lo que quise decir. Sophie, estoy tratando de hacerte un favor. Yo lo conozco... es mi hermano... es una parte de mi corazón. Te hará feliz, te hará reír y, más importante aún, te hará pensar... llegarás a ser muy importante para él. Pero también es un hombre complicado, difícil de entender. Estarán bien al principio, pero luego verás. Verás de lo que te estoy hablando.

Los párpados de Óliver comienzan a temblar. Entonces, se despierta. Luce alerta y un tanto molesto.

—Hola, hermanito —Cassie lo arrulla con su voz melosa—. Me alegra ver que estás despierto. ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien —murmura. Mueve su cabeza a un lado y me mira directamente a mí.

—¿Qué estás haciendo aquí, Sophie?

Me acerco a la cama.

—Híjole, que bueno es verte a ti también.

—¿Por qué estás casi desnuda?

Los ojos de Cassie se agrandan súbitamente como si acabara de ser testigo de un delito. Examino mi atuendo: vestido amarillo con los dobladillos cayendo en mis muslos.

—Pues porque estuve en California hoy —replico—. Imagina mi preocupación cuando Cassie llamó para decirme que estás en el hospital. Debiste haberme dicho lo que estaba pasándote.

—No era necesario.

—¿Qué quieres decir con que no era necesario? —digo disparándole una mirada gélida—. Estás en el hospital. ¡Era necesario!

—Ya, déjalo. No es gran cosa.

—No me importa si te cortaste el dedo con un papel, no me ocultes cosas. ¿Cómo te sentirías si yo te hubiera escondido algo?

—Ustedes dos, ¡relájense! No quiero tener que calmarlos —exclama Cassie—. Lo importante es que Óliver está cada vez mejor y que va a salir del hospital pronto. Es lo que importa, ¿no?

Óliver niega con la cabeza, visiblemente fastidiado. La tensión parece perforar el aire.

—No —argumenta—. Me voy de aquí ahora mismo.

***

DESPUÉS QUE ÓLIVER habla con algunas personas en el hospital, lo dejan ir. Va a casa y yo voluntariamente contribuyo con atenciones y

cuidados. Esta situación lo hace demasiado vulnerable, lo que a su vez lo hace anormalmente exasperante. Es, quizá, la primera vez que no me pide quedarme con él. Hace todo lo contrario, dice que me vaya. Independientemente de su orgullo y virilidad herida, me quedo con él de todos modos.

—Puedo hacer esto por mi cuenta. No necesito tu ayuda —se queja como un niño pequeño cuando salimos del ascensor, mi brazo alrededor de su cintura, la suya en mi hombro.

—Deja de actuar como un niño, Óliver.

El camino a la habitación principal comienza a sentirse muy lejos. No estoy exactamente segura de cómo puedo ser de ayuda, sabiendo que él es más alto y más pesado.

—Sophie.

—Ay, ¿qué? ¿Es tan difícil para ti permitir que te atienda? Estas sólo discutiendo porque quieres discutir.

—Esto va en ambos sentidos, ¿no es así?

—Ya cállate, Óliver.

Para intentar evitar la humillación de su condición, me aparta de sí y, cuidadosamente, camina hacia la cama presionando su estómago como si le doliera, y entonces colapsa allí mismo.

—¿Ves? —dice—. Puedo hacerlo por mí mismo.

En mis entrañas, sé que un exceso de compasión no ayuda a nadie.

—Sí, eres un hombre fuerte, pero ahora estás cansado —sacudo una almohada y la moldeo. Le quito los zapatos y alcanzo su cintura para bajarle los pantalones.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta.

—¿Qué te parece que estoy haciendo?

—No me puedes desnudar y esperar que no haga nada al respecto.

—Estoy tratando de hacer que te sientas cómodo.

—Me gusta ese vestido, pero me gusta más lo que hay debajo de él.

Entorno los ojos un poco, medio molesta, medio sonriendo. Me tira a la cama hasta quedar sobre su cuerpo.

—Óliver, no —le digo—. Estás en recuperación.

Comienza arrastrando su nariz hasta mi cuello.

—No, estoy en dolor porque estás distante.

—¿Distante? ¡Estoy encima de ti! No quiero que te lastimes. El médico dijo que tienes que...

—No tenerte es lo que me lastima.

—Ay, que payaso. ¿De verdad tienes que decir eso? Es tan bajo —respira en mi oído. Instintivamente, me estremezco por todas partes—. Espera. No —murmuro mientras él muerde suavemente el lóbulo de

mi oreja—. No...

Allí mismo, a punto de hacer el amor, me vuelvo hiper consciente de mi situación emocional. Hay cosas que no me ha dicho y, sin embargo, hay una voz en mi cabeza que me dice que me estoy enamorando de él a una velocidad anormal. ¿A quién intento engañar? ¿Acaso hemos discutido el concepto de profundidad emocional?

Un reflejo abrumador de supervivencia se hace cargo. Me deslizo de su abrazo y me alejo de él a una esquina de la cama.

—¿Qué pasa?

No tengo la menor idea, así que me encojo de hombros.

—No sé. Lo siento. No puedo hacer esto ahora.

—¿Por qué no? —sus cejas se arrugan—. Está bien, no vas a hacerme daño.

—Todo esto me está... me está llegando —respiro rápido, agitada.

—¿Te está llegando? —se sienta con precaución, dejando caer la cabeza contra la cabecera de la cama—. A ver, Sophie, respira. ¿Qué estas tratando de decir?

—Todo va muy rápido.

—...y supongo que eso es malo.

—¡Pues... sí! Han pasado tantas cosas hoy y creo que deberías descansar un poco. Yo también lo necesito.

Se ve confundido.

—¿Por qué rápido es un problema de repente?

—No me siento segura. No sé, todo es muy raro. Y no es sólo eso.

—Entonces, ¿qué es? Cualquier cosa que te esté molestando, dímelo y lo resolveremos.

Asiento con la cabeza antes de sonreírle.

—Óliver —lo miro, desesperada por ser entendida—. Quiero una relación real. Una en la que puedas ser sincero y yo pueda confiar en ti de todo corazón. Una en la que yo pueda ser sincera y tu puedas confiar en mí de todo corazón. Nada de secretos. Quiero saber quién eres y quién fuiste. No quiero tener que saber de ti por algún artículo en Internet. Quiero que me cuentes todo, lo bueno y lo malo. Puedes confiar en mí.

Después de decir esto, sus ojos se fijan a la ventana. Desarrollo un repentino impulso por retirarme de la situación. Me gustaría que la cama mágicamente se abriera y me arrastrara hacia abajo con ella, a un lugar oculto.

Su silencio es demasiado punzante.

—Por favor, di algo.

Coloco las piernas contra mi pecho y muevo mis manos hacia arriba y hacia abajo para generar el poco calor que puedo. Mi cara se contornea ante algo parecido a la decepción. ¿Por qué está dudando?

Nunca había dudado antes.

***

LA MAÑANA LLEGA rápidamente y no puedo soportar ver a Óliver a los ojos antes de que despierte, así que huyo con la pizca de respeto que aún me queda.

Sólo se necesitan dos personas muy relajadas para obstruir el flujo en una concurrida acera de Manhattan. Llego a esta conclusión mientras Stacey y yo salimos de una cafetería —estoy hablándole sobre Óliver y su respuesta no dicha— y una estampida de caminantes sin gracia nos gritan para que nos apartemos del camino. Stacey les grita de vuelta.

—¿Por qué no pudo haber dicho algo? —pongo mis manos en el aire—. A estas alturas, me habría conformado con cualquier cosa. Cualquier cosa hubiera sido mejor que su silencio.

Stacey toma un sorbo de su café espumoso.

—Los hombres son unos malditos —ella realmente lo cree. Jonathan ha terminado con ella, pero Stacey tiene la fortaleza de un voraz incendio y la osadía de diez gladiadores enojados—. Te lo juro, Sophie, ya terminé con todo eso de las citas. ¡Estoy fuera del juego! Ya terminé de pasar por mi vida amorosa con guantes de cátcher en ambas manos. ¡Ahora estoy lista para devolverle algo a quien se lo merezca!

Tal vez estoy acostumbrada a tener guante de cátcher en mis manos: Óliver me lanza comentarios ingeniosos, proposiciones atrevidas, apariencia fuera de este mundo, y otras cosas.

—Lo entiendo, Stacey. Le lancé una bola curva a Óliver, un por-favor-déjame-conocer-el-verdadero-tú que lo asustó. Hasta se puso blanco.

—Pues, esperemos que el cabron la pueda atrapar.

Unas rascadas de cabeza después, abro la puerta de entrada a mi apartamento.

—Hey, no sabía que estarías en casa —le digo a Jess, viendola cargar una gran cesta llena de ropa sucia.

—¡No tengo nada que ponerme! —lanza un vestido sucio en la lavadora—. Ha llegado el día, Sophie. Por fin me voy a reunir con los padres de Éric esta noche, y justamente elegí este día para lucir como un gigantesco montón de porquería.

—Si quieres, puedes usar algo mío.

—Apenas puedo encajar mi pulgar en uno de tus vestidos, mucho menos respirar. Además, me acabo de comer una pizza. Me siento enorme y gorda.

—No seas ridícula, Jess. No eres gorda.

—Sí, lo soy.

—¡No! ¡No lo eres!

Hablando de su apariencia, una imagen desagradable aparece en mi cabeza, la imagen de los moretones en su cuerpo.

—Así que... ¿Te va bien con Éric?

Sus ojos nacarados se iluminan instantáneamente.

—¡Sorprendentemente, sí! Creo que está progresando la relación. Sólo teníamos que superar un mal momento, eso es todo —su alegría se extiende como un reguero de pólvora por el apartamento, aunque no me lo creo por completo.

—¿Estás segura de eso?

—¡Sí! Estoy muy feliz. Realmente lo estoy. Creo que él podría ser el indicado.

«¿El indicado?» Podría gritar y golpear mi cabeza contra la pared.

—No me vas a decir que crees en todo ese cuento del "indicado", ¿verdad?

—¡Por supuesto que sí! ¿Qué te pasa? Necesitas tener un poco de fe, Sophie.

—Es una exageración, Jess. Nadie tiene solo "un" amor de sus vidas.

Ella ignora mi comentario y se lanza a mi alrededor mientras me quedo ahí como un pájaro aturdido después de golpear una ventana. La sigo al cuarto de lavado, que también resulta ser el cuarto de baño.

—Jess... yo... tengo que preguntarte...

Ella sigue tirando la ropa en la lavadora.

—Por favor... no lo hagas. No lo hagas. No lo arruines para mí. Estoy bien.

—Pero...

—¡Estoy bien! —dice, con más fuerza.

Me muerdo el labio y pego mis ojos al suelo.

—De acuerdo.

—¿Por qué odias tanto a Éric? —por su tono, se puede decir que ella exige una respuesta.

—No lo odio. Sólo creo que mereces algo mejor —confieso, apoyando mi cabeza en el marco de la puerta—. Lo siento, Jess. Me gustaría poder decirte algo diferente —quiero hablar más alto, pero todo lo que puedo hacer es murmurar—. No suelo decir esto, pero significas mucho para mí. Si hay algo de lo que quieras hablar, o lo que sea... estoy aquí para ti.

Ella le da vuelta a la perilla de la lavadora, ignorándome por completo.

—Y bueno, ¿qué haces en casa tan temprano?

Cuando ella esté lista, hablaremos del tema.

—Estoy esperando a Óliver. Tengo una cita con la policía.

—¿Es grave?

—No lo sé. En verdad estoy deseando que alguien me diga que todo esto ha sido una broma de mal gusto y que realmente no hay nadie que quiera atraparme. Una chica puede tener esperanzas, ¿no es cierto?

—Una chica también puede rezar —dice en un tono muy alentador—. ¿Cómo te va con el asunto de vivir con Óliver?

—No me va —suspiro—. Estoy en la nada.

—¿Eso significa que no te mudarás con él?

Me encojo de hombros. Con todo lo que ha estado pasando, no creo que tenga la mente muy lúcida como para tomar una decisión, y mucho menos una buena. Tengo que elegir entre vivir con un hombre que no me gusta —Éric— y vivir con un hombre que me gusta mucho. Sin lugar a dudas, la elección de Óliver es más fácil. Pero la pregunta es: ¿Qué es más aterrador? Cuando se trata de amor, nada es sencillo.

***

LLEGAMOS A LA oficina del FBI para discutir la evidencia que ha empujado el caso en una dirección específica.

—Buenas tardes, detective —Óliver extiende su mano para un apretón cuando salimos del ascensor y el detective Hamilton nos está esperando. Él nos ofrece un poco de café y luego nos lleva a la sala de reuniones con paredes de vidrio transparente. Pongo mi brazo alrededor de Óliver mientras él camina —lenta y cuidadosamente— y lo sujeto fuertemente para apoyarlo. Está adolorido después de la cirugía, muy débil, a pesar de que no lo dice en voz alta. En la larga mesa de conferencias, Óliver tiene un asiento en la cabecera y yo me siento a su derecha.

—Bueno, ¿qué sabemos? —Óliver dice, directo al grano.

—Tenemos una idea —dice el detective lanzándose sobre una silla.

—¿Una idea? —digo molesta—. ¿Ustedes tienen solo una idea?

—Se hicieron búsquedas muy especificas en su apartamento, señorita Cavall —el detective dice rotundamente—. No encontramos nada, a excepción de la muñeca.

—¿Qué quiere decir con nada? —lo miro—. El lugar estaba hecho un desastre.

—No se encontró ninguna prueba. No hay señales de entrada forzada o salida apresurada. Supongo que nuestro amigo sabía quién estaba en casa y quién no.

—Lo que significa que él podría haberme secuestrado en ese mismo momento. Yo estaba sola.

—No del todo —explica—. Él estaba allí para asustarla, nada más.

Si bien no se encontraron muestras de ADN, huellas dactilares, nada de nada... igualmente, fue muy imprudente. La mesa volcada nos dice eso. Algo le pasó ese día... lo hizo enojar. Es casi como si hubiera tenido un colapso.

Levanto una ceja.

—Tratamos de seguir su posición desde diferentes cuentas de Twitter, pero no dejó pistas digitales. Le puedo decir esto: es hábil y muy inteligente. No sé si pueda decir lo mismo sobre el que irrumpió en su apartamento.

—¿Está diciendo que no es la misma persona?

—Es una posibilidad —responde.

Óliver tira de la corbata y se deshace el botón superior.

—¿Qué saben de la muñeca? ¿Quién la compró? ¿De dónde viene?

—Lo sabremos muy pronto —el detective abre una carpeta de manila sobre la mesa, delante de él. Sin emoción, empuja varias fotografías de la muñeca hacia nosotros—. Como puede ver, no hay sello en el cuello ni tiene la etiqueta del cuerpo cosida en el lateral de la muñeca. Esto habría podido decirnos quién la fabricó. El vestido, sin embargo, tenía una etiqueta, pero la misma fue cortada.

—¿Qué hay del cuchillo?

—Fue tomado del bloque de cuchillos del tope de la cocina. No hay huellas. Esta limpio.

—Bueno, no puede ser que no haya nada —Oliver advierte.

Golpean la puerta. Una agente asoma la cabeza y dice:

—Señor, ella está aquí.

—Envíala para acá —ordena—. Llamamos a la mejor coleccionista de muñecas en Nueva York.

Entra una chica asiática llamativa, de unos diez años, con una camiseta blanca, falda de mezclilla y botas Converse de color rosa y talle alto. Tiene el pelo marrón, trenzado y un montón de pulseras de colores adornan sus delgadas muñecas.

—Es una niña —observo rápidamente.

—No, soy un hada y concedo deseos.

Me dirijo al detective.

—Y también es contestona.

—Qué significa esto? —dice Óliver, serio.

—Ella es Helen Makigookee —el detective gesticula hacia ella—. Helen tiene una impresionante colección de muñecas de todo el mundo, más de doscientas, las conoce por dentro y por fuera.

—Doscientos treinta y dos. Y no es Makigookee —dice toda pomposa, entornando los ojos—. Es Makiguchi, como en *Gucci*. ¿Esto va a durar mucho? Mi mamá me espera afuera para llevarme al dentista.

—¿No estas un poco grande para jugar con muñecas? —se burla Óliver mirándola.

—No juego con ellas, tonto. Las colecciono.

—Es lo mismo. ¿Tienes cuántos años, quince?

—Casi doce años.

—Es lo mismo.

—Sr. Black, por favor —dice El detective cívicamente—. Helen, toma asiento donde quieras. No vamos a tomar mucho de tu tiempo.

Tan pronto como Helen se sienta, descubre las fotografías de la muñeca sobre la mesa y extiende sus pequeñas manos sobre mí para llegar a ellos. Los tres la miramos fijamente, luego el uno al otro.

Ella estudia las fotos.

—Tengo que verla en persona.

—Me temo que la muñeca está en evidencia, Helen —fice el detective.

—Y yo me temo que tengo que verla personalmente. No puedo sólo mirar una foto. Tengo que tocarla.

Me pongo rígida. Óliver apoya los codos en la mesa y se pasa las manos por el pelo, aparentemente a punto de perder la cabeza. El Detective Hamilton llama a su compañero y le ordena traer a la muñeca. Los cuatro nos sentamos en relativo silencio hasta que la traen. Le dan un par de guantes de látex a Helen; luego ella toma la muñeca en sus brazos. Mi estómago se retuerce y muerdo el interior de mi mejilla.

—Interesante... —Helen examina la estatuilla espeluznante—. Parece tener una estructura única. Brazos de silicona, las manos y las piernas, toda la cara, y el cuerpo blanco. Muy suave y delicada. Encordado perfecto. La costura en la parte posterior es casi invisible, a diferencia de cualquier muñeca de mi colección. No hay signos de daños. Parece nueva. Se siente como que acaba de salir de la caja. Podría ser Mattel o Madame Alexander, es difícil de decir. No es una "American Girl". No es pirata. El vestido, los zapatos y las joyas no parecen parte de un atuendo de encuentro. Debe ser una elección del dueño o fabricada por él mismo —le acaricia el pelo a la muñeca con ternura—. Es una obra de arte.

—¿A qué te refieres con "atuendo de encuentro", exactamente? —sondea el detective.

—Lo que la muñeca lleva puesto cuando la compran. Este es un vestido lindo, pero se nota que el dueño se lo puso. Su cintura es muy delgada —dice tirando de la vestimenta—. ¿Ves? Le queda grande. No se ajusta a ella.

Óliver la interrumpe.

—Tal vez el dueño compró el tamaño de vestido incorrecto.

Helen niega con la cabeza.

—No lo creo.

—Tal vez la muñeca perdió peso —de nuevo Óliver.

—Eres gracioso.

—¿Sabes qué más es gracioso? El hecho de que estoy sentado aquí escuchando a una niña dar una presentación sobre la estructura de muñecas.

—Óliver, no ahora —lo reprendo.

El detective se inclina hacia adelante, con una expresión seria en su rostro.

—¿Cuál dirías que es la razón, Helen?

—No lo sé, pero sólo mírala —mantiene la muñeca en el aire—. ¡Es perfecta! Alguien pasó una gran cantidad de tiempo y esfuerzo para hacerla. Las muñecas son un trabajo duro. No pones el corazón en ello para luego estropear el atuendo.

—¿Qué significa eso? —presiona el detective.

—Usted es el policía. Usted averígüelo, ¿no? —señala Helen.

Mis cejas se arrugan.

—A ver, ¿Helen? —no puedo creer que estoy buscando respuestas en una niña—. ¿Qué significa todo *esto*?

—Significa que la muñeca no se compró —dice Óliver suspirando profundamente e inclinándose un poco hacia atrás en su silla—. Fue hecha a mano.

—¿Quién lo iba a decir?, no eres un tonto después de todo —ridiculiza Helen—. Él tiene razón. Fue hecha a mano. Pintada a mano. Toda a mano. Las costuras son muy cuidadosas. Se ve muy natural. Apuesto una cabra bebé a que vale mucho dinero. ¿Quieres que adivine? Apuesto a que el que la hizo no quería perderla.

Casi puedo sentir a la muñeca mirándome.

—Aléjala de mí. Es espeluznante.

A Helen le da un poco de risa.

—¿Qué?

—Se parece un poco a ti.

Puedo sentirlo, mi corazón late más rápido y más rápido, el sudor atravesando todo mi cuerpo, mi cerebro casi hirviendo.

—Gracias por tu ayuda, Helen —dice el detective—. Puedes volver con tu mama ahora.

Después de su partida, el detective Hamilton le dice a su compañero que le consiga una lista de cada fabricante de muñecas en el país.

—Ya me has oído —dice—. Todos —se pone de pie y camina por la habitación pensativo.

Lentamente, se sienta de nuevo en su silla y dice:

—No estábamos viendolo de la manera correcta. Hay dos.

La afirmación toma a Óliver por sorpresa.

—¿Qué quiere decir con que hay dos?

—Lo más probable es que sean un hombre y una mujer, juzgando por la huella femenina que encontramos en el sobre.

Debo estar escuchando cosas.

—Lo siento. ¿Qué? ¿Dos?

—Tiene sentido —dice el detective—. Uno tiene el motivo; el otro ejecuta el crimen.

Me burlo.

—¿Así que... ahora son Bonnie y Clyde? ¿Eso es? ¿Y cómo sabe que es la huella de una mujer?

—Sophie —Óliver me sostiene la mirada como diciéndome que me calme.

—No estoy tratando de ser difícil. Quiero respuestas.

El detective añade:

—La composición química de una huella es distintiva para cada sexo, señorita Cavall. Algunos podrían considerarlo el crimen perfecto. Por separado, ninguno de ellos puede ser incriminado. Póngalos juntos, y tenemos un criminal —el posible fabricante de la muñeca— y un cómplice, que creo que es la chica que irrumpió en su apartamento. ¿Qué le dice esto a usted?

Suspiro, permitiendo que mi cuerpo tenso se asiente.

—Nada, no me dice nada. Lo siento, pero no tengo ni idea. Ni siquiera estoy segura de si la persona que está detrás de mí es un fabricante de muñecas. Podría haber contratado a alguien más para hacerlo, de acuerdo con lo que sabemos.

—Al pintar la Mona Lisa, no creo que Da Vinci haya convocado a Miguel Ángel para que le ayudara a pintar la mano derecha de Lisa.

Una sonrisa se avecina a la cara de Óliver.

—Él tiene un punto.

—Sí, ya entendí —le digo.

—Un asesino es un artista, y matar es su arte —continúa el detective—. Cada obra maestra está meticulosamente diseñada. Ellos no van a pedirle a alguien más que degollen unas cuantas cabezas por ellos. No le pasan su trabajo artístico a otras personas. Planean todo, desde la ropa que van a usar, hasta el desinfectante de uso hospitalario que necesitarán para limpiar la escena del crimen. Ahora, el vestido... no se ajusta a la muñeca. Analizemoslo.

—Tal vez él no es un creador profesional de patrones —sugiero, frustrada.

—No va a creer esto, pero es una metáfora visual —dice el detective cediendo a una risita—. No se supone que el vestido deba quedarle. Es decir, es a propósito.

Mis ojos buscan su rostro, mientras me inclino hacia delante en la silla.

—No estoy segura de entender.

—Todos podemos reconocer que la imagen de un auto significa un auto de la vida real, o que una persona que lleva una chaqueta significa que está haciendo frío. Se trata de un lenguaje visual, y se comunica con personas. Ambos, psiquiatras y psicólogos, emplean metáforas visuales en su terapia para ayudar a los pacientes que han sufrido un trauma a abrirse, a crear un nuevo significado, o a direccionar un enfoque.

—¿A dónde quiere llegar, detective? —pregunta Óliver.

—La muñeca es usted, señorita Cavall. La persona que hizo la muñeca debe realmente creer que a usted no le queda bien el atuendo y por atuendo me refiero a la tiara, las rosas, todo. Esto se vincula a los días en que era una niña modelo —se frota la boca, pone las manos en las caderas—. Por lo general, trato con asesinatos y asesinatos en serie. A menudo vemos a delincuentes con un falso sentido propio de la justicia; no sólo eso, sino que se ven a sí mismos como víctimas que, a su vez, culpan a una causa exterior. Podríamos estar ante una mujer que quedó eclipsada por usted cuando eran niñas. Se adapta al perfil. Nos da el motivo. Es una buena pista.

—Gané más de cien concursos de belleza —le digo, arrastrada por un torbellino de pensamientos y emociones—. ¿Quién sabe qué chica es? ¿Y por qué está sucediendo ahora, de repente? Fue hace mucho tiempo.

—Lo averiguaremos —promete el detective.

—Todavía no entiendo cómo está llegando a sus conclusiones. ¿Cómo sabe que hay dos de ellos?

—El día en que casi fue secuestrada, había dos —añade—. Está claro que alguien estaba conduciendo la furgoneta. Uno comete errores; el otro no —dice como si fuera evidente—. Yo solía hacer perfiles criminales para el buró antes de convertirme en detective, de meterme en las cabezas de los perpetradores con la esperanza de entenderlos y encontrarlos. Reconozco el comportamiento de un criminal cuando lo veo.

—¡Es un criminal! —grito—. ¿Quién sabe lo que pasa en su cabeza o lo que va a hacer? Probablemente esté jugando con nuestras mentes.

—Todo lo contrario, los delincuentes son muy fáciles de entender, particularmente los asesinos. A menudo hay cosas que resaltan cuando se está formando su personalidad.

—¿Cómo cuáles?

—Abuso sexual, violencia física, abandono... Le puedo decir mucho sobre él, señorita Cavall. Dónde creció, lo que le gusta, lo que no le gusta, incluso puedo decirles esto: su debilidad es su ego. No le gusta fallar.

—Está bien, detective —le digo—. Y, ¿qué pasa con esta otra persona que usted menciona?

—Una compañera. Una mujer. Una hermana. Una amante. Ella lo entiende, entiende su comportamiento y sus necesidades.

Óliver comparte su opinión.

—No parece improbable, Sophie. Si se trata de una mujer de tu misma edad, ella te ha estado siguiendo durante mucho tiempo. No es de extrañar que haya sido capaz de llegar hasta ti. Este tipo de decisión de estar pendiente de alguien es personal. Tal vez ahora, ella encontró a alguien que le ayude a lograr lo que quiere.

—¿Qué es qué?

Ambos hombres se miran el uno al otro, como si yo soy la única que no está entendiendo. El silencio llena la habitación momentáneamente. Entonces, el detective mira hacia mi y me dice, en voz baja:

—Asesinato.

VEINTE

DESPUÉS DE ESCUCHAR todo lo que el Detective Hamilton dice, quedo medio pasmada, sintiéndome atrapada entre la espada y la pared. Estoy extrañamente calmada, y también lo está Óliver, mientras estamos sentados en una cabina, uno frente al otro en el restaurante retro-chic Monkey Bar. Pongo mi tenedor en el plato y aparto mi ensalada.

—¿Hay algo malo con la comida? —pregunta—. Cada bocado es más pequeño de lo que le darías a un bebé.

—No me gusta mucho el queso. Además... no estoy —hago una pequeña pausa mientras el comienza a puñalar todas las pequeñas lajas de queso con el tenedor y las deposita en su boca.

—Problema resuelto.

—...realmente hambrienta —termino de decir.

Echo un vistazo a mi alrededor. Las cabinas están vacías. Las mesas están vacías. No hay una sola persona en este restaurante.

—¿Por qué estamos solos?

—Sabes que me gusta ser libre de la atención pública. Vamos a pedir nuestros platos principales —le hace un gesto a la camarera para que se acerque a la mesa y ella apenas tiene que caminar más de unos pasos para llegar hasta nosotros.

Luce animosa con una mini computadora de pantalla táctil.

—¿Qué va a querer usted, señor Black?

—Las damas primero —dice.

—Necesito un minuto más. Todavía no estoy lista para ordenar.

—¡Claro que sí! —exclama la camarera con exceso de entusiasmo —. ¡Tómese todo el tiempo que necesite!

Sigo leyendo mi menú y miro a Óliver en secreto mientras lee el suyo. No puede ser un enfermo mental como dijo Cassie, ¿verdad? Él comienza a hacer preguntas sobre la carne —la temperatura a la que se guarda en el refrigerador, y si ha sido mecánicamente ablandada—. Aprieto los labios, ligeramente entornando mis ojos. Le oigo decir al final:

—...cocinado a una temperatura de ciento sesenta grados Fahrenheit —si se trata de la solicitud explícita de Óliver o del propio Óliver, no lo sé, pero la camarera se ve abrumada.

—Voy a querer el mismo plato, por favor. Medio cocido.

—Medio cocido es atroz —dice Óliver después de que la camarera

deja la mesa.

—No soy paranoica sobre mi carne, si eso es lo que estás insinuando. Estoy pensando que nuestra comida la van a contaminar por ponerte tan latoso.

Espero a que el termine de comer un trozo de tocino.

—Soy meramente cauteloso, Sophie.

—¿Cauteloso de qué? ¿De tener una comida *normal*, como una persona *normal*, en un restaurante *normal*?

—¿Por qué estás haciendo hincapié en la palabra "normal"?

—¿Qué es todo eso de "cocinado a una temperatura de ciento sesenta grados Fahrenheit"? ¿Quién dice algo como eso?

—Yo —toma un trago de su vino—. Estoy seguro de que este restaurante de lujo puede manejar mis peticiones como corresponde.

Me enredo en una maraña de pensamientos. *«¿Puedo manejarlo a él? ¿Está Cassie en lo cierto? ¿Debo tomar su consejo?»*

Necesito una gran cantidad de paciencia para manejar las verdades catastróficas que aún no han sido dichas y que rodean nuestra relación. Mis propios secretos me están comiendo por dentro.

Después de que nuestra comida llega y quedamos con el estómago gratificado, las preguntas hierven en la punta de mi lengua. Quiero arrojarlas a Óliver, decirlas una por una.

Evito mirarlo mientras comienzo a hablar en voz baja.

—Hey, mientras estabas en el hospital, tu hermana me reveló algunos hechos muy interesantes acerca de ti.

—¿Qué hechos? —pregunta mientras clava una cuchara en un sándwich de helado.

Yo meto mi cuchara en él también.

—Hechos, como, que fuiste acusado en una corte juvenil por asalto.

—¿Te habló de eso?

—Sí.

—¿Qué más te dijo?

—No mucho, sólo que no eras de los que necesitan ayuda, a excepción de esa vez. Ella dijo que la historia completa tendría que obtenerla de ti.

Se echa hacia atrás y se toma su tiempo para saborear el helado. Se limpia la boca suavemente y luego une las puntas de los dedos haciendo una especie de cúpula entre ellos.

—¿Quieres tener esta discusión aquí?

—No veo por qué no. No hay nadie más aquí.

—¿Qué es exactamente lo que quieres saber? Me parece que mi hermana ya ha dicho más de lo que debería.

—Oye, no la culpes —digo—. Yo sólo quiero saber qué pasó, si no es problema. Puedes confiar en mí.

Él empieza, con una apariencia calmada.

—Cuando estaba a punto de cumplir dieciséis, estuve involucrado en una pelea. Supongo que podría decirse que él era un buen amigo mío. Desgraciadamente, terminó en el hospital, gravemente herido.

Sacudo la cabeza para aclarar mis pensamientos

—¿Una pelea?

—Sí, pero ni siquiera lo toqué. Le di un empujón para quitarmelo de encima. Ya era cinta negra de segundo grado en *Shotokan* y había entrenado un año en *Ukidokan* con mi sensei. Sé que fui más brusco de lo necesario.

Lo miro perpleja.

—¿Qué le pasó a tu amigo, exactamente?

—Estábamos borrachos en una fiesta en su casa. Él se resbaló con una alfombra, cayó y se golpeó la cabeza con el borde de una mesa. El médico dijo que su cabeza era como un huevo que se había caído. El accidente lo dejó en coma por seis meses.

—¡Dios mío! ¿Y está bien ahora?

—Sí, excelente, de hecho.

—Entonces, este tipo empezó la pelea ¿Qué le hiciste para molestarlo tanto?

—Estaba borracho, Sophie. No se puede razonar con un borracho.

—Y supongo que hay una chica involucrada en todo esto.

—Sí. Hice algo que no puede considerarse como algo bueno. Me arrestaron inmediatamente después de la denuncia de agresión en su contra. Sus padres presentaron cargos. Yo era un menor, pero logré evitar ir a la cárcel al acordar inscribirme en un programa. Como parte del fallo de la corte, tuve que pasar por muchos... exámenes.

Apenas obtengo respuestas a mis preguntas, mil más se me presentan.

—¿Exámenes? ¿Por qué?

Sus ojos se oscurecen, como si se hundiesen. Su mirada es más cortante que una daga. Y entonces dice:

—Porque menos de treinta personas en todo el mundo han sido diagnosticadas con hipertimesia. Menos aún han sido diagnosticados con síndrome de Asperger moderado.

Apenas las palabras se registraron en mi cabeza, el corazón me dio un vuelco. No sé qué es hipertimesia o Síndrome de Asperger, pero recuerdo a Cassie mencionando algo sobre una condición. Me sobreviene una preocupación y de repente quiero acercármele y reconfortarlo, pero sé que eso no es lo que necesita.

—¿Por eso es que tienes tan buena memoria? —pregunto.

—Un elefante tiene buena memoria. Lo que yo tengo es un recuerdo casi exacto de cada día de mi vida.

Me toma un segundo procesar todo esto; mi cabeza nada en un

océano de pensamientos grises y confusos.

—Se arregló que yo viviera en Massachusetts —explica, después de tomar un sorbo de su copa de vino—. Trabajaría con la comunidad, ayudando a la universidad, conociendo gente con coeficientes intelectuales similares al mío, gente con la que pudiese relacionarme de modo que pudiera cultivar amistades y permanecer alejado del crimen. Me pusieron en un grupo de parias intelectuales, junto con eruditos y autistas atribulados, para que hiciésemos contribuciones especiales a la sociedad. Sin embargo, también éramos mentalmente invalidos, así que nos supervisaban de cerca y nos documentaban. Me han hecho más tomografías de cerebro y pruebas de las que puedas imaginarte.

—Óliver... lo... —balbuceo, mis ojos llenos de lágrimas. Las aguanto mientras digo—, lo lamento tanto.

—Sophie, está bien —ríe entre dientes, tomando mis manos—. Pasó hace mucho tiempo y me alegra que haya sido así. De otra manera no estaría aquí, no te tendría a ti.

—Siempre revivirás el recuerdo como si estuviese ocurriendo otra vez. No puedo ni imaginar lo que debe ser eso para ti.

—No es fácil, eso puedo decírtelo. Pero subiendo rangos y niveles en artes marciales, me he vuelto más equilibrado y calmado en mi propia mente. Fue la razón por que tomé clases de karate, en primer lugar. Cuando era niño leía demasiado, pensaba todo el tiempo, no dormía lo suficiente... sólo llenaba mi cabeza de cosas. En realidad no tenía amigos... mi madre estaba preocupada, decía que el karate podría ser una buena idea. Estaba interesado en la parte física, era un niño larguirucho y desgarbado y las Tortugas Ninja fueron una parte importante de mi infancia, pero entonces se convirtió en una preparación para controlarme aquí arriba —apunta a su sien—. He aprendido a desprenderme de las cosas que le restan calidad a mi vida.

Respiro, dejándome asimilar el peso de sus palabras.

—No sé qué me pasó. Lo siento por mencionarlo. Debe ser difícil.

—Está bien.

—Es sólo que me gustas en verdad.

—Tú también me gustas.

—No, de verdad, verdad, me gustas.

—Bueno, a mí también de verdad, verdad, me gustas.

—Intentémoslo de nuevo —sonrío, recobrando la compostura—. Entonces, Síndrome de Asperger... ¿Eso es... es malo? No sé lo que es.

Deja escapar una exhalación fuerte.

—No tengo intenciones malévolas. No quiero robar un auto o asaltar un banco, si es eso lo que quieres saber.

—Eso sería ridículo. Tienes dinero, Óliver. ¿Por qué querrías

hacer eso?

—Entonces, ¿qué es lo que quieres saber?

«¿Cómo estás programado? ¿Qué debería esperar? ¿Debería preocuparme? ¿Cómo puedo ayudar? ¿Cómo hacemos que esto funcione?»

Simplemente digo:

—Sólo quiero saber lo que significa.

—Significa que tengo una inmensa fascinación por temas específicos como leyes universales, el ambiente, ingeniería, el espacio exterior... la órbita de los planetas. En particular me gusta saber cómo funcionan las cosas.

-Bueno, ese no es ningún misterio —bramo.

-Bien. Entonces ya sabes. No hay nada qué decir.

—Te dije ayer que quería conocerte, Óliver. No respondiste nada. Sólo permaneciste sentado en absoluto silencio. ¿Cómo esperas que me mude contigo con todas estas preguntas creciendo dentro de mí? No creo que pueda seguir con todas estas preguntas sin respuestas en mi cabeza.

Acaricia suavemente su copa de vino como si estuviese contemplando qué decir.

—No dije nada porque no tenía nada que decir en el momento —un gesto de agobio desciende sobre él—. Tú sabes quién soy, Sophie.

Sacudo la cabeza como si el movimiento pudiese reprimir la frustración que sus palabras me causan.

—Claramente, no es así. Conozco el dos por ciento de quien eres. Ha sido un periodo de tiempo relativamente corto para nosotros... no es toda una vida, y eso tampoco sería suficiente.

—Pero este es un proceso, no una carrera.

—¿Ahora es un proceso? Pensé que todo era una carrera para ti, parte de tu consigna de “aprovecha el día”.

—¿Me crees un tonto?

—No, por supuesto que no.

—Yo no me apresuro a nada. Considero las posibilidades infinitas en todo.

—Te apresuraste un poco conmigo.

—No, no lo hice. La diferencia es, llego al punto en un minuto, en vez de en una semana. Veo algo que me gusta, y lo tomo. El tiempo es un lujo del que no podemos obtener más, Sophie. Yo valoro mi tiempo.

—¿Qué tratas de decir? ¿Que tú de alguna manera, por medio de una mente superior, consideras las posibilidades infinitas en un minuto?

—Escucha, esto tampoco es fácil para mí —se inclina hacia adelante—. Eres inestable, inquisitiva, e impulsiva. Siempre vas abriéndote camino sin considerar las posibles consecuencias.

—Discúlpame, pero no creo que...

—Siempre eres impredecible. Nunca sé que vas a decir. Esta incertidumbre me aterra, Sophie, me reta en una forma que nadie ha logrado antes.

—No pretendo complicar tu vida, Óliver.

—Si vas a comprometerte a algo, entonces hazte un favor y asúmelo. Si has decidido ser la mujer más difícil del planeta, entonces párate bajo los reflectores y hazte conocer. Pero no te disculpes por ello. Lo que dices, cómo reaccionas, no está bien; no está mal, simplemente es quién eres.

Estoy impactada por lo que dice. Después de que Óliver paga la cuenta, hace que su chofer detenga el auto, justo frente al restaurante.

Una vez en el auto, él dice:

—Tengo una pregunta.

—Claro.

—¿Te mudarías conmigo?

Dudo.

—Y no digas tal vez —advierte—. No tolero la indecisión y me rehúso a ponderar un tal vez. Comprendo que las posibilidades de que digas que no son altas. Pero, necesito que tomes una decisión: sí o no.

Sacudo la cabeza.

—Pensé que dirías eso.

—No. Quiero decir que lo has entendido todo mal —tomo un momento para ponerme cómoda—. Aparentemente, tú no lo sabes, pero las probabilidades de que te diga que sí, cualquiera que sea la pregunta, ante cualquier situación, son muy, muy altas. La probabilidad de que te diga que no es tan minúscula, tan microscópica, es casi cero. Ahora, no tengo un título en matemáticas pero sé que una probabilidad de cero implica lo imposible.

Sus ojos se agrandan.

—¿Me estás tratando de seducir? —alza la ceja—. Porque si sí, te advierto: soy fácil e insaciable.

—Mi respuesta es sí —sonrío—. Me mudaré contigo.

***

“SÍ” ES UN principio. Un punto de inicio. Una promesa de dar lo mejor de mí. “No” es simplemente un final sin inicio, una promesa de no hacer nada. Al final del dia, me encuentro en una nueva casa, sin nadie alrededor, teniendo que cumplir esa misma promesa.

Después de una ducha, salgo del baño, secando mi cabello con una toalla mientras camino. Mis gruesas cejas se juntan mientras entro al vestidor y me revuelco en su opulencia. Cuelgo la toalla en un perchero, luego miro todas las cajas y maletas sin desempacar

amontonadas unas sobre otras como una torre de tetris. El clóset de Óliver, o más bien el cuarto espacioso con un juego de trece armarios, es la definición de orden y complejidad. Cada artículo de ropa encaja en su lugar de manera majestuosa. Cada armario contiene vestimentas específicas entre las que puedo observar: abrigos, trajes, chaquetas, pantalones, camisas, corbatas, zapatos, ropa de gimnasio. En el centro hay una gran isla que sirve de vestidor, y al final, hay una relajante silla con una otomana a juego. Óliver no dejaría si quiera una pelusa fuera de lugar, pero ahora yo estoy aquí, desordenando su casa con mi ropa, mis joyas, mis zapatos y mis problemas.

Aún no he empezado a desempacar y el pensamiento desesperante llega a mi cerebro: *«¿Podemos si quiera vivir juntos?»*

Al revisar las cajas, mi corazón empieza a acelerarse. Inhalo hasta que mi estómago se infla como un globo, entonces dejo salir el aire lentamente. Miro la caja grande que tiene escrito SOPHIE en la parte superior. Adentro está el pasado que tanto anhelo dejar atrás.

Me arrodillo para luego sentarme sobre mis tobillos, con cajas agrupadas a mi alrededor. Apretado en esa caja con mi nombre está un vejo y mugriento diario. Lo miro fijamente. Me muerdo las uñas. Me preocupo. Paso mi dedo cuidadosamente por el borde y lo abro en la primera página. Recuerdo la casa de la tía Peg, una Sophie joven, encerrada en su habitación, una pluma en una mano, el diario en la otra y una plétora de sentimientos —ansiedad, rabia, desdicha, confusión, dolor— corriendo a través de ella.

Lo que no recuerdo es la casa teniendo un olor particular en aquel tiempo, pero debe haberlo tenido, porque de repente el diario huele exactamente como la camita de la cual mis pies sobresalían, el viejo tocador en el que la tía Peg solía cepillar mi cabello, la sillita rosada que solía tener junto a la ventana. Por un momento, soy transportada emocionalmente a esa época de mi vida.

No recuerdo qué comí ese día o qué llevaba puesto, pero recuerdo exactamente cómo me sentía, y porqué solía escribir en un diario. Era infeliz y escribía para poder liberar un rebose de pensamientos, dejar salir la voz cruel que yacía dentro de mí —la voz enfurecida, la que deambula al final de mi garganta. Por un segundo, me siento de la edad que tengo en esos recuerdos. Recuerdo a la tía Peg secando mis lágrimas. Puedo escucharla decir que sólo es una pesadilla. Y recuerdo claramente cómo eso se sentía.

Para el momento en que termino de leer las siguientes páginas, mis sollozos hacen eco en el vestidor vacío. En una de las páginas, noto una foto recortada de un periódico. La leyenda dice: En la foto superior está la participante de seis años del concurso de belleza, Sophie Cavall, y su madre, Susan Cavall, en el concurso de belleza Señorita Glamorosa.

Recuerdo ese día. Mi cabello fue arreglado en una bola que desafiaba la gravedad con rizos cayendo a los lados. En la parte superior me habían ajustado un lazo rubicundo con peinetas tan arraigadas en mi cráneo que mi pequeña cabecita se sentía como si estuviese a punto de explotar. Una pelusa de volantes rosados rozaba mi piel como papel de lija y no podía esperar para quitármelo.

—Quédate quieta —me ordenó mi madre en el extremo derecho del gran salón mientras ajustaba la gargantilla de cuentas alrededor de mi cuello. El vestido se estaba escurriendo hacia abajo, de nuevo. Ella apretó la gargantilla pero volvió a zafarse. Yo me retorcí y gemí. Ella me tomó de la cintura.

—¡Quédate quieta!

—Duele, mamá —dije en una voz quejumbrosa—. ¿Por qué tengo que usar este vestido?

—Porque yo lo digo. Por eso. Trabajé muy duro para hacerte este vestido. Es un pequeño precio que pagar para que te veas hermosa. Puedes quitártelo después de la coronación.

Sin más charla, ella continuó con los ajustes menores de mi vestido.

—¿Por qué tengo que hacer esto?

—Soy tu madre, tú cuidas de mí y yo cuido de ti —contestó—. Así funciona. Quiero los diez mil dólares, Sophie. No pagué un montón de dinero sólo para verte competir. Así que vas a salir, hacer tu rutina y sonreír, grande, como te enseñé. Y vamos a ganar. No estamos aquí para perder ¿Entiendes?

Mi viaje mental se acaba cuando escucho pasos detrás de mí. Es Óliver. No muevo mi cabeza, nada.

—Sophie. ¿Qué haces aquí?

Rápidamente me seco las lágrimas y volteo a verlo de pie en la puerta del vestidor, con la chaqueta de su traje colgada sobre un hombro.

—Nada —digo—. Estoy desempacando.

—¿Cómo va la mudanza? ¿Te ayudo con algo?

—No, gracias. Yo me encargo.

—¿Qué tienes?

—Nada.

Se ríe.

—Por favor, no insultes mi inteligencia diciéndome que no tienes nada —me advierte.

Me quedo muda y frunzo el ceño.

Él mira las cajas y las maletas y parece repasarlo todo en su mente. Entonces pone su maletín en el suelo y lanza su chaqueta sobre una maleta.

Muy cuidadosamente, desciende al suelo junto a mí. Se acerca

cada vez más, y mientras lo hace un nudo pesado se forma en mi garganta, haciéndome difícil mantener la calma. Apenas me toca, me desplomo. Él trata de calmarme con todas sus fuerzas.

—Ya, ya, está bien —me reconforta. Levanta mi cara—. ¿Qué sucede? Estás temblando.

Tomo puñados de su camisa con mis manos, y él simplemente me observa, besando mi cabeza. Hay un gran silencio una vez que dejo de llorar. Él toma la foto de mi mano.

—Esa mujer… —señalo en la foto—, es Susan, mi madre.

Sus ojos están llenos de confusión y preocupación.

—Está bien si no estás lista para hablarme de ella.

—No —mi voz se quiebra—. No está nada bien. Deberías saberlo todo. Te hostigué con tantas preguntas y ni siquiera me detuve a pensar sobre lo que tú deberías saber de mí.

—No tienes que decirme si no quieres.

—Sí, tengo que hacerlo. Es importante. Es importante para mí —me detengo por un segundo—. Puedo hablarte de mi pasado, Óliver, no para que te compadezcas de mí o para hacerme ver débil por atención, si no para hacerte ver quién era y qué sucedió. Lo que me hizo llorar. Lo que me causaba pesadillas. Prefiero esconderme. De hecho, podría haber enmascarado la versión de mí misma que conoces. Puedo mostrarte mi habitación de trofeos, gustosamente. Pero… tengo miedo de abrir la puerta que esconde lo que me hace vulnerable e imperfecta.

Él me mira con una expresión amable y cariñosa que me dice que él se llevaría lejos toda la tristeza si pudiera. Lo que no sabe es que hace unos minutos, desde que entró en el vestidor, ya me siento mejor.

—Cuando tenía seis años… mi madre me inscribió en el concurso de belleza Señorita Glamorosa.

Empiezo a hablarle a Óliver sobre ese día, mi recuerdo tan vívido y detallado después de todos estos años.

El escenario estaba decorado como un castillo de cuentos de hadas, con un recorte de un carruaje y caballos blancos, y una fuente tridimensional de utilería. Mientras esperaba detrás de ese escenario de cuentos de hadas a que dijeran mi nombre, escuché a mi madre advirtiéndome.

—Más vale que no llores frente a los jueces, Sophie.

La miré aterrorizada. Mi cuerpo estaba ardiendo. Podía sentir el sudor, o la sangre, corriendo por mi cuello y mi espalda. Las lentejuelas del vestido se enterraban por todas partes en mi piel.

—¿Puedes oír eso? Están llamándote en el escenario —dijo ella—. Vamos —tomó mi mano y subimos unos pocos escalones a la entrada del castillo. Mientras estábamos de pie en el último escalón, ella

arregló mi cabello, mi vestido, mi maquillaje y entonces me empujó a través de la suave cortina azul.

—No olvides sonreír —la escuché desde lejos.

Salí al escenario como si hubiese sido la primera vez que caminaba por uno. Miré a mi alrededor con mis ojos llenos de pánico. Expuesta a tanta gente, estaba demasiado mareada para prestar atención. Un breve y vacío momento pasó, entonces mi madre entró volando al set. Estaba furiosa.

—Muéstrales tu rutina —susurró molesta—. Sonríe a los jueces, Sophie.

—Yo estaba tan alterada —le digo a Óliver—. No había dormido o comido. El traje me daba comezón, mi piel ardía, tenía tantas pinzas en el cabello que dolía, dentadura falsa y pegamento en mi falda para evitar que se subiera. Mi mamá seguía gritándome. Simplemente no paraba de gritar.

—¿Qué pasó después? —pregunta.

Paso la siguiente media hora relatándole el recuerdo a Óliver. Y reviviéndolo todo como si hubiese ocurrido ayer.

Algo cedió dentro de mí, y ahí, frente a una audiencia, en televisión nacional, empecé a hiperventilar. No hubo lágrimas, pero parecía como si estuviese llorando. El tan pospuesto rascado siguió. Clavé mi uñas en mis brazos, pecho, en todas partes en que las lentejuelas me habían herido. Gotas de sangre empezaron a emanar de mi piel. Mi madre tomó mi brazo pero se lo arranqué de un jalón.

Ella me gritó que me detuviera, una y otra vez y que estaba “arruinándolo todo”. No había forma de disfrazar la hostilidad en su voz o los restos de cigarrillo en su aliento.

La banda alrededor de mi cuello se deshizo sin advertencia y la parte superior del vestido cayó hasta mi cintura, exponiendo mi pecho. Sin embargo, no me sentí humillada, me sentí liberada. Simplemente me quité el resto del vestido. Chillidos de horror irrumpieron por todas partes. Madres titiriteras y sus hijas marionetas estiraban sus cuellos para captar un vistazo de la niña de seis años desbocándose. Había captado su atención. Salí corriendo del escenario en mi ropa interior. Mi madre corrió tras de mí, ordenándome que me detuviera.

Nuestra vecina —quien también era una madre de concursos de belleza— me detuvo y me dijo que todo estaría bien. Me abrazó y trató de reconfortarme. Entonces mi madre me apartó de ella y gritó:

—Esta es *mi* familia, Prudence. ¡Ocúpate de tus propios asuntos!

—¿Cuál es tu problema? —dijo Prudence a mi madre—. Debería denunciarte por tratar así a tu hija.

Mi madre dijo:

—Ya, Sophie, el espectáculo se acabó. Vamos a casa.

Me cargó por el salón como si fuese un saco de papas. Dimos la vuelta a una esquina y cuando no había nadie a la vista, me bajó, me tomó por los brazos, y se plantó frente a mi cara.

—Sabes, ya estoy harta de ti. Eres imprudente y desobediente y no puedes hacer nada bien. ¡Eres tan tonta!

Nunca la había visto tan molesta. Empezó a golpear mi cabeza por todas partes y siguió gritando susurros rabiosos:

—¡Tonta! ¡Tonta! ¡Tonta!

Yo cubría mi cabeza, pero ella me golpeaba aún más y todo lo que podía hacer era chillar: "¡Mamá!" una y otra vez, rogándole que parara.

Ella me sacudía y gritaba.

—Todas esas niñas bonitas hicieron sus rutinas como debían. ¿Por qué tu no pudiste hacer eso? ¿Por qué? ¿Por qué no puedes ser como las demás niñas?

—¡Para, mamá! —me queje. Después, como por obra de un poder desconocido, mismo que hasta el día de hoy me provoca asombro y estupefacción, la empujé con toda mi fuerza de niña de seis años—. ¡Ya basta, Susan! —dije, mirándola a los ojos. Mi voz resonaba severa, exigente, furiosa. Ahora pienso que fue una extraña mezcla de mi terquedad y la majestuata divinidad de un Dios.

Me abofeteó, con tanta fuerza que caí al suelo.

Se paró frente a mí y dijo:

—No vuelvas a levantarme la voz, nunca.

Le digo a Óliver cuánto dolió y cómo aun así no lloré. Me rehusaba a llorar frente a ella. Estaba cansada de llorar. Cansada de vivir así. La miré como si su precencia ya no hiciera la diferencia en mi vida; algo se encendió dentro de mí. Algo cambió. Me volví una persona llena de enojo y coraje... y he estado enojada desde entonces.

Levantó la mano como si fuese a abofetearme otra vez. Pero entonces Prudence y dos policías nos alcanzaron. Por un minuto, nadie se movió o habló. Todos nos mirábamos los unos a los otros. La señora me levantó del suelo, y le dije todo a la policía.

Óliver parece no saber qué hacer.

—¿Qué les dijiste?

—El infierno por el que estaba pasando —respondí—. Actuábamos como madre e hija, pero estaba todo lleno de cinismo. Las únicas ocasiones en que tomaba mi mano, me abrazaba o me besaba era frente a otras personas. Ella me odiaba y no sé por qué...

—No digas eso. No pudo haberte odiado. Eras sólo una niña.

—Sí, me odiaba, Óliver. Ella misma me lo dijo muchas veces. Siempre estuve celosa de otras familias. Ni siquiera sé quién es mi padre —río porque no sé de qué otra manera manejar lo que parece una comedia trágica—. Mientras otras madres amaban a sus hijas, la

mía hizo exactamente lo contrario. Está claro que yo no era una hija para ella, pero ella era una madre para mí.

—Escúchame —toma mi cara suavemente—. Eso no era una madre, Sophie. Eso era una persona ególatra y egocéntrica. Cualquier madre que haga pasar a sus hijos por este tipo de pesadilla merece que le remuevan el útero, grotescamente.

No hay ningún rastro de simpatía en el rostro de Óliver. Su mirada es aguda, intensa.

—Mientras hablaba con la policía, mi madre estaba junto a mí todo el tiempo y tenía esta expresión de... que si volvía a estar frente a mí otra vez, iba a hacer que me arrepintiera de lo que decía —mi cuerpo entero tiembla ahora y estoy segura de que Óliver puede sentirlo con tan sólo verme. Él sigue tocándome suavemente y yo sigo resollando.

—Ambas testificamos en la corte. Yo contra ella. Fue declarada culpable. La vi desaparecer después de eso. Nunca más la vi.

—¿Y le dieron custodia a tu tía?

—Sí. Susan fue a prisión. Por mí, Óliver. Yo la envié a prisión. Y ella permaneció ahí hasta que decidió quitarse la vida. Yo la maté... la maté. Maté a mi madre.

—Tú no mataste a nadie, Sophie. Tú no hiciste nada malo. Esto no fue tu culpa.

—Sí, si fue.

Me hace sentarme entre sus piernas con mi espalda apoyada en su pecho.

—Puedo sentirla —le digo—. Puedo sentirla en todas partes, en mis sueños, en mis pesadillas, en todas partes a dónde voy, es como si aún estuviese aquí, de alguna manera. Como si aún estuviese viva. Algo que puede decirse de mi madre, ella siempre cumplía sus promesas. A veces siento que va a aparecerse y hacer que me arrepienta —parpadeo y una lágrima se escapa—.

—¿No será que *ya* estas arrepentida?

—Yo... la extraño. Óliver, la extraño tanto.

VEINTIUNO

NO LE DIGO a Óliver, pero durante los últimos días desde que hemos estado durmiendo bajo el mismo techo, me he estado preguntando si mudarme con él fue una buena idea. La verdad es que en raras ocasiones veo a Óliver y estoy empezando a resentirlo. Cuando lo veo, estamos constantemente atendiendo llamadas, revisando nuestros correos electrónicos... siempre estamos trabajando. La diferencia es que él maneja una compañía de un millardo de dólares y yo estoy aquí, tratando de tener la apariencia adecuada para sobrevivir en una industria de un millardo de dólares.

Todos los días despierto en este castillo y veo las noticias de la mañana en la televisión de ultra alta definición como si estuviese tratando de impresionar a alguien. Me siento a la mesa sola con un festín de comida y bebidas, y disfruto una vista panorámica tan hermosa que no hay palabras para describirla. Algunas noches, cuando estamos demasiado cansados para hacer cualquier cosa, Óliver y yo nos tiramos en la cama y leemos, silenciosamente para nosotros mismos, y en voz alta, el uno para el otro. A veces, no puedo concentrarme en lo que está leyendo. Otras, nos sumergimos en el libro, relajándonos del día y caemos dormidos más fácilmente de esa forma. Él me lee poesía en francés cuando no puedo dormir. A veces vemos videos divertidos en YouTube o películas de ciencia ficción en Netflix. A veces él me despierta en la madruaga para preguntarme por qué estoy tan lejos.

Así que me gané la lotería. Me siento fugazmente culpable.

Cada día me siento un poco menos vacía porque tengo a Óliver y a su mansión para llenarme. No puedo evitar pensar que estoy basando mis pensamientos en él. Da miedo. Mientras me ocupo de mis cosas, él se encuentra siempre en mi mente.

Podría pintar arcoíris, ser idealista, sostener que sentimientos así de grandes pueden cambiar el mundo, y pensar, “genial, finalmente, mi vida amorosa está resuelta.” Estaría mintiéndome a mí misma si no admitiera cuán fácil es vivir con Óliver. Sin embargo, al mismo tiempo, hay una constante ansiedad, preocupación y dificultad en nuestra relación.

“¿Lo lograremos?” parece ser el pensamiento que ronda mi mente. He estado arriba en una nube color de rosa, pero la realidad, con todas mis inseguridades, me baja a tierra firme.

Alrededor de las cuatro de la mañana, todo se va a la mierda. Óliver recibe una llamada y salta de la cama. Trato de no entrar en pánico, pero cuando le pregunto de qué se trata, me dice:

—Sólo es trabajo.

No le creo ni por un segundo.

En el vestidor, mientras se viste como un rayo, me acerco a él y ruego.

—Óliver, por favor, tienes que decirme qué pasa. Estás asustándome.

Él pone cara de valentía.

—Nada, no te preocupes. Puedo manejarlo.

Ya que apenas hemos hablado estos últimos días, no puedo evitar sentirme excluida.

—¿Así nada mas? ¿Eso es todo lo que vas a decirme?

—Sophie, no exageres —dice, tomando la chaqueta más cercana que puede encontrar—. Vuelve a la cama. Es tarde —mientras sale del vestidor su teléfono suena una vez más. Él observa el identificador de llamadas y no contesta.

—Óliver, me siento perdida aquí —dejo caer mis manos—. ¿Qué pasa? ¿Soy yo? ¿Hice algo? Me pides que viva contigo y ahora haces como si no estuviese ahí. ¿Qué está sucediendo?

Él se da la vuelta y se planta frente a mí.

—Sophie —su voz es amable y llana, pero hay una tormenta en sus ojos—. Escúchame. Tienes que calmarte —pone sus manos sobre mis hombros—. Y tienes que confiar en mí.

—No necesito calmarme. Necesito... —me detengo para respirar —, necesito que hables conmigo. Dime qué está pasando.

—Tengo que irme —me besa en la frente—. Te llamaré pronto.

Sale hecho una furia. Me pregunto qué es tan importante para despertarlo en medio de la madrugada. Ni siquiera tomó una ducha. No vuelvo a la cama. Él no llega a dormir. No me llama.

Temprano en la mañana, estoy sentada en un taburete de la cocina, comiendo un plato de fruta con yogurt cuando mi mirada deambula. El penthouse se siente enorme y frío. Thea está picando fruta mientras contempla, sin prestar demasiada atención, las noticias del día en el televisor de la cocina. La presentadora anuncia:

—Un gato sobrevive milagrosamente a un incendio forestal en el condado de Lake Placid —Thea masculla algo en alemán y cambia el canal a CNN. Rápidamente nos vemos atrapadas por una noticia de último minuto.

—Se ha puesto en marcha una cacería a nivel nacional en busca del notorio psiquiatra, John Henry Bridges, acusado de violar y asesinar al menos a diez mujeres en el área de Pensilvania, Nueva Jersey y Nueva York. Bridges escapó de la prisión de máxima

seguridad de Elmira, Nueva York, tres días después de ser arrestado. Hoy por la mañana Bridges se encuentra aún prófugo. Más de esta historia en breves momentos.

Mi corazón se encoge cuando la estación va a comerciales. Al ver su foto en la pantalla, se me revuelve el estómago de furia y asco.

—¿Se encuentra bien, señorita Sophie? —pregunta Thea con su marcado acento alemán.

—¿No estás viendo las noticias? Es verdaderamente perturbador.

—El mundo no es tan malo —replica, mientras corta una piña en rodajas.

—No es el mundo el que está dañado. Es la gente que lo habita.

—¿Sabe? El señor Óliver es un buen hombre. Es amable con todo el mundo. Se preocupa. Nunca me insulta. Nunca me agobia con demasiado trabajo.

Me pongo rígida, atónita ante sus palabras.

—¿Por qué siendo que viene un "pero"?

—Sólo recuerde que el señor Óliver es humano.

—¿Tienes alguna razón para decirme todo esto?

—La escuché peleando con el señor Óliver tarde en la noche —mantiene la cabeza baja, así como su voz—. Espero que puedan resolver las cosas.

—Sí, yo también —digo con una sonrisa más bien triste. Tomo una cucharada de yogurt y mis ojos se dirigen a la ventana.

***

EN EL APARTAMENTO de Jess, exhalo profundamente mientras pongo mis cosas en una caja. Jess ya tiene instaladas un motón de sus cosas en lo que solía ser mi habitación, haciendo enormemente difícil para Stacey y para mí movernos sin golpearnos los pies o tumbar algo al suelo.

—No puedo creer que no pudiste contratar a alguien para hacer esto —la voz de Stacey se hace más tensa mientras empujamos una pesada caja hacia la sala. Deja que la caja caiga al suelo—. No puedo hacer esto —dice jadeante—. No puedo hacerlo.

—Ya casi terminamos —le digo—. Lo prometo.

Me subo los jeans jalando los lados mientras salto. Me agacho y pongo las manos bajo la caja.

—Uno, dos, tres...

—En serio, esto es un puto Home Depot con todo el levantamiento de carga tipo hágalo-usted-mismo.

No digo nada. Entramos en la sala, dolor en la espalda, dolor en los brazos, luego dejo caer la caja junto a otra familia de cajas iguales.

Stacey jadea y se queda sin aliento. Se pone las manos en las

caderas.

—Maldita sea. ¿Qué tienes aquí? ¿Piedras? Creo que me desgarré un músculo.

—Libros.

Me mira como si le hubiese dicho la mentira más ridícula del mundo.

—¿Libros?

No puedo culparla, ni a ella ni a nadie en ese caso, por no creerme automáticamente, ya que miento constantemente sobre casi todo lo que tiene que ver con mi vida. Yo tampoco me creería.

—Sí. Libros. Libros de lectura.

Casi se ahoga de la risa.

—¿Desde cuándo lees según tu?

Finjo que muevo cosas para no tener que ver su reacción.

—Bueno, Óliver me dio libros para leer y música qué escuchar. Tampoco es nada escandaloso.

—Ah, Óliver... ya veo. Ahora lo entiendo. ¿Y Óliver sabe que no los lees?

La forma en que lo dice me hace sentir completamente incompetente.

—Sí los leo —digo, tal vez demasiado alto—. He estado leyendo clásicos y filosofía y gerencia de negocios... no sé... he estado pensando desde hace un tiempo en volver a estudiar.

El ambiente se llena de silencio por un segundo. Entonces ella empieza a reír a carcajadas, las manos sobre el estómago como si no pudiera controlarse.

Cruzo los brazos y la miro.

—¿Terminaste?

—Ok, está bien. Lo siento. ¿Dijiste volver a estudiar?

—Sí —me encojo de hombros—. Nunca fui a la universidad. El modelaje siempre fue prioridad. Pero creo que podría lograrlo. Tal vez incluso obtener un título en negocios.

Se da la vuelta y se sienta en el sillón como si fuese su trono, los brazos a los lados, las piernas cruzadas.

—¿Un título en negocios? ¿Y qué demonios vas a hacer con eso? ¿Vender tu nombre? ¿Vender drogas? ¿Qué vas a vender?

—Los negocios no son sólo ventas, Stacey.

—Oh, ok, perdóneme, señora de negocios —dice, haciendo énfasis en el *ok*, con los ojos bien abiertos, como dos almendras azules—. A como yo lo veo, no tienes ni idea ya que esto tiene el nombre de Óliver estampado por todas partes.

—¡Esto fue idea mía!

—Vamos. Eres demasiado bonita para ser inteligente. No puedes ser las dos cosas, Soph. Y, ¿adivina qué? ¡No tienes por qué serlo! Es

la razón por la que sales a lucir tu atractivo por el mundo y te pagan por ello. Eso de la estudiada dejaselo a las feas, o no sé... a quien lo necesite.

—¿Es así cómo me ves?

—Sólo trato de ser una amiga honesta. Sabes como soy. Ya no te estás haciendo más joven, ya casi tienes treinta; así que, ¿a dónde crees que vas con todo esto?

—Tengo veinticinco años, Stacey. ¡Veinticinco! ¿Y qué? ¿Estoy demasiado vieja para hacer algo importante con mi vida? ¿Debería quedarme sentada contando los días que me quedan antes de morir?

—Ay, como eres melodramática. Lo que quiero decir es que tal vez deberías hacer algo como casarte. Aunque te felicito por el logro de jugar a la casita con tu novio. Ya tienes un pie adentro, úsalo a tu ventaja, Soph. Deja de perder el tiempo.

"No estoy vieja, aún soy joven." Es lo que me digo. Saco mi teléfono que suena en el bolsillo trasero de mi pantalón. No reconozco el número.

—Sophie. ¿Cómo va tu día?

Me crispo por dentro al escuchar la voz de Óliver. Quiero gritarle, decirle que he estado esperando que me llame todo el maldito día.

—Bien —es lo que digo en su lugar. Pero, no trato de disimular mi enojo.

—¿Dónde estas?

—Stacey y yo estamos terminando de empacar mis cosas en el apartamento de Jess. ¿De dónde me llamas? No sé...

Stacey me arranca el teléfono de la mano. Sin perder tiempo, brotan palabras de su boca. Las oraciones corren, sus pensamientos desbordándose y ocasionalmente deja de hablar por tiempo suficiente para reír y pasar sus dedos por su clavícula, lo cual sé que hace cuando coquetea. Lo que no ella no sabe es que suena como asno moribundo.

Estoy ahí parada con las manos en la cintura, irritada, aunque a nadie le importe.

—Sí, lo sé —continúa—. ¿El sábado? ¡Claro que sí! —juega con las puntas de su rubia cabellera—. ¡Ciao!

Reclamo mi teléfono. Stacey me dice que ya colgó.

El teléfono vuelve a sonar. Esta vez grito exasperada.

—¿Qué?

Ya que no escucho nada al otro lado de la línea, miro al teléfono y noto que el número es diferente.

—¿Bueno? —digo.

—Sophie —escucho la voz de un hombre a través de un distorsionador de voz. No puedo distinguir quién es, pero supongo que es una broma y echo una carcajada.

—¿Sí?

—Sophie Cavall.

Siento un escalofrío que recorre mi cuerpo. Tomo un momento antes de responder. Hay algo en su voz que me pone en alerta y me hace sentir observada. Miro alrededor de la sala.

—¿Quién habla?

—Alguien que no ha terminado contigo.

Inmediatamente cuelgo y lanzo el teléfono al sofá.

—¿Quién era? —Stacey pregunta ansiosamente.

Me encojo de hombros.

—No tengo ni idea.

Segundos más tarde el teléfono suena de nuevo. Stacey y yo lo miramos mientras suena y vibra en el sofá. Le digo que no se mueva, pero Stacey, testaruda como es, lo recoge rápidamente, contesta y escucha por un instante.

—¿Qué carajos? —dice, llena de pánico luego de que la llamada ha terminado.

—¿Qué pasó? ¿Era un hombre? ¿Qué te dijo?

Le toma un segundo responder, suena confundida.

—Dijo... dijo mi nombre.

Su tono no me deja dudas de que está tan extrañada como yo.

Parpadeo rápidamente.

—¿Y?

—Y que no quiero meterme en esto. ¿Qué carajos significa eso?

Respiro profundamente y me paso los dedos por la cabeza, pensando qué hacer ahora. Miro fijamente a lo lejos y digo:

—Stacey, ¿quién sabe que estás aquí?

Me mira, aturdida.

—Nadie.

—¡Es obvio que alguien sabe que estás conmigo! —me froto la cara con las manos, sintiéndome cansada y molesta—. ¡Piensa, Stacey! ¿A quién le dijiste?

—¡Mierda, no sé! No es como que puse un aviso en el puto internet. Supongo que reconoció mi voz.

—No digas cosas sin sentido, Stacey. ¿Le dijiste a tu compañera de cuarto?

Voltea los ojos.

—No. Odio a esa hippie.

—¿Qué hay de Jonathan? ¿Le dijiste a él?

—¡No! —frunce el entrecejo—. Ya no hablo con ese bueno para nada. Te lo dije. ¿Qué carajos pasa aquí?

Siento un nudo en la garganta.

—No lo sé. No lo sé. Tengo que pensar —me precipito a la ventana y cierro las cortinas. Tomo el teléfono y busco el último

número recibido.

—¿Qué haces? —chilla Stacey.

Presiono el botón de marcado.

—Devuelvo la llamada.

La operadora responde:

—El número que trata de contactar no existe.

***

JESS Y ÉRIC cruzan la puerta del apartamento cuando Stacey y yo estamos debatiendo si la llamada fue o no una broma y quién pudo haber sido mientras luchamos para mover una pesada caja a través del pasillo.

—Déjame ayudarte con eso —Éric en seguida toma la caja en ambos brazos.

—No, Éric. No necesitamos ayuda —respondo. Mis palabras suenan más forzadas que serias ya que mis brazos flacuchos cargan la mitad del peso de la caja.

Stacey levanta una ceja.

—¿Te sientes bien de la cabeza? —me pregunta—. Toma —le dice a Éric—. Sostén mi parte. Estoy muerta.

En realidad, estoy a punto de desmayarme. No sólo estoy cansada de levantar y mover cajas, pero me estoy volviendo paranoica. Mientras yo estoy en mi estado de aturdimiento, Éric se las arregla para poner la caja cerca de la puerta.

—¿Por qué no me dijiste antes? —pregunta Jess, de repente.

Me toma por sorpresa.

—¿Qué?

—Sobre las cajas, tontita. Es obvio que necesitas que te echen una mano. Fue medio día en la escuela para mí, y el turno de Éric no empieza hasta medianoche. Ayudaremos con todo gusto, ¿verdad?

—Claro —Éric mira su reloj—. ¿Qué quieres que haga?

—No tienes que hacer nada. Está bien —digo—, ya no quedan tantas cajas.

Stacey se apodera de la conversación.

—¿Qué? —exclama indignada—. ¿Estás loca? Hay un mierdero de cajas en la sala. ¿De qué carajos estás hablando?

Éric y Stacey desparecen a la vuelta de la esquina y Jess me alcanza en la cocina.

—Hey… —dice a mis espaldas mientras saco mi taza de Homero Simpson de la alacena—, sólo quería decirte que, no sé, me siento tan… rara… ya que te vas. Hemos compartido el apartamento por los últimos tres años. No creo que vaya a ser lo mismo sin ti aquí.

Envuelvo la taza en plástico de burbujas.

—Está bien, Jess. Aún voy a estar por aquí. Nos veremos todo el tiempo.

Ella me muestra una sonrisa triste.

—Sí. Eso me gustaría mucho.

—Además... ahora vas a vivir con Éric. ¿No es eso lo que querías?

Asiente lentamente.

—Sí... sólo espero que mis padres no se enteren —se rasca la nuca—. Bueno, siempre puedes regresar si lo necesitas, o si quieres, o lo que sea. Lo sabes, ¿verdad?

Asiento.

—Y siempre puedes hablar conmigo si lo necesitas, o si quieres, o lo que sea.

Regresamos a la sala. Stacey se encuentra sentada en un brazo del sofá, sus pies sobre la mesita de café mientras pinta sus uñas con un barniz naranja brillante. Éric está explayado junto a ella, desplazando sus dedos por su teléfono.

—Por el amor de Dios, ¿tienes que pintarte las uñas ahora? —dice Jess, haciendo una mueca.

Stacey inserta el pequeño pincel de su pintura de uñas en la botella y nos informa que casi es Noche de Brujas. Los tres empiezan a hablar de fiestas, disfraces y pelucas. Con los brazos cruzados camino a lo que solía ser mi habitación, sintiendo una punzada de exasperación. Es mejor estar aquí, sola, en silencio, que en la sala con esos tres. Mientras pongo la taza envuelta en plástico de burbujas en una caja con el resto mis cosas de cocina, Éric se desliza en el cuarto y me pregunta si necesito ayuda con algo.

Antes de que tenga oportunidad de responder, dobla las piezas superiores de la caja, y las sella con cinta adhesiva como si fuese un profesional. Olas de cabello color caramelo oscuro sobresalen de su gorra. Está usando la misma gorra de béisbol, al revés, junto con zapatos deportivos, como si fuese un adolescente, pero su sonrisa pícara de siempre no se deja ver por ninguna parte. Últimamente no la he visto en lo absoluto.

—¿Tengo que decírtelo otra vez? —mi voz resuena implacable—. Puedo hacerlo sola.

—No seas tonta. Esa caja pesa más que tú, Sophie —dice con una cierta intención.

—Vete de aquí, Éric.

—¿Por qué estás actuando así? Demonios. Sólo quiero ayudar. Lo único que quiero es que volvamos a cómo eran las cosas antes de que te besara.

—¡Éric! —mis ojos pestañean—. ¿No quieres hablar más alto? Creo que Jess no te escuchó —tomo mi marcador y escribo COCINA sobre la caja de cartón—. No quiero hablar de ello. Quiero olvidarlo...

borrarlo de mi mente. Fingir que nunca sucedió. ¿Me entiendes? Sólo quiero...

Me interrumpe.

—Pero *sí* ocurrió. Ese es el problema contigo, Sophie. Siempre fingiendo, siempre cambiando el tema, siempre diciendo que estás bien. ¿Sabes qué? No creo que estés bien. Deja de fingir. Deja de negarlo. Te besé. Cuanto antes te des cuenta, más pronto podrás dejarlo atrás.

—*Estoy* bien. Lo *he* dejado atrás.

—Sí claro, pero qué raro, cada vez que estamos en la misma habitación me maldices y deseas que me atropelle un tren.

Le muestro la sonrisa más falsa y más real que tengo, resuelta a no dejar que me afecte, y actúo como si lo que acaba de decir no es verdad.

—Mira, no me importa que quieras olvidar el beso. Lo entiendo. Te dio asco. Pero tienes que dejar esa mierda atrás y seguir adelante. Y antes de poder hacer eso, tenemos que hablarlo. Si no vas a hablar, entonces solo escúcha.

Le lanzo una mirada vacía, entonces mascullo:

—Como sea.

—Nunca quise herirte. O a Jess. Te guste o no, lo creas o no, pienso en ti como alguien con quien puedo hablar. Tienes los pies en la tierra y no te tomas demasiado en serio. Eres una chica relajada. Admiro eso.

—Basta de halagos.

—Sé que me pasé de la raya. No tienes que verme como si fuese un estafador. Es sólo que... tú estabas ahí, y yo estaba ahí, y te veías tan bonita con el pelo suelto, y olías tan bien... yo sólo quería probar...

—Éric.

—Lo siento, Sophie. De verdad lo siento. No sé qué más decir —se acerca meros centímetros de mi rostro, y me veo forzada a verlo directo a sus ojos azul celofán. Culpa y vergüenza habitan en ellos—. ¿Puedes olvidarlo?

—¿Por qué le dijiste a la prensa que alguien trató de secuestrarme? Se supone que era un secreto.

—¿Por qué crees? —se quita la gorra y la reajusta en su cabeza—. No hagas preguntas de las que ya sabes la respuesta. Es insultante para ambos.

—¿Ah sí? Entonces déjame hacerte otra pregunta —hoy estoy implacable—. ¿Por qué le hiciste eso a Jess?

—¿Hacerle qué?

—Sé lo que le hiciste. La vi en el baño.

Él parece confundido y perdido.

—¿De qué demonios hablas? No le he hecho nada.

—¡No voy a dejar esto pasar! —susurro molesta—. ¡No vas a volver a tocarla nunca más! Te juro que voy a...

—Soph, ¿estás lista para...?

Me alejo de Éric rápidamente ante la voz hombruna de Stacey.

—¿Qué, qué dijiste? —inhalo y exhalo, trato de deshacerme de los nervios cada vez más intensos dentro de mí. Si Jess hubiese entrado, no le habría gustado para anda.

Stacey poco a poco entra a la habitación, como si hubiese interrumpido algo. Lanza algunos M&M's en su boca y pregunta:

—¿Podemos salir de aquí? ¿Así como... ya? Carajo. Necesito comprar una cosas.

—Sí —respondo rápidamente—. Salgamos de aquí.

***

—NO VAMOS A ser un par de aburridas este año, Soph —me informa Stacey mientras paseamos por la tienda Patricia Field.

El Sol brilla, radiante, colgando en el cielo como una yema de huevo perfecta. Por otra parte, yo luzco sombría, indiferente, frunciendo el ceño mientras sigo a Stacey alrededor de la boutique.

—Entonces, ¿qué vamos a comprar?

—Cualquier cosa que grite sexy y salvaje —replica, repasando los disfraces—. Quiero hacer que los hombres se arrodillen y me rueguen.

—¿Por qué querrías hacer eso?

—¿En serio tienes que preguntar? Tú también deberías comprarte un disfraz, ya que estamos aquí.

—Sí, no. Paso.

—Como quieras.

Una mujer joven con una lisa cabellera azul se posa en el mostrador con una niña pequeña. Asumo que es su hija. La pequeña le pregunta si puede comer un dulce y la chica de la cabellera azul dice "no". La niña empieza a gritar y llorar. Hasta dónde puedo observar, la mujer es miserable. Pero entonces dice pacientemente.

—Ten calma, Beverly. Sólo una hora más e iremos a casa.

La pequeña continúa llorando, a pesar de su madre, que le dice:

—Ya, ya, Beverly. No te molestes. Sólo relájate.

—Disculpe —Stacey chasquea los dedos, y la tolerante mujer da la vuelta al mostrador y se acerca a nosotras—. ¿Cuál es el mejor disfraz qué tienen?

—Debería llevarse el poodle rosa —dice con voz llana—. Es el mejor disfraz que tenemos. Causarás una gran impresión, sin duda —el aro en su labio se mueve mientras habla y su nariz está doblemente perforada.

Stacey levanta una ceja fina, como la de un bebé.

—¡Me lo llevo!

—Ni siquiera te lo has probado —digo.

—Bueno pues. Me lo probaré —arranca el disfraz de la percha y se dirige al vestuario.

Mientras la mujer de la cabellera azul y yo esperamos a que Stacey salga, la niña grita:

—¡Quiero un dulce!

—Beverly, no hay razón para que te alteres —dice la mujer.

Estoy fascinada. Ojala mi madre hubiese sido asi de pacifica conmigo. No puedo evitar expresar mi opinión:

—Guao. Eres muy paciente con la pequeña Beverly.

La mujer me mira.

—*Yo* soy Beverly. Mi hija se llama Sarah Beth.

No me esperaba su comentario.

—Ah —es todo lo que digo.

—Hey, ¿Soph? ¿Por qué no me explicas de que se trató todo eso? —Stacey dice. Suena como si está batallando con el disfraz de goma en el vestidor.

—¿De qué se trató qué?

Sale de detrás de la cortina, en su erógeno traje de poodle, y dice:

—Lo que sea que pasó en el apartamento. ¿Qué hay ahí, eh?

Me tenso repentinamente.

—¿De qué hablas?

—Ay, ya sabes de qué estoy hablando. No te hagas la tonta. Éric.

Si bien no puedo disfrazar el hecho de que acabo de congelarme y mis ojos se abrieron de un tiro, puedo inventar una historia que no lleve a la verdad. El nombre rebota en mi cabeza.

—¿Éric? ¿Qué con Eric? ¿Qué pasa con Éric?

Se ríe.

—¿Qué pasa con él? ¿En verdad? Solo un retrasado no se daría cuenta lo que pasa entre ustedes dos.

Se siente como si la temperatura hubiese descendido de repente, a fría amargura. Debo verme tan blanca como la tiza. Mi cuello se estira por encima de los percheros.

—Baja la voz Stacey. No pasa nada —respondo finalmente. Probablemente me tomé demasiado tiempo en decirlo.

—Relájate. No hay nadie alrededor —me dice—. Recuerda, yo sé de que pie cojeas. Puedo ver a través de ti, Soph. Me importa un reverendo pepino Éric, pero no me mientas en mi cara pensando que me voy a creer tu cuentito. Entonces, ya, en serio, dime la verdad. ¿Está tras tus huesitos Éric? ¿Lo sabe Jess?

—¡No!

—¿No qué? ¿No, no está tras tus huesitos, o no, Jess no lo sabe? Porque me estás confundiendo.

—Sólo fue una vez, ¿ok? Ya. No significó nada. Déjalo ir.
—Ah. Entonces, ¿Jess sí sabe?
—¡Que no!
—Es que no te explicas, carajo. Dime qué pasó.

VEINTIDÓS

EL SÁBADO, HACE tanto calor que el suelo quema y las aves se congregan bajo los pocos árboles secos que proyectan lastimeras áreas de sombra. Nada ni nadie se mueve bajo el poderoso calor a menos que sea absolutamente necesario, a menos que quieren que se les fría el cerebro. Temprano en la mañana, mientras leo una novela sobre lo que significa ser humano, Óliver aparece y sugiere que vayamos a nadar.

Contemplo las nubes suaves y esponjosas mientras me relajo en una tumbona en la piscina. Me empapo con el aliento del infierno. Óliver está a pocos metros, dando brazadas en la piscina del hotel Dream Downtown, la única playa de azotea en Manhattan y actualmente mi pequeño Saint-Tropez privado.

—Una Bud light —dice el mozo de la cabaña. Su piel luce color naranja brillante a causa del Sol a sus espaldas como telón de fondo. Tomo la cerveza alta, azul y húmeda y le doy las gracias. Tomo un sorbo grande como si fuese un pez que ha estado fuera del agua por demasiado tiempo. Mi paladar aplaude. Puedo saborear el sudor salado mezclado con bloqueador solar en mis labios.

Le dedico una mirada larga a la figura masculina que va y viene en la piscina. El hombre no se toma un respiro.

Necesitando este momento de quietud y comodidad, recuesto mi cabeza en la silla y cierro los ojos. Borro todo pensamiento de mi mente y en su lugar escucho los sonidos que me rodean. Una brisa ardiente y furiosa que pasa. Las olas de la piscina que chocan unas contra otras débilmente. La alegre música que se eleva a través del aire como un águila majestuosa. Es todo muy relajante.

De repente me veo forzada a abrir un ojo ante el sonido de un silbido pícaro en mi oído. Me asalta la imagen de Óliver apoyado contra el borde de la piscina. Me mira fijamente.

Silva de nuevo, ahora más fuerte.

Hago un visor con mi mano para cubrir mis ojos del sol.

—No soy un perro, ¿sabes?

Óliver sonríe.

—Ven aquí conmigo.

Me levanto en mi traje de baño rojo de dos piezas y camino hacia él. Mi visión se cierra y todo lo que puedo ver es el sol radiante sobre su cuerpo mojado. Todo lo demás desaparece como por arte de magia.

—Hola —me siento en el borde. Sumerjo mis piernas en el agua resplandeciente de la piscina mientras él mueve su abdomen musculoso y alinea su estómago entre mis piernas.

—Hola —su sonrisa brilla tanto como la luz en el agua.

—Dónde están todos? —sólo estamos el mozo de la cabaña, el barman, Óliver y yo. Todo el mundo debe estar descansando bajo aire acondicionado fluyendo desde las ventilas.

—¿Haz escuchado de algo llamado privacidad? —responde él.

Pasa su mano por su cabello mojado. Un poco de agua se escurre de él y cae sobre mis piernas. Toma una sola gota de agua para hacer que mi piel crepite como una plancha caliente.

—Quítate el bikini —dice.

Río histéricamente. Lo miro y tomo mechones de su oscuro cabello ondulado para acercarme a sus labios. Tiene sabor a cloro.

—¿Algo mas que desee, Sr. Black?

Me enerva su mirada penetrante.

—Sí. Todo.

Podría sobrevivir a costa de flirteos con Óliver. Reemplazar la comida con coqueteos.

—Bien, pues que pena —digo—, mi respuesta es no.

De pronto, él toma mis tobillos y se detiene por un segundo, los labios rectos, los ojos no pestañean.

—Óliver, te lo juro por Dios, ni siquiera pienses en —antes de que pueda completar la oración, me jala al agua junto a él. El agua fría sorprende mi cuerpo sobrecalentado. Cuando salgo a la superficie para respirar, me quito el cabello de la cara y grito:

—¡No acabas de hacer eso!

—Sí, sí lo acabo de hacer. Que te sirva de lección sobre lo que pasa cuando me dices que no.

Me salpica.

—¡Basta! —me cubro la cara.

Me salpica más fuerte.

—Ay, ¡ya vas a ver!

—Palabras grandes para una niñita. Vamos —me lanza una sonrisa perversa—. Muéstrame lo que tienes.

Y con eso, me le lanzo encima, enlazo mis brazos alrededor de su cabeza, y de alguna manera extraña, me las arreglo para sumergir su cabeza bajo el agua. Él se ofende por esto y yo chillo y me retuerzo para evadir sus dedos en mis costillas, pero no hay forma de escapar de sus cosquillas implacables. Ataca mi costado, mis axilas, mi espalda… lugares que nadie más toca.

—¡No! ¡Óliver! ¡Detente! —digo entre risas.

Pasamos los siguientes minutos muertos de risa, persiguiéndonos por la piscina.

Estoy subiendo la escalerilla para alejarme de él cuando Óliver nada hacia mí.

—No te me vas a escapar —me toma de la cintura y nos zambulle de nuevo en la piscina. Resurge conmigo de alguna manera colgada de su espalda como un bebé gorila.

—Das buena pelea —dice. Mis piernas abrazan fuertemente su cintura mientras nos lleva por el agua hacia el borde de la piscina, y nos saca de un jalón.

Soy trasportada en su robusta espalda hasta que alcanzamos las tumbonas. Me deja caer en una de ellas y se acuesta boca abajo junto a mí.

Me volteo a un lado para encontrar su oreja. Su frente apoyada en sus brazos y sus ojos cerrados. Lo veo como si fuese una televisión o algo.

—¿Somos una pareja normal? —le pregunto, antes de que se duerma.

Sus ojos se abren y la carcajada es inmediata.

—Por supuesto que no.

—¿Podemos serlo?

Se voltea sobre un lado en la silla. Exhala profundamente y apoya su cabeza sobre sus nudillos.

—¿Por qué querrías ser normal?

Mi pensamientos son un desastre. Esparcidos por todas partes como confeti.

—No lo sé... para ver cómo se siente, supongo.

—Define normal.

Lo pienso por un momento.

—Tener algo en su forma estándar.

Óliver cae de nuevo en la silla, echa su cabeza atrás y pretende roncar.

Río un poco.

—Eres un idiota, ¿lo sabías?

—Casi caigo dormido de sólo escuchar lo que acabas de decir. ¿Quieres saber lo que es normal?

—Sí.

Levanta ambos dedos índices, los pone uno frente al otro y lentamente los separa como si estuviese midiendo algo.

—Trece centímetros —dice muy seguro de si mismo—. Erecto. Ahora, la pregunta es: ¿Todavía quieres saber lo que se siente lo normal?

Sacudo la cabeza y volteo la mirada.

—¿Siempre tienes que llevarlo a ese nivel?

—Lo que sea para probar un punto.

El mozo del bar aparece de nuevo. Óliver nos ordena comida y

bebidas y después, hemos comido tanto que terminamos echados de nuevo en las tumbonas por unas cuantas horas de descanso. La piscina se llena de silencio mientras Óliver acaricia suavemente mi cabello. El agua no se mueve. Los charcos en el suelo hace tiempo que se secaron. Es silencioso, extremadamente silencioso y estoy a gusto con la idea. No sé cuánto tiempo pasa mientras yacemos ahí como una par de cuerpos sin vida. Ocasionalmente, muevo un brazo o sacudo los dedos de los pies como para indicar que estoy viva, y Óliver se rasca el pecho ociosamente, me acerca a su costado y planta besos suaves y perezosos en mi frente.

Lentamente regresamos al mundo de los vivos. Me deslizo en un vestido de verano verde y ato mi cabello en un cola de caballo.

Él toma mi mano y bajamos las escaleras de jardín del hotel, hacia la recepción. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que mi mano fue sostenida de esa forma.

—¿A dónde vamos? —pregunto cuando llegamos a los ascensores.

Presiona la flecha de subida y me sonríe cortésmente a la vez que me muestra una tarjeta de acceso a una habitación.

Arqueo una ceja.

—¿En serio?

—En serio.

—¿Por qué?

—Porque soy un hombre muy, muy impaciente.

Las puertas del ascensor se abren de par en par y entramos, apoyados en extremos opuestos de la cabina. Ninguno de los dos se mueve mientras subimos al piso de cualquiera que sea la habitación que apartó para nosotros.

El lado derecho de su boca se encorva hacia arriba, creando una sonrisita en su cara de divinidad. Él no dice nada, yo tampoco, pero sonrío porque me da algo que pensé que nunca tendría en mi vida. Dicha. En este mismo instante, sufro por tocarlo, por estar con él, por hacerle el amor.

Cuando las puertas se abren me encuentro caminando por un largo pasillo.

Entrando al cuarto, miro asombrada. Es una habitación especiosa, adornada y elegante en su diseño, gloriosa y llena de luz en su espacio.

Cierra la puerta y se quita los zapatos. Entonces se desabotona la camisa; cuidadosamente, la deja caer de sus hombros y, finalmente, deja caer sus shorts. Sus ojos permanecen fijos sobre mí todo el tiempo. Lo miro, de pie frente a mí en toda su grandeza.

—¿Proseguimos? —pregunta antes de dar la vuelta a la esquina.

En este punto en el que el deseo me carcome, no necesito una invitación. Lo sigo al baño. Pongo un pie en el imponente cuarto y

observo a Óliver entrar en la ducha donde el vapor lo envuelve y varios chorros pulsan contra su piel. Después de quitarme mi vestido, entro y cautelosamente aliso mis manos en su pecho mojado, mi tacto ligero y curioso. Cada caricia significa más de lo que puedo decir con algo tan inmanejable como las palabras.

***

EL ESCENARIO MÁS lógico para lo que siguió debió haber sido la majestuosa, primorosamente hecha cama. Pero la afelpada, enrome alfombra junto a la ducha estaba más cerca.

—Tun, tun... —amortiguo el sonido de su corazón, mi oreja presionada contra su inmaculado pecho, mi brazo alrededor de su cintura—, tun, tun.

Él me mira de reojo.

—¿Qué es eso?

—Tú corazón latiendo —digo.

—Podría estar aquí en suelo contigo todo el día.

No digo nada y permanezco quieta como un tronco.

—¿Qué tienes?

—Nada. ¿Por qué?

—Conozco esa mirada, Sophie. Lo que sea que tengas en la cabeza, sólo dilo —me dice ante la sensación de temblor de mi cuerpo —. ¿Tienes frío? ¿Quieres ir a la cama?

No sé exactamente en qué me estoy metiendo cuando pregunto:

—¿Por qué eras tan lindo conmigo?

Él se ríe.

—No soy lindo.

—Sí, lo eres —digo sonriendo—. Estás siendo lindo justo ahora.

Frota mi brazo suavemente.

—Es sólo que no quiero que sufras.

—¿Y cómo por qué dices eso? ¿Sabes algo que yo no sepa?

—El mundo es un sitio peligroso. Tienes que ser cuidadosa. Protegerte.

—No te entiendo. ¿De qué estás hablando? Parece como si te refieres a algo en específico.

Nos miramos mutuamente, sólo nos miramos por un momento.

—Lo que importa es que estés feliz y cómoda. Tú me importas, Sophie. Mucho. Quiero lo mejor para ti. Planeo dartelo.

Sin palabras, con el corazón acelerado, me levanto de la alfombra y tomo una bata de baño blanca de un gancho junto a la ducha. Me volteo y Óliver aún está desplomado en la alfombra. El único movimiento es el leve ascenso y descenso de su pecho. Me inclino hacia un lado, apoyada en la pared, en caso de que caiga muerta en

cualquier momento. Respiro profundo como si me estuviese preparando para saltar de un avión y digo:

—Tengo miedo —susurro.

Óliver se levanta del suelo y camina hacia mia.

—¿Qué? —dice, sus ojos en los míos.

Me paro derecha y repito:

Tengo miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

—De amar.

—Está bien, yo también tengo miedo. La cabeza me da vueltas y mi cuerpo tiembla como si estuviese bajo los efectos de una droga.

—Óliver, me estoy enamorando de ti.

Él acaricia mis labios con su dedo como si quisiera sentir las palabras salir de mi boca. Con cada minuto que pasa, o bien el piso de mármol tiemblan, o mis piernas se adormecen. La sensación de aturdimiento que tengo dentro no hace sino aumentar, o hacerse más intensa, o todas las anteriores.

—¿Estás segura? No hemos estado juntos mucho tiempo.

«Así que yo soy la loca.»

—Sí.

Su mano cae lentamente a un lado. Se voltea para darme la espalda y se pone la otra bata de baño. La ansiedad es un demonio invisible sentado en mi hombro mientras lo miro ir y venir.

—No importa, en verdad. No tienes que decir nada —mi voz es baja y se quiebra ante su silencio indiferente.

Él deja escapar un gran suspiro.

Cuando intento salir del baño, él toma mi mano y me hace girar cuidadosamente hasta que me encuentro frente a él.

—Lo siento. Vamos a comenzar de nuevo —dice.

—No. Sólo olvida que pasó. No te preocupes.

Él exhala y apoya su frente en la mía.

—Sophie. Comparto mi cama, mi casa y mi vida contigo.

—Lo sé.

—¿Eso no te dice lo que siento por ti?

—Claro que sí. Óliver no tienes que decir nada que no...

—Nunca le he pedido a ninguna otra mujer que se mude conmigo. Hay cosas que no entiendo de ti, como la forma en que puedes encontrar cualquier cosa en el vestidor con tu ropa organizada sin ningún orden. Llegas a casa... dejas las llaves donde sea, tu abrigo en el sofá, tu bolso en la mesa del comedor. Estoy pasmado por tu falta de orden, tu incapacidad de poner cualquiera de tus cosas en el lugar apropiado. A pesar de eso, eres fascinante.

No puedo creer que mi confesión romántica se haya convertido en mi falta de organización.

Él alza mi mano hasta su boca y besa mi muñeca.

—Todo sobre ti me fascina —un hormigueo me llena el estómago en cuestión de segundos—. El olor de tu piel. El sonido de tu voz. Tus piernas largas. Tu sentido del humor. Tu personalidad. No pareces necesitarme, y si no me necesitas es mucho más gratificante que me quieras.

Me besa y mi cerebro se incendia. Estamos parados dentro de un baño, un espléndido, magnífico baño del tamaño de una cochera. Y a fin de cuentas, no importó que no hayan entrado palomas mágicamente en el momento en que le dije lo que sentía. No importó que no había velas encendidas y no sonaron canciones cliché. Óliver Black sucedió, y eso era más de lo que podría haber pedido, incluso soñado.

VEINTITRÉS

—NO PUEDO CREER que estoy usando esto —digo mientras Óliver y yo esperamos el ascensor del hotel.

—Esto fue idea *tuya*.

—Lo sé. Lo sé. Fue estúpido. También me siento estúpida. Es decir, mírame... es claro que estoy mostrando demasiado —inspecciono mi cuerpo—. ¿No te enfurece o algo? ¿No quieres cubrirme? —con un poco de suerte, así será.

—No te preocupes, te ves terrible.

—¿Sarcasmo?

—Para nada, de verdad te ves terrible. Todo ese maquillaje sangriento. Pudiste haberte vestido de astronauta, o físico nuclear.

—Es Noche de Brujas, Óliver, no la venganza de los nerds. ¿Y cuál es el punto de la Noche de Brujas si no pareces muerto? —hago una pausa mientras me esfuerzo por bajar mi falda un poco y asegurar la gorra sobre mi cabeza—. En serio, creo que deberíamos ir a cambiarnos.

—Nadie va a cambiarse nada. Hay gente ya esperandonos.

Gente. Una multitud. Los contribuyentes más finos de Manhattan. Los conocidos más cercanos de Óliver.

Este no es sólo el resultado de mi perverso y oscuro sentido del humor; esto está ocurriendo porque pasé el último par de horas bromeando, dudando de la capacidad de Óliver de mantener su palabra.

—Te reto —le dije, sin creer que se atrevería a usar un disfraz. Pero lo hizo. Y ahora desearía nunca haberlo retado.

Cuando el ascensor llega, entramos. Dos mujeres jóvenes se nos unen, forzándonos a Óliver y a mí a apoyarnos en la pared, lado a lado. Mientras el ascensor empieza a subir, trato de pensar en una forma de explicar esta energía febril que impregna el espacio a mi alrededor y que tiene a la rubia y a la morena listas para cometer un cúmulo de actos indecorosos, justo aquí y ahora. Encuentro que la razón está de pie junto a mí. No son celos. Es un hecho. No soy yo. Es Óliver.

Me paro delante de él, mi espalda contra su pecho y disimuladamente forzo sus brazos y sus manos alrededor de mi cintura. Aunque no lo veo, puedo sentirlo. Puedo imaginarlo. Hay un rasgo pecaminoso en sus labios que muestra que lo está disfrutando

completamente.

Suena una campana y las puertas del ascensor se abren. Las dos chicas salen primero, y mientras desaparecen puedo vislumbrar a Stacey viniendo hacia nosotros en su disfraz de poodle rosa, bolso en forma de hueso y sandalias rosas afelpadas.

Frunce el cejo.

—De todas las cosas de las que pudiste haberte disfrazado para Noche de Brujas, ¿te vistes de policía?

—Policía *zombi* —la corrijo—. Me dibujé venas atemorizantes.

Nos dedica una mirada severa y cruza sus brazos sobre du cinturita.

—Que asco.

—Sophie es la mente maestra tras esta operación —dice Óliver, vestido en pantalones de prisionero a rayas blancas y negras, con sombrero y chaleco a juego y botas militares negras—. Yo no tuve ninguna participación en esto, excepto que ella me hizo ponérmelo.

Le doy un vistazo al gran espejo del lobby, me veo usando una camisa de policía, gorra y una minifalda de volantes con trasparencias de red a los lados y en la parte trasera. Un cinturón negro me envuelve la cintura y botas a la rodilla que me hacen verme más alta. Mi rostro es otra cosa; blanco, con gotas de sangre por aquí y por allá, en mi ropa, cuello y piernas. Mis ojos se ven hundidos y oscuros, y venas escalofriantes están pintadas ligeramente en mi cuello y brazos, haciéndolas parecer reales.

PH-D es el exclusivo bar-lounge del hotel Dream Downtown y el lugar de moda para la celebración anual de Noche de Brujas. El DJ toca las mezclas más actuales. Momias, creaturas, celebridades, y enfermeras hacen piruetas al sonido de la música, agitando los brazos sobre sus cabezas que se menean con la música.

De las sombras, se nos acerca un vampiro, con la gracia de un gato.

—Allí está el hombre del momento disfrazado de… —sus colmillos son distintivamente afilados, según noto, cuando sonríe y le da la mano a Óliver—, bueno, sin comentarios. Impresionante.

Me toma un segundo darme cuenta de a quién estoy viendo. Es Luke, detrás de los ojos hundidos, los pómulos sobresalientes, y la piel tan blanca como leche fresca. Tiene una cara muy aguda y angulosa. Lo saludo entre la música y eleva su trago en forma de saludo.

—¿Por qué crimen te condenaron esta vez, Black? —se ríe con la boca en su bebida.

«¿Qué dijo? ¿Escuché bien?»

—¿De qué estás hablando? —pregunto.

—Está bromeando —dice Óliver.

«Algo me dice que no.»

—Bueno, esta es mi amiga Stacey —los presento—. Luke es amigo de Óliver.

—Es un placer conocerte —dice, siempre sonriente.

No pasa mucho tiempo antes de que la gente empiece a llamar a Óliver. Muchas son mujeres. Apenas sucede, se voltea e intercambia algunas palabras. Naturalmente, él tiene que hablar con toda la gente que conoce, y yo también, viendo que Stacey y Luke, a pesar de que acaban de conocerse, han decididó saltarse la cháchara y pasar al licor.

Reconozco algunas caras conocidas tras los disfraces. Simplemente se desbordan de emoción. Asiento, sonrío, y como una buena actriz... ya me sé mi guion. Todo se trata del clima, nuestros disfraces y como el estilista echó a perder el cabello de alguien. Lo que doy de vuelta es casi superhumano. Interés.

—Sophie —siento la mano de Óliver en la parte baja de mi cintura— pórtate bien.

Tomo un sorbo de mi vino blanco espumante.

—¿Disculpa?

—¿Cómo es que te dejo por un minuto y ya estás rodeada de hombres?

—Sólo estoy disfrutando la fiesta. Corrígeme si me equivoco pero, ¿no es eso lo que tú estás haciendo?

—No, yo estoy trabajando.

—¿No me digas? ¿En una fiesta de Noche de Brujas?

—Especialmente en una fiesta de Noche de Brujas. Estoy creando y cultivando importantes relaciones de negocios. Siempre estoy trabajando. Pórtate bien —lo dice como un advertencia—.

El fantasma de una sonrisa se asienta en mis labios.

—Que lastima que soy todo menos cortés y callada.

—Quedate cerca. Tengo que hablar con alguien.

—No me extraña.

En el otro extremo del lounge puedo ver a Stacey y cruzo hacia ella. Dejo a un lado mi copa vacía, y cuando llego a dónde está me pasa un Martini verde con dos ojos clavados en un palillo de coctel apoyado en el borde de la copa.

—Me parece que necesitas una bebida, amiga mia —me dice y tomo grandes tragos del coctel—. O mas de una.

—También me vendría bien un cigarrillo. Ya no fumo en absoluto.

—Me pregunto por qué.

Examino los ojos. Stacey dice que son lichis.

Me toma por sorpresa cuando pregunta:

—¿Es soltero?

—¿Qué? —grito sobre la música. A este ritmo podría apuntarme

para un trasplante de oído humano en el hospital más cercano.

—Luke. ¿Es soltero?

—No lo sé —digo, sin ningún interés.

Stacey frunce el ceño. Ese es uno de mis múltiples talentos.

—Vamos, no me hagas esto ahora. No me aguades la fiesta. Necesito esto. Estamos en una fiesta, y si Luke es soltero y yo soy soltera, entonces quiero saberlo.

Al menos tiene la cortesía de preguntar si es soltero, así que le digo que lo es.

—¿Qué demonios te está carcomiendo, eh? ¿Todo bien con Óliver?

Ahí está. Eso es todo lo que hace falta, un comentario del tamaño de un Tic Tac, para sacarme de quicio.

Mastico un lichi.

—Sí.

Ella arquea una ceja.

—¿Vas a cantar esa canción otra vez?

—¿Qué canción?

—La canción que se llama "mentir". Te sabes la letra, ¿no?

—Está bien. ¿Quieres hablar? Vamos a hablar. Le dije que me estaba enamorando de él. Ahí está. Ya lo dije. No hay más qué decir.

Stacey me mira atónita, con ojos desorbitados.

—Mierda —murmura en voz baja—. ¿Por qué, por qué, *por qué* harías algo así? Una mujer nunca debería decir algo así primero. Es como la primera puta regla en el puto manual. ¿No te he enseñado nada?

—¿Qué manual? No seas ridícula.

—¿Ridícula? ¿Crees que es ridículo? —se cruza de brazos para hacer énfasis—. Ok. ¿Por qué no me dices qué dijo Óliver tras tu pequeña confesión?

—Cosas —le doy vueltas a mi lengua en el palillo de los ojos.

—¿Cosas?

—¡Sí! ¡Cosas! ¡Dijo cosas! ¿Ok?

Stacey deja su Martini en la mesa.

—No te dijo lo mismo, ¿verdad?

Siento una aplastante sensación de pavor y me toma demasiado tiempo encontrar algo qué decir.

Inhalo con fuerza.

—No quiero hablar de eso, Stace.

—Qué sorpresa.

En realidad, la idea de casi todo el mundo en esta fiesta escondido tras una máscara me está dando nauseas. O eso, o el segundo Martini se está colando en mi sangre. En el medio de mis horrores y de mi tormento emocional, empiezo a preguntarme qué hago aquí en este

cuarto oscuro y ruidoso sin la persona a la que le confesé mi amor. Llega gente, hablan con Stacey y conmigo, luego se van. Ha pasado más de una hora y Óliver aún no aparece.

Mientras avanzo con mi Martini, siento un brazo juguetón que me hace cosquillas en la cintura, desde atrás. Una novia de apariencia muerta, con una peluca blanca me muestra sus incisivos torcidos y falsos. Una sangre muy realista se ve esparcida por todo su vestido blanco y largo.

—Jess, ¿eres tú bajo todo eso? —río.

—¡Ajá! ¿Qué te parece? Mira mi bouquet —alza un arreglo florar negro y de plástico.

—¡Puta mierda! —exclama Stacey—. ¿Por qué tienes eso puesto? Te ves horrible.

Jess sonríe altaneramente.

—¡Gracias Stacey! Toda la idea de la Noche de Brujas es vestirte como algo que no eres.

—¿Entonces... dónde está Éric? —pregunto.

—No lo sé —dice Jess, estirando el cuello—. Nos separamos para buscarte. No sabía de qué te ibas a disfrazar —inspecciona mi atuendo, mi cabello, mis botas y mi rostro, todo maravillada—. ¡Me gusta! Oye, y, ¿dónde está Óliver?

Ah, la pregunta del millón de dólares.

***

—¿HAN VISTO A Óliver?

Más tarde, es misma noche, me interpongo entre Stacey y Luke mientras están en medio de una sesión de besos.

Ambos se encogen de hombros y vuelven a lo que estaban.

Trago hondo. Noto la novia muerta que es Jess, rebotando al ritmo de la música tecno. Nunca la había visto tan salvaje, tan libre. No hay señales de Éric ni de Óliver. Se me hace claro que debería estar en casa, bien sumergida en un baño caliente o quedándome dormida ante sonidos apacibles. Pero en vez de eso, estoy aquí, rodeada de monstruos alucinantes por todas partes, mirando hacia todos lados mientras me abro camino a empujones. Salgo a la terraza y alguien choca conmigo.

—¡Cuidado! —le grito. Veo a un hombre parado a pocas respiraciones de distancia. Tiene puesto un traje y corbata completamente blancos y una camisa negra. La parte desconcertante es la máscara negra de calavera.

No se mueve. No puedo ver sus ojos ni su boca. Me alejo lentamente de él. Apenas trata de alcanzar mis hombros y me doy cuenta de que este hombre está tratando de posar sus guantes negros

sobre mí, le doy un empujón.

—¡Sophie! —se quita la máscara—. ¡Relájate! ¡Soy yo!

—Éric —por primera vez me siento aliviada de verlo—. Demonios. ¿Qué rayos estabas pensando? ¿Qué hacías parado ahí luciendo como un depravado?

—Estaba gritándote, tontita. Supuse que no podías escuchar tras la máscara.

—¿Qué demonios se supone que eres? Me asustaste.

—Soy Máscara Negra.

Mi pecho sube y baja en rápida secuencia.

—¿Eres qué?

—Máscara Negra es uno de los villanos menos conocidos de Batman. Aun así es mi favorito.

—Si casi nadie sabe sobre él entonces, ¿por qué es tu favorito?

—Ok, detengámonos un segundo. ¿Qué pasa aquí? ¿Quién eres? ¿De verdad vamos a tener una conversación sobre lo que me gusta sin que me insultes, me pegues o me amenaces?

Me encojo de hombros con indiferencia.

El suelta una carcajada.

—¿Qué hay de ti?

—¿Qué hay de qué?

Agita la mano desdeñosamente de arriba abajo frente a mi cuerpo.

—El disfraz.

—No te preocupes por mi disfraz.

—En realidad no me preocupa lo que traes puesto. Vestida así, no creo que sea yo el que se está preocupando.

—Se supone que soy una policía zombi, Éric. Sólo tú puedes convertir eso en algo obsceno.

Se ríe.

—¿Dónde está tu novio? —su tono es ligero, inquisitivo.

Aparentemente, Óliver es el tema de la noche.

—En alguna parte... aquí... adentro. Está por aquí.

—¿Lo amas?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una bastante simple si puedes contestarla.

No estoy segura de a dónde va con esta conversación, pero por la firmeza de su tono, siento que debo matar cualquier rastro de interés que venga con su pregunta.

—Sí, lo amo. ¿Feliz?

—Claro. Si tú estás feliz, yo estoy feliz.

—Bien —me sereno de nuevo—. ¿Y dónde has estado toda la noche? Jess te ha estado buscando.

—Estaba aquí fumando un cigarro.

Asiento, luego miro alrededor. Una bruja y un leñador están compartiendo un beso tal vez demasiado apasionado junto a nosotros. No sé qué es más espeluznante, el beso repulsivo o sus disfraces. En alguna parte entre toda esa exihibición de lujuria, cruza por mi mente un recuerdo de Jess desaprobando el hábito de fumar de Éric.

Volteo a verlo una vez más.

—Jess dijo que lo habías dejado. La fumada.

—Lo *había* dejado. La palabra clave siendo "había". Lo estoy retomando. ¿Vas a discutir conmigo sobre eso también?

—No estoy discutiendo.

—Entonces, ¿qué te importa?

—Ay, por favor —digo mordazmente—. Me importa un comino si fumas marihuana o esnifas heroína. Es algo extraño que seas un practica de medicina. Pero en serio, no me importa lo que hagas, Éric. Diviértete.

—Está bien —justo cuando pienso que dejó el tema atrás, saca un porro de su traje, lo enciende y toma una larga chupada—. Está es de la buena —exhala y el humo revolotea a su alrededor.

Abanico el aire con la mano.

—¡Éric!

—¡Sophie! —se burla, exhibiendo su sonrisa rodeada de hoyuelos.

Hago una mueca, me volteo y me alejo.

—Vamos, espera un minuto —dice, bloqueando mi camino—. ¿Por qué tienes que ser tan aguafiestas? Pensé que no te importaba.

—A Jess le daría un paro cardiaco si te viera ahora. ¿Lo sabes?

Pisa el cigarrillo bajo su pie.

—Sólo fue una calada. Además, Jess no está aquí.

—¿Cuál es tu maldito problema? Jess es una buena chica, es mi amiga, no se merece que juegues con ella.

—¿Quién dice que estoy jugando con ella?

Mis cejas suben de un tiro.

—¿En serio?

—Hazme un favor —se acerca a mí, de repente muy serio—. Deja de verme como si fuese algo dañado y patético y un cabrón. Tal vez lo soy, Sophie, y tal vez incluso merezco que me lo digan, pero no quiero que me lo recuerden. No tú, *especialmente* no tú.

Sus ojos arden y su comentario me afecta tanto que me quedo estupefacta.

—Cierra la boca, poli —me dice—. Vamos, busquemos a Jess.

En alguna parte entre la multitud, lo tomo de la mano, principalmente para guiarlo a la mesa, en segundo lugar para mantenerme derecha entre tanta gente. Cuando llegamos a la mesa, aprieto los labios. Logro ver a Twiggy y Óliver en la misma mesa. Me toma un momento reconocerla en un traje de gata, negro, hecho de

goma.

Luke le da una palmada a Óliver en el hombro y le dice algo. Óliver se da vuelta y me ve acercarme a la mesa con Éric. Parece que va a darle una embolia mientras Éric suelta mi mano.

—¿Y dónde has estado, si se puede saber? —pregunta ásperamente.

—¿Qué dónde he estado? ¿Dónde has estado *tú*? Te he estado buscando.

—¿Me estabas buscando dentro de la mano de Éric? —la pregunta va dirigida a mí, pero toda su atención está en Éric.

Las cejas de Éric suben de manera juguetona mientras me dice:

—Te dije que no era yo el que se estaba preocupando —da la vuelta alrededor de nosotros y se aferra a la cintura de Jess.

Exhalo profundamente, intento actuar de forma calmada. Aunque no lo estoy en lo absoluto. Doy un paso hacia Óliver.

—No sabía que Madison también estaba invitada.

Me toma de la cintura.

—¿Dónde estabas?

—¿Por qué soy yo la de la culpa aquí? —mi voz sale tensa mientras él me mantiene clavada a su pecho—. ¡Fuiste *tú* el que se fue! —me presiona más fuerte y trato de liberarme. Me suelta—. ¿Vas a decirme por qué está aquí o no?

—¿Quién?

—¡Madison!

—¿No debería estar aquí? Es la hermana de Luke.

Me muerdo la lengua.

—¿La hermana de Luke?

—Sí —dice, de mal humor—. Cambié de opinión sobre ese vestido. No deberías usarlo en público. Es demasiado provocativo para los demás.

—Qué cosa tan de hombre acabas de decir.

—Pues discúlpame por ser hombre.

Stacey irrumpe cuando estoy a punto de decir algo.

—Ven conmigo al baño —me grita—. Ven conmigo. ¡Por favor! ¡Por favor! ¡Por favor!

Sus piernas tiemblan. Está a punto de caer al suelo, rápidamente la tomo en mis brazos.

—¿Stace? ¿Te sientes bien?

—Sophie —empieza Óliver.

—¿No ves que está borracha? Voy a llevarla al baño. Regreso en un minuto. Lo prometo.

Stacey apunta en el aire.

—¿Disculpa? Sólo me tomé dos tragos.

—Sophie, necesito hablar contigo. Urgente —dice Óliver.

—Ya, en serio, no seas intenso. Ahora vuelvo.

—Que sea rápido —me ordena.

Unos pasos después de la mesa y Stacey está balbuceando, arrastrando las palabras. No dice nada con sentido hasta que dice:

—¡Luke quiere que vaya a su casa!

—Vete a casa, Stace. La noche se acabó para ti.

—Pero me gusta.

La guío cuidadosamente hacia el baño.

—Te gusta todo el mundo, mujer.

—¡Me gusta! —anuncia a gritos.

—No grites —le digo—. Ya te oí ¿Qué crees que vas a hacer con él? Estás tan borracha que no puedes ni mantenerte de pie.

—Sólo me tomé dos tragos —repite—. No estoy borracha. Puedo abrir las piernas. Eso es lo que voy a hacer porque soy buena en eso. Ese es mi talento especial.

Se ríe maliciosamente y colapsa en una silla vacía junto a un cubículo.

Me agacho frente a ella.

—¿Talento especial? No funciona así, Stace. Respetate por el amor a Dios.

—Ay, como si tú fueras tan casta y pura.

—¡Hey! Si estuvieras sobria tendrías el sentido común para no hacer esto.

Sus labios se estremecen y lágrimas empiezan a formarse en sus ojos.

—¡Soy un fracaso! —grita otra vez, escondiendo su cara bajo sus manos—. ¿Qué estoy haciendo? ¡Tienes razón! Tienes la razón de todo.

—Shh, no. Está bien…

—¡Soy una burla! ¡Soy un desastre ambulante! ¡Soy una modelo de mierda! ¡Soy una persona de mierda! ¡Soy una mierda de todo!

—No, Stace, no digas eso —mi corazón se derrite. No puedo ver a la gente llorar—. Por favor no llores.

Se deja ver la cara y el rímel se ha corrido bajo sus ojos.

—Soy una mujer jodida.

—Stace.

—¡Mírame! —pellizca su disfraz—. ¡Mírame! Soy patética. Ni siquiera pude sostener a mi última puta cita. Todos son iguales. Todos huyen de mí. Todos me dejan de lado. Soy como un chicle pegado en sus zapatos. No, soy como la porquería en el chicle pegado en sus zapatos.

—No, no lo eres. Deja de decir eso. Sólo estás borracha. Es Noche de Brujas. Todo va a estar bien mañana.

—No tienes que hacer esto —dice en un susurro ronca—. Soy una

perra contigo, Soph. Lo sé. Soy una perra con todo el mundo. Me gusta ser una perra. Soy buena en ello.

—Cállate —me levanto—. Déjame buscarte un poco de agua.

Me doy la vuelta y Madison “Twiggy” Wolfe está inclinada sobre el tocador, pintando su boca con lápiz labial rojo y haciendo caras de besitos ante el espejo.

—¿Cómo está tu amiga? —murmura de repente.

—Va a estar bien —digo.

Soy yo la que no está bien. Urjo a una Stacey medio inconsciente para que se levante de la silla y podamos irnos.

Madison esconde su lápiz labial en su cartera y una risita malévola aparece en su rostro.

—No te ha dicho nada, ¿verdad? Típico de Óliver.

Mientras sus palabra se registran en mi cabeza, mi mente comienza acelerarse a cien millas por segundo, pensando en lo que sea qué Óliver no me ha dicho. Permanezco en el sitio con Stacey aferrada a mí como una sanguijuela. Miro fijamente los ojos de Madison, sus ojos verde aguacate. Están llenos de anticipación y triunfo a la vez. Entiendo que no está jugando.

Estoy ofuscada en una neblina de pensamientos furiosos, cuando, predeciblemente, el alcohol inundando el organismo de Stacey surge hasta su boca y sale sobre los pies de Madison. Deja salir todo hasta que no queda nada dentro de ella. El hedor a vómito invade mi nariz, pero la situación me divierte.

***

—¿CÓMO SE SIENTE?

De regreso en la mesa, Stacey lanza sus brazos alrededor del cuello de Luke y lo envuelve en su abrazo.

—Vomitó —le digo, aguantando una sonrisa—. Va asentirse mucho mejor ahora.

Óliver tiene una expresión que muestra su preocupación por algo.

—Vámonos Sophie —dice.

—¿Irnos? ¿Por qué?

—Toma tu bolso. Es hora de irnos.

Volteo los ojos.

—¿Sabes, Óliver? Solías ser arrogante y detestable… ahora eres exactamente lo contrario. Eres detestable y arrogante.

No me despido. Salimos a la carrera del bar.

Presiona el número de nuestro piso en el ascensor, luego el de cierre de puertas. Presiona éste último repetidas veces como un niño impaciente. Me pregunto por qué está tan de mal humor.

El ascensor empieza a descender. Echo un vistazo a Óliver,

tratando de interpretar su expresión. Él simplemente mira el parpadeo de los números sobre las puertas, y casi puede decirse que está urgiendo al ascensor a moverse más rápido. Justo en ese momento el ascensor hace una parada antes de nuestro piso. Me hago a un lado para que la gente pueda entrar, pero apenas se abren las puertas, algo capta mi atención.

Es la chica del yate otra vez, Sarah, de pie afuera del ascensor. Ella mira a Óliver, él a ella y yo a ambos; por un segundo, nadie se mueve. Al principio no me fijo demasiado en la imagen de Sarah, envuelta en un suéter negro, jeans oscuros y unos tenis Converse rojos, pero entonces presiento una seriedad inquietante y pienso: "¿Qué pasa aquí?" Su rostro pálido muestra culpa, una culpa terrible, así como preocupación; es casi sospechoso. Óliver sólo está ahí parado y hasta donde puedo ver, lucha para inhalar, para exhalar, para hacer cualquier cosa. Reflexiono sobre las razones que tenía para dejar la fiesta por un par de horas y por qué quería que os fuésemos de una vez. El silencio nos impregna.

Sarah sale corriendo, perturbada y atemorizada. Óliver presiona furiosamente el botón para cerrar las puertas. Rápidamente detengo las puertas con mis brazos y me deslizo fuera del ascensor.

—Sophie, regresa aquí —me ordena Óliver pero ya estoy afuera.

Sigue llamándome. Sarah se apresura hacia la escalera de incendios, posiblemente tratando de esconderse de algo o de alguien, y sólo puedo pensar en perseguirla, tan rápido y tan lejos como sea necesario, hasta que logre obtener respuestas.

Me apresuro y corro hacia ella. Ella mira sobre su hombro y corre más rápido. Bajo las escaleras de emergencia a la carrera, tratando de alcanzarla. Empujo la puerta y me lanzo a través del vestíbulo. Afuera en la calle, zumbando a través de la gente tan rápido que puedo escuchar mi respiración y mi corazón palpitando, pienso en la locura que estoy haciendo, pero necesito alcanzarla, necesito saber qué pasa. Así que sigo corriendo.

Consigo sacarle la capucha del suéter de un jalón, justo cuando está dando la vuelta hacia un callejón vacío. Puedo ver su cara. Jadeo con los ojos abiertos.

—Sarah... —mi voz sale como un silbido. Tomo un segundo para recuperar el aliento.

Cruza los brazos para cubrirse la cara.

—¡Por favor, no me lastimes, Sophie! ¡Lo siento!

Me quedo sin palabras, estoy aturdida y confundida. Examino su rostro petrificado.

Parpadeo, tratando de enfocarme e intento subyugar la alarma que se hace paso en mi cabeza. Ella no se atreve a mirarme a los ojos, y todo lo que hago es mirarla fijamente como si su sola apariencia

fuese a proveerme respuestas.

Entonces lo veo, Óliver, o a una sombra suya, haciendo su entrada en el callejón. No sé cuándo, pero se ha puesto un abrigo largo y negro, las manos en los bolsillos y un caminar muy lento mientras se acerca a mí. Detrás de él está Reed. Se detiene a cierta distancia como un soldado.

—¿Qué demonios pasa aquí? —digo.

—Lo siento tanto, Óliver —balbucea Sarah. Lo mira sumisa, dolor en su rostro—. Pensé que ya te habías ido. ¡Me dijiste que serían cinco minutos! Yo no...

—¿Estuviste con ella hoy? —mi voz casi se quiebra.

—No —sacude la cabeza—. No —repite, como si acabara de darse cuenta de lo que quise decir—. Por supuesto que no. No tiene nada que ver con eso. Levántate Sarah —y así lo hace.

—Lo lamento —Sarah dice una y otra vez—. Metí la pata.

Cierro los ojos, respiro, luego los abro.

—¿Por qué estabas con ella?

Cubro mi boca con mis manos para encubrir la repentina ola de terror en mi rostro. Lo único que Óliver tiene que decir es:

—No es el lugar o el momento para ofrecerte respuestas.

En mi cabeza, puedo oír palabras entrecortadas viniendo del Detective Hamilton. “Alguien que conoces.” “Habil.” “Muy inteligente.” “Un hombre y una mujer.” Pierdo el control de mi respiración.

—¡Quiero respuestas ya! ¡Contéstame ahora mismo!

—Sophie.

—¡Ahora mismo! —mi voz se me desgarra y grito tan alto que un par de gatos salen corriendo del callejón, rozando mis pies.

Él da un paso adelante. Retrocedo atemorizada y subo mis brazos.

—Aléjate de mí —digo en voz baja—. No te atrevas. No te me acerques. Estás detrás de todo, ¿verdad? ¡Estás metido en esto con *ella*! —apunto hacia Sarah—. ¡Ustedes planearon todo esto!

—Sólo dile la verdad —se lamenta Sarah. Óliver ordena a su gorila que la saque de ahí.

—Sophie, escúchame. Contestaré todas tus preguntas. Pero tenemos que irnos ahora.

Me zafo de él.

—¡No me toques! ¡Quitate! No pienso ir a ninguna parte contigo, ¡maldito mentiroso! ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué? *¿Por qué?*

Me quedo sin oxígeno. Puedo sentirlo. Me apoyo contra un basurero y empujo mis manos contra mi estómago.

Mi mente se ve inundada de pesados torrentes de emociones. Esto no es más que una traición. El dolor es inimaginable, como si mi alma estuviese siendo destrozada por garras perversas.

—¿Cómo pudiste hacerme esto? ¿Cómo no me di cuenta? ¿Cómo pude haber sido tan estúpida? Estabas ahí cuando fui atacada por primera vez, estabas ahí en el yate, querías meterte en mi vida. ¡Estuviste ahí todo el tiempo! Todas esas llamadas extrañas... todas esas salidas misteriosas.

—Sophie, por favor, yo nunca te haría daño.

—Por Dios —murmullo, dandome cuenta de algo—. He tenido la verdadera amenaza junto a mí, en mi cama, todo el tiempo. ¡En mi maldita cama!

—Por favor, no llores. Por favor. Hay cosas que debes saber.

—¡Nunca te voy a perdonar por esto! ¿Me escuchas? ¡Nunca! —grito a las profundidades del infierno, muriendo mil veces. Golpeo su pecho con mis manos.

Pierdo la consciencia.

VEINTICUATRO

LOS SOFOCANTES RAYOS del sol llenan la habitación, haciendo que me retuerza en la cama. Poco a poco, mi visión regresa a la normalidad.

—Sophie, gracias a Dios —dice una voz conocida, susurrando de alivio—. Has estado inconsciente por casi doce horas.

El aroma familiar a vainilla da vueltas alrededor de mi nariz.

—Tía Peg —mi voz suena baja, ronca, como si hubiese proferido una palabra grande y difícil—. ¿Dónde...? ¿Qué...? —apenas puedo hablar.

—Soy yo, cariño. Estás bien. Estás en casa. A salvo —toma mi mano. Sólo puedo ver su silueta, emitida por el sol brillando a través de sus cabellos castaño claro. Antes de salir a plena luz, antes de que pueda distinguir sus ojos, su boca y su rostro, por un segundo creo que mi madre está ahí sentada junto a mí.

—Esta no mi casa —le digo—. Es de Óliver.

Suspira.

—¿Cómo te sientes?

Estoy bien, al menos creo que lo estoy, o tal vez he llegado al punto en el que estoy tan molesta y herida que me porto como si estuviese bien. Mis piernas, por otra parte, se sienten como un par de troncos pesados. Mis brazos se sienten como si hubiesen hecho cien flexiones de pecho. Mi cabeza se siente del doble de su tamaño normal. Me siento, me quito el edredón de encima, me enrollo en una bola y apoyo la espalda contra la cabecera de la cama.

—Estoy bien —digo después de un rato—. ¿Qué pasó? pregunto estúpidamente. Ya sé la respuesta.

—¿Por qué no tratas de descansar un poco? Podemos hablar de esto cuando te sientas más cómoda.

—¿Dónde está Óliver?

—No estoy segura. Debe estar afuera —algo como una tristeza inunda sus cortas palabras—. ¿Quieres que le hable?

—No. No quiero verlo.

—Escucha, Sophie... hay algo que debes saber. No hay forma fácil de decir lo que voy a decirte, pero es hora de que sepas la verdad.

—No, pues, ¡fantastico! Ya que *ya* es hora, no dejes que te detenga —sé inmediatamente por la forma en que me mira que mi sarcasmo dio en el blanco.

Aguanto la respiración. No digo nada, aunque estoy desesperada por respuestas.

La tía Peg se levanta de la cama, atraviesa el cuarto y abre la puerta.

Permanezco en mi sitio, aunque estoy lo suficientemente desquiciada como para morderme las uñas y escupir girones; ni siquiera parpadeo ante su imagen. El misterio que es Sarah da pasos cuidadosos en la habitación. Sus manos agarradas a los bordes de su suéter, y su largo cabello rozando su cuello bajo un gorrito tejido. Odio inmensamente la rigidez que acompaña su entrada a la habitación.

—Ella es Sarah —dice mi tía.

—Sé su nombre.

—Antes de que empiece, sólo quiero que sepas que te quiero mucho, Sophie. Ahora sé que debí haberte dicho la verdad antes, pero todo lo que hice, todo lo que dije, cada acción venían del amor que siento por mi familia —mira a Sarah—, por *toda* mi familia

Sarah lanza un suspiro profundo y se quita el gorrito. Se aclara la garganta y lágrimas diminutas se forman en sus ojos. Entonces, dice las palabras que hacen que mi presión sanguínea dé un salto.

—Mi madre fue Susan Cavall.

Un silencio pesado cae como un telón. Entonces empiezo a reír como una maníaca, como si acabara de escuchar el chiste más estúpido de mi vida. No puedo parar. Me levanto de la cama tratando de controlar esta áspera y ruidosa risotada.

Colapso sobre un silla asfixiada entre lágrimas de divertido entretenimiento. Respiro profundamente y poco a poco la risa se acalla.

—Dile Sarah —insiste la tía Peg.

—Susan me dio a luz tras las rejas, siete meses después... —se ahoga con las últimas palabras y ríos de lágrimas corren por sus mejillas como lluvia—, despues de ser arrestada —Ya no me estoy riendo. Puedo sentir mi corazón por todas partes, cada latido pulsando fuertemente, en mis muñecas, en mis sienes, en mi cuello.

—Viví con ella en prisión durante tres años porque Susan quería que me quedara con ella. Supongo que quería tener una oportunidad conmigo. Pero entonces solicitó que me liberaran, alegando que una prisión no era un hogar para un niña. No quería que yo tuviera la vida de su *otra* hija. También alguna forma de prisión. Y cuando yo tenía nueve años ella... simplemente... se suicidó. Ni siquiera se despidió. Fui a verla ese día. Le llevé chocolates y flores. El Día de la Madres se acercaba. Resulta que ya no tenía madre, y tú tampoco. Aunque a ti ni te importó. A mi sí; era mi familia, mi unica familia, y me la quitaste. ¿Sabes lo que sentí? Nunca voy a olvidarlo. Nunca.

Mis entrañas arden, como si el calor hubiese reemplazado el oxígeno. No me muevo. No parpadeo. No hablo.

—Sólo era una niña. No me merecía eso. Te odiaba porque arruinaste nuestras vidas. Tomaste la vida de mi madre. Te la llevaste lejos de mí. ¡Te llevaste *todo* lejos de mí! Nadie me dio una oportunidad. Pasé seis años de mi vida yendo y viniendo a esa prisión, una hora en la mañana y una al final de la tarde, sólo para poder ver a mi madre en una porqueriza, encerrada, ¿porque *tú* la pusiste allí! Mientras tanto, aquí estás, tu foto en las revistas y viajando por el mundo y pasando el mejor momento de tu vida. ¿Como es eso justo?

«¿Esto de verdad está pasando?» Hay un inmenso tumor lleno de palabras atorado en mi garganta. Pero no quieren salir.

—Vas muy bien —dice la tía Peg, mirando a Sarah —pero tienes que decírselo todo. Tienes que hablarle de John Bridges.

Mi cabeza está atestada de cosas. El deseo de saber más está ahí, pero no tengo energía.

—Hace unos dos años, yo entré en... tú sabes... uno de esos programas disciplinarios en Trenton, Jersey. Mal comportamiento. Conocí a Johnny estando ahí.

—John Bridges trató de secuestrarte —dice la tía Peg, su cara completamente sumida en tristeza.

Recuerdo ese nombre de alguna parte. Tras un segundo me doy cuenta. John Bridges es el hombre que vi en las noticias. El que arrestaron por asesinato. El prófugo.

Siento como si me hubiesen golpeado directamente en el estómago. La mirada de Sarah se fija en el piso cuando dice:

—Lo hicimos juntos. Trabajamos juntos. Nos amábamos —se detiene—. Lo siento... yo... yo no puedo hacer esto —dice, e instantáneamente se dirige hacia la puerta.

La tía Peg la alcanza y la toma suavemente.

—No te vayas —la sienta en una silla junto a la puerta. Sarah coloca los codos sobre las rodillas y se cubre la cara con las manos.

Siento la mirada penetrante de la tía Peg sobre mí. Pero no la miro.

—Lo lamento tanto, pequeña. No supe de Sarah hasta que Susan murió. Había dejado una carta para mí diciendo que había dado a luz a Sarah. Todas esas cartas las envió porque ella quería verte y tú nunca quisiste volver a verla. Tal vez ella quería hablarte de Sarah. Pedirte perdon. Estaba profundamente avergonzada de lo que había hecho. De verdad lo estaba. Sé que nunca quisiste leer sus cartas, pero yo aún las tengo. Aún tengo las cartas de tu madre.

Entonces volteo a mirarla.

—Sé que duele, Sophie. Lo sé. Pero tienes que entender. Cuando me enteré de la existencia de Sarah, la busqué por todas partes. No

sabía que ella misma te estaba buscando. Iba a decírtelo apenas la encontrara, pero no antes. No sabía dónde estaba, o si estaba viva.

La tía Peg arruga la frente y me doy cuenta de que mis ojos están efectuando su intención. La mirada que clavo en su cara en realidad quiere decir: "¡Mentirosa! ¡No te creo nada!"

—Por amor al cielo, esto es más difícil de lo que pensé. Por favor, di algo, Sophie. Lo que sea.

Miro a Sarah.

—¿Qué edad tienes?

—Veinte.

—Susan fue a la cárcel hace diecinueve años. Yo tenía seis. Tu historia no encaja.

—Vas a cumplir veintiséis en diciembre, Sophie. Mi cumpleaños fue apenas en Julio.

—No puedo respirar —digo con un silbido.

Me dirijo desesperadamente al baño. Caigo de rodillas y dejo salir lo que tengo en el estómago. El piso se siente frío bajo mis piernas. Entre arcadas, pensamientos fuera de control y un amargo dolor, desalojo mis sentimientos más profundos, ahuyento las impurezas malignas de mi interior. Dos manos sostienen mi cabello amablemente.

—Sophie, por favor perdona a Óliver. Él sólo quería mantenernos a ambas seguras. Te juro que todo esto es mi culpa.

—Sarah, sal —la voz grave de Óliver rebota en las paredes cubiertas de vidrio del baño.

—¿Va a estar bien?

—Sí. Dale espacio.

Me limpio la boca con la mano y me levanto del suelo con las piernas aún temblando.

—¡Váyanse los dos! —grito, deslizándome fuera del control de Óliver—. No quiero ver a ninguno de los dos ahora. Déjenme sola.

Me acerco al lavabo. Salpico mi rostro con agua fría y tomo mi cepillo de dientes.

—Sophie —es todo lo que dice Óliver.

Enormes, demostrativas lágrimas corren por mis mejillas mientras me froto la lengua rabiosamente con el cepillo de dientes.

—Por favor sólo déjame sola —le digo.

—Todo va a estar bien, Sophie.

—¿Ah sí? —le pregunto—. ¿Estás seguro? ¿Me lo prometes?

Asiente y sale del baño.

Saco mi monitor de presión arterial de un cajón, camino hacia el inodoro y me siento. Me doy exactamente cinco minutos para pensar en todo, mientras me tomo la presión. *«¿Mi hermana? ¿Sarah es mi hermana? ¿Es mi media hermana?»* Ajusto el brazalete en mi brazo

izquierdo. Comienza a inflarse cuando presiono el botón de encendido.

Empiezo a comprender que nada ha cambiado en términos de los acontecimientos. Lo único que ha cambiado es que me han quitado la venda de los ojos. Ahora puedo ver. Claramente. Eso es lo que pasó. No puedo evitar preguntarme por enésima vez: ¿Quién rayos soy? La respuesta nunca parece dejar de cambiar.

Cuando la máquina termina de tomar mi presión arterial, el brazalete comienza a desinflarse y obtengo una medición.

Salgo del baño y encuentro a Óliver sentado en la cama con un vaso de licor cerca de su boca. Casi nunca se embriaga. Dice que el alcohol mata las neuronas. En su lugar, bebe para disfrutar una copa, degustar su fino sabor. Se yergue, toma un decantador puesto junto a la cama, y se sirve otra copa. Parece definitivamente que quiere embriagarse.

El Doctor Wu está de pie junto a la tía Peg, ambos con expresiones igualmente preocupadas.

—Buenos días, Sophie. ¿Cómo te sientes? —pregunta el doctor—. Estoy aquí para tomar tu presión arterial si no te importa.

Le digo fríamente que estoy bien, mis ojos fijos en Óliver. Me pregunta si he comido o bebido algo, le digo que no.

—Ya me tomé la presión. Es normal.

La tía Peg y el doctor se miran por un segundo.

El doctor me pregunta cuál es el valor de mi presión y le digo una vez más que es normal.

—Es maravilloso que puedas tomar tu propia presión arterial pero de todos modos tengo que hacerte un chequeo general.

Toma mi presión con un monitor más avanzado que el mío y murmura: “Veintiuno sobre cincuenta y nueve” cuando surge la medición.

Voy al vestidor después de que me quita el brazalete del brazo y busco entre los cajones. Me pongo un suéter y unos zapatos deportivos. Saco mi maleta y empiezo a lanzar cosas adentro.

—Sophie, ¿qué haces? —pregunta la tía Peg, cuidando mucho su tono.

Continúo empacando. Cierro la cremallera de la maleta, la tomo por la agarradera y la arrastro fuera de ahí. Siento la mano de Óliver detrás de mí, en mi cintura.

—Sophie —dice.

—Por favor, no me toques —susurro como si estuviese adolorida. Pero no hace nada de lo que le digo. Lentamente giro con las cejas arrugadas y lo encaro. La tía Peg y el doctor se escabullen por la puerta.

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué parece que estoy haciendo?

—¿Quieres dejarme? ¿Es eso? —da vueltas a su copa desdeñosamente—. ¿Quieres huir de todo? ¿Quieres esconderte y fingir que nada de esto está pasando? Nunca te rindes en ese departamento, ¿verdad?

—Tu no lo entiendes y yo no voy a explicártelo.

—Esto no es fácil para nadie, Sophie. No lo es para ti, ni para mí, ni para tu hermana.

—¡Ella no es mi hermana! —grito desde el más oscuro rincón de mi ser—. ¡No vuelvas a decir eso! ¡No vuelvas a decirlo nunca más!

Toma un generoso trago de la copa.

—Está bien, anda, si esto es lo que quieres, entonces vete. Déjame. Pero tienes que saber que si te vas y algo te pasa, voy a perderme a mí mismo. ¿Me escuchas? —levanta la voz—. Voy a perderme.

—¿Qué hay de mí? Yo ya me perdí a mí misma.

—Te recuperaré, Sophie. Este es tu hogar. Lo que sea que haga falta, estoy aquí. Mírame —toma mi cara entre sus manos—. Estoy aquí. Quiero estar contigo. No me alejes, no ahora.

Lucho por contener las lágrimas otra vez. Sacudo la cabeza lentamente para hacer que suelte mi rostro.

—¿Por qué no me dijiste la verdad?

Arroja su copa a la pared donde se quiebra en pedazos. Retrocedo por un segundo.

—¡Se supone que debía mantenerte a salvo! —no creo que lo haya escuchado gritar antes. Debe haber visto mi expresión de shock porque se apresura hacia mí y me mira con un dolor inmenso en sus ojos. En el tiempo que llevo conociéndolo nunca lo había visto demostrar tanta emoción.

—No sé cómo arreglar esto —dice, tomando mi mano—. Óliver Black no sabe como arreglar esto —se ríe—. Increible.

—Entonces no debiste mentirme.

—La gente miente todo el tiempo, Sophie. A ti, a mí, a todo el mundo. Tienes que jugar la mano que te toca. No puedes ser ingenua y creer que todo es verdad.

—¡Esto no es un juego! ¡Yo nunca te he mentido!

—¿Nunca me has mentido?

—¡No, no lo he hecho! ¡No de esta forma! —molesta, seco una lágrima que empieza a deslizarse por mi mejilla.

—Dime que no le estás ocultando algo a alguien ahora —naturalmente, la oportuna pieza de maquinaria que es mi cerebro lanza un pensamiento relacionado que nos involucra a Jess, Éric y a mí—. Déjame preguntarte esto: ¿Le has ocultado la verdad alguna vez a alguien porque estabas tratando de protegerlo?

—Eso… las cosas no son así. ¡No le des la vuelta a este asunto!

—¿Cómo son entonces?

Sorpresivamente, consigo un respuesta rápida.

—No mentimos para proteger al otro, Óliver. Mentimos para protegernos de las consecuencias. Mentimos porque no queremos lidiar con nuestros *propios* sentimientos. Mentimos porque no queremos que las cosas cambien. No gracias a nosotros. Entonces empezamos a construir muros. No creas que no sé que desde que me mudé has estado distante, cerrado como una almeja, evitándome… No sabía por qué. Pero ahora lo sé.

Sus gruesas cejas se inclinan un poco dando lugar a una expresión triste.

—¿Recuerdas cuando salí corriendo a las cuatro de la mañana?

Me cruzo de brazos.

—Sí.

—Era Sarah diciendo que Bridges había escapado de prisión. Tenía tantas cosas en la cabeza. No espero que lo entiendas.

—Ah, todo tiene sentido cuando tienes una visión más amplia de lo que pasa.

—Tu tía no quería que te dijera. Se suponía que te lo diría ella misma. Yo quería decírtelo. Me enteré de la verdad sobre Sarah el día que te mudaste. Llegué a casa y te encontré en el vestidor. Nunca te había visto llorar. Verte así tuvo un impacto en mí, Sophie. No tenía las fuerzas para decírtelo, para causarte más dolor. Fui un cobarde. Esa es la verdad —explica suavemente—. Sarah ya había testificado contra Bridges. Hizo varias declaraciones sobre él, implicándose, que lo condenó por múltiples crímenes. Yo estaba tratando de manejar las cosas yo mismo. Es lo que siempre hago. Para eso me pagan. Para arreglar las cosas. Hacer que se vayan. Hacer que mejoren. Dentro y fuera de los negocios. Lo tenía todo planeado en mi cabeza —hace rechinar sus dientes de furia—. Tenía un plan y no sucedió.

—¿Y qué? ¿Estás molesto?

—¡Claro que lo estoy! —dice con firmeza—. Yo jamas fallo.

Frunzo el entrecejo. La tristeza en sus ojos está haciéndole toda clase de cosas raras a mi corazón.

—Se escapó, ¡maldita sea! —tira la lámpara de la mesa de noche de un golpe. Mis manos se contraen nerviosamente al ver que su rabia lo consume—. ¿Cómo pudo haber pasado esto?

Todo me dice que grite: “¿Por qué?” pero es una pregunta peligrosa. Sería sabio preguntarle por John Bridges. Incluso sería sabio preguntarle qué quiere que haga ahora. El sabe mas que yo, sin duda. Pero parece que no puedo verbalizar las palabras. Hay algo atorado en mi garganta, algo evitando que las palabras salgan.

Me toma por la nuca, con suavidad, apoya su frente en la mía.

—No sé qué hacer, lo siento, Sophie. Por primera vez, no sé qué hacer.

—No necesito más disculpas —mi voz suena más adolorida que otra cosa.

—¿Qué necesitas? —me mira a los ojos—. Lo que sea que necesites, te lo daré.

—Necesito que me dejes... ir —hago una pausa, las palabras queman como ácido al pasar sobre mi lengua y entre mis labios—. ¿Puedes hacer eso?

—No, por supuesto que no. No puedo. ¿Por qué habría de dejarte ir?

Miro alrededor para evitar hacer contacto visual.

—Sophie.

—¡Porque no puedo hacer esto! Estoy agotada. Te tenía en un pedestal, Óliver. Hubiese caminado felizmente sobre vidrios rotos por ti. Poner las manos en el fuego por ti, porque no tenía dudas. Pensé que nunca me traicionarías.

—Ya te dije que lo siento. Me equivoque. ¿Qué quieres que haga?

—¿Sabes lo que más me hiere?

Parece sorprendido por un momento, entonces un poco triste.

—Vamos a intentar algo —le digo—. Si contestas correctamente, me quedaré y me olvidaré de todo esto.

Él lo piensa por un momento, lo contempla seriamente.

—Ya dijiste por qué. Te oculté la verdad.

—Respuesta equivocada —tomo mi maleta.

Él me toma por la muñeca y me mira directamente a los ojos.

—Dime, por favor.

Silencio.

—Sophie. Dime.

—¡Porque decidiste que no podía manejarlo! —grito—. Me ocultaste la verdad porque pensaste que no podía manejar la situación. ¡Estabas *tan* equivocado! ¡Claro que puedo con ella! Eso es lo que más me hiere. No soy un ser frágil que tiene que ser tratado como una casa de cristal, Óliver. Es humillante y me saca de quicio que pretendas que no soy fuerte. Entiendo que eres hombre... sientes la necesidad de protegerme. Entiendo que tienes miedo y que mi fuerza se siente peligrosa para ti. ¿Y sabes qué? *Deberías* sentirte así, porque *sí* lo es; es poder. Te aseguro que he pasado por cosas terribles y he salido victoriosa. Mi mundo no va desplomarse porque de repente tengo una hermana que no sabía que existía. Sé cómo lidiar con el dolor y no va a matarme. Pero *esto* —sacudo la cabeza—. Esto está... matándome. Yo confiaba en ti.

Me mira con unos ojos tan tristes que es absolutamente insoportable. Me acerca suavemente y besa mi cabeza. Respiramos

juntos, en silencio, hasta que Óliver se quita del medio. Me he estado ahogando en sollozos todo este tiempo, muriéndome de miedo por perderlo. La parte más difícil de verlo partir por la puerta, cuando todo lo que mi cuerpo quiere es que lo abracen fuertemente, es saber que puede ya haber ya acordado que me dejaría ir. Pero al mismo tiempo hay una rabia animal acumulada dentro de mí y ese peso me presiona desde adentro, invalidándome, aplastándome como una roca. Lo amo, pero solo verlo me está haciendo daño.

Mi instinto me dice que dejar a Óliver y a esta casa será doloroso y posiblemente un error, un error que podría crear otra lista de nuevos obstáculos. Nada cambia. Me tomo un minuto o dos para pensar en qué clase de ajustes esto implica. Óliver sale de la habitación. Miro la cama con nostalgia. Es sólo una cama. Es sólo un hombre.

Salgo de la habitación y arrastro la maleta por las escaleras, escuchando las ruedas repiquetear contra los escalones que llevan a la sala. Cuando llego arriba, lo primero que escucho es:

—¿Cómo puedes dejar que se vaya, Óliver?

Él camina de un lado a otro.

—Ella desea irse, Margaret —responde.

-¡No! No puede irse. ¡Tú conoces los peligros a los que se enfrenta! No estoy dispuesta a tomar un riesgo con esto, Óliver. ¡Es mi familia la que ves! ¡Tenemos que pensar en lo que vamos a hacer! Ella no conoce nada mejor. Tenemos que...

—Puedo oírte, tía Peg. Estoy aquí parada —digo mientras ella sigue gritando.

Ella dice que tengo que enfrentar esto. Que no puedo huir de ello. Que necesito empezar a ser responsable.

—Sarah se fue y no sabemos a dónde. La pobre está sola ahí afuera. Tenemos que encontrarla.

—Ah... ¿y eso es mi culpa? ¿Cómo es eso culpa mía? —abro los brazos—. Creo que eso es *tu* culpa —apunto a la tía Peg—, y *tuya* —apunto a Óliver—. Ustedes metieron la pata, ustedes arréglenlo. ¡Corrijan sus propios errores! No me culpen por ellos. No me hagan pagar por ellos. ¡Estoy harta de arreglarte todo! ¡Ya dejé de ser la que arregla las cosas! ¡Estoy harta de pagar tus cuentas! ¡Consigue un trabajo! ¡Haz que el tío Pete consiga un trabajo! ¡Yo no puedo mantenerlos toda la vida!

—Sophie, detente —la voz de Óliver retumba.

—¡Te ha estado mintiendo! ¡Empieza por ahí! ¡Empieza por tu esposo!

Recibo una horrorosa sorpresa. Ni siquiera sé que pasa hasta que escucho una fuerte palmada y mi mejilla escuece. Me golpeó. Nunca la había visto fuera de sus casillas. Me hace sentir impotente y degradada. Aprieto mi cara, se me aguan los ojos.

—Eres exactamente igual a ella —escucho mi voz quebrarse—. Eres exactamente igual a Susan.

—Sophie… —su rostro se transforma en un máscara de agonía—. Yo… lo lamento. Yo… no quise —al darse cuenta de lo que hizo, se cubre la boca y colapsa en el sofá.

—¿A dónde quieres ir? —me pregunta Óliver con una mano en la cintura como si nada hubiese pasado, la otra pasando por su cabello despeinado.

Respondo en el susurro más bajo posible.

—Mi apartamento.

—Este *es* tu apartamento.

—No, es el tuyo.

—Si así es como te sientes, te llevaré yo mismo.

—No, no necesito que…

—No te hice una pregunta, Sophie. Yo te llevaré.

—Está bien —es todo lo que tengo que decir.

***

LA TÍA PEG es capaz de recomponerse y decirme: “Por favor, cuidate”, antes de que Óliver me lleve a la cocina a través de un puerta no muy visible.

—¿A dónde vamos? —pregunto.

—A buscar el auto.

El cuarto está oscuro. Lo único que logro distinguir es a Óliver poniendo la palma de su mano en un panel montado en la pared. Las luces se encienden un segundo después. Aparecen cuatro bólidos detrás de las paredes de vidrio.

A estas alturas, sé que es estúpido, pero pregunto de todas maneras

—¿Tú vas a manejar?

—Sí —toma mi maleta y la lanza en el asiento trasero de un auto azul radiante.

—¿No estás borracho?

—He bebido un par de tragos. ¿Y?

—No puedes manejes si has estado bebiendo.

—Arranca —ordena Óliver, una vez que estamos en nuestros asientos. El motor demuestra su potencia. Una voz femenina y automatizada saluda: “Bienvenido Sr. Black” y un reflejo de las palabras Motores Tesla aparece en la pantalla del sistema de navegación.

—No arriesgaría nuestras vidas o las de nadie más. ¿Quieres manejar tú?

El metal resuena, pero el auto no se mueve. Me pregunto como un

auto, guardado en el último piso del edificio, va a llegar a las calles, pero entonces nos maneja hasta donde el suelo empieza a moverse y empezamos a descender. Ascensor para autos es mi conclusión.

—No. no sé manejar —le digo, mirando por la ventana, tratando de entender el elevador de autos.

—¿Te refieres a transmisión manual?

—Me refiero a un auto.

—¿No sabes?

—Nunca necesité aprender. No sé nada de autos. Ni siquiera sé qué tipo de auto es este.

El ascensor se detiene de repente. Él presiona un botón en el parasol, y se abre la puerta de la cochera. Se desliza un par de lentes de aviador con un gradiente marrón.

—Este es un Galina Azul. Es un diseño propio —dice.

—Por supuesto que lo es.

El interior del auto es pura extravagancia. Una porción del cuero podría perfectamente encontrar su lugar en el Museo de Arte Moderno de Nueva York. La letra B está marcada en repujado en el elegante volante y en los reposacabezas.

—¿Ahora adónde vamos? —pregunto mientras da la vuelta en la esquina equivocada—. Este no es el camino hacia mi apartamento.

—No has comido.

—Comeré cuando llegue ahí. Dijiste que me llevarías a casa.

No me mira ni dice nada, pero por la manera en que sostiene el volante y aprieta los dientes, sólo puedo imaginarme que está rígido de furia.

Cuando llegamos al edificio que alberga mi apartamento, o el que solía ser mi apartamento y es ahora de Jessica, Óliver se desabrocha el cinturón de seguridad mientras yo permanezco inmóvil.

Entrecierro los ojos y respiro.

—¿Cómo supiste? —mi voz se acerca a un murmullo.

Mira fijamente al parabrisas.

—¿Acaso importa?

—Sí ——o miro de reojo—. Importa. Y mucho.

—El día que conocí a Sarah, en la fiesta del yate, sabía que estaba mintiendo. Sabía que no estaba buscando el tocador. Y ella sabía quién era yo, aunque lo negó. Todo lo que salió de su boca eran mentiras. Había algo más. Estaba interesado en saber qué.

—¿Cómo la encontraste?

Deja escapar un suspiro pesado.

—Después de que le pregunté a mi hermana por ella y resultó que nunca la había visto ni oído hablar de ella antes, pedí algunos favores. Soborné. Amenacé, en realidad. Y encontré a Sarah— el silencio que sigue no es agradable, es angustioso.

—Dímelo todo.

—Le hice demasiadas preguntas. No fui muy agradable con ella. De hecho, estoy seguro de que fui tan insultante que la hice sentirse avergonzada de sí misma. Entonces, me dice la verdad... que es tu hermana. Pero te odia, de eso está segura —lágrimas se acumulan en mis ojos. Lo miro y puedo ver que cada palabra lo hiere mientras habla. Y me hieren también. Aunque quiera estar en estado de negación, la verdad duele—. Me habló de Bridges. Que ella ha sido arrastrada a su oscuro y retorcido juego y no puede salir.

Lo que veo no es un hombre frío y desalmado. Veo un hombre en dolor emocional, un ser humano, una persona diferente.

—Si estabas tratando de esconderla de mí, ¿por qué rayos la invitaste a la fiesta de Noche de Brujas?

—No la invité a ningún lado. Ella me habla. Me dice que está asustada. Que me necesita. Bridges la ha amenazado después de que lo entregó a la policía. La encontraría y la mataría.

—Yo te necesitaba más —digo ásperamente, con tanto dolor en mi voz y una lágrima rondando por mi cara.

—Sophie, por favor, entra en razón. Es tu hermana.

Salgo del auto y Óliver me sigue poco después, probablemente dándome tiempo para pensar. Dentro del edificio, el ascensor no funciona, una cucaracha se arrastra por la pared, un olor nauseabundo difunde por el aire —probablemente viniendo de mi vecino chino cocinando metanfetaminas en su apartamento— y obreros de construcción martillan afuera de la gran ventana junto a la puerta del apartamento.

Óliver respira fuertemente cuando llegamos a mi puerta. Menea la cabeza con incredulidad.

—¿Prefieres estar aquí?

Sus ojos se tornan del más profundo tono de azul. Es descorazonador verlo tan devastado. ¿Exactamente por qué está tan devastado? ¿Es por mí? ¿Es por él? No lo sé. Pero aún amo a este hombre. Es un sentimiento que crece cada día. Nada ha cambiado. Y no puedo hallar una manera de decirme que se merece lo que le está pasando, que tal vez esta vez entenderá que es inaceptable mentir, guardar secretos, ser controlador, y pensar que no habrá consecuencias.

Abro la puerta.

—No se trata de que tengas un mejor apartamento Óliver.

—No, de eso no hay discusión. Mira a tu alrededor —dice mientras entramos, moviendo la mano en el aire—. Cualquiera podría entrar por la ventana, o destrozar la puerta de enfrente. Esto es una trampa mortal. No es seguro.

—Ya me tienes vigilada. No creas que no sé que Reed va a estar

afuera. ¿Qué más quieres? ¿Qué hace falta para que...?

—Sabes perfectamente lo que quiero. Quiero a John Bridges tras las rejas. Y te quiero a ti, conmigo, en casa, en mi cama.

Jess sale de su habitación, sin preocuparse por nada, su cabello atado en un moño desaliñado.

—¡Soph! ¿Qué... qué haces aquí?

—Espero que no te moleste. Abrí con mi llave. No sabía que estabas en casa. ¿Está bien si me quedo aquí por un par de días?

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto! ¿Qué pasó? ¿Algo anda mal? —sus grandes ojos plateados caen sobre Óliver como una nube gruesa y oscura.

—Te explico luego.

Arquea una ceja y dice:

—Más te vale —entonces regresa tambaleándose a su habitación.

VEINTICINCO

PASO EL RESTO del día encerrada en el apartamento. No hablo con Jess y no respondo las llamadas de Óliver. Me sirvo una copa del vino fino de Jess, luego otra, y después de la tercera dejo de contar. Estoy medio dormida, estirada en el sofá frente al televisor cuando empieza una repetición del programa del Dr. Phil. Me siento derecha y miro boquiabierta los píxeles que forman un estudio de grabación. Es uno de esos episodios en los que una mujer está comprometida para casarse con un hombre. Pero, después de enterarse que su futuro esposo *ya* está casado, y lo ha estado todo el tiempo, con otra mujer, da rienda suelta a su ira y a su dolor frente al Dr. Phil en vivo, en televisión.

En el estudio, la mujer dice:

—No sé si pueda confiar en él otra vez. Él dice que se siente culpable y que se arrepiente. Que me ama. Que va a divorciarse de su esposa. ¿Qué debería hacer yo?

Me hierve la sangre. Quiero arrojar mi copa a la televisión y gritarle: "¿En serio? ¡Nunca va a divorciarse de su esposa!"

El Dr. Phil responde:

—Por cada rata que ves, hay cincuenta que no notas, y no creo que seas tan tonta como para pensar que un hombre que te mintió, que abusó de tu confianza, y jugó contigo como una tonta no va a volver a hacerlo. Hasta donde sabes podría tener otra mujer escondida. Hasta podrías ser la mujer número cinco. Tienes que sacarlo de tu vida. Ya no tienes nada que hacer con él.

Pienso en Óliver, comparo mi sentimientos con la forma en que la mujer reaccionó sobre su ex prometido. ¿Qué pasa después? ¿Terminamos? ¿Ya no tengo nada que ver con él? ¿Me mudo? Es una locura, nuestra vida entera se trata de moverse. La gente siempre está moviéndose, avanzando, o retrocediendo, pero moviéndose.

Pienso en Sarah y me imagino lo que hubiera sido tenerla en mi vida cuando estaba pequeña. Sólo puedo pensar en la palabra "juntas". Pienso en John Bridges, pienso en la tía Peg, pienso en mí, y entre más pienso, más se desgasta mi cerebro.

La puerta se abre con un gruñido. Jess pasa cargando una bolsa de papel del restaurante tailandés que queda cerca. Esto me llama la atención. Le sonrío, pero entonces noto su vestido blanco marfil, sus brazos sin vida, sus piernas esqueléticas. Bajo el volumen de la

televisión.

—Vengo trayendo regalos —dice con su chispa usual y pone la bolsa en la mesita de café—. Te traje bagre frito. También te traje algo de pudín de arroz, si quieres.

Le digo que siempre quiero postre. Mi estómago gruñe.

—Gracias. Dios, estoy muerta de hambre.

—Me lo imaginé. Has estado en modo arresto domiciliario todo el día.

Voy por la bolsa y saco un contenedor de plástico y una bebida grande que tiene escrito SOPPHI con marcador alrededor.

—En mi defensa —levanto un dedo en el aire—. Traje unos Cheez-Its de la máquina que está en la entrada.

—¿Sabes? Nunca deja de impresionarme cómo puedes comer tantas porquerías y no engordar. Estás constantemente estresada, no duermes, comes demasiada azúcar en el desayuno, fumas, bebes, apenas haces ejercicio. ¿Cómo rayos le haces? ¿Estás haciendo algo que no sepa?

Detengo el tenedor antes de tocar el pescado frito. La miro con una sonrisa en los labios.

—¿Me estás supervisando?

—No, sólo es algo que noté.

—Sólo hay un plato de comida. ¿Tú no vas a comer?

—Tú come. Yo ya comí —hace un gesto con la mano y se sienta en el sillón al lado mío—. Jason me hizo un rollo de camarones mientras esperaba tu comida.

Miente. No me creo que Jess se haya sentado en una mesa sucia en un restaurante sucio.

Tomo un bocado del pescado.

—¿Quién es Jason?

—El tipo del restaurante, el tailandés. Jason es su nombre americano. Creo que su nombre real es Chai-son o algo así. No lo sé.

Apunto a mi té helado.

—Tal vez Sopphi es mi nombre tailandés.

—Tal vez —sonríe. Apaga el televisor, y abraza un almohadón. Pregunta qué pasa conmigo, por qué he estado encerrada aquí todo el día, porque estoy aquí en primer lugar. Abro una galleta de la fortuna por la mitad y le digo que, aparentemente, no pasa nada conmigo. La galleta está vacía. No tengo fortuna. Gran sorpresa. Me dice que los tailandeses probablemente fueron perezosos ese día—. Divertido —le digo catatónica. Entonces me pregunta si Óliver y yo terminamos.

Miro a la distancia por un segundo, dándole vueltas a sus palabras en mi cabeza. Tomo un largo trago de té, tratando de sofocar el discurso rabioso que amenaza con brotar de mi boca.

—No estoy segura.

—¿Qué pasó?

—Él… —pienso cuidadosamente lo que voy a decir— hizo algo, y no me gustó.

Después de una breve pausa, Jess dice:

—Éric y yo también discutimos todo el tiempo. Estoy segura de que Óliver y tú van a arreglarlo.

—No es tan simple.

—¿Te hizo daño?

—Sí, lo hizo. Me subestimó. Sintió que debía protegerme de los lobos porque no era lo suficientemente fuerte para enfrentarlos. ¿No te parece insultante?

—La gente no siempre sabe lo que hace. ¿Puedes perdonarlo?

—Buena pregunta.

—Todos somos humanos, Soph. Nadie es perfecto. Jesús lo dijo muy bien: "Nadie es perfecto excepto Dios." Todos cometemos errores.

—¿Qué dijo Jesús de la deshonestidad?

—Sencillo. No mientas. No robes. No engañes. Como católicos no deberíamos llenar nuestras vidas de mentiras y engaños, pero como seres humanos, a veces, es difícil evitarlo.

Asiento, y sorprendentemente, escucho todo lo que dice.

—¿De verdad crees eso?

—Por supuesto. ¿Tú no?

—Creer no es tan fácil.

—Oh, eso lo sé. Es difícil cuando estás herida y confundida y las cosas no van como quieres —dice—. Pero Él cree en ti, te ama y siempre quiere lo mejor para ti.

Guardo silencio por un momento mientras reflexiono sobre esto. La frase "no mientas" comienza a rebotar por mi cabeza como una pelota. Yo, también le he mentido a Jess, y en cierto sentido, he traicionado nuestra amistad. Me levanto del sofá y doy vueltas por la habitación. Hoy algo me hace querer aventurarme hacia la verdad. No quiero seguir sentada en la oscuridad.

—¿Y qué hay de ti?

—¿De mí?

Hay algo de miedo en mi osadía. Éric ya me pidió perdon. Tal vez no quiero arruinar su relación y nuestra amistad con algo que en realidad no significó nada.

—¿Puedes perdonar a alguien que te ha hecho daño?

La respuesta es rápida, cruda. Duele.

—Yo sóla no, pero con la ayuda de Dios, claro que sí.

Una parte de mi cerebro se mofa de la otra. No puedo decidir qué hacer. Mi teléfono empieza a vibrar. Tomo un par de pasos hacia la mesa de café para echarle un vistazo.

—¿Es él? ¿Es Óliver?

—No —le digo—. Sólo es Stacey.

Vuelvo al sofá. Contesto la llamada, pero alejo el teléfono de mi oreja al darme cuenta de que no debí haberlo hecho. Puedo oír a Stacey decir:

—¿Estás ahí?

—Hey —digo con una voz gutural—. Aquí estoy.

Noto que Jess se levanta para contestar el teléfono en la cocina.

—¿Qué pasó? ¿Qué terminaste haciendo anoche? Siento como si un puto tren me hubiese llevado por delante. Juro que estoy demasiado vieja para estas chingaderas.

—Ya lo creo.

Ni siquiera le importa que no responda su pregunta. Va directo al punto.

—Luke me pidió que me quedara en su casa ayer. Acabo de despertar. Estaba completamente echa un desastre y sólo bebí dos tragos. No tiene sentido.

—Te dije que no fueras a su casa. Nunca escuchas.

—No me dijiste por qué.

—Simplemente no me agrada Luke.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Hay algo en él. Ya veré qué es.

—Escucha, ha sido un absoluto caballero. No he abierto una puerta por mí misma desde el día en que lo conocí.

—Lo conociste ayer —digo llanamente.

—Ay, no me juzgues, ¿ok? No lo conoces. No sabes por lo que ha pasado.

Volteo la cabeza. Sorbo mi soda.

—No importa lo que sea que creas que sabes sobre él. No sabes lo suficiente, Stacey.

Sigue parloteando por un par de minutos y yo finjo escuchar, lanzando palabras casualmente como “sí”, “tienes razón” y “ok.”

Jess repentinamente cruza la sala diciendo que necesita salir. Le digo a Stacey que espere un segundo y apoyo el teléfono en mi hombro.

—Hey, hey, ¿a dónde vas con tanta prisa?

Se pone su bolso en el hombro y busca algo adentro.

—Éric —dice— fue atropellado por un adolescente loco. Él dice que está bien. Voy a ir a buscarlo... si puedo encontrar mis estúpidas llaves.

Está consternada. Jess nunca dice estúpido. Ni siquiera dice tonto. Miro la maceta con enredaderas sobre la mesa de café y encuentro sus llaves escondidas entre los tallos.

—¿No puede llamar a otra persona para que lo ayude? —pregunto en un tono reticente. Es mi manera de decir que no quiero

estar sola.

—¿Qué? No. Me necesita... Soy su novia. Voy a ayudarlo.

—Claro. ¿Qué estoy diciendo? Lo siento —tomo las llaves y se las lanzo—. Aquí tienes.

Vuelvo a mi conversación con Stacey. Le pregunto si recuerda haber vomitado encima de los zapatos de Madison. Lo único que dice es:

—No jodas. ¿En serio? —me concentro en reírme de mis miedos y termino de comer mi comida. A mitad de un mordisco, mientras Stacey exclama al cielo la mala fortuna que le depara cada vez que bebe, suena el timbre de la puerta. Alguien aprieta el botón por demasiado tiempo. Hay un ding, luego, unos tres segundos después, un dong.

—Bien, entonces —dice Stacey—, estarás feliz de saber que estoy saliendo de la casa de Luke. Le dije que no soy una de esas mujeres fáciles.

Puedo escuchar el viento, el tráfico y los grillos por encima del sonido de mi respiración rápida y el galope de mi corazón.

—Cállate —susurro— alguien está en la puerta.

—No hay forma de complacerte. Primero me dices que no hable con el, y ahora...

Cuelgo al escuchar un golpe fuerte y casi desenfrenado tras la puerta. Casi salto de pánico al saber que hay alguien aquí y no sé quién es. Pongo el teléfono en el bolsillo trasero de mi pantalón y camino de puntillas por la sala. Apago el televisor y las luces. Necesito un plan. Tomo la maceta decorativa de la mesa de café. Tendrá que funcionar como arma. Me muevo a hurtadillas por la entrada. Todo está completamente oscuro hasta que veo una luz bajo la puerta. Me paro ahí callada, sin atreverme a moverme o a respirar.

Alguien agita la manija de la puerta. Me corta la respiración. El timbre sigue sonando, de forma maniática; me hace pensar que hay un vendedor con una sobredosis de cafeína en la puerta. De repente se detiene. Lentamente me acerco a la puerta. Me asomo a la mirilla, por donde puedo ver la cabeza de Sarah. Retrocedo sorprendida, cubriéndome la boca con la mano.

—¡Sé que estás ahí! —grita, sonando terriblemente dramática—. ¡Abre la puerta!

—¿Qué quieres? —digo tartamudeando.

—¡Tenemos que hablar! Rápido, Sophie. ¡Abre la puerta!

Sacudo la cabeza como si pudiese ver mi respuesta. Me asomo una vez más a través de la mirilla y sólo puedo ver su cabeza. Algo no está bien. Pienso en mis opciones. Abrir la puerta, o no.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme? —pregunto fatigosamente.

—¡Óliver me lo dijo! Por favor, Sophie. ¡Ábreme!

Busco el número de Óliver en mi teléfono y escribo tan rápido como puedo pensar. *Sarah está aquí. ¿Por qué le dijiste dónde estoy?* Enviar.

Reviso mis mensajes para ver si he recibido uno nuevo mientras Sarah sigue rogándome que le abra. Decido no hacerlo, pero finalmente lo hago, cuidadosamente y poco a poco. Justo entonces recibo un mensaje de Óliver que dice: *No le he dicho nada. No sé dónde está ¿Qué pasa? ¿Está todo bien?*

Levanto la mirada. Lo que veo del otro lado me envuelve en un ataque de ira y arrepentimiento. Tiene puesto un uniforme negro, una gorra y un identificativo que dice "Annie." Empuja un enorme carrito de basura frente a mí, quita la cubierta y me dice que tengo que meterme adentro. Mis cejas casi llegan al tope de mi frente.

—Tienes que estar bromeando.

—Lo siento, Sophie —dice. Se ve avergonzada—. Tenemos un par de minutos antes de que tu guardaespaldas se de cuenta de que le tendí una trampa. Estarán aquí pronto. Métete. Tenemos que irnos.

Mi teléfono suena, veo el número de Óliver.

—¿Estás loca? No voy a meterme ahí.

—Tienes que hacerlo. Por favor. Va a matarme. Y se va a salir con la suya. Siempre lo hace.

***

NO HAY DESPERTADOR. No hay café para levantar mis cansados párpados. No hay ninguna esfera ardiente al rojo vivo en el cielo que chamusque mi piel y se meta en mis ojos. Sólo hay agua salpicando en mi cara. No recuerdo haberme ido a dormir. Lo primero que me viene a la cabeza es lo último que recuerdo: "Va a matarme."

"Qué dramática," pensé y me burlé de como si fuese una tontería, pero había un terror puro en la voz temblorosa de Sarah. Ella en verdad lo creía. Así que, nombrenme la estúpida del año, hice lo que me dijo.

Parpadeo, cierro los ojos y vuelvo a parpadear. Lentamente, cuando mi visión logra enfocarse, puedo ver a dos hombres. Uno es rubio y delgado, está usando un suéter con capucha gris y no está muy lejos. El otro es mayor, lleva traje y corbata, está sentado en la mesa frente a mí, mirándome directamente.

Trato de moverme, pero estoy atada a una silla y mis tobillos están pegados a las patas con cinta adhesiva. Mis manos también están atadas detrás de mi espalda. Sarah está sentada frente a la mesa, atada de igual manera. Trato de gritar, pero mi boca es silenciada con una pieza de tela. No recuerdo haber venido aquí. Y sé que no voy a salir de aquí a menos que haga algo al respecto. Aquí, es decir, en este

cuarto que parece una cochera para un solo auto, sin ventanas, un portón enrollable y paredes de metal corrugado.

—Vas a tener que disculpar a Billy —dice el hombre vestido elegantemente mientras seca mi rostro tiernamente con un pañuelo—. No es la mejor manera de despertarse, ¿verdad? —suspira, pone el pañuelo devuelta en su bolsillo y baja la bufanda de mi boca.

Sé con una certeza angustiante que este hombre es John Henry Bridges. Me toma un segundo el reconocerlo por su foto en la televisión. Miro a Sarah. Cierra los ojos, su cara es una máscara de sus propios pensamientos y sentimientos torturados. Recuerdo a Jess diciéndome que Dios quiere lo mejor para mí, y entonces le digo: *«Dios, si puedes oírme, sácanos de aquí.»*

John se alisa el cabello y el traje con la mano.

—Encontré a este pobre niño tratando de robar una tienda de licores con una pistolita —lanza una carcajada, una verdadera carcajada—. Billy me dijo que estaba hambriento como un perro, y resulta que me gustan los perros. ¿Sabes? Mis padres no me dejaron tener un perro. En realidad nunca me dejaron hacer muchas cosas. Decían que yo era un chico tímido, que tenía miedo del mundo. No era cierto. Ellos no eran muy inteligentes —vuelve a mirar a su secuaz—. Así que recibí al dulce Billy en mi casa. Él me necesitaba. Pero como todos los perros, hay que domesticarlo un poco. Verás. Yo no discrimino a nadie —agrega con una risa contenida—. Yo no soy así. Grandes, pequeñas, ricas, pobres, morenas —hace una pausa y se lame los labios—, rubias. No importa. Le doy una oportunidad a cualquiera. Las pelirrojas me gustan, aunque tienen el hábito de aburrirme. Son tan rameras, eventualmente acaban por disfrutarlo. Personalmente... —toma un mechón de mi cabello y lo inspecciona—, el color del cabello no me emociona.

«Le gusta hablar» es mi conclusión; mientras tanto, él sigue hablándome en ese tomo de voz perturbadoramente calmado. Lo estudio. Es joven, si tuviera que adivinar, diría que alrededor de los treinta y cinco. No es en lo absoluto como me lo imaginaba, y en general, parece agradable. *«¿Qué fregados estoy diciendo?»* Es un monstruo rabioso tras ese exterior aquietado. Su cabello castaño claro brilla con gel, peinado hacia atrás cuidadosamente, su rostro está bien afeitado, y sus uñas están perfectamente cortadas. Mi nariz hormiguea con el aroma leñoso de su colonia difundiendo por el aire. Está completamente envuelto en negro: traje negro, corbata negra, zapatos negros y lentes negros que hacen que sus ojos cafés proyecten una mirada aún más penetrante.

—Me disculpo por las condiciones de la habitación —dice—. Esta no es la forma en que entablo amistad con mujeres; eso es seguro.

Billy se abre paso con dificultad, deja en la mesa una botella de

vino tinto, dos copas y una pequeña caja negra que parece un reproductor de música. Elton John comienza a cantar una balada. Bridges se le uno en un dúo.

—Me encanta esta canción —dice un poco fuera de sí. Se me ocurre que este sociópata está jugando un juego, uno que ha estado jugando desde hace demasiado tiempo, y yo no quiero quedarme aquí sentada como todas sus víctimas y ver cómo se desarrolla.

Lo observo atentamente mientras sirve una copa de vino. Pone el borde en mis labios y tomo un trago, mostrando mi voluntad para salir de aquí viva.

—El vino tampoco me emociona —dice, después de tomar un sorbo—. Me da dolor de cabeza. Me da sed. El sabor es demasiado amargo. No es lo mío.

De todas las preguntas que pude haber hecho para empezar, empiezo con la que espero me ayude a salir de aquí.

—¿Qué es lo tuyo?

Su mirada es grave, siniestra. Se ajusta los lentes.

—Directa al punto. Admiro eso en una mujer. Supongo que no estás familiarizada con la obras del escritor rumano Emil Cioran.

—No.

—Tiene una prosa exquisita. No son para los débiles de corazón. Lo que es entrañable en Cioran es el hecho de que tienes que leerlo y releerlo una y otra vez, muchas veces hasta que empieza asentarse en tu mente. La humanidad es una enfermedad. No hay evolución sólo perecer. ¿Y qué es más liberador que dominar la vida y acabarla en el momento en que lo decidimos, independiente de algún poder superior?

Trato de administrar esta psiquiatría de sillón mientras respiro profundamente.

—Tus prioridades están mal.

—Sarah sacude la cabeza y lucha por decir algo con la boca amordazada. Él saca una pistola de su cintura y la apunta a mi estómago.

No me muevo. Mi pulso es sorprendentemente lento.

Inclina la cabeza hacia un lado.

—¿Me tienes miedo, Sophie?

Pierdo más valor cada minuto, quiero decirle, pero lo que sale de mi boca es un valiente “No.”

—Deberías tenerlo —deja el arma en la mesa y se cruza de brazos —. Soy un hombre enfermo, ¿sabes? Si puedo llamarme un hombre. Le he hecho daño a muchas mujeres… todos los psicólogos dijeron que yo era misógino cuando era pequeño. ¿Y sabes qué? —pausa como si me estuviese dando tiempo para responder—. Les creí. Odiaba a las mujer. Verás, habiendo crecido con cinco hermanas, todas mayores

que yo, me di cuenta de algo. Los hombres somos criaturas simples. Lo somos. Todo lo que necesitamos es comida, bebida y una cogida regular. Pero todas las mujeres quieren cosas diferentes. Mi teoría también era simple: si sé cuáles son, todas serán mías y nunca seré rechazado otra vez.

Supongo que debería seguir hablando, bien sea para distraerlo a él o a mí, no estoy segura.

—Entonces, ¿qué quieren las mujeres?

—No lo sé. Nunca lo descubrí. Era mentalmente agotador. Y me enorgullezco de ser inteligente. Mis hermanas eran terribles las unas con las otras. Pero aprendí otra cosa. Todas las mujeres tienen algo en común. No quieren morir.

—¿Tú... matas? —ya sé la respuesta.

—Sí. Tengo que hacerlo —no muestra remordimiento—. El asesinato es la máxima forma de propiedad. Posesión permanente. La última chica casi sobrevivió... pero no lo hizo.

Mes estremezco al escucharlo decir eso.

—Oh. No estés tan abatida —dice—. Los seres humanos tienen tanto miedo de morir. Me resulta entretenido como hacen todo lo que pueden para evitarlo. Verás, yo trato de arreglar gente que ni siquiera sabe que deben ser arregladas. Y la mayoría de mis pacientes llegan con dolores o condiciones mentales específicas que deben ser tratadas. Tarde o temprano, terminamos hablando de la muerte. Les digo que la muerte no es tan terrible como ellos creen. ¿No es cierto que vemos a todos aquellos que han dejado de vivir tan felices y contentos, habiendo encontrado paz? ¿Qué hay de terrible en eso? La muerte es atractiva, cuando menos.

—No para la gente que se dirige derecho al infierno.

—Oh, ya he ido allí. Es una villa pintoresca en Noruega —muestra una sonrisa disimulada, relamiéndose los labios—. Es mejor que creas que el infierno está aquí entre nosotros. Nosotros somos los demonios.

Voy a morir, atrapada en este cuarto frío, víctima de su fantasía... muerta a manos de su locura.

—¿Por qué mataste a la última chica? —le pregunto como si estuviésemos teniendo una típica conversación en un café en una deliciosa tarde. No puedo creer lo que hago.

—Porque no dejaba de hablar —se inclina y responde a mi cara—. Y hablaba como si fuésemos amigos, como si no fuese a golpearla hasta matarla, como si pudiese convencerme de que no la matara. No creas que no me he dado cuenta de que eso es lo que estás haciendo hora. Tratando de hablar conmigo. Deja de hablar.

—Hable o no, igual vas a matarme —las palabras simplemente se me salen—. ¿Por qué no acabas con esto de una vez?

Se ríe.

—Mírate, pensando que eres especial, que tienes la última palabra aquí —permanece callado un momento. Entonces dice—, dime cómo quieres morir.

Miedo late por mis venas.

—¿Qué?

—Puedes aprender mucho sobre una persona por la forma en que quieren morir.

—No... no sé.

—Seguro debes tener una idea de tu muerte ideal.

Sé que voy derecho al matadero, pero me digo que al menos mientras esté hablando conmigo, no me está lastimando aún.

—Supongo que un tiro en la cabeza.

Sus cejas se levantan y sus ojos cafés se agrandan.

—Interesante. La mayoría quiere morir tranquilamente, mientras duermen.

—No soy la mayoría, cuando me vaya quiero irme como un fuego artificial, con una explosión.

Pareciendo intrigado, estira el brazo y lentamente libera mi cabello húmedo de la cola de caballo en la que estaba. No le quita los ojos de encima mientras lo acaricia.

—Realmente eres algo excepcional —murmura, aún pasando los dedos entre mi cabello— la pregunta es qué exactamente.

Tengo que mantener la calma, porque mientras pueda hacer eso, puedo ganarle. Leí en alguna parte que ayuda entender las razones por las que los animales se vuelven tan agresivos. John no es más que otro tipo de animal, un tipo distinto de monstruo, y como el animal enfermizo que es, podría notar mi energía atemorizada y atacarme aquí mismo.

—¿Cuál era su nombre? —insisto—, ¿el de la última chica?

Aprieta la mandíbula y hace rechinar los dientes antes de contestar.

—Johanna.

—¿La violaste?

—¿Estás acusándome de algo? —dice, cruzándose de brazos—. No. No la violé. No hizo falta. Tuvimos sexo, *sí*. Pero, en realidad, ella me cogió *a mí*.

—Encuentro eso difícil de creer.

—Simplemente no importa lo que creas —dice rotundamente. Claramente estoy nerviosa, tiemblo y rezo, a pesar de mi conducta exterior aparentemente dura como el acero.

—¿Cómo era ella?

Sacude la cabeza como si la pregunta fuese ridícula.

—Era alta como tú. No dejaba de hablar, como tú —se examina

las uñas—. Era inteligente. Inteligente o simplemente estaba loca. Fue tediosa hasta el final. Nunca gritó. Nunca lloró. La policía no sabe qué le pasó. Nunca lo sabrán. Está claro que soy muy bueno en lo que hago. Planeo mis crímenes. Permanezco indetectable, y nadie ha sobrevivido para contar la historia... excepto por una —mira a Sarah—. ¿Esa perra que ves ahí? Ella me convenció. Dijo que me entendía. Que quería ayudarme a salirme con la mía. Y entonces la puta rata me vende a la policía. Debí haberla matado cuando pude. Como lo hice con todas las que me rechazáron alguna vez.

—Sé lo que se siente.

—¿Qué? —ríe entre dientes—. ¿El rechazo? Yo diría exactamente lo contrario.

—Confiar en alguien y que te traicionen. La traición te quita una parte de ti. Una parte que pensabas que era hermosa y única. Y no puedes cambiar lo que ocurrió o hacer que el dolor se vaya.

John parece pensar en esto.

—Bueno, como siempre digo. No dejes que tu mano derecha sepa lo que hace la izquierda.

Por alguna razón pregunto una pregunta increíblemente despiadada, pero mi deseo de mantenerlo hablando es mayor que cualquier compasión que pueda sentir por Sarah.

—Entonces, ¿por qué no mataste a Sarah?

Sarah balbucea algo tras la mordaza. Los ojos de Johnny brillan con una alegría sádica.

—¿No lo has descubierto? —esto me hace estremecerme—. Tú. No la maté porque me prometió que te entregaría a mí.

Miro a Sarah sin parpadear y John empieza a hablar de cómo esto (lo que quiera que esto sea) va a ser la *pièce de résistance* de todo el trabajo de su vida. Mi cuerpo entero se pone rígido, entonces, respiro firmemente. Se levanta de un salto y apunta su arma a la cabeza de Sarah. Escucho un clic, pierdo la calma por completo.

Lucho en la silla mientras grito.

-¡Quítale las manos de encima, hijo de puta!

Retrocede ligeramente.

—Esa es mi chica —con una sonrisa de satisfacción en su pálido rostro, pone el arma triunfalmente en su cintura, se estira y se suena el cuello—. Rebeldía —dice mientras empieza a levantar el portón enrollable tras de mí. Un rayo de luz ilumina la habitación e inmediatamente pienso: *«¿Cuánto tiempo llevo aquí?»*

—¿Qué?

—Rebeldía —repite John. De repente siento su aliento en mi oreja. Susurra—, eso es lo mío. Eso me emociona. No me da placer una muerte simple. La disfruto más cuando luchan, cuando se retuercen, cuando gritan... —a punto de irse, se da la vuelta y dice—,

ah, por cierto, no mato usando una pistola. Carece de emoción. Cuando mato lo hago horripilante, mi amor.

Le dice a Billy que se levante y vuelva a tapar mi boca. La música se apaga; todo este tiempo estuvimos escuchando a Elton John.

Se apagan las luces.

***

TOMA UN TIEMPO para que mis ojos se acostumbren a la oscuridad. Me siento exhausta, demasiado cansada para hacer algo. Una pantalla azul hace que el reproductor de música se ilumine, proyectando una silueta de la copa de vino. Está todo callado, haciéndome asumir que Sarah y yo estamos solas.

Si quiero que Sarah y yo salgamos de aquí vivas e intactas no tengo que entender a John, puede que no obtenga respuestas, o que no me gusten, y eso está bien, sólo tengo que ser más inteligente que él, más rápida que él, más fuerte que él. Hacer lo que todas las otras chicas no hicieron, no jugar este triste y retorcido juego suyo.

Trato de liberarme de la cinta pero está demasiado apretada. Salto en la silla y la arrastro para alcanzar la mesa frente a mí. Escucho el sonido de la madera barata rechinando. Empiezo a balancear la silla de lado a lado para ver si puedo romperla. Escucho otro sonido y siento que empieza a derrumbarse. La balanceo una y otra vez, causando que se vuelque. Estoy en el suelo, retorciéndome como un pez en tierra firme, apartando los pedazos de madera.

Me levanto, mis tobillos aún pegados a las patas de la sillas, mis manos aún atadas a mi espalda. Llamo a Sarah, le pregunto si puede oírme. Ella emite un sí amortiguado.

—Voy a sacarnos d aquí —le digo, pero no creo que pueda entenderme a través de la mordaza en mi boca. Me toma un minuto tomar la caja de música y usarla para romper la copa en la mesa con sólo la punta de mis dedos. Busco entre los vidrios rotos, cuidando de no córtame, tomo uno de los pedazos y corto la cinta adhesiva alrededor de mis manos. El vidrio alcanza mi piel. Puedo sentir sangre goteando de mis muñecas. Libero mi boca, luego mis tobillos. Voy a la pared para buscar el interruptor de la luz. En la oscuridad, tanteo con las manos, tratando de sentir algo parecido. Las luces se encienden. Corro hacia Sarah y le quito la mordaza.

Inmediatamente exclama:

—¡Sophie, no sabes lo que Johnny puede hacer, lo que ha hecho, de lo que es capaz! ¿Qué crees que hacías hablando con él? ¡No seas estúpida! ¡Es un violador y un asesino! Lo conozco mejor que nadie. No lo hagas enojar. Quiero vivir. Quiero que tú vivas.

—Lo haremos —digo secamente mientras me apresuro a cortar la

cinta alrededor de sus brazos—. Vamos a salir de aquí.

—Anna Summers.

—¿Qué?

—Esa fue su primera víctima. Johnny estaba obsesionado con ella. La mató porque rechazó su invitación al baile de graduación. La chica ya tenía un compañero. Johnny no entendió por qué ella no preferiría ir con él. Digo, ¡sólo mira su cara! Es un hombre hermoso y tiene suficiente dinero para hacer que cualquiera se quite la ropa interior. Pero eso no ocurrió. Así que le cortó la garganta y la apuñaló múltiples veces antes de que Anna pudiera siquiera llegar al baile.

El portón empieza a abrirse. John y Billy entra corriendo.

Sarah murmura:

—No luches contra él, sólo empeorará las cosas. Míralo a la cara y dile cosas bonitas... le quita todo el poder.

El chico le cierra la boca otra vez y ella parece obedecer voluntariamente.

—Ya sabes a dónde llevarla —le dice John al chico.

—¿Qué pasa si mi abuela la ve? —masculla Billy con un aire de niño de escuela nervioso. ¿Qué pasa si alguien me ve estacionarme en la entrada de mi abuela? ¿Y si un policía me detiene sin razón alguna?

—¿Qué pasa si te meto una bala en la cabeza y tu vida deja de existir? —John mira a Billy, demostrando su punto—. ¿Seguirías quejándote de todo? No. Estarías jodidamente muerto. No quieres eso, ¿verdad? ¿Verdad?

—Me estás ajustando, Johnny, la expresión de tu rostro.

—Lo siento. No te preocupes. Todo va a estar bien. Recuerda que eres mi Billy, ¿ok?

Billy sonríe y asiente, manteniendo a Sarah bajo su control. Yo estoy de pie, inmóvil. John se me acerca, pero en mi cabeza hay un versión mía de caricatura que corre tan rápido que deja una nube de humo atrás.

Se acerca más. Siento el corazón en la garganta. Empiezo a sudar frío. Trato desesperadamente de esconder cuán incapacitada de miedo estoy. Pero no puedo. En ese momento reconozco a John Bridges por lo que realmente es: un hombre enfermo y pervertido que va a infringirme tanto dolor físico y emocional que voy a rogarle que me mate. Estoy aterrorizada de él. Ya no puedo fingir.

Después de mirar alrededor en frenesí, corro hacia la mesa y la volteo. John se mueve a segundos de ser golpeado por la mesa y se ríe. Estamos jugando al gato y al ratón. Corro en la dirección opuesta y él me sigue rápidamente, tomándome de la cintura y haciéndome girar. Le lanzo un golpe descuidado, pero lo esquiva fácilmente y me abofetea con tanta fuerza que sangro por la boca. El golpe hace que todo me dé vueltas y que mis oídos zumben. Mi visión regresa justo a

tiempo para ver su puño viniendo hacia mí otra vez; apuñala mi mandíbula con un dolor agudo. Mis rodillas ceden y colapso de cara al suelo. Me patea en el estómago sacando todo el aire de mi ser.

Por primera vez grito, es un alarido largo y ruidoso. Derrotada y sin fuerzas, trato de alejarme de él. Me levanta a la fuerza y pone su mano en mi cuello, apretando tan fuerte que el oxígeno de fluir poco a poco. Me empuja a la pared donde siento el metal corrugado presionado contra mi espalda. Golpeo la pared fuertemente; me desconcierta por un momento.

—Por favor —lucho por hablar—, Sarah...

Sarah se queja y patea en la esquina, tratando de liberarse. John la está obligando a ver.

—¡No! ¡Por favor, no! ¡Siento todo lo que hice! ¡No la lastimes! ¡Por favor! ¡No quieres hacer esto, John! ¡Lo siento!

«Así es como se siente morir» es el pensamiento que corre por mi cabeza todo el tiempo antes de que mis ojos se cierren por completo.

VEINTISÉIS

LEVANTO LA MIRADA después de pasar mi tiempo concentrada en una cucaracha triste y sin vida en el piso de cemento.

La cucaracha ha estado muerta por los últimos tres días. Aunque no puedo seguir el paso del tiempo aquí encerrada en esta trampa mortal fría y sin ventanas, he contados tres "buenos días" de John desde que murió.

El otro día, cuando John llegó, la aplastó con un periódico. La cucaracha nunca tuvo una oportunidad. John compartió conmigo su pericia con cucarachas.

—¿Sabes? Las cucarachas son unas criaturitas muy resistentes. Es fascinante. Han estado en este mundo desde antes de los dinosaurios. Pueden sobrevivir con muy poco. Comen casi cualquier cosa. Mucho más resistentes a la radiación que los humanos. Parece que se aferran a la vida —mira al insecto—. ¿Ya no eres tan fuerte o sí, pequeño?

Nunca me han gustado los bichos, son sucias, sucias pestes, y esta criatura asquerosa no es la excepción. Pero viéndola, medio aplastada, boca arriba, con sus diminutas patas arriba, siento lástima por ella. No puedo evitar reflexionar en la cucaracha. Al hacerlo, me doy cuenta de algo: John Bridges no es el hombre que saltó de la camioneta y trató de secuestrarme. John es grande, fuerte y hábil y no hay forma de que una mujer con limitada fuerza física haya podido tener una oportunidad contra un hombre como él. Es una ley de la vida. El pez grande se come a los peces más pequeños.

—Fue Billy, ¿verdad? —le dijé a John—. Fue él el que trató de secuestrarme.

John sólo me miró y sonrió, como si estuviese complacido consigo mismo.

—Ah, sí. El intento de secuestro fallido de Billy.

—¿Por qué no lo hiciste tú mismo?

—Hay un orden para hacer las cosas, Sophie, una forma de hacerlas... un orden.

—Más bien un caos.

—El caos no es más que un orden mayor del universo. El caos es la razón por la que estamos aquí en este planeta. En las palabras de Nietzsche: "Necesitas caos en tu alma para dar a luz a una estrella danzante."

Sólo lo miré preguntándome si estaba tan perdido en su propia

mente... ¿o lo estaba yo?

—¿Por qué... por qué estás haciendo esto? —susurré cansina, mientras él amablemente frotó un ungüento en mi frente y pusó una bandita en una herida abierta.

—¿Haciendo qué?

—Lo opuesto de matarme. ¿Qué estás tratando de probar?

—Es parte de un plan.

—¿Cuál plan? ¿Qué clase de plan enfermizo es este?

—Todo va a tener sentido al final.

El recuerdo se desvanece. Estoy sentada en una silla, atada, mis ojos cansados, energía constantemente escapando de mí. Una lágrima se escapa de mi ojo. He pasado la última hora llorando, como nunca había llorado antes.

—¿Voy a salir de aquí? —pregunto a la cucaracha, como si estuviese viva, como si pudiese entenderme.

—Yo tampoco lo sé —le digo.

He aprendido a distinguir el día de la noche. No es tan frío cuando el sol brilla y, también, John deja la luz encendida de noche. No sé dónde está Sarah, qué ha hecho con ella, o cuál es su plan, pero no me ha puesto una mano encima después de la espantosa paliza que me propinó. En todo caso, ha sido cortés y amable, trayéndome comida, curando mis heridas... explicando las visiones filosóficas de Dostoievski, Nietzsche y Sócrates. Es como si no quisiese herirme.

John no se ha aparecido por un par de horas, lo cual es más de lo usual. Recibió una llamada y minutos después se había ido. Tal vez la policía lo atrapó. Tal vez lo atropelló un camión. Tal vez está muerto. Sólo me queda esa esperanza.

La idea de el en mi cabeza es rápidamente borrada cuando escucho una voz resonante y el sonido de sirenas policiales. Al principio son débiles, pero entonces empiezan a escucharse más alto, viniendo de ninguna parte y de todas partes a la vez. Frenética, balanceo la silla hacia un lado y caigo al piso. Me arrastro por el concreto, con la silla atada a mi espalda, dirigiéndome a la puerta corrediza. Mis brazos ceden. Mis piernas ceden. Trato de continuar pero una ola de dolor golpea mi cuerpo. Un gemido irrumpe desde mis pulmones. Me siento en una neblina somnolienta cuando alguien me jala, un jalón tenso que me pone de pie.

En el momento en que mi boca está libre, toso y tomo aire.

—¿Óliver? —logro decir débilmente, mi voz agotada. Mis ojos empapados, probablemente con sudor frío, y no puedo abrir bien uno de ellos. Pero es él. Sé que es él. Óliver está aquí. Vino por mí. Debe estar tan abrumado y aturdido que no dice nada. Sólo me sostiene fuertemente mientras me lanzo en sus brazos y lloro sobre su pecho.

—Ow —lloro calladamente, el dolor impregnado en cada célula

de mi cuerpo.

Óliver me suelte un poco y cuidadosamente me ayuda a dar pasos hacia adelante. Duele tanto que camino encorvada, una de mis manos presiona la herida en mi estómago, y la otra agarrada de la cintura de Óliver para apoyarme. Me levanta del suelo sin dificultad y me carga en sus brazos. Puedo escuchar tantas voces a lo lejos, voces que me llaman. El calor del día golpea mi cara cuando salgo de la habitación. En este punto, no puedo ver nada, ni siquiera lo que está frente a mí.

En un momento Óliver y yo estamos caminando, entrando en el auto. El siguiente, estoy despertando en una cama de hospital, blanca e impecable, y un doctor dice que tengo dos costillas fracturadas, el hígado perforado, algo de pérdida de visión, un labio roto, y el rostro parcialmente amoratado.

Mi cuerpo duele por todas partes y mi visión aún es borrosa, especialmente en los bordes de las cosas. Sé que debería hacerle preguntas al doctor. Quiero saber cuál es el daño y por qué mis ojos no enfocan bien, pero no soy capaz de formar palabras en mi mente aún confusa.

Óliver, Sarah, la tía Peg y el Tío Pete están todos aquí, congregados alrededor de la cama. Todos empiezan a hablar a la vez. Es demasiado rápido para que pueda procesarlo, y estoy exhausta después de tantos día horribles. Quién sabe lo que dicen.

Hay un tubo con una aguja insertada en mi mano, saliendo de una bolsa llena de líquido en un poste que parece un árbol. Por un segundo me imagino a mi madre junto a Sarah, y un extraño sentido de paz y felicidad me arropa. Tiene una amplia sonrisa en su rostro, para nada como la recuerdo. ¿En verdad es ella? ¿Estoy muerta? Cualesquiera que sean las drogas que me están administrando, deben tener efectos alucinatorios. Esa debe ser la razón por la que todo está tan brumoso.

Cierro los ojos por un momento, al menos creo que es un momento, y cuando los abro, Óliver es la única persona en la habitación y está sentado junto a la cama. No tengo sentido del tiempo. Me está leyendo un libro. No puedo distinguir el título, pero su voz es tranquilizadora.

Me lee:

—Fue la época en la que se amaron mejor, sin prisa y sin excesos y ambos fueron más conscientes y agradecidos de sus victorias inverosímiles contra la adversidad. La vida habría de depararles todavía otras pruebas mortales, por supuesto, pero ya no importaba...

—Estaban en la otra orilla —termino con una voz áspera, el pasaje de *Amor en los Tiempos de Cólera*, de Gabriel García Márquez.

Una ligera sonrisa adorna su rostro.

—Sophie —Óliver toma mi mano y la sostiene contra su mejilla.

—Hola —digo.

Su cabello luce largo y descuidado. Su cara está cubierta con una barba de unos dos o tres días y unas palidísimas ojeras se muestran bajo sus ojos azul cielo. Se agacha y me toma entre sus brazos, con cuidado de no lastimarme.

Nos separamos e inmediatamente después me dice:

—¿Cómo te sientes?

—Vuelta mierda.

—Bueno, al menos eres honesta.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Un par de días. Te hicieron una cirugía por tus costillas rotas. Tienes que mantenerte en observación hasta que estés lo suficientemente estable para irte. El doctor dice que no sabe cómo estás respirando.

Mi pecho oscila bajo lo que parece una bata de hospital muy pesada.

—John —digo tras varios segundos de absoluto silencio—. Él me dio... medicamentos contra el dolor. No sé de qué tipo. ¿Dónde está?

—No lo sé.

Lo miro fijamente, los ojos desorbitados, parpadeo un par de veces, e inclino mi cabeza a un lado.

—¿No lo sabes?

—Trata de no preocuparte. Lo atraparán. Es cuestión de tiempo.

Una ola de nauseas pasa sobre mí. Miro a mi alrededor, en shock.

—No lo entiendes. Tenemos que encontrarlo ahora —tarto frenéticamente de levantarme—. Hay que encerrarlo. Tenemos que acabar con esto —los robots que monitorean mi corazón empiezan a hacer ruidos—. Va a venir a buscarme otra vez.

—Trata de tomarlo con calma, Sophie. Estás cansada —suavemente empuja mis hombros—. Acuéstate, necesitas descansar.

—No puedo sólo descansar con las cosas así, Óliver. No puedo —susurro, entonces digo en voz alta—. No puedo.

—Sí, sí puedes.

—Quiero... es que esta vez no puedo fingir —una lágrima rueda lentamente por mi mejilla. Estoy molesta, alterada, fuera de quicio—. Óliver, no puedo fingir esta vez.

—No tienes que hacerlo —dice calmadamente—. Sólo enfócate en mejorarte —me besa la frente. Entonces, con cautela en su voz, dice:

—Sophie, sé que probablemente no quieres hablar al respecto, y el doctor lo descartó, pero necesito oírlo de ti. Necesito saber si... si... él... —no sabe cómo preguntarme.

—¿Si me violó? No —digo, en respuesta a su pregunta silenciosa.

Exhala un largo aliento ante esta noticia.

—No me hizo nada.

—¿No te hizo nada? Estás en un hospital, luchando por tu vida.

—No me hizo nada después de... —hago una pausa tratando de recordar.

—¿No después de qué?

—Sarah. ¿Dónde está Sarah? ¡Él se la llevó! ¡No sé dónde está!

—Está bien, está bien. La encontré a ella también. Ella está bien. Tu tía la está cuidando. No necesitas preocuparte.

Hay una marea de emociones fluyendo por mi cuerpo, mente y alma y no sé cómo manejarlas.

—¿No tengo que preocuparme? —repito en voz baja—. Acabo de enterarme de que tengo una hermana, Óliver. Las cosas han cambiado. La he lastimado suficiente, y ella ha pasado por tantas cosas. No puedo ni imaginarme cuán duro han sido las cosas para ella. Me necesita ahora más que nunca.

—¿Es eso, verdad? Lo que realmente te molesta. La culpa.

Volteo la cabeza en la almohada y miro por la ventana. Pronto empieza a gotear. El goteo entonces se vuelve un tremendo aguacero.

—Sophie, estamos más allá de esto —dice con calma—. Háblame. No me apartes más.

Esto no es lo que imaginaba de esta conversación.

—No es que no quiero hablar contigo. Yo sólo... sabes que me resulta difícil expresarme a veces.

—Bien, tienes que intentarlo.

—Lo intento.

—Inténtalo mejor.

—Está bien, lo haré —digo—. Y Óliver, tienes que dejar de ser tan posesivo conmigo. Lo arruina todo —sus ojos miran directamente a los míos. Brillan azules, amarillos y verdes bajo las luces del hospital—. Respétame y confía en mí lo suficiente para saber que estoy tratando de arreglar mis problemas yo misma. No necesito que luchas mis batallas por mí, sino conmigo.

Con su fiera convicción y una mirada que dice que me apoyará y que saldremos de esto juntos, toma mi mano y besa mi muñeca.

—Sólo me alegro que estás a salvo —una sonrisita juega en sus labios mientras dice esto. Entonces, desaparece—. Pensé que te había perdido. Pensé lo peor. No tienes idea de lo que me hizo. Lo hubiera dado todo para tenerte de vuelta. Todo, Sophie.

—No voy a ir a ninguna parte —exhalo—. ¿Ahora qué? —pregunto, sin estar segura de querer saber la respuesta.

Sus manos sobre las mías, y acaricia mis muñecas suavemente.

—¿Qué te parece Ontario?

—¿Quieres decir Canadá?

—Sí, podemos ir si quieres.

—¿Ahora?

—Cuando el doctor diga que puedes irte —frunciendo el ceño un poco, ojos solemnes exhala y dice:

—Sophie, los medios están por todas partes. No puedo dejar esta habitación sin un reportero respirándome en el cuello.

Lo miro fijamente, perpleja, así como nerviosa, ante los distintivos sentimientos de pavor y ansiedad reprimidos, a punto de desbordarse dentro de su cuerpo.

—Tengo una casa de verano en Kennisis Lake, a veinte minutos de la ciudad. Aunque no es precisamente verano ahora. Seríamos sólo tú y yo. Desaparecer por un par de semana. Tomar algo de tiempo para que te recuperes.

—¿Qué hay del trabajo?

—No es problema. ¿Qué dices?

—Ok.

Me agradece casi religiosamente, como si le hubiesen dado aquello por lo que rezó. Sus palabras culebrean por mi mente, llamándome, plantando dudas en mi mente. Aún no conozco bien a este hombre, pero sé que sus ojos dan vueltas cuando no está completamente cómodo con algo, su expresión se pone en alerta, su rostro se pone tenso, sus cejas pobladas se juntan en preocupación. Y en momentos como este, mis sentidos agudos y mis instintos surgiendo para ayudarme a sobrevivir, lo conozco mucho mejor.

—Óliver —empiezo a decir con un toque de desconfianza en mi voz—. Esto no se trata sólo de mí. Se trata de ti también, ¿no es verdad? —no me mira a los ojos—. ¿No es verdad?

Su silencio es revelador.

—Óliver, ¿qué pasó mientras no estaba?

—Es como si pudieses leer mentes o algo.

—Puedes apostar que algo.

—Me despidieron.

—¿Qué? ¿Cómo que te despidieron?

—El término es “reemplazado,” es decir, llegué al trabajo, me dijeron que renunciara a mi posición como presidente, miembro de la junta directiva y director ejecutivo de la compañía que construí de la nada, me aconsejaron aceptar el arreglo establecido y salir sin hacer alboroto.

Parpadeo, pensándolo.

—¿Qué arreglo?

—Aún puedo actuar como consejero especial de la junta directiva, ir y venir cuando quiera. Mi oficina seguirá siendo mi oficina, nadie entra en ella. Mi cajón de estacionamiento aún está disponible para mí. Entre otras cosas.

—Eso no tiene sentido. No pueden despedirte.

—Bien, pues lo hicieron —dice sordamente—. No hay ninguna

otra interpretación.

—¿Qué vas a hacer? Tienes un plan, ¿verdad?

—No de momento, no lo tengo.

Mi cara se hace un nudo. ¿No? Él siempre tiene un plan. Siempre sabe lo que hace. Seguro es por eso que se ve tan calmado, porque sabe qué va a pasar después.

—¿Por qué te despidieron en primer lugar?

Y entonces me lanza una mirada, una mirada que dice tanto que rápidamente entiendo el motivo.

La razón soy yo. Yo tengo la culpa. Yo le hice eso; traje caos y rumores a su vida. Como si leyese mis pensamientos. Óliver dice:

—No es tu culpa, Sophie. Iba a pasar tarde o temprano. La junta directiva había estado tratando de sacarme desde hace mucho tiempo.

—Y finalmente lo lograron gracias a mí.

—Detente —susurra cansadamente, fatalmente.

—Lo siento tanto, Óliver. Nunca quise que nada de esto pasara. Pareces tan calmado dada la situación.

Suspira.

—Lo que menos estoy es calmado. No hay ni un hueso calmado en mi cuerpo. Estoy que me lleva el demonio. Tú y yo hemos estado atrapados en un torbellino de problemas, publicidad... atención. Estoy tratando de ser fuerte por ambos —respirando hondo, se levanta y da vueltas por la habitación, pasando una mano por su cabello—. Tienes que enfocarte en recuperarte, Sophie —dice, acercándose a la cama de nuevo—. Tenemos ua agenda particularmente dura delante de nosotros. No va a ser nada bonito. De hecho, va a ser bastante detestable. Te Necesito vivita y coleando para lo que viene. Iremos al lago, pescaremos, veremos el hermoso paisaje; nada ni nadie va a perturbarnos. Y cuando regresemos, los teléfonos sonarán, los medios nos harán añicos, las cámaras se lanzarán sobre nuestros rostros. Nos levantamos el uno al otro, sin importar nada. Y mantenemos la cabeza en alto. Esa es la única manera en que saldremos de ésta.

—Ok —respondo como si acabase de pedirme que nos reunamos para almorzar.

—¿Ok?

—Me muevo en la cama, tratando de ponerme cómoda.

—Sí, ok.

—¿Por qué sigues diciendo ok?

—¿Es eso lo que hago?

—Eso haces.

No lo sé. No te preocupes, significa que puedo hacerlo. No hay problema. Me recuperaré. Estaré lista.

—¿Es eso lo que significa?

—Sí.

—Bien, entonces... ok.

Me besa. Retrocede, sonriéndome, y le devuelvo la sonrisa, aunque una gran parte de mí está preocupada por lo que viene. Otro pensamiento cruza mi mente, luego otro, hasta que la cabeza me da vueltas y no puedo enfocarme en nada más que en este momento.

Cuando me doy cuenta, Óliver está acostado junto a mí. Me rodea con su brazo y me relajo en él. Mi cabeza acurrucada en su pecho. Permanecemos así por no sé cuánto tiempo, cuerpo a cuerpo, tomados de manos, sin hacer nada, sólo respirando tranquilamente, sólo siendo conscientes. Todo a nuestro alrededor está en calma y en orden.

—Volteo a verlo.

—Todo va a estar bien, ¿verdad?

—Sí, todo va a estar bien —dice esto y nada más.

Continuará...

AGRADECIMIENTOS

A Él que es mi fuerza vital universal. Me salvaste. Aterrizaste ese avión intacto aun cuando el motor no tenía salvación. Me diste otra oportunidad en la vida, otra oportunidad para hacerlo bien. Eres todo lo que es bueno en mí.

Debra L. Hartmann, mi editora, eres una máquina. ¡Muchísimas gracias! Mis respetos a Sue Toth, Amy Eye y Evona York, este libro no sería lo que es sin su increíble ayuda. Gracias especiales a mis lectoras de prueba. Omar Ramírez, mi director creativo, gracias por creer en este proyecto y por poner tanta atención en los detalles.

Mis queridos y maravillosos padres: Supongo que todos esos años en la escuela que pasé soñando despierta, dieron frutos. Este producto realmente bueno surgió gracias a ello. Gracias mamá y papá, por todo lo que han hecho por mí, por enseñarme a valerme por mí misma, a ser libre, y seguir mis sueños. Su apoyo significa todo para mí. Los amo con todo mi corazón.

A mí adorada alma gemela y comadre Joanna. Te gustó el libro cuando era un desastre atroz. Eso me dice que eres una verdadera amiga y una buena mentirosa (estoy bromeando). Gracias no es suficiente.

Big Honcho, gracias por proveer inspiración y críticas a cada paso del camino.

Y a ti, mi maravilloso lector. Me has dado el mayor placer de todos, que es dejarme entrar en tu vida. Gracias enormes.

ACERCA DEL AUTOR

Elisa Marie Hopkins nació en California. De padres mexicanos, es una lectora ávida, geek de Netflix, máquina de baile, y fanática de los gatos. Hopkins tiene un título en ingeniería informática, pero no se considera una gurú del software. Lo que más quiere es escribir y compartir las historias que tengan el poder de inspirar y motivar, historias que vivirán en los corazones de los lectores para siempre.

Por favor visite Amazon.com y deje su reseña de Un Diamante en Bruto. El autor agradece su crítica y otros lectores apreciarán su recomendación.

DILE AL AUTOR LO QUE PIENSAS

1. ¿A qué se refiere el título de la novela? ¿A qué personajes aplica "Un Diamante en Bruto"?
2. La novela hace referencia a concursos de belleza infantiles. Hay quien dice que inscribir niños en dichos concursos está mal. ¿Cree usted que hay explotación en estos concursos? ¿Está usted en contra de ellos? ¿Por qué o por qué no? ¿Qué consecuencias tiene lugar como resultado de que niñas pequeñas sean enseñadas a ser bonitas para poder ganar un concurso? ¿Qué pasa con las niñas que no ganan? ¿Qué efectos emocionales y psicológicos cree usted que los concursos de belleza infantiles tiene en las mentes en desarrollo de las niñas?
3. ¿Pensó usted en algún momento que Óliver tenía algo que ver con el secuestro? ¿O sospechó que era la persona que realmente quería causar daño a Sophie y por qué razones? ¿Cuáles fueron las pistas que encontró mientras la novela avanzaba? ¿Le sorprendió la verdad? ¿O lo preveía de alguna manera?
4. Considere la relación entre Óliver y Sophie. Está lejos de ser perfecta, pero al mismo tiempo se necesitan el uno al otro. ¿Cómo difieren el uno del otro? ¿Cómo se complementan?
5. ¿Cree que deban estar juntos? Al ver sus trasfondos revelarse y al aprender más sobre quiénes son, ¿cambia su actitud sobre uno de ellos, o ambos? ¿Qué piensa de la complejidad y evolución de su relación?

A la autora le encantaría leer sus pensamientos sobre las preguntas anteriores. Asegúrese de pasar por http://elisamariehopkins.com y deje sus respuestas para conectarse con la autora.